

TENTACIÓN Robada

SERIE REYES IRLANDESES: LIBRO TRES

RENEE PARKER

Tentación Robada

Reyes Irlandeses

Libro 3

Renee Parker



RoseHarbor
PUBLISHING

Derechos de autor

Copyright © 2026 de RoseHarbor Publishing

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquier formato o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin la autorización escrita del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks, LLC.

Libros de Renee Parker

Reyes Irlandeses

Corazones Destrozados

Obsesión Despiadada

Tentación Robada

Advertencia!

En este libro se incluyen un breve intento de agresión sexual, violencia, horror corporal leve, secuestro y otros elementos que podrían resultar perturbadores para algunos lectores.

Índice

Sinopsis

1. Kiara
2. Rory
3. Rory
4. Kiara
5. Rory
6. Kiara
7. Kiara
8. Rory
9. Kiara
10. Rory
11. Kiara
12. Rory
13. Rory
14. Kiara
15. Rory
16. Kiara
17. Rory
18. Rory
19. Rory
20. Kiara
21. Kiara
22. Rory
23. Rory
24. Kiara
25. Kiara
26. Rory
27. Kiara
28. Rory
29. Kiara
30. Rory

31. Kiara
32. Kiara
33. Rory
34. Kiara
35. Rory
36. Kiara
37. Rory
38. Rory

¿QUÉ SIGUE?
Únete a la comunidad
Agradecimientos
Sobre Renee Parker

Sinopsis

Kiara

Siempre deseé las dos cosas que no puedo tener: amor y libertad.
En cambio, soy una prisionera. Obligada a crear arte para que los De Luca lo exploten.
Hasta que asesinan a mi padre. Ahora mi monstruoso primo es el nuevo jefe, y la vida tal y como la conozco está a punto de terminar.
En lugar de limitarse a vender mis cuadros, planea subastarme al mejor postor.
Así que huyo.
Y me tropiezo con el chico más guapo que jamás había visto, que me empuja contra la pared y me besa hasta que mi cuerpo se ilumina por dentro como un árbol de Navidad, antes de ayudarme a escapar.
Pero no es mi salvador. Es miembro de los Reyes Irlandeses, la familia mafiosa más despiadada y poderosa de la ciudad de New York.
Mi secuestrador. El enemigo declarado de mi familia.
Y el único hombre que puede darme todo lo que deseo... si no me mata primero.

Rory

La misión era sencilla. Infiltrarme en la subasta clandestina del enemigo, robar el objeto más valioso como ventaja y encontrar al espía que se infiltró en la familia Gallagher.
En cambio, me encuentro con una preciosa fugitiva que me suplica que la ayude. Ella despierta en mí lo único que no puedo permitirme.
Deseo.
Cuando la besé, no sabía quién era.
Pero resulta que me gané la lotería. Es Kiara De Luca. La princesa heredera de nuestros archienemigos. La herramienta de negociación perfecta.
Y la mujer que conquistó mi corazón.
No puedo enamorarme de ella. Solo es un trabajo. No es mía.
Si lo hago, traicionaré a mi familia. Y no puedo confiar en ella. El amor ya me traicionó antes.
Pero sigo sin poder dejarla ir.

Obsesión Despiadada es una novela romántica de mafia, sin infidelidades y con un final feliz garantizado.

Capítulo 1

Kiara

La luz de la luna es mi favorita.

La pintura plateada salpica la piel de mis nudillos mientras sujeto un pincel largo y fino entre el pulgar y el índice de mi mano izquierda.

Con la otra mano, me seco el sudor que me resbala por la frente. El clima de *Manhattan* suele ser más fresco en esta época del año, pero incluso con las ventanas abiertas y una suave brisa que sopla desde el agua, la ciudad de *New York* está que arde este septiembre. Cuando la luz del sol entra por todas las ventanas de mi estudio, a menudo me siento como una hormiga asándose bajo una lupa.

Sin embargo, no me molesta el calor. Eso es bueno, teniendo en cuenta que no he podido salir de la mansión De Luca desde el asesinato de mi padre hace unos meses. Construir este lugar para mi madre fue lo único bueno que hizo ese hombre. Este estudio es mi único escape del resto de la casa.

A veces el calor es sofocante aquí arriba, o hace un *frío glacial* en invierno, pero al menos el lugar es bonito.

Techo de cristal de cuatro metros y medio. Paredes cálidas, revestidas de estuco rojo. El espacio es pequeño y cuadrado y está situado en la azotea de la mansión donde he vivido toda mi vida.

Donde mi madre vivió y murió. En una esquina del estudio se encuentra la mecedora de mimbre donde solía descansar y ver cómo yo, de niña, jugaba con sus pinceles y los agitaba como si fueran varitas mágicas.

Para mí, realmente creaban magia, porque las excepcionales pinturas de mi madre nacían de esos pinceles. Miro esa silla, ahora vacía, y recuerdo cómo la luz artificial se reflejaba en su rostro la última vez que la vi, cansada y apagada en una cama de hospital...

«Querida, hay algo que debo decirte antes de morir».

Mientras aparto el recuerdo e inclino la cabeza, siento un pequeño cosquilleo.

Mi cola alta, en la que siempre recojo mi cabello castaño oscuro antes de trabajar, cuelga lo suficiente como para tocar la base de mi cuello mientras pinto. Sacudo el cabello de mi piel de la misma manera que un caballo agita la cola para ahuyentar a las moscas.

Miro a Mae Averies.

—¿Tienes tiempo para otro corte de cabello?

Ataviada con un vestido verde y un delantal de arpillera, está sentada junto a la puerta abierta que da a la azotea, tarareando mientras repara unos pantalones.

Oficialmente, pertenece al personal de limpieza de la mansión. Extraoficialmente, es mi *au pair* de toda la vida y mi mejor amiga.

Mi pregunta la lleva a detener su melodía y a mirarme con curiosidad con sus ojos marrones.

—¿Ya te llega al cuello?

—Lo sé. —Retiro la mano con la que estoy pintando el lienzo y suspiro molesta—. No sé por qué me creció tanto el cabello este verano.

La francesa de cuarenta y siete años me sonríe radiante, con los ojos brillantes de amor por la niña a la que ayudó a criar.

—Mi madre solía decir que el cabello de una joven crece más rápido cuando está enamorada.

Nunca tendré la oportunidad de enamorarme, pero aun así es una idea bonita.

Tan rápido como apareció, la sonrisa se desvanece de mi rostro.

Vuelvo a pensar en mi madre.

Concretamente, en lo que me dijo en su lecho de muerte.

Nuestra relación solía ser lo único en la vida de lo que estaba segura. A pesar del horror de nuestras vidas y la crueldad de los hombres desagradables que nos gobernaban, compartíamos una conexión estrecha y maravillosa.

Cuando se enfermó, me resultaba imposible imaginar la vida sin ella, pero sabía que solo tendría que pensar en ella para recordar lo que era ser amada y apreciada. El cariño que me tenía, muy parecido al que Mae me tiene, puede que sea el único amor que reciba jamás.

Y eso está bien.

Desear más de lo que tengo es tan absurdo como leer cuentos de hadas para encontrar pistas sobre la vida real. Aunque me encantan los cuentos de hadas y siempre los amaré. Eran una de las cosas que nos unían a mi mamá y a mí. Las historias fantásticas sobre personas y magia nos proporcionaban el escape que necesitábamos desesperadamente.

Entendí que seguir adelante sin ella llenaría mi corazón de un dolor indescriptible, pero nunca imaginé que su muerte revelaría el secreto de mi concepción.

Un secreto que lo cambió *todo.*

Lo que sentía por ella. Lo que siento por mí misma.

Antes de su muerte, nunca supe que la vergüenza podía adherirse a mi cuerpo como una segunda piel. Y cada vez que me miro en el espejo, recuerdo esta profunda sensación.

La verdad es que, desde que mi mamá me reveló las circunstancias en las que fui concebida, mi estabilidad mental pende de un hilo. Durante años, me entregué a todas las distracciones posibles para mantener mi mente alejada de esa impactante revelación.

Y cuando fallo, la desesperación me golpea como un tambor. De vez en cuando, fantaseo con despertarme a mitad de la noche e ir de habitación en habitación mientras vacío un barril de gasolina antes de arrojar un cerillo encendido.

Sueño con un incendio lo suficientemente grande como para consumir a todas las personas que se asocian con los monstruos que

mantuvieron a mi madre encerrada aquí.

Las mismas personas que *me* han mantenido encerrada aquí toda mi vida.

Una frustración y una desesperación inútiles brotan en mi pecho. No soporto este lugar. Quizás algún día tenga suerte y un tornado descontrolado caiga sobre la ciudad, apuntando solo a esta mansión y arrasando todo el edificio.

Una chica puede soñar, al fin y al cabo.

Los músculos de mi mano se acalambran, protestando por la falta de descansos en mi sesión de pintura de horas. Dejo el pincel y crujo los nudillos, y abandono mi puesto en busca de la jarra de agua plateada. Está sobre mi armario de arte, con la luz del sol reflejándose en su cuerpo curvo.

Mientras me sirvo un vaso y bebo unos sorbos helados que me congelan el cerebro, Mae se acerca a mi caballete. Su pequeño grito ahogado me distrae de mi retorcida familia mafiosa.

—*Oh*, Kiara... —Las lágrimas se acumulan en sus ojos redondos y expresivos—. Es hermoso. Tu madre, ella... habría estado tan...

La puerta de mi estudio de pintura se abre de golpe.

El miedo se apodera de mis brazos y piernas, inmovilizándome.

Mae lleva trabajando aquí más tiempo del que yo tengo de vida, pero sigue retrocediendo como un personaje secundario fuera de lugar cada vez que aparece un hombre de la familia De Luca.

A diferencia de Mae, me niego a retroceder. En cambio, me coloco delante de ella mientras unas pesadas botas italianas de piel entran con paso decidido en la habitación. La experiencia me ha enseñado que esconderse es una pérdida de tiempo. No hay ningún lugar en la mansión donde este monstruo no me encuentre, y él disfruta viendo mi miedo.

A pesar de mi determinación, la visión de los rasgos largos y afilados de mi torturador encoge mis pulmones hasta un tamaño microscópico, junto con las respiraciones que tomo.

Es la viva imagen de su padre imbécil. Sus ojos marrones, más oscuros que la tinta, están profundamente hundidos en su rostro implacable y con el ceño fruncido. Su nariz, afilada como una cuchilla, apunta directamente hacia una boca delgada e implacable

que suele estar fija en una mueca cruel. Su piel olivácea coincide con la mía.

Anillos adornan sus largos y despiadados dedos. Tatuajes familiares cubren su cuello y antebrazos. Sus uñas también son largas y suelen estar manchadas de sangre en los bordes.

Es como si cometiera tantos actos malvados que ni siquiera el agua y el jabón pudieran limpiar sus manos.

El monstruo es mi medio hermano. Leonardo De Luca.

Leo.

Incluso en la intimidad de mi mente, solo susurro su nombre, por si acaso pensarlo en voz alta pudiera hacer que se materializara como un Voldemort mafioso demente.

Leo es así. Casi clarividente, en el peor sentido posible.

Hoy huele a sudor y a un perfume dulce y empalagoso, lo que solo puede significar que vino directamente aquí después de alguna aventura sexual.

Qué asco. Mi estómago se revuelve ante la idea de él en la cama con una mujer. Mi primer impulso es compadecer a quienquiera que sea ella. Por lo que sé, la sangre bajo sus uñas es suya.

Si es como su padre, y lo *es*, puede que haya intentado forzarla.

Esa idea me mata por dentro.

Sin embargo, lo peor de todo es esa pequeña parte de mí que se siente aliviada. La cruda y horrible verdad es que Leo es menos violento conmigo después de haberse satisfecho con otra persona.

El alivio me llena de un torrente de autodesprecio, pero sobre todo me siento ansiosa.

Siempre estoy ansiosa en su presencia. Solo intento por todos los medios no demostrarlo.

Leo entra en la habitación sin ser invitado, envenenando el aire a su alrededor.

Ocupa el lugar de Mae detrás de mi caballete. Espero que esa sea la única razón por la que está aquí... para inspeccionar mi trabajo con ojos perezosos.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas mientras su mirada aguda recorre el cuadro en el que he estado trabajando durante las últimas dos semanas. Está inspirado en *Hansel y Gretel.*

En cuanto termine, planea vender la pieza. Lo de siempre. La misma historia de siempre, una y otra vez.

—¿Y bien? —Leo habla sin siquiera echarme un vistazo.

—Y bien, ¿qué? —Aprieto mi mano derecha con la izquierda.

—¿Es lo mejor que puedes hacer? —Su voz grave y firme me inquieta. Es una fachada, como aguas tranquilas que esconden serpientes marinas viciosas en sus profundidades.

Abro la boca. Esta es solo la tercera vez que Leo inspecciona mi trabajo, así que no sé qué esperar. Nada de lo que diga lo complacerá, ni puedo predecir lo que me preguntará. Sus preguntas incisivas surgen de la nada.

—Debería terminar el cuadro mañana...

—¿Me desafías? —Se gira hacia mí, clavándome su mirada oscura. Arquea las cejas—. Te pregunté si *esto* es lo mejor que puedes hacer.

—Yo... —Me faltan las palabras, así que dejo de intentarlo.

Cuando mi silencio continúa, entrecierra los ojos.

Con una mano, arranca mi lienzo del caballete y lo lanza por la ventana abierta.

Mae da un grito ahogado, pero mi atención sigue puesta en Leo. Sé que no debo apartar la mirada de un depredador. Sobre todo, porque Leo no deja de fijarse en mí.

Mi sangre se convierte en hielo. Quiero escapar, mas no hay ningún lugar a donde ir.

La idea de seguir al cuadro por la ventana, volar por los aires antes de estrellarme contra las fuentes de abajo, pasa por mi mente antes de que la aleje.

Es solo un impulso fugaz, nada más. Mi madre nunca querría que me rindiera.

—No aceptaré nada menos que la *excelencia* en mi subasta. —Se cruje los nudillos, y cada chasquido me eriza la piel de los brazos—. Empezarás de nuevo. Ten el cuadro listo para el viernes por la noche. *Será* tu mejor obra.

¿Un cuadro completamente nuevo? ¿Quiere que cree una especie de obra maestra en solo tres días? La incredulidad y la desesperación me revuelven el estómago.

La intensidad de su atención me atraviesa la piel como cien cuchillos diminutos, así que bajo la vista hacia su clavícula.

Me agarra la cara, clavándome los dedos en las mejillas y obligándome a levantar la vista hacia él.

—Respóndeme o te arrepentirás, pequeño insecto.

«Ya me arrepiento», quiero gritar.

Sus garras apestan a sexo, como si los dedos que me agarran las mejillas hubieran estado dentro de alguna mujer cualquiera hace solo cinco minutos. El asco que me quema por dentro es suficiente para hacer que las lágrimas calientes broten de mis ojos desafiantes. El sabor metálico de la sangre me sube por la nariz. No quiero abrir la boca, no sea que alguno de los olores se cuele en ella…

—¿Sigues resistiéndote? —Las afiladas uñas de Leo se clavan más profundamente en mi suave piel hasta que me duele la mandíbula bajo la fuerza de su agarre—. ¿Necesitas que te recuerde lo que pasó la última vez que intentaste rebelarte?

No puedo evitar mirar instintivamente a Mae ni el estremecimiento que sacude mi cuerpo. El ácido crece en mi estómago. Cuando Leo se dio cuenta de que las palizas ya no me motivaban lo suficiente como para hacer lo que quería, se centró en Mae. Hizo que uno de sus asesinos me sujetara mientras le aplastaba el meñique con un martillo.

—No —suelto la palabra entre dientes.

Leo entrecierra los ojos.

—No *¿qué*?

Trago saliva, con la boca seca como un hueso, mientras el recuerdo de los gritos de Mae resuena en mis oídos.

—No, señor.

—Eres un buen insecto. —Riendo entre dientes, me suelta y me acaricia la cabeza como a un perro antes de dirigirse al centro de la habitación.

Mientras está de espaldas, me froto la mandíbula adolorida y miro a los ojos muy abiertos de Mae. Brillan con una mezcla de miedo y tristeza. Mae odia que Leo la utilice como ventaja para mantenerme a raya.

—La próxima obra que pintes... —Extiende los brazos y se gira para mostrar una sonrisa cruel que me pone los vellos de punta—. Tiene que ser el argumento de venta definitivo. ¿Entendido?

—¿El argumento de venta… definitivo? —¿Qué diablos significa eso?

Olvídalo. Algo me dice que no quiero saberlo.

—Así es. —Su amplia sonrisa se convierte en una más pequeña y oscura—. El sábado no solo venderemos un cuadro. Vamos a vender a la artista.

Cuando comprendo sus palabras, mi corazón deja de latir. No entiendo exactamente qué significa vender a alguien en el mundo en el que vive la gente común y corriente, pero en mi mundo, cuando los mafiosos hablan de vender a una persona, lo dicen literalmente. Las venden como si fueran una propiedad para obtener ganancias.

«Vamos a vender a la artista». Esas seis palabras me dan vueltas en la cabeza como un trompo.

Los aficionados dibujan y pintan por diversión o como terapia. Los profesionales crean arte para cultivar sus carreras y mantenerse. A mi madre se le prohibió hacer ambas cosas.

En cambio, se vio obligada a crear arte para hombres horribles que se apoderaron de su trabajo, lo vendieron por millones y se quedaron con cada centavo.

Y después de explotarla hasta la muerte, me ordenaron que ocupara su lugar y creara pinturas para *Libertas*, el maestro anónimo que inventaron para ocultar nuestras verdaderas identidades.

En conjunto, la familia De Luca ha estado lucrando con nuestro arte durante más de veinte años.

Y ahora... ¿Leo dice que va a venderme?

La voz de Mae tiembla.

—No puede decir en serio...

—He recibido ofertas. —El triunfo en su rostro brilla más que el sol afuera—. Resulta que hay mucha gente dispuesta a pagar una fortuna por poseer al misterioso *Libertas*.

Oh, Dios.

Me apoyo en mi armario de arte antes de que mis piernas gelatinosas se rindan. *«¿Esto está pasando de verdad?».* Trago

saliva, horrorizada.

Las lágrimas brotan de los ojos de Mae, quien baja la mirada al suelo mientras niega con la cabeza.

—¿Por qué esas caras tristes? Esta es la mayor oportunidad financiera que ha tenido esta familia. Todos deberíamos estar contentos de que se me haya ocurrido. —Leo sonríe y enciende un cigarro mientras se dirige hacia la puerta.

—No puede hacer esto —protesta Mae en voz baja, pero Leo se detiene de todos modos.

La sangre se me va de la cabeza cuando se gira lentamente.

—¿Que no puedo hacerlo? —La ira brilla en sus ojos antes de que una sonrisa amenazante se eleve en su boca.

Mientras se acerca, Mae se encoge, su pequeña figura temblando de miedo.

—Leo, detente. No lo dijo en serio. —Me interpongo en su camino de nuevo, pero me empuja.

Cuando mis rodillas golpean el suelo, una onda expansiva de dolor recorre mis piernas.

Me levanto lo más rápido que puedo; lamentablemente, ya es demasiado tarde. El grito de Mae me rasga los huesos y el olor acre de la piel quemada sobrecarga mi sistema nervioso. Con movimientos descoordinados, me tambaleo hacia ellos, casi cayendo sobre Mae, que yace en el suelo llorando desconsoladamente. Con delicadeza, le aparto el brazo que sujeta contra su pecho. Una fea quemadura circular estropea la piel cremosa por encima de su muñeca.

Tragándome el discurso amargo que tengo en la lengua, la abrazo y le susurro palabras tranquilizadoras mientras la furia hierve en mi interior. Cualquier cosa que diga solo aumentará la probabilidad de que Leo inflija aún más dolor a mi única amiga.

Con una sonrisa burlona, Leo sacude la ceniza a nuestros pies y regresa a la puerta.

—Si no terminas mi cuadro para el viernes por la noche, volveré a sacar el martillo y, esta vez, no me detendré con un solo dedo. De todos modos, ella no vale nada, así que estoy seguro de que se las arreglará perfectamente con una sola mano.

Me muerdo la mejilla, concentrándome en el sabor metálico y salado de mi sangre, en un intento por evitar gritar o lanzarme sobre su cabeza.

Lo odio tanto. Ojalá fuera más fuerte y valiente. Por una vez, me encantaría ver miedo en sus ojos, verlo acobardarse y suplicar. Le mostraría la misma misericordia que le otorgó a Mae, y entonces ambas abandonaríamos este purgatorio eterno para siempre.

En cuanto se marcha, corro al baño y tomo el botiquín de primeros auxilios que hay debajo del armario. Las lágrimas siguen brotando de los ojos de Mae mientras desinfecto la quemadura, le aplico pomada y le vendo la herida con una gasa holgada.

Cuando termino, sus sollozos se han convertido en hipos y gemidos. Me abraza temblorosamente y le doy unas palmaditas distraídas en la espalda. Creo que todavía estoy aturdida. No solo por el ataque de Leo, sino también por lo que dijo.

Va a venderme a otro mafioso. A otro hombre que me matará trabajando, igual que los De Luca hicieron con mi madre. Quien, como Leo, me mantendrá encerrada pintando. Solo que con una gran diferencia.

Por terrible que sea mi situación actual, trabajar para Leo tiene una ventaja significativa.

Tenemos el mismo padre. No soy tan ingenua como para no comprender que nuestro parentesco es lo único que me protege de su agresión sexual.

Eso no será así con quienquiera que me compre. Supongo que es hora de rezar para que me toque un viejo con un pie en la tumba y disfunción eréctil permanente.

Observo fijamente por encima del hombro de Mae. Mi mente evoca imágenes de mí misma encerrada en una celda con un caballete y un pincel, obligada a crear desde el amanecer hasta el anochecer para generar dinero para mi carcelero. Esa posibilidad es solo ligeramente mejor. Al menos aquí, cuando pinto, puedo fingir que lo hago por amor. Puedo visualizar lo mucho que me divertía pintando con mi mamá.

Una vez que Leo me venda a otra persona, una vez que me vaya de aquí, esos buenos recuerdos se desvanecerán. La nostalgia

desaparecerá. Estaré confinada en un espacio desconocido como prisionera de algún criminal. Un caballo de batalla hasta que muera.

Me da vueltas la cabeza y la bilis me pica en la garganta. Aunque una parte de mí cree que me lo merezco.

Leo es un monstruo. De esos que me dan ganas de meterme debajo de la cama más cercana. O mejor aún, encontrar un lanzallamas y mandarlo directamente al infierno.

Nos criamos como primos y se propuso aterrorizarme en cada oportunidad que se le presentaba.

Y hubo muchas oportunidades.

Me ha llamado *pequeño insecto* desde que tengo memoria.

Desde que era pequeña y cometí el terrible delito de saludarlo en el pasillo. Al día siguiente, me inmovilizó en el suelo y me obligó a ver cómo torturaba a una cucaracha hasta matarla. Dijo que *eso* era lo que me pasaría si volvía a hablarle sin su permiso. Siempre se las arreglaba para hacerme daño *accidentalmente*. Como aquella vez que me tiró café hirviendo en el brazo, o cuando me dio en el estómago con una pelota de béisbol. Básicamente, me convertía en un moretón andante cada vez que estaba cerca.

No fue hasta que lo enviaron a una prisión de *Las Vegas* hace cinco años que supe lo que era respirar por primera vez. Nunca me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración cada momento que estaba despierta, hasta que nos separaron miles de kilómetros.

Toda mi vida pensé que era simplemente malvado. Por eso se esforzaba tanto en atormentarme y disfrutaba tanto haciéndolo. Pero desde que descubrí el secreto que él siempre había sabido... entiendo su odio hacia mí.

Los hipos de Mae resuenan en la habitación mientras sigo preocupándome. Leo ha querido deshacerse de mí desde antes de que naciera. Ha jurado hacerlo más veces de las que puedo recordar.

Ahora, por fin, llegó su oportunidad.

A menos que encuentre una forma de salir de este lío, en tres días esta vida de porquería podría parecer el *paraíso.*

Capítulo 2

Rory

El bajo retumba en la oscura sala, vibrando con un ritmo sensual que, al parecer, atrae a veinteañeros de clase alta, a juzgar por la cantidad de esos idiotas que se amontonan en la pista de baile. Como de costumbre, *Madden* está abarrotado de gente, y el aire rebosa del olor de perfumes, sudor y sexo. Decorado con elegante cromo y terciopelo azul oscuro, el orgullo y la alegría de los *Reyes Irlandeses* es uno de los clubes nocturnos más populares de la ciudad.

Madden y sus dos clubes hermanos constituyen algunas de las propiedades más rentables de los *Reyes Irlandeses*. Los ricos y famosos acuden aquí desde todo el país para pasar un buen rato y disfrutar de la privacidad.

También utilizamos los clubes para mover producto y dinero en efectivo, con tanto éxito a lo largo de los años que nuestros clientes confían en nosotros para mover *sus* productos y dinero en efectivo.

Sin embargo, un traidor dentro de nuestra organización está dañando nuestra reputación día a día.

Una mujer con un minúsculo vestido plateado se acerca tambaleándose a la mesa donde estoy sentado, batiendo sus pestañas postizas y restregando un par de enormes tetas de silicona contra mi brazo.

—¡Hola, soy Brandy! ¿Cómo te llamas?

A mi lado, Darren Kelly se ríe entre dientes. Oculto mi impaciencia tras una sonrisa amistosa.

—Rory, y por mucho que me alegro de conocerte, me temo que mi amigo y yo estamos ocupados.

Brandy capta la mirada de Darren y se estremece. A pesar de su aspecto de estrella de cine, el azul brillante y químico de sus iris desconcierta a la mayoría de la gente a primera vista.

Aunque el puro instinto también podría provocar la retirada instintiva que frecuentemente provoca en los desprevenidos. Similar a cómo una presa percibe el peligro.

Darren puede que sea uno de mis mejores amigos, pero el tipo juega con explosivos por diversión. Incluso yo me le acerco con cautela a veces. A pesar de que Donal Gallagher lo adoptó cuando era pequeño, Darren siempre ha sido un poco… diferente. Aun así, lo quiero como un hermano.

Recuperándose, Brandy hace un puchero.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, para mi eterno pesar. —Ignorando la mirada de fastidio de Darren, señalo con la cabeza el bar más cercano—. Ve a decirle a Scotty que Rory dijo que te invita las bebidas esta noche. Es el rubio platinado que lleva el chaleco negro.

Chillando, me da un beso descuidado en la mejilla antes de agarrar la mano de otra mujer y tambalearse hacia el bar.

Darren ladea la cabeza.

—No estoy seguro de que ese rojo sea el adecuado para ti. Creo que necesitas un tono más azulado, y ese es demasiado anaranjado para tu tez.

—Vete a la mierda y concéntrate. —Tomo una servilleta de la mesa y me limpio el brillante labial de la piel. A Darren y Finn les encanta molestarme por ser demasiado accesible, lamentablemente, no todos podemos repeler a la gente con la fuerza de nuestro mal humor o locura interior—. ¿Está picando el anzuelo?

Desde nuestra mesa, ambos observamos disimuladamente a uno de nuestros empleados fruncir el ceño y negar con la cabeza al

hombre vestido con una camisa gris ajustada que se inclina cerca de su oído.

—Aún no estoy seguro, pero no lo parece.

Efectivamente, el empleado se echa atrás ante lo que le dice el otro hombre antes de señalar hacia la salida. El hombre levanta las palmas de las manos y se retira. Se mezcla entre la multitud mientras el empleado saca su teléfono y pulsa la pantalla. Vuelve al bar, visiblemente agitado, mientras limpia la bebida que alguien derramó con una toalla.

«Maldición».

Menos de un minuto después, mi teléfono vibra con un mensaje de Finn.

****Finn: No hubo suerte. Informó el incidente a su jefe.****

Le sigue un segundo mensaje de texto de otro número.

****Desconocido: El tipo no quería tener nada que ver conmigo. Estoy bastante seguro de que estuvo a punto de darme un puñetazo en la cara.****

Mis hombros se encogen.

—Supongo que también está libre de sospecha. Probablemente, podamos dar por terminada la noche.

Darren apaga y enciende su encendedor con una mueca de dolor.

—No me apetece nada informar de otro fracaso a Shane.

Comparto su dolor. Desde que se descubrió esta mierda del infiltrado, Shane Gallagher, jefe de los *Reyes Irlandeses*, está de muy mal humor. Y nuestra incapacidad para atrapar a los traidores con nuestras pruebas de lealtad no ha ayudado en nada.

En el pasado, solía ir a *Madden* o a cualquiera de los otros dos exitosos clubes nocturnos de los *Reyes Irlandeses* para ligar con chicas, no para espiar a los empleados. Jugar a ser James Bond no es mi papel habitual en la organización, pero cuando Shane

Gallagher te dice que hagas algo, no lo cuestionas. No si tienes más de unas pocas neuronas en funcionamiento y quieres mantenerlas a salvo dentro de tu cráneo, donde deben estar.

Subimos las escaleras para revisar las imágenes de video por si acaso se nos escapó algo. Como sospechaba, no hay nada que ver.

Para cuando salimos de *Madden* y entramos en el pasillo que hay fuera del estudio privado de Shane, Darren está visiblemente nervioso.

No es de extrañar. Esta mierda del traidor con la que estamos lidiando tiene a todos estresados, y con razón.

Es la mayor amenaza a la que se ha enfrentado nuestra organización en más de una década. No estamos manejando bien la noticia.

En estos días, nos enfrentamos a dos grandes problemas.

Ahora que su heredero y recién nombrado *Don,* Leonardo, salió de la cárcel por un tecnicismo, la familia De Luca resurgió de entre los muertos con una nueva oportunidad en la vida. Ese hijo de puta traficante de personas tampoco perdió el tiempo.

Leo nos declaró la guerra en cuanto recuperó su libertad.

Para él, se trata de venganza. Nuestras familias comparten una larga y desagradable historia, y quiere ajustar cuentas. Para las personas que lo siguen, se trata de derrocar el actual equilibrio de poder en el mundo criminal.

Ninguna familia criminal es lo suficientemente fuerte como para acabar con los *Reyes Irlandeses*, pero si varias de ellas unen sus fuerzas, de repente nos encontramos con un problema del tamaño de *Manhattan* entre manos.

Por todas partes han surgido peleas, tiroteos y emboscadas contra nuestras operaciones. Las entregas y recogidas rutinarias se han convertido en angustiosas situaciones en las que por poco hemos sufrido accidentes, que han acabado con la pérdida de mercancía y con nuestros soldados cojeando a casa, lesionados y heridos.

A pesar de mis mejores esfuerzos como jefe de espionaje tecnológico de los *Reyes Irlandeses*, luchar contra los De Luca y sus aliados empieza a parecerse a un juego del gato y el ratón.

Por mucho que me aseguren que no es culpa mía, el remordimiento y el dolor me atormentan cada vez que uno de los nuestros cae.

Solo en la última semana perdimos a tres hombres. A este ritmo, pronto estaremos financiando nosotros solos el sector funerario.

Nos vemos descuidados, e incluso algunos de nuestros clientes más antiguos están empezando a buscar en otros sitios para satisfacer sus necesidades.

—¿Vamos a hacer esto o nos vamos a quedar toda la noche en el pasillo?

La pregunta de Darren me devuelve al presente. Me pregunto cuánto tiempo llevo aquí de pie, con la mano agarrada al pomo de la puerta.

—Hagámoslo. —Abro la puerta de un tirón sin pensarlo dos veces, tragándome mis últimas dudas y liderando la carga hacia la oficina.

El estudio privado de Shane Gallagher huele a cuero viejo, pino y un ligero toque de puros de alta gama. Las paredes y el suelo están revestidos con paneles de madera clara. Los asientos de piel oscura complementan la caoba oscura de su escritorio y mesa de trabajo. De alguna manera, su oficina consigue transmitir formalidad y comodidad a la vez.

A pesar de las primeras impresiones, es el tipo de lugar en el que solo Shane puede estar completamente relajado. El resto de nosotros andamos con cuidado desde el momento en que entramos.

Pero hoy, ni siquiera Shane parece cómodo cuando nos acercamos a su escritorio.

Sus ojos gris titanio se fijan en los papeles que tiene en las manos. No levanta la vista hasta que estamos a varios pasos de distancia.

De forma brusca y ágil, Shane se levanta de la silla y se dirige hacia la mesa de trabajo. Solo la velocidad con la que se pone de pie, me recuerda que, a pesar de su edad, ese hombre es como una serpiente enroscada; una víbora siempre al acecho, lista para atacar.

Puede que esté envejeciendo, pero Shane Gallagher aún podría decapitar a un hombre adulto con sus propias manos. Lo ha hecho.

Más de una vez.

Shane es alguien a quien hay que temer. De lo contrario, no habría llegado tan lejos.

Y Darren y yo definitivamente no estaríamos aquí sin él o sin su liderazgo. O sin la fe y la responsabilidad que deposita en nosotros.

El fracaso no es una opción.

Ambos somos ejecutores de la familia Gallagher. Además de aportar fuerza bruta, Darren es el experto en explosivos y yo soy el genio tecnológico de la Familia. Darren es hábil con las manos, y cualquier cosa que tenga que ver con el espionaje, el hackeo de sitios *web* o el desarrollo de nuevas tecnologías suele involucrarme a mí. Desde detrás de una pantalla, no en persona.

Al fin y al cabo, solo soy un tipo de informática con una pistola.

—¿Y bien? —pregunta Shane—. Los escucho.

Respiro hondo y trago saliva.

—Ninguno de los dos empleados a los que les tendimos la trampa esta noche picó el anzuelo.

Shane frunce el ceño como si tener empleados leales fuera lo más despreciable del mundo. Luego, dirige su ira hacia mí, como si fuera personalmente el culpable.

—Así que estás diciendo que no estamos más cerca de encontrar una pista sobre el traidor de nuestra familia que cuando empezamos.

El ácido me quema el estómago. Shane no se equivoca al culparme. Como especialista de informática, no puedo evitar pensar que se me está escapando alguna pista digital.

—Sí, señor.

—Mientras tanto, los cargamentos robados continúan. —Shane gruñe profundamente—. Al igual que los robos, los incendios provocados, los tiroteos, las muertes...

—Quizás aún no hemos puesto a prueba a la persona adecuada. El traidor tiene que ser el miembro más ansioso de todo nuestro equipo en este momento. —Cuando estoy nervioso, mis palabras se entremezclan y acabo compensándolo al hablar demasiado despacio. «*Concéntrate, Rory*»—. Solo tenemos que atraparlos cometiendo un movimiento en falso.

—Pero incluso si lo hacemos, no hay garantía de que el empleado al que atrapemos sea realmente el traidor. Podría ser simplemente un desgraciado codicioso que está aprovechando una oportunidad que le cayó del cielo.

Darren y yo intercambiamos una mirada. No se equivoca, pero al menos es un punto de partida. Y no es que eliminar a cualquier tipo de traidor sea una mala idea, infiltrado o no.

Shane se queda callado y, en el largo e incómodo silencio, mi mano se contrae con el impulso de dispararle a algo.

Cuando nos encargó a Darren y a mí la caza del traidor, no me di cuenta de que estaba aceptando el proyecto de trabajo más estresante de mi carrera hasta la fecha.

Incluso cuando se me ocurren ideas sólidas y mi productividad aumenta, el peso que recae sobre mis hombros me abruma. Un solo paso en falso por mi parte podría llevar a los *Reyes Irlandeses* al desastre.

La presión es como un puño apretado alrededor de mi cuello. Incluso haciendo todo lo que puedo, siento que no es suficiente.

La cara de mi madre aparece detrás de mis ojos, recordándome que este no es ni de lejos mi primer fracaso.

Me concentro en un mapa que cuelga de la pared opuesta. Las X rojas cubren la página, indicando todos los lugares donde nuestros hombres han sido atacados en las últimas semanas.

Hemos perdido gente. Buena gente.

Shane no perdona ni olvida fácilmente ese tipo de cosas. Ninguno de nosotros lo hace.

Las puertas del estudio se abren de golpe y entra el hijo y heredero de Shane, y amigo de la infancia, Finn Gallagher.

El cabello castaño rojizo de Finn le cae en mechones revueltos alrededor de su rostro cuadrado y ceñudo. Una cicatriz le atraviesa la mejilla en diagonal y le cruza los labios. Esa cicatriz es un recuerdo de Matteo De Luca, un recordatorio visual de que Finn fue quien lo mató.

Muy cerca de Finn está Cian Mahoney, el último miembro de nuestro grupo de cuatro amigos. Es alto y de facciones marcadas, con rizos oscuros, ojos verdes y un rostro angelical. No hace falta

decir que es el mujeriego del grupo. Bueno, lo *era* hasta que decidió sentar cabeza con la gemela de la prometida de Finn. Últimamente, todos pensamos que Cian es el candidato ideal para ser el próximo subjefe.

Sin duda, actúa como tal, flanqueando a Finn en todas partes mientras nuestro futuro líder corre de un lado a otro, consumido por el deseo de acabar con los De Luca de una vez por todas.

El hecho de que irrumpiera en nuestra reunión significa que tiene una noticia importante.

—Tengo buenas noticias. —Finn se acerca a su padre—. He estado vigilando las redes clandestinas en busca de cualquier rumor sobre el próximo movimiento de los De Luca, y por fin encontré algo. Leo va a celebrar una subasta dentro de dos noches. El dieciocho.

Shane reflexiona sobre la información durante un momento.

—Ya veo.

Sinceramente, no tengo ni idea de qué tiene que ver una subasta con todo esto.

Los De Luca llevan años en bancarrota. Que vendan algunos de sus muebles ostentosos no es realmente una novedad, pero los ojos de Finn brillan como si hubiera descubierto un secreto que lo cambiará todo.

—Creo que deberíamos infiltrarnos en la subasta, escuchar los rumores que circulan y robar el artículo que alcance la puja más alta. —Finn expone su idea con tal intensidad que parece un poco loco. Demasiadas noches sin dormir.

Cian cruza sus enormes brazos.

—Hacer eso le costará mucho dinero a Leo.

—¿El tipo de dinero que podría desesperarlo? —Shane retoma la línea de pensamiento de su hijo, reflexionando, pero aún sin estar convencido.

Finn asiente.

—Exacto. Es una oportunidad para asegurarnos de que Leo esté lo suficientemente desesperado como para aceptar nuestras demandas.

Shane sigue pensándolo.

Después de varios momentos en los que Finn casi vibra, Shane me lanza una mirada significativa.

—Envía a Rory y Darren a investigar la subasta.

Siento como si mi jefe me hubiera golpeado en la cara con un globo de agua.

—*¿Eh?*

—Desde mi punto de vista, esta subasta y el traidor pueden estar relacionados —explica Shane, lo que nos hace a todos mirarnos pensativos—. Quizás unos cuantos cócteles en el lugar de la subasta suelten algunas lenguas.

Cian asiente, como si encontrara lógica en la idea.

—Si *alguien* de nuestra *red* aparece allí esa noche, sea un traidor o no, tenemos que saberlo.

Sigo pensando en: *«envía a Rory y Darren a investigar la subasta».*

Finn empieza a discutir, pero Shane silencia todas las protestas al respecto levantando una mano.

—Tú y Cian llaman demasiado la atención. Eres el heredero de esta mafia. La prueba está en tu rostro. Y los De Luca los reconocerán por nuestras interacciones más recientes. —Shane nos hace un gesto con la cabeza a Darren y a mí—. No verán venir a estos dos.

El entusiasmo de Shane no ayuda a calmar mis nervios. Ya estoy ansioso por saber si nuestra búsqueda del traidor tendrá éxito, y ahora se pospuso a raíz de esta ridícula subasta.

Mi mente es como un hilo que se ha desgastado hasta el punto de romperse. No haría falta mucho para empujarme al límite.

Porque hay una cosa que no puedo tolerar... el fracaso.

La incapacidad de llegar hasta el final, completar una tarea o ser digno de confianza.

También, descuidar la búsqueda de soluciones cuando surgen problemas.

Me he estado forzando como si fuera una maldita manada de ganado. Me he obligado a superar mis propios límites, a hacer lo que sea necesario para tener éxito.

El fracaso no es una opción, a pesar de que me persiguen los grandes fracasos de mi vida.

Uno de ellos es no haberme dado cuenta del deterioro de la salud de mi madre hasta que apenas nos quedaba tiempo de calidad.

Alayna es el otro.

Estoy desesperado por demostrar que soy capaz, sensato y digno de confianza. Pero a veces, cuanto más intento ganar la carrera, más se aleja la meta.

Me vuelven a sudar las manos.

Ahora tengo que ponerme un maldito esmoquin y charlar con quién sabe cuántas personas. Personas que pueden no tener nada que ver con el traidor. Solo quiero volver al trabajo real, porque esto me parece una enorme pérdida de tiempo.

Soy el *jefe* de espías, no *el espía*.

—Atrapar a un traidor es como sacar a un ratón de las paredes y meterlo en la casa… donde tienes una escopeta esperando. Finn y Cian estarán aquí con la escopeta. —Shane se dirige a la puerta, pero se detiene antes de salir para encontrarse con mi mirada y la de Darren—. Vayan a la subasta y saquen al ratón de su escondite. Vuelvan con un premio.

Capítulo 3

Rory

«¿Cómo encontraron este lugar?».

Al entrar en la sección principal del recinto de la subasta, intento no dejarme impresionar por esta cavernosa geoda que podría ser el tema de un especial de *National Geographic*. Cristales y piedras preciosas de color negro púrpura brillan en las paredes y a lo largo del techo, a treinta metros de altura.

Los invitados, vestidos con corbatas blancas, se posan en los balcones que sobresalen a intervalos irregulares alrededor de la sala escalonada. Velas gruesas y delgadas se alinean en los sinuosos pasillos y túneles que conducen a las distintas zonas de observación situadas encima y alrededor de la planta principal.

El piso principal es donde se desarrolla toda la acción: puestos de comida *gourmet*; meseros que van y vienen con aperitivos de cangrejo desestructurados en copas de cóctel; mesas altas donde los asistentes a la subasta se inclinan y susurran; y, al otro lado del lugar, un gran escenario.

Hombres bien arreglados con trajes costosos circulan y se mezclan. Las pocas mujeres en asistencia no reflejan el código de vestimenta formal para los hombres y llevan vestidos negros escotados mientras adulan a sus acompañantes. Amantes, o posiblemente incluso, prostitutas. No esposas. Un presentador de

ojos pequeños se encuentra detrás de un podio con una sonrisa cómplice en su rostro, escaneando a la multitud mientras los asistentes inspeccionan los diversos artículos de la subasta.

—¿Alguna señal de él? —cuestiono en voz baja y rápida al micrófono oculto en la corbata de moño que llevo alrededor del cuello.

Tras un momento de silencio, se oye la voz ronca de Darren.

—*Todavía no.*

—Echaré un vistazo al baño, a ver si escucho algo.

Darren está en algún lugar de las entrañas de este lugar, tratando de asegurarnos una salida fácil en caso de que logremos salir de aquí con la preciada posesión de Leo De Luca, sea lo que sea. Ambos estamos atentos al imbécil en cuestión, pero hasta ahora ha sido difícil de encontrar.

Sabemos que está aquí en alguna parte.

Giro a la izquierda por una pequeña rampa que conduce a un letrero que dice *Caballeros*. Cada vez que veo esa palabra, me dan ganas de reír. Como si alguno de los hombres que están aquí supiera algo de ser caballeroso, incluyéndome.

Si alguno de estos imbéciles que están aquí esta noche me reconociera, no dudaría en clavarles los pulgares en las cuencas de los ojos hasta que se les salieran los globos oculares y la gelatina se derramara junto con la sangre. Y así, sin más, nunca volverían a ver.

Caballeros, una mierda.

Un asistente largucho apostado fuera del baño de hombres me abre la puerta con un gesto ostentoso y entro con paso firme en el grandioso cuarto de baño del otro lado, atento a las voces.

Nada.

Este asunto del traidor me ha estado dando vueltas en la cabeza desde que descubrimos por primera vez la existencia de la filtración. Es como un diagnóstico de cáncer con un pronóstico incierto. ¿Podemos extirpar el tumor? ¿O la enfermedad ya se extendió por toda nuestra organización? ¿Sobreviviremos o ya estamos muertos?

No importa cómo lo mire, este traidor, sea quien sea, debe estar motivado por la promesa del poder. Debe creer que derribar a Shane

derribará al resto de los *Reyes Irlandeses* y le abrirá un hueco que él podrá ocupar.

No llaman a Shane Gallagher *Old Bulletproof* por nada, pero tal vez el plan del traidor no sea matarlo, sino destrozar su reputación. Conseguir que los altos mandos le den la espalda, que pierdan la confianza en su liderazgo y en su elección de Finn como próximo jefe, sería suficiente para dar un golpe de Estado.

Teoría tras teoría, ángulo tras ángulo, se agolpan en mi mente.

Si estoy en lo cierto y el traidor *es* alguien del alto mando de Shane, eso significa que quien nos ha estado traicionando todos estos meses, demonios, quizás incluso años, es alguien a quien conozco bien.

Al principio, no entendía por qué Shane no quería liderar la caza del traidor él mismo. No es la primera vez que los *Reyes Irlandeses* se enfrentan a este tipo de problema, y Shane participó en descubrir la traición en el pasado, o eso cuenta la historia.

Sin embargo, la razón de Shane para mantenerse al margen quedó clara. Como su sucesor, Finn necesita saber quién está de su lado y quién no si quiere tener alguna esperanza de dirigir con éxito a los *Reyes Irlandeses*, y la caza del traidor revelaría exactamente eso.

Todo el mundo, nosotros, los De Luca y todas las mafias intermedias, están pendientes de Finn, esperando poder prejuzgar el resultado de esta guerra. Quieren evaluar la fuerza de nuestra Familia. La reputación de Finn como futuro líder de esta organización nacerá en estos tiempos turbulentos.

Cuando Cian y Finn no están preocupados por el trabajo, están metidos hasta las rodillas en coños. ¿Dije coños? Quise decir *felicidad prematrimonial*. En comparación, Darren y yo no tenemos nada que hacer, así que, naturalmente, supuse que Shane nos llamaría primero a la línea frontal.

La corbatín está intentando estrangularme, así que jugueteo con esa estúpida cosa frente al espejo. La mirada del asistente me quema la nuca, pero mi deseo de darle un puñetazo es el menor de mis problemas en este momento.

Los De Luca son un grupo de solteros rebeldes, llenos de ira, desorganizados y violentos asesinos. Solían ser uno de los principales sindicatos criminales italianos en *New York*, aunque las cosas se torcieron cuando su heredero fue enviado a la cárcel por cargos de tráfico de personas y su jefe, Matteo, fue asesinado solo unos años más tarde.

Por nosotros. Bueno, por Finn. Con la bendición de Shane.

La muerte de Matteo De Luca provocó una onda expansiva que derribó toda su organización. Con su heredero encarcelado y sin un plan de sucesión claro, la familia cayó en desgracia y se redujo casi a la nada.

Durante unos pocos años, prácticamente, desaparecieron del mapa. Luego, la primavera pasada, regresaron con ganas de venganza. Liderados por Enzo De Luca, se habían asociado con *Red Hill*, una Mafia Irlandesa de *Philadelphia*, para acabar con nosotros.

Enzo juró vengarse de los *Reyes Irlandeses* por la muerte de su hermano Matteo. Todos reconocimos que ese juramento era solo una farsa: los hermanos se odiaban y esto no era más que una oportunidad para que Enzo recuperara el poder y, con el verdadero heredero fuera del camino, tomara el control como Don.

De todos modos, Enzo ya es historia. Después de que secuestrara a una de las mujeres de los *Reyes Irlandeses*, mis amigos y yo nos aseguramos de que no viviera para contarlo. Ese debería haber sido el segundo y definitivo final de los De Luca.

Pero solo una semana después de que lo enterráramos, Leonardo salió de prisión por un tecnicismo falso.

Se rumora que Leo está aún más loco que su tío. La cárcel nunca mejora el carácter de nadie, así que no es de extrañar; no obstante, en los pocos meses que Leo lleva al frente de su clan, el conflicto entre nuestras familias ha alcanzado un nivel completamente nuevo.

—*Oh,* por el amor de Dios. —En un arranque de irritación, deslizo el pequeño micrófono dentro del cuello de mi camisa de esmoquin y me arranco la seda del cuello, lanzando aquella cosa manchada al cesto de basura más cercano, adornado con incrustaciones de ónix.

Incluso los botes de basura de este lugar son obras de arte.

Me dirijo hacia la puerta, desabrochándome la parte superior de la camisa del esmoquin.

—*¿Qué pasa? ¿Qué va mal?* —pregunta Darren al oído mientras salgo al pasillo.

—Nada.

—*¿Necesitas refuerzos?* —Se oye un leve arrastrar de pies al otro lado de la línea—. *Puedo llegar hasta ti con un par de granadas en menos de cinco minutos.*

—Quieto, *Rambo*. No creo que hayamos llegado aún a la parte de las granadas de esta misión, pero si lo hacemos, serás el primero en saberlo. —Unos pasos más y vuelvo a entrar en el gran auditorio de este palacio subterráneo—. ¿Qué ves?

Las luces del escenario recorren la sala y proyectan un resplandor brillante en el techo y las paredes. Están preparando algo. Debe de estar a punto de salir el artículo más cotizado de la subasta.

Un mesero pasa junto a mí con una bandeja de *champagne*. Agarro una copa y me la bebo de un trago.

Voy disfrazado de uno de los invitados y Darren de uno de los miembros del personal de limpieza, aunque ojalá hubiéramos intercambiado los papeles. Puede que tenga una idea más clara de lo que estamos buscando, pero Darren no tiene por qué llevar esmoquin.

Darren habla en voz baja y tengo que esforzarme por escucharlo.

—*Parece que guardan la mayoría de los artículos de la subasta en una antecámara vigilada en la parte trasera del escenario.*

—¿Puedes entrar? —Cambio mi copa de *champagne* vacía por una llena mientras otro mesero se desliza a mi lado.

—*Puede que me cueste un poco, pero probablemente sí*. —La voz de Darren se interrumpe por un momento—. *¿Qué ves por tu parte?*

Empiezo a responder, sin embargo, mi sistema se bloquea cuando mis ojos se posan en una mujer que se encuentra cerca de un grupo de hombres. A diferencia de las otras asistentes, ella no está abrazada a nadie. En cambio, se encuentra de pie, incómoda,

con un vestido rojo oscuro que apenas logra cubrir sus impresionantes atributos.

Desde mi perspectiva lateral, puedo ver bien su trasero firme y redondo, y sus pechos suaves y llenos. La mujer tiene los senos perfectos. Ni demasiado grandes, ni demasiado pequeños, sino justo lo adecuado.

El *cosplay* nunca ha sido lo mío, aunque por esta mujer me pondría un traje de oso y le untaría miel por toda su piel antes de meterla en *mi* cama para devorarla.

No es alta, pero tiene unas piernas largas con unas pantorrillas y unos muslos deliciosamente tonificados que lucen a la perfección con unos brillantes zapatos de tacón alto.

Suaves ondas oscuras le caen por debajo de los omóplatos. Sus largas pestañas y sus mejillas pálidas y suaves presentan una imagen de inocencia que debe ser una ilusión, dado el lugar y su atuendo.

Gira la cabeza en mi dirección y, en el momento en que nuestras miradas se cruzan, siento como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago. Sus labios se separan como si también la hubiera sorprendido, y sus ojos inocentes se agrandan. Creo que son de color avellana, pero no puedo distinguirlo desde aquí.

Algo en ella me suena. ¿La conozco? No. No olvidaría un rostro como ese.

Por primera vez en mi vida, lamento no ser el tipo de hombre que paga por sexo. Si lo fuera, estaría encima de ella en un santiamén. Me pregunto por qué es la única que lleva rojo en todo el lugar.

—Rory, ¿sigues ahí? Mierda, espero que no tengamos ya problemas técnicos —murmura Darren.

—Sí, lo siento, estoy aquí. —Me sacudo mentalmente. Tengo que mantener la cabeza en el juego. No tenemos tiempo para distracciones.

—Pregunté qué ves por tu parte.

Cierto. Con esfuerzo, aparto mi atención de la mujer de rojo y observo a los hombres del grupo que están cerca de ella. Mientras los examino, veo a un hombre grande, de hombros anchos, con el

cabello oscuro y liso y una cabeza gigantesca que reconocería en cualquier parte. Una de las chicas vestidas de negro se aferra a su brazo, pero está concentrado en la mujer de rojo, que se mueve inquieta y parece que preferiría estar en cualquier otro sitio.

—Maksim Petrov está aquí —susurro su nombre al micrófono y Darren responde con un sonido ahogado.

—*¿Petrov?* —La incredulidad en su voz está justificada—. *¿El traficante de armas?*

—El único e inigualable. —Doy un sorbo a mi copa de *champagne* para evitar que mi boca se quede abierta.

Esto es malo. No sé exactamente cuán malo, aun así, peor de lo que imaginábamos.

Los De Luca no tienen el dinero ni la gente para operar al nivel al que estaban acostumbrados, y no podrán cambiar eso a menos que creen algunas alianzas y recuperen su estabilidad financiera.

Ya descubrimos que tienen una alianza oficial con la Mafia *Red Hill*. No es genial, pero es manejable.

No obstante, si Leonardo De Luca cuenta con la *Bratva* de Petrov entre los socios de su familia, estamos en un gran problema.

Todo el mundo sabe que los Petrov son traficantes de armas famosos en todo el mundo. No son una organización criminal internacional cualquiera. Son un arsenal privado valorado en miles de millones de dólares para cualquiera que tenga los medios para pagar por su mercancía. Lo último que necesitamos es que Petrov arme a Leonardo De Luca y a lo que queda de su clan de idiotas.

Petrov tiene contactos terroristas, además de más dinero que los Rockefeller. Leo De Luca necesita dinero, eso es seguro. Pero ¿qué diablos podría ofrecerle ese imbécil en la ruina a la *Bratva* de Petrov a cambio?

Mi mirada vuelve a la mujer del vestido rojo. Se está alejando poco a poco de Petrov y gesticula por encima del hombro como si necesitara marcharse.

Antes de que pueda retirarse, Petrov le agarra la mano con su garra asquerosa y se la lleva a los labios. La mujer mantiene la sonrisa, pero en cuanto él la suelta, se da la vuelta con el ceño fruncido y se limpia la mano en el vestido.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo. Se queda quieta y se lame los labios, lo que hace que una oleada de lujuria recorra mis venas. Doy un paso instintivo en su dirección antes de que ella rompa el contacto visual y se aleje apresuradamente.

Un crujido resuena en mi oído, seguido de la voz de Darren.

—*Tengo a Leo a la vista.*

Esas seis palabras me sacan de mi extraño trance.

—¿Dónde estás?

—*En la entrada de la sección VIP.*

«¿La sección VIP?». Ese podría ser el lugar perfecto para recabar información sobre quién más importante podría estar merodeando por aquí esta noche.

—¿Quién más es VIP?

—*Los chicos de* Red Hill.

Debería haber sabido que estarían aquí. Los De Luca y los chicos de *Red Hill* son muy unidos últimamente. Hace unos años estuvimos a punto de formar una alianza con ellos, pero el acuerdo se frustró después de que su heredero golpeara a la hija de Thomas, Riley, que salía con él antes de acabar comprometida con Finn. Todo el asunto es una auténtica telenovela.

Si la Mafia *Red Hill* le hubiera enseñado a ese imbécil un poco de autocontrol, quizá nada de esto habría pasado.

Estoy a punto de preguntarle a Darren quién más está allí, pero mi atención se desvía hacia el escenario, donde una mujer acaba de colocar un cuadro grande.

Después de que el maestro de ceremonias retira la tela protectora, se produce un coro de exclamaciones.

Incluso Darren puede oír las reacciones.

—*¿Qué está pasando ahí abajo?*

—Acaban de presentar la próxima pieza que se subastará. Es... —La sorpresa me deja sin palabras.

—¡Les presento una obra nueva y nunca antes vista de *Libertas*! —exclama el maestro de ceremonia por encima de los aplausos.

Incluso yo estoy impresionado por la pieza. La forma caprichosa en que la luz y la oscuridad bailan juntas dentro del marco.

La brillante luz de la luna sobre una pequeña casa de jengibre en el bosque. La gran ventana está compuesta por barrotes. El interior derretido, creado a partir de rayas de colores vivos.

La puerta abierta, por donde un gorrión vuela hacia la libertad.

Es la obra más emotiva de *Libertas* que jamás he visto, y he visto muchos de sus cuadros. Mi madre y yo fuimos a una de sus exposiciones hace años, cuando todavía estaba en la escuela. Nos encanta el trabajo de este artista.

Libertas es un alias, pero nadie conoce la verdadera identidad del genio que se esconde tras ese nombre. El secreto forma parte del misticismo y el folclore del pintor.

¿Cómo consiguió un tonto tacaño como Leo una pintura jamás vista de un artista de renombre mundial? En una mesa cercana, hay un menú de la subasta olvidado. Me dirijo directamente hacia él y examino el contenido.

Tal vez el programa contenga alguna pista sobre dónde robó la obra. Incluso la más mínima pista podría marcar la diferencia.

El cuadro es el penúltimo artículo que se subasta. No hay información sobre dónde consiguió Leo el cuadro...

Espera.

Parpadeo con fuerza, como si las palabras fueran a cambiar si refresco mi visión. Bajo el nombre del cuadro por el que están pujando actualmente, encuentro el último artículo del menú de la subasta...

Libertas. ¿El famoso artista solitario y anónimo está... a la venta? ¿Qué mierda es esta?

¿Cómo pueden los De Luca subastar a un pintor famoso?

Mi mejor suposición es que descubrieron su identidad y planean vender esta codiciada información.

Pero, por muy emocionante que sea, no estoy seguro de que la información sea lo suficientemente valiosa como para interesarles a familias como los Petrov, que poseen más obras de arte que el Metropolitan.

—Algo huele mal.

Darren se burla.

—Repítelo para los que están atrás.

—Vigila a Leo. Ya voy.

Capítulo 4

Kiara

—¿Estás lista? —La fuerza en la voz de Mae no me motiva.

—Ni siquiera un poco. —Mi pierna no deja de temblar por los nervios. Mae me acaricia la mejilla con su suave mano en un gesto tranquilizador.

—Sabes que no puedes quedarte aquí más tiempo —susurra. Su voz se quiebra—. El amo Leonardo lo ha hecho imposible.

Después de que Leo básicamente me empujara al salón de subastas y su guardia me llevara a conocer a un montón de tipos espeluznantes que ya había hecho todo lo posible por olvidar, me escoltaron de vuelta a un camerino en algún lugar de las entrañas de este cavernoso sitio. A pesar de su generoso tamaño, el espacio bien podría ser un armario. Nunca había experimentado una sensación de claustrofobia tan profunda.

De estar enjaulada.

Un agarre invisible se aprieta alrededor de mis costillas.

Aparte de un tocador enorme en el que cabrían diez personas maquillándose a la vez, la habitación está vacía. Varias luces brillantes nos iluminan.

En una esquina de la habitación hay un sofá aterciopelado. Sobre él cuelgan bolsas de ropa, flácidas y sin vida. Ojalá pudiera meterme en una y fingir que mi vida no es un enorme basurero en llamas.

Pero, con mi suerte, me desmayaría por el calor y la falta de oxígeno, y entonces uno de los brillantes ejemplos de la sociedad asistentes a este evento me confundiría con un cadáver y tiraría la bolsa a un incinerador conmigo dentro.

Es bueno saber que sigo siendo *optimista* ante la adversidad.

Mae camina detrás de mí. La observo en el espejo hasta que mis ojos se fijan en mi propio reflejo. Me estremezco al verlo. Como si venderme al mejor postor no fuera ya lo suficientemente terrible, Leo decidió redoblar mi horror comprándome un vestido que haría sonrojar incluso a una trabajadora sexual.

El escote es obscenamente profundo entre mis pechos, y el tejido se ciñe a mis curvas antes de terminar justo por debajo de mi trasero. Los zapatos de tacón plateados que llevo en los pies encajarían perfectamente en un club de *striptease*.

No sé qué esperaba. ¿Un elegante vestido de gala? Por favor.

Incluso después de toda la fealdad que hay en esta familia, supongo que una pequeña parte de mí aún esperaba un final feliz. Así es como sé que leí demasiados cuentos de hadas.

O tal vez sea más fácil esperar un final feliz que aceptar mi triste realidad.

La imagen del rostro de ese hombre misterioso aparece en mi mente. Estaba apartado, y a diferencia del resto de la multitud que me observaba lascivamente, su mirada no me puso los vellos de punta. Diría que es porque es muy guapo, aunque no creo que sea eso. Había muchos otros hombres guapos entre la multitud, pero la atención de ellos hacia mí, me daba náuseas. La suya no.

No, su atención me hizo sentir como si acabara de recibir una descarga eléctrica. La sensación me recordó a una de las novelas románticas que solía leer mi madre. Esos mismos libros siguen en las estanterías de mi habitación en casa, y los leí todos al menos una vez. Esas historias me ayudan a sentirme más cerca de ella.

Me fijé en él antes de que me viera, probablemente, porque me dio la sensación de que no quería estar allí tanto como yo. Quizás si nos hubiéramos conocido como gente normal, en un café o en un bar, habríamos entablado una conversación, y tal vez incluso habríamos salido a cenar o al cine.

Debo de ser una de las únicas mujeres de mi edad en todo el país que nunca ha tenido una cita.

Me giro hacia Mae.

—¿Tienes la bolsa?

Asiente antes de sacar la bolsa que contiene un cambio de ropa de su escondite, debajo del sofá.

Solo teníamos tres días para idear un plan de fuga, y pasamos la mayor parte del tiempo lamentándonos por el hecho de que escapar también significaba separarnos.

Para siempre.

Ambas estamos dejando el único hogar que conocemos y no podemos permanecer juntas.

Cuando Leo se dé cuenta de que hui, primero buscará a Mae. Sabe que somos inseparables. Se dará cuenta al instante de que tiene algo que ver con mi desaparición y no hará preguntas. Leo no es de ese tipo.

Matará a Mae si se queda. No puedo permitir que eso suceda. Y de esta manera, si me encuentran, espero que ella siga estando a salvo.

Mientras mi madre vivía, guardaba una pequeña cantidad de dinero por si acaso, escondido en una copia hueca de su novela romántica histórica favorita. En el fondo de su corazón, sabía que algún día tendría que huir y necesitaría su ayuda.

Obligué a Mae a quedarse con la mayor parte. Necesitará comprar un boleto de avión para volver a Francia. Pensé que lo mejor para ella sería volver a un país donde tiene amigos y familiares que la mantengan a salvo. Un lugar donde Leo De Luca sea un desconocido.

Me quedé con algo menos de mil quinientos dólares. Los necesitaré para llegar a donde sea que vaya. No es que tenga idea de cómo sobrevivir por mi cuenta allá afuera. Nunca he estado sola antes, y la idea de toda esa libertad me emociona y me aterroriza a la vez.

Mi plan es subirme a un tren en la estación Grand Central. Uno que se aleje lo más posible de aquí.

Quizás viaje hacia el oeste y siga adelante hasta llegar a San Francisco. Tal vez desde allí agarre un vuelo a Hawái o Guam. A algún lugar donde no haya inviernos blancos.

Curiosamente, solo pensar en el calor me da un poco más de fuerzas.

Puedo hacerlo.

Me levanto del tocador y Mae me desabrocha el vestido. Solo temblando un poco, me pongo la ropa de repuesto. Pensamos en disfrazarme de mesera o de proveedora de *catering*, pero todas las personas que trabajan en esos puestos son hombres.

Las únicas mujeres empleadas en la subasta de Leo, además de las tramoyistas, son las mujeres semidesnudas que exhiben sus encantos en el escenario o sirven bebidas en la sala VIP, donde Leo seguramente estará mirando.

Vestirse como un tramoyista es la forma más segura de pasar desapercibida. Ropa negra. Tenis oscuros. El trasero cubierto.

Una vez vestida, Mae y yo nos observamos. Se me encoge el pecho. Son nuestros últimos momentos juntas. En cuanto salga por esa puerta, se habrá ido para siempre.

Y yo también.

La abrazo y le digo con la voz entrecortada:

—Te voy a extrañar.

—Siempre has sido mi amor. —Sus palabras se filtran hasta mis huesos como el agua en la arena, mientras me estrecha entre sus brazos—. Siempre lo serás.

—Nunca te olvidaré.

Solloza.

—Tampoco te olvidaré nunca.

No hay nada más que decir. Nada que no nos haga soltarnos a llorar, como mínimo. Y no tenemos tiempo para eso. No con nuestra supervivencia en juego.

—Vete. —Articulo.

La tristeza se refleja en su rostro antes de dedicarme una última sonrisa temblorosa. Se seca las lágrimas y respira profundamente.

—Dulce niña. No te rindas nunca hasta encontrar la felicidad.

Después de darme un último beso en la mejilla, desaparece por la puerta.

Verla marcharse por última vez es tan doloroso como si me partieran en dos, pero, de alguna manera, eso solo me motiva aún más para lograr mi propio escape.

No hay forma de que sobreviva en este mundo criminal sin ella. Si se va, yo también debo hacerlo.

Me miro en el espejo por última vez.

Odio ver los largos y oscuros rizos creados por la plancha, así que me recojo el cabello en un moño en la nuca y aliso los lados alrededor de mi pequeña cara en forma de corazón. El miedo tiembla en mis ojos marrones, con las motas verdes apenas visibles. Mi boca se contrae, mis labios se fruncen.

A pesar de que estoy luchando por contener las lágrimas, definitivamente, parezco una tramoyista.

Una tramoyista con demasiado maquillaje.

Después de quitarme un poco, me toco el moño. Es un peinado que Leo nunca me ha visto llevar, y espero que el efecto, junto con mi cambio de ropa, me ayude a disfrazarme.

Del bolsillo de mis pantalones saco el pequeño auricular que Mae tomó de una mesa al entrar aquí para dar más autenticidad, y así parecerme más a los demás trabajadores.

Le tengo tanto aprecio y ya la echo de menos con cada fibra de mi ser.

«Mantén la compostura, Kiara».

—Esta es mi única oportunidad. —Me miro en el espejo fijamente a los ojos mientras susurro esas palabras. Esto es todo.

Probablemente, he abierto puertas un millón de veces en mi vida, pero cuando abro la del camerino para salir, ninguna de mis experiencias me prepara para la avalancha de miedo que me hiela las venas.

Los guardias de seguridad colocados fuera de la entrada, a la vuelta de la esquina, no me miran. Nadie espera que huya. ¿Por qué iban a hacerlo? En veinticuatro años como prisionera en esta familia, nunca intenté escapar. Durante mucho tiempo tuve que pensar en mamá, luego en Mae.

Quizás por eso estoy muerta de miedo mientras corro por este pasillo oscuro, tratando de recordar todo lo que vi cuando llegamos hace unas horas. Pero no funciona. No puedo recordar nada.

No cuando estoy tan nerviosa.

Hubo un viaje largo y angustioso. Estaban Leo y un equipo de seguridad que me llevaron a un lugar peligroso, parecido a una estación de metro abandonada. Luego, una oscuridad resonante, iluminada por antorchas, que se convirtió en pasillos sinuosos.

Sin atajos. Sin salidas.

No tengo ni idea de cómo escapar por mi cuenta sin ser detectada.

Doblo en la siguiente esquina y me encuentro en un pasillo que recorre la circunferencia de la sala de subastas. Aunque ya la vi una vez, el puro esplendor de todo lo que me rodea me deja sin aliento.

El *jazz* resuena vagamente en el aire y las velas parpadean, altas y bajas, como en una boda *vintage* en *New York*. El lugar es digno de un baile real. El impulso de pintar el vívido paisaje festivo que tengo ante mí recorre mis dedos, así que tomo una fotografía mental para guardarla para más tarde.

Por el momento, necesito mantener la cabeza fría y encontrar alguna forma de salir de este lugar.

Desde mi posición privilegiada, examino el lugar.

No hay rastro de mi monstruoso primo. Gracias a Dios.

Me mantengo en las sombras, evitando a toda costa la sala de subastas. Definitivamente, no podré escapar si me desmayo por un ataque de pánico en medio del lugar.

Aun así, no puedo evitar sentirme impresionada por todo el dorado y el glamur. ¿Desde cuándo Leo organiza eventos de este calibre? Antes de que lo llevaran a prisión, sin duda nunca lo había hecho.

Este lugar es exactamente como me imagino que sería el interior de una amatista. Oscuridad, sombras y cristales púrpura con destellos blancos de luz reflejándose en ellos. Candelabros, piedras preciosas en las paredes y techos altísimos.

A pesar de mi prisa, no puedo evitar echar un vistazo al espectáculo cada pocos segundos. En mi mente, esbozo el cuadro

que pintaría basándome en este momento, dejando que el resplandor de la sala me distraiga durante unos segundos más.

Una carcajada masculina me saca de mis pensamientos y provoca una nueva oleada de ansiedad. Vuelvo a escudriñar el lugar en busca de una salida. Aunque hay aberturas en las cavernosas paredes, ninguna de ellas tiene un letrero verde neón de salida colgado encima.

«Quizás no haya salida para ti», se burla la parte más atormentada y cerrada de mí desde lo más profundo de mi alma.

«Cállate», pienso, arriesgándome a salir al pasillo cercano.

Eso es lo que me pasa por leer por fin la novela gótica que encontré escondida en la parte trasera de la estantería de mamá.

El pasillo se aleja de la sala de subastas y la música se va atenuando a medida que avanzo. Tengo la esperanza de que se materialice algún tipo de estrategia de salida, pero, en cambio, mis miedos pasan a primer plano.

La idea de estar sola me asusta. Aun así, no es ni la mitad de aterradora que lo que me pasará si me descubren y me obligan a quedarme en este mundo cruel.

Vivir como esclava del arte para mi propia familia ya fue bastante difícil.

No quiero hacerlo para otra familia mafiosa cruel y violenta.

No puedo. No lo haré. Tengo que encontrar una manera de salir de aquí.

—Me alegro de que la estés pasando bien.

Mis pies se paralizan al instante.

Merde.

Es Leo. Está cerca. Reconocería esa voz grave y amenazante en cualquier parte.

El pánico estalla dentro de mí, con sirenas aullando en mi sangre.

Giro a la izquierda hacia el pasillo más cercano, horrorizada al oír que su voz se acerca.

Siento una contracción en el estómago. Va a atraparme y luego me venderá o me matará.

En este momento, no estoy segura de qué opción es peor.

No sé adónde ir ni qué hacer, pero no puedo quedarme aquí como un blanco fácil. Al salir corriendo, miro por encima del hombro para ver donde está Leo... y me estrello directamente contra un cuerpo duro.

Capítulo 5

Rory

La sección VIP es exactamente como esperaba.

Exuberantes alfombras rojas, sofás bajos, mesas altas, meseras semidesnudas con *tops* negros escotados y minifaldas a juego. El tipo de salón que frecuentaría Leonardo De Luca. Me las arreglé para pasar fácilmente la cuerda de terciopelo; lamentablemente, eso es todo lo que logré.

Darren me ayudó a moverme una vez que Leo se marchó de la zona. No hay motivos para creer que me reconocería como uno de los *Reyes Irlandeses* por solo verme, pero, por si acaso, no podía arriesgarme a llamar la atención.

Leo De Luca es muchas cosas, entre ellas muy desconfiado. Por lo que investigué, me parece el tipo de hombre que memoriza el nombre y el rostro de todas las personas que figuran en su lista de invitados.

Cerca de allí, un grupo de clientes VIP charla. Hasta ahora, escuchar a escondidas y hacer preguntas sutiles no me han proporcionado ninguna información útil, pero quizás esta vez tenga más suerte.

—¿Vas a pujar por *Libertas*? —susurra una mujer con un largo vestido de noche negro al oído del hombre que está a su lado.

Su elegante atuendo la identifica como la esposa, o posiblemente la hermana, de un mafioso, más que como una amante ocasional. Sin embargo, me doy cuenta de que sigue vestida de negro, como las demás mujeres, lo que me hace volver a pensar en la mujer de rojo.

—Es inútil, ya te lo dije. —Su acompañante esboza una sonrisa sugerente—. Escuché que el artista ya fue vendido a la *Bratva* de Petrov.

La mujer resopla.

—Eso no puede ser cierto. ¿Para qué hacer una subasta si el artículo estrella ya está fuera de juego?

El hombre le besa la mejilla.

—La formalidad está de moda.

—No todos los rumores son ciertos —afirma la mujer, molesta. Lo admito, estoy un poco confundido.

Supuse que Leo estaba vendiendo la *identidad* del famoso y misterioso artista, pero por la forma en que hablan estas personas, parece que Leo está vendiendo al pintor en sí... lo cual no puede ser cierto.

Retrocedo hacia el vestíbulo para asimilar las revelaciones y continuar con mi investigación. No llego muy lejos antes de que un cuerpo se estrelle contra mi espalda.

Tropiezo hacia delante y apenas puedo resistir el impulso de girarme y agarrar a la persona por el cuello. Mis nervios se tensan mientras me volteo para enfrentarme al culpable.

La sorpresa me oprime el pecho.

Ojos marrones profundos con pequeños destellos verdes, redondos como platos por el miedo. Una pequeña nariz griega. Labios carnosos y mechones de cabello oscuro que enmarcan un rostro suave y deslumbrante.

—Tú. —La palabra se me escapa de la boca en cuanto reconozco a la mujer que me robó el aliento antes.

Solo que ahora ya no lleva el atrevido vestido rojo. En su lugar, va vestida como una tramoyista, con unos pantalones negros ajustados y una camisa abotonada. La vestimenta más informal no le resta nada a su belleza.

—E-estoy en problemas. Por favor, ayúdame. —Su voz apenas supera un susurro—. Si Leo me encuentra...

Abre mucho los ojos y se tapa la boca con la mano, como si acabara de revelar un gran secreto. Fija su mirada en mí, con una desesperación tan vívida como el color que tiñe sus mejillas.

Pasa un instante mientras me quedo de pie, contemplándola. De cerca y sin tacones, parece aún más pequeña. También es más hermosa, y su fragancia dulce y almizclada inunda mis sentidos, provocándome una erección instantánea. Para mantener bajo control mi ardiente lujuria, me veo obligado a respirar por la boca, y ni siquiera eso soluciona el problema por completo.

Mi cerebro se pone en marcha a toda velocidad cuando se me ocurre una idea.

No creo que tuviera intención de nombrar a Leo, pero me alegro de que lo hiciera. Si le tiene tanto miedo a Leonardo De Luca como para pedirle ayuda a un completo desconocido, también podría tener suficiente miedo como para *hablar*.

Para darnos información sobre Leo que garantice su desaparición y la seguridad de ella.

Esta mujer podría ser lo más valioso de todo este lugar, y literalmente cayó en mis manos. La casualidad me impacta tanto que sonrío.

—Parece que necesitas un lugar donde esconderte. —La observo con más detalle, calculando que no puede tener más de veinticinco años.

—Por favor. Ya viene. —Está temblando, su bonito rostro se contrae por el terror.

De la nada, un instinto oscuro y protector se apodera de mí, impulsándome a tomar una decisión arrebatada.

Tomo sus manos temblorosas entre las mías y las acerco a mi rostro. Sus ojos me siguen hasta que se centra solo en mí y no en el desgraciado repugnante que acecha en el pasillo.

—¿Confías en mí? —murmuro en la oscuridad, soltando sus manos y dejándolas caer hasta su cintura. Me mira con esos grandes y hermosos ojos marrones. Su expresión se queda en blanco por un momento y luego me da un asentimiento vacilante con la cabeza.

No sé qué demonios estoy haciendo ni por qué lo hago, pero su pequeño voto de confianza me llena el pecho como una ola del mar.

Aprieto más fuerte su cintura, lo que la hace dar un pequeño salto, lo cual me viene bien, porque en ese mismo instante moldeo mi boca a la suya.

Su jadeo entrecortado y sorprendido acaricia mis labios. El sonido llega directamente a mi verga. La empujo hacia atrás, más adentro del hueco junto al pasillo, levantando una mano de su cintura para apoyarla en la pared antes de inmovilizarla contra ella.

Se sobresalta de nuevo y aprovecho sus labios entreabiertos para introducir mi lengua entre ellos. Tiene un sabor delicioso, como chocolate cubierto de fresas combinadas con *champagne*, y quiero lamerla hasta dejarla sin aliento.

Al primer roce de mi lengua con la suya, se queda paralizada y sus dedos se clavan en mis hombros. Luego, se derrite contra mí mientras su lengua tímidamente devuelve el favor.

La electricidad me recorre de arriba abajo, crepitando en mi pecho como el interior de una nube de tormenta.

Me rodea el cuello con sus brazos, despertando algo en lo más profundo de mí que creía muerto hace tiempo. Por instinto, la atraigo más hacia mí y giro nuestras cabezas para ocultar su perfil de cualquiera que pueda estar buscándola.

Detrás de mí, Leonardo De Luca pasa junto a nosotros, con voz firme e impasible mientras habla con quien sea que lo acompaña, pero apenas me doy cuenta.

Porque algo está sucediendo dentro de mí en este momento.

Algo completamente inesperado.

Mierda. Destruyo sus labios con los míos, deleitándome con su boca. La deliciosa sensación se dispara directamente a mi entrepierna y hace que mi corazón dé una serie de pequeños saltos.

Sus suaves exhalaciones acarician mi piel. Un gruñido retumba en mi garganta mientras una de mis manos acaricia su mejilla antes de hundirse en su suave cabello. Con la otra mano, le agarro la

nuca, sujetándole la cara contra la mía mientras nos saboreamos mutuamente.

Los dos sabemos que Leo se fue, pero no la suelto, y sus brazos cruzados alrededor de mi cuello no se aflojan ni un poco.

Una de mis manos se desliza hasta la parte baja de su espalda. Baja más, mis dedos se curvan alrededor de su nalga y la aprieta.

Sus ojos muy abiertos me miran fijamente como si pensara que voy a devorarla allí mismo.

Podría tener razón. Estoy a punto de deslizar mi mano entre sus piernas. Alguien tose y la timidez desvanece el placer que me embriaga.

Esto es una locura.

Me estoy comportando como un animal sin control sobre sus impulsos salvajes.

La decepción me invade cuando vuelvo a la realidad y recuerdo nuestras circunstancias. Yo cruzando las líneas enemigas. Ella intentando escapar. Ambos a pocos centímetros de ser descubiertos por Leo o sus aliados.

Pero la forma en que su cuerpo se aferra al mío, la calidez que se apodera de mí...

—*E-eh*... —balbucea, parpadeando rápidamente mientras afloja su agarre. Eso solo me incita a abrazarla con más fuerza. Aún no estoy listo para dejar pasar este momento.

Vuelvo a unir mis labios a los suyos, tirando la precaución por la ventana.

Se siente bien cuando nuestras lenguas se entrelazan en este baile caliente y húmedo.

Estoy en medio de una misión, escondido con una desconocida en un rincón oscuro, con la verga dura como el acero. Esto es más bien algo que haría Cian en sus días previos a Harper.

La mujer se aferra a mí como si su vida dependiera de ello, con los dedos enredados en mi cabello.

Mi polla está completamente erecta en este momento, lo cual es una noticia *terrible.*

Tengo que poner fin a esta sesión de besos descontrolada antes de que nos estrellemos y quememos. En cambio, sigo abrazándola con tanta fuerza que podría colapsarle un pulmón. Con la marea de nuestros labios precipitándose juntos, me dejo llevar por la emoción.

Hasta que Darren me susurra al oído que lo ponga al día.

Mierda. Cuando me retiro, nos miramos sorprendidos, con la boca abierta y jadeando.

Las preguntas circulan entre nosotros como tiburones.

«¿Qué demonios fue eso? ¿Y ahora qué hacemos?».

Capítulo 6

Kiara

Con los labios hinchados y la mente aturdida, miro a mi apuesto salvador y me pregunto si estoy perdida en algún sueño hiperrealista. Una especie de defensa mental desencadenada por el estrés de mi situación actual.

Sí, de ninguna manera. Ni siquiera mi imaginación podría conjurar a un desconocido tan atractivo como para inmovilizarme contra la pared y besarme hasta que mi interior se ilumine como un árbol de Navidad.

La única forma de describir la forma en que besa este hombre es...

Explosiva.

He leído muchas novelas románticas, pero ninguna me preparó para esto. Pensaba que la intensa química instantánea que se describe en esas historias era pura fantasía. Vaya, qué equivocada estaba.

Me sorprende cómo la boca de un hombre sobre la mía puede encender cada nervio de mi cuerpo de la mejor manera posible. Así que de esto se trata.

En los días previos a mi fuga, no dejaba de recordarme que quería vivir, *finalmente* vivir, por una vez. Y no puedo mentir... Me siento muy viva en este momento.

No hace falta decir que nunca había tenido la oportunidad de enamorarme, ni siquiera de sentir deseo. Pasar mis días y mis noches atrapada en la mansión De Luca no es precisamente propicio para una vida romántica saludable. O para ninguna vida romántica.

Eso significa que no tengo ni idea de qué hacer con esto... con el hecho de que llevamos al menos veinte segundos mirándonos fijamente, jadeando como si acabáramos de terminar una serie de carreras cortas.

Todavía estoy aturdida por la avalancha de hormonas que inundan mi cuerpo.

—Leo se fue. Estás a salvo. —Su voz se ha vuelto más áspera ahora. Más ronca. Casi como si se hubiera lijado la garganta. Me dedica una media sonrisa, no obstante, está teñida de un toque de oscuridad—. Por ahora.

Una lenta gota de ansiedad comienza a brotar dentro de mí.

Maldita sea... ¿Fue un error confiar en este tipo para que me cubriera?

De repente, mi cerebro vuelve a funcionar y envía la orden de soltar mis brazos de su fuerte cuello. Intenta atraparme con la mirada; sin embargo, aparto los ojos de los suyos y miro mis pies con timidez mientras la sangre me sube a las mejillas.

Me jalo la camisa. De repente, a pesar de la ropa de tramoyista que llevo puesta, me siento ansiosa, incómoda y completamente desnuda.

—Gracias por ayudarme —susurro. Mi corazón sigue latiendo con fuerza. No por el beso, sino porque todavía necesito escapar, y cuanto más tiempo permanezca aquí, más difícil será.

Es una tontería, lo sé. Acabo de conocer a este tipo. Nada menos que en una subasta de la mafia. No sé nada sobre él, y todos los que están aquí dan un poco de miedo. Debería *querer* huir tan rápido como pueda.

Mi instinto de supervivencia finalmente decide salir de su letargo, infundiéndome la motivación para alejarme del guapo desconocido. Casi me salta el corazón del pecho cuando un puño me agarra el antebrazo de la nada.

Aterrorizada por haber sido atrapada por Leo, mi cabeza se echa hacia atrás, pero solo es él...

El hombre que acababa de marcarme con su boca.

Su agarre me aprieta la muñeca como un grillete de hierro. En ese momento es cuando realmente empiezan a sonar mis alarmas y me doy cuenta de que *definitivamente* cometí un error.

Leo invitó personalmente a todos los que están aquí esta noche. Y Leo no se relaciona con ningún hombre que no sea un criminal violento y peligroso.

Por lo tanto, acabo de besar a un criminal violento y peligroso.

Peor aún... me *gustó*.

Esa ansiedad que gotea dentro de mí se convierte en un constante de miedo helado.

—No irás a ninguna parte hasta que me digas qué está pasando. —La aspereza en la voz de este hombre se ha vuelto más aguda.

Jalo mi brazo, pero su agarre es inflexible. Me empuja hacia atrás hasta que estoy de pie frente a él como antes, atrapada bajo el foco de atención pesado de su mirada inquisitiva.

—Me escuchaste. —Me aprieta el antebrazo con tanta fuerza que me hace pensar que no le costaría nada romperme el hueso—. ¿Por qué intentas escapar?

Se me forma un nudo del tamaño de *New York* en la garganta.

No puedo tragar. No puedo respirar. No puedo pensar.

Soy estúpida. Tan, tan estúpida. En una escala del cero al diez, esto es un veinte.

No hay forma de que pueda decirle a este hombre quién soy o por qué estoy huyendo, independientemente de sus intenciones. Si descubre la verdad, podría llevarme directamente de vuelta con Leo.

«Merde*, Kiara, ahora sí que la has hecho...».*

Aunque es inútil, me alejo poco a poco de él, con la espalda apoyada en la irregular pared de piedra que hay detrás de mí. El hombre solo se acerca más, invadiendo mi espacio personal mientras mantiene su férreo control sobre mi muñeca.

Siento un cosquilleo en el estómago. Mi cuerpo no recibió el mensaje de que la diversión terminó.

Una fila de guardias de seguridad vestidos con trajes negros rompe la intensidad del momento al pasar corriendo junto a nuestro rincón.

—La zorra no está en su habitación —maldice una voz ronca y grave—. Cuando la encuentre, deseará no haber aprendido nunca a correr.

Me estremezco. Reconocería esa horrible voz en cualquier parte.

Echo un vistazo por detrás del desconocido para ver si estoy en lo cierto, aunque ya sé que lo estoy.

Veo un corte de cabello militar. Y un tatuaje de una serpiente en el cuello.

Ambos pertenecen al guardia que Leo asigna regularmente a mi protección.

No tengo ni un segundo para entrar en pánico antes de que el apuesto y peligroso desconocido suelte mi muñeca y me envuelva con sus fuertes brazos. Nos adentra en el hueco, protegiéndome de las miradas y bloqueando la vista de los guardias con su cuerpo.

Envuelta por su enorme físico, ya no puedo verlos ni oírlos. No puedo escuchar nada más que los latidos acelerados de mi corazón.

Toda mi consciencia está absorbida por el hecho de que estoy en los brazos de este hombre. Huele tan bien que, a pesar de la horrible situación en la que me encuentro, cierro los ojos y lo inhalo. Algo amaderado y costoso flota en mi nariz, infectando mi cerebro con una calma momentánea.

Cuando se retira, lo veo por primera vez. Su rostro rectangular, sostenido por una mandíbula fuerte y devastadora, coronado por un cabello castaño dorado claro. Ojos color avellana que brillan bajo el tenue resplandor de las paredes abiertas de geoda que nos rodean y nos cubren. Una nariz recta que conduce a esa boca sensual...

Un temblor se origina en lo más profundo de mi ser.

Puede que sea el hombre más guapo que he visto en mi vida. No es que sea una experta. Estoy segura de que el número total de hombres con los que he interactuado en toda mi vida es mucho menor que el de la mayoría de las personas de mi edad. Aun así, mantengo mi evaluación. Simplemente no puedo imaginar que haya tantos hombres en la tierra que puedan competir físicamente con él.

Y acabo de besarlo. En la peor noche de mi vida.

La gravedad de mi situación me aplasta con tanta fuerza que me mareo cuando sus brazos me sueltan. Una de sus grandes y cálidas palmas toma mi mano con un agarre inquebrantable.

Sin decir nada más, me lleva en lo que espero sea la dirección opuesta a Leo y los guardias de seguridad.

No tengo más remedio que seguirlo, casi tropezando con mis propios pies mientras intento seguir el ritmo de las zancadas increíblemente largas de este hombre.

Debería darle las gracias. O al menos preguntarle su nombre.

Aunque, ¿sinceramente? Estoy abrumada.

Hace unos segundos, Leo estuvo *tan* cerca de atraparme, y ahora mis guardias saben que desaparecí. Además, por muy aterradoras que sean ambas cosas, acabo de dar mi primer beso allí mismo. Y no puedo dejar de pensar en lo increíble que fue.

Durante un tiempo, empecé a creer que nunca tendría esa experiencia.

Lo que más me sorprende de él, más que sus impresionantes rasgos, más que el beso de infarto sacado directamente de una comedia romántica, es su entusiasmo por ayudar.

No tenía ni idea de que un hombre tan peligroso fuera capaz de sentir compasión. Estaba en la sección VIP de Leo, la zona reservada para personas de confianza y socios de los De Luca. Si estaba allí, entonces él y Leo deben compartir historia.

Lo que significa que no puede ser un buen tipo.

Aunque, a pesar de eso, su disposición a ayudarme en mi momento de necesidad todavía me sorprende. Ningún hombre se ha preocupado por mí.

Ningún hombre, punto.

Nunca conocí a ninguno al que pudiera acudir en busca de apoyo o ayuda. Crecí entendiendo que los hombres no son seguros. Si necesitaba cuidado o amabilidad o atención, buscaba a una mujer. Mi madre, una vieja cocinera que finalmente se jubiló. Mae. ¿La idea de un hombre que ayuda por capricho, solo porque se lo pedí? Ridículo.

Y, sin embargo, hay algo en este hombre que me hace sentir segura. Una idea verdaderamente ridícula.

Yo soy ridícula.

No dejo de mirarlo de reojo, pero sigo sin saber qué pensar. ¿Es un buen hombre en un mal lugar? ¿O un mal hombre en un mal lugar que, además, resulta ser un hábil estafador?

Mis nervios se agitan mientras me lleva por los oscuros pasillos, aun así, hago todo lo posible por ignorarlos. Hay buenas mujeres en el mundo. Mi madre y Mae son prueba de ello. ¿Es tan descabellado creer que también hay hombres decentes? No todos los hombres pueden ser como Enzo, Matteo o Leo. También conocidos como la trifecta de Satanás.

Giramos bruscamente a la izquierda y avanzamos por un largo pasillo. Las paredes rocosas nos envuelven. La piedra oscura está iluminada por antorchas *tiki*, cuyas llamas proyectan sombras danzantes sobre las superficies irregulares.

Este tipo sabe claramente adónde va. Yo soy la que está perdida.

De repente, reduce el paso y se gira hacia mí.

—Ahora, intentémoslo de nuevo, cariño. —Sin previo aviso, me empuja contra la pared—. ¿Quién eres *realmente*?

El tono exigente de su voz clava cuchillas de hielo en mi corazón.

Es un tono que han usado muchas veces en mi vida, y el mensaje implícito es siempre el mismo: *Dime lo que quiero saber o te haré daño.*

La alarma destruye el zumbido persistente de nuestro beso, como las llamas que consumen el oxígeno.

—P-podría hacerte la misma pregunta.

Su deslumbrante pero desagradable sonrisa revela unos dientes perfectos y blancos.

—¿De verdad crees que estoy aquí para jugar contigo?

Unos dedos increíblemente fuertes se clavan en mis codos, inmovilizándome.

—No lo sé, ¿lo estás? Pareces besar lo suficientemente bien como para ser un *mujeriego*. —Escupo las palabras como si tuviera una amplia experiencia con mujeriegos fuera de los libros. Sus ojos se iluminan, como si hubiera conseguido exitosamente provocarlo.

—Sé que esos guardias te perseguían. ¿Por qué? —Clava los dedos más profundamente en mi piel, con un gruñido en la garganta —. Dime por qué te persiguen los De Luca durante una subasta privada.

—Yo... —El corazón me late con fuerza en el pecho. De alguna manera, tengo que alejarme de este hombre—. Te lo diré si tú...

—¿Si yo *qué*?

«Piensa, Kiara».

—Si... si me vuelves a besar.

Sus párpados se cierran, como si la misma lujuria que me consumía también lo hubiera devorado.

«Vamos, vamos. Pica el anzuelo».

Lo más loco es que, aunque solo lo dije para engañarlo, mi cuerpo prácticamente tiembla ante la idea de otro beso.

¿Qué me pasa?

Sorprendentemente, mi engaño parece estar funcionando. Este hombre ridículamente guapo se acerca más, nuestras narices se rozan como si tuviera toda la intención de besarme.

Cuando su boca roza la mía, apoyo todo mi peso sobre su pie derecho. Sus manos se deslizan por mis brazos mientras deja escapar un gruñido audible de sorpresa y dolor, y me libero de su agarre, lista para salir corriendo.

Solo doy unos pasos antes de que me agarre del moño y me arrastre hacia atrás.

Frenética, le agarro la muñeca, luchando por liberarme. Vuelve a agarrarme el brazo y me lo jala hacia atrás.

—Mal movimiento, preciosa. —Me suelta el cabello, mas no el brazo. Intento girarme para mirarlo, pero me agarra el otro brazo y también me lo dobla hacia atrás.

Hago una mueca de dolor cuando procede a atrapar mis muñecas con una de sus palmas callosas.

El miedo me invade en oleadas.

Estoy en un gran problema. En un aprieto peor que antes.

Porque ahora lo enfadé. Y a los hombres enojados les gusta infligir dolor.

—Déjame ir. —Lucho contra su agarre, pero eso solo lo obliga a apretarme más fuerte. Me empuja por el pasillo, obligándome a caminar delante de él—. Por favor, no...

«¿Que no haga qué?». Ni siquiera sé qué planea hacer conmigo. Solo sé que no es nada bueno. Nada bueno en absoluto.

La determinación lucha contra la corriente de miedo que recorre mis venas. No escapé de Leo para que otro mafioso me tomara como rehén.

—*Suéltame*. —Pongo todo el veneno en mi voz, luchando contra su agarre tanto como es posible sin tropezar—. Te lo advierto. Voy a gritar.

Una risa siniestra se desliza por mi hombro, provocándome un escalofrío.

Me empuja un poco más fuerte mientras avanzamos por el largo y solitario pasillo.

—Soy tu boleto para salir de aquí. Si gritas, ambos moriremos. —Siento el calor de su aliento cuando acerca la cabeza a mi oído—. Y tú serás la *primera*.

Capítulo 7

Kiara

Ante su amenaza susurrada, cierro la boca de golpe. No sé si está diciendo la verdad, pero realmente no puedo permitirme poner a prueba esa teoría.

Tengo que encontrar una forma de salir de aquí. Mis ojos recorren el pasillo, ansiosos por encontrar una puerta de emergencia o una alarma de incendios que pueda activar para crear una distracción caótica.

Aquí no hay nada. Es como si estuviéramos recorriendo una cueva prehistórica en una isla desierta del Pacífico.

—Buena chica.

Como cree que estoy cooperando, suena engreído y la aspereza de su voz se suavizó hasta convertirse en aterciopelada.

El sonido me infunde unas ganas irrefrenables de cerrar los ojos y acurrucarme en un sofá como un gato en invierno.

Me muerdo la mejilla para salir de ese estado.

—Si Leo no sabía que habías desaparecido antes, ahora definitivamente lo sabe —reflexiona el hombre en voz alta.

El corazón se me sube a la garganta. Las lágrimas me pican en los ojos.

Las emociones del día amenazan con ahogarme, así que abandono cualquier intento de hablar.

—Si te comportas, te sacaré de aquí. Si te resistes, esa promesa se esfumará. Estás tan cerca... No querrás que Leo te encuentre, ¿verdad? —Odio cómo su voz sedosa me hace estremecer, incluso cuando, en esencia, me está amenazando—. Puedes relajarte. Sé cómo salir. —Mi pulso se acelera. ¿Puedo creerle? ¿Debería creerle? —. ¿Cómo te llamas? —Vuelve a acercar la cabeza a mi oído y la sensación de su cálido aliento me hace cosquillas en la piel.

—Kiara. —Nadie fuera de la mansión De Luca sabe que existo, así que compartir mi nombre parece bastante seguro—. ¿Y tú?

—Rory.

Rory.

Qué nombre tan bonito. Uno más adecuado para el hombre que creía que era, no para esta versión actual tan desagradable. Es inquietante hablar con él sin poder verle la cara. Si no fuera por el fuerte agarre de sus manos en mis muñecas y el calor de su cuerpo irradiando en mi espalda, ni siquiera me daría cuenta de que está ahí.

Trago mi inquietud.

—¿Por qué me ayudaste?

La respuesta murmurada de Rory es tan inesperada que mi corazón da un vuelco.

—No me gusta ver a las mujeres en apuros.

—¿Pero te parece bien retenerlas? —replico en la penumbra—. Porque eso tiene mucho sentido.

Su agarre sobre mis muñecas se aprieta y se afloja de nuevo, casi como si fuera una reacción involuntaria.

Sin embargo, no responde. Y cuanto más pienso en esta loca situación, más confusa me siento. Si Leo invitó a este hombre, entonces deben ser socios o aliados en algún sentido, ¿no? Y si están del mismo lado, ¿por qué me ayuda a escapar?

¿Y si me está mintiendo y, en lugar de sacarme de aquí, me está llevando directamente a Leo?

Algo en mí duda de esa teoría.

Aun así, no puedo confiar en él. No cuando está claro que tiene sus propios planes.

Necesito averiguar quién es. Esa es mi mejor esperanza para encontrar una salida de esto, si es que existe alguna esperanza.

—¿Qué te trajo aquí esta noche?

Cuando Rory vuelve a hablar, hay una sonrisa en su voz.

—Soy un humilde coleccionista de arte.

—De acuerdo —digo, con incredulidad evidente en mi tono. Soy ingenua, pero no estúpida.

Llegamos a una puerta y la mantiene abierta para que yo pueda pasar torpemente.

—¿Qué?, ¿no te parezco un aficionado al arte? Porque te puedo asegurar que sé quién es *Libertas*.

Una sorpresa rosa brillante me recorre el cuerpo. Nunca pensé que tendría *esta* conversación con mi secuestrador.

—¿Tú... en serio?

Su voz se suaviza.

—Sí. *Libertas* es uno de los favoritos de mi madre. A ella le encanta el arte, y a mí también. Esa combinación de oscuridad y fantasía siempre me atrae y me provoca una reacción emocional. Podría pasar horas contemplando algunas de esas pinturas y seguiría descubriendo cosas nuevas.

Es como si estuviera en la escuela primaria y descubriera que un chico que me gusta está enamorado de mí. Las mariposas en mi estómago se vuelven locas.

¿Por qué me siento tan halagada? No dijo nada romántico ni sorprendente. ¡Literalmente está huyendo conmigo como un bandido en la noche!

Pero lo estoy. Halagada, quiero decir. Sus elogios me dejan temporalmente sin palabras y me arden las mejillas. Quizás no se me dan bien los cumplidos, porque nunca recibí ninguno.

Al menos, no de los hombres.

Se inclina hacia mí de nuevo mientras entramos en una especie de pasillo de servicio.

—¿Y a ti? ¿Te gusta *Libertas*?

—Antes sí... —La intensidad de su mirada en mi nuca es visceral —. El trabajo de *Libertas* significó mucho para mi madre y para mí, hace tiempo.

Sin perder el ritmo, Rory nos guía hasta un cruce en el pasillo y a través de otra puerta que conduce a una escalera ascendente.

¿Cómo es que conoce tan bien el lugar?

El tono de su voz cambia de nuevo, se vuelve más grave y pensativo.

—Me sorprendió descubrir que el propio artista estaba en el menú de la subasta de esta noche. ¿Qué opinas al respecto?

La amargura me sube por la garganta.

—No creo que los seres humanos deban ser subastados.

—Estoy de acuerdo contigo. —Sin dejar de guiar mi cuerpo, Rory me empuja hacia adelante y subimos las escaleras, un gran paso tras otro. Es como si estuviéramos en las profundidades de un castillo encantado, esperando encontrar la salida antes del amanecer. Cuando llegamos arriba, Rory suelta una risa amarga—. Quizás deberíamos haber ayudado a *Libertas* a escapar.

Una horrible ironía me revuelve las entrañas. Lo único que me impide soltar alguna tontería es apretar los dientes.

Me concentro en mis pies mientras nos acercamos a una gran puerta. Rory se adelanta para abrirla y respiro profundamente el aire fresco de la noche de principios de otoño.

Estamos fuera.

Libres de la casa de subastas.

Ahora, solo tengo que averiguar cómo liberarme de Rory.

Se me oprime el pecho. Rezo para que Mae también haya salido sana y salva.

Excepto que no estoy segura de que *a salvo* sea la palabra correcta para mi situación actual. Elijo creer que estoy en una situación mejor que la que tenía con Leo, pero solo el tiempo lo dirá.

La urgencia de ese pensamiento me abruma. Lo peor aún está por llegar. Cuando Leo se dé cuenta de que su gallina de los huevos de oro se escapó, se volverá loco. Si no salgo rápido de aquí, puede que aún me alcance. Lo que sea que Rory esté planeando hacer conmigo no es nada comparado con lo que Leo hará...

Pensar en él me llena de ganas de correr hasta llegar al océano y disolverme como la espuma del mar.

Llegamos a un pequeño estacionamiento. De pie en la acera, a varios pasos de distancia, hay dos guardias de seguridad, uno con la boca desfigurada y tatuajes en la cara, el otro con ojos locos y un corte de cabello rapado.

Nuestros pasos los alertaron, y cuando se dan vuelta y nos ven, el reconocimiento los pone rígidos.

Mis músculos se tensan.

Saben quién soy.

Por instinto, giro mi cuerpo hacia la derecha y me preparo para salir corriendo, pero al hacerlo solo consigo golpearme la cabeza contra el cañón del arma de Rory.

Algo dentro de mí se rompe.

Un arma. Rory tiene un arma. Y me está presionando el cañón contra la sien.

La histeria se apodera de mí. Podría desplomarme por el estrés si no fuera porque sigue sujetándome los brazos.

—¡Ni un paso más! —grita Rory a los guardias que se acercan sigilosamente hacia nosotros.

Se detienen en seco. Cara Tatuada se lleva la mano al auricular como si fuera a hablar y, en ese mismo instante, Rory cambia el arma de posición y dispara.

Un segundo después de que aparezca un pequeño agujero negro entre los ojos vidriosos del tipo, su cuerpo se desploma sobre la hierba. Un grito horrorizado se me queda atascado en la garganta.

El otro guardia de seguridad se abalanza sobre nosotros, pero Rory vuelve a disparar. Otro tiro perfecto en la cabeza. La bala atraviesa la frente del rapado, haciendo que el colosal tipo caiga hacia atrás. Está muerto antes de tocar el suelo.

El peligro comenzó y terminó tan rápido que mi cerebro está aturdido por el golpe.

Rory simplemente... simplemente...

Acaba de asesinar a dos hombres como si nada. Ni siquiera me soltó para hacerlo.

Se me hiela la sangre y todo mi cuerpo comienza a temblar. Cuando Rory finalmente afloja su agarre, mis rodillas se doblan. Me deslizo al suelo y me abrazo a mí misma.

Lentamente, Rory se agacha para quedar a la altura de mis ojos.

No puedo apartar la mirada del arma que tiene en la mano.

¿Me trajo aquí para matarme?

—Kiara, solo te lo voy a preguntar una vez más. —Sus ojos brillan con una apatía oscura y asesina—. ¿*Por qué* te persigue Leonardo De Luca?

Me apunta con la pistola, lo que hace que mi ya frágil ansiedad se dispare. En cuestión de segundos, empiezo a balbucear.

—Leo me persigue porque... le robé algo muy valioso.

Rory sonríe un poco, como si le divirtiera saber que traicioné a Leo de alguna manera.

—¿Qué tan valioso? —Una de sus cejas se arquea, desafiándome a no responder. De la nada, chasquea los dedos—. ¡Eres la chica de la foto! La que estaba a punto de subir al coche De Luca. —Su mirada recorre mi rostro—. Llevabas lentes de sol, pero estoy casi seguro de que eras tú.

Exhalo un pequeño y aterrado suspiro, y mi mente retrocede en el tiempo hasta recordar cómo actuó Leo cuando irrumpió en mi estudio el otro día. *«¿Qué dijo?».* Busco en mi memoria para recordar sus palabras.

El miedo hace que la respuesta salga disparada de mi boca.

—La mayor oportunidad financiera para esta familia en una década. Eso es lo que le quité.

—Ahí lo tienes. —Rory me dedica una radiante sonrisa asesina antes de clavarme algo en el antebrazo—. ¿Tan difícil fue?

Bajo la mirada hacia mi brazo. Hay una especie de tubo que sobresale de él. Creo que... las EpiPen tienen este aspecto. El terror me recorre el cuerpo mientras la extraña sensación comienza a crecer, extenderse y cambiar. En cuestión de segundos, siento un hormigueo por todo el cuerpo.

Estoy mareada y débil, y siento que voy a caerme.

—¿Qué... es... esto? —¿Por qué no puedo sentir la cara?

—Solo es un tranquilizante. —La voz de Rory suena como si viniera de otro estado.

No, quiero decir, pero perdí el control de mis labios. En un segundo voy a empezar a babear.

Desgraciado.

Se me acerca y quiero luchar contra él; lamentablemente, mis brazos son tan pesados como dos troncos de árbol y tan coordinados como ellos. Me desplomo en sus brazos como una muñeca mientras me levanta.

La lucidez se me escapa tan rápido como la arena de un reloj de arena roto.

Mis pensamientos se ralentizan, como si estuvieran separados por océanos.

Estoy en tantos problemas como siempre, solo que este tipo de problema en particular se presenta en forma de un hombre encantador y sin escrúpulos.

Temía que hoy fuera el fin de mi vida. A pesar de mis esfuerzos por cambiarlo, puede que mis miedos se hayan hecho realidad.

Ese es mi último pensamiento coherente antes de que la oscuridad que devora los bordes de mi visión me envuelva por completo.

Capítulo 8

Rory

Cuando Darren sale de entre las sombras del pequeño estacionamiento de vendedores, asiento con la cabeza hacia los guardias muertos que yacen en el suelo.

Asiente de vuelta, pero luego sus ojos se iluminan con sorpresa al posarse en Kiara.

—¿Estaba inconsciente antes de que pujaras por ella o fue la visión de tu fea cara lo que la asustó hasta dejarla en coma después?

—Muy gracioso. Esconde a esos dos por mí. —Con un gruñido, arrastro el resto del cuerpo de Kiara hasta mis brazos y la llevo a la furgoneta.

Darren sigue burlándose incluso mientras arrastra los cuerpos hacia unos arbustos.

—¿Es por la Bella Durmiente por lo que tardaste tanto?

Ignorándolo, aplasto mi cuerpo y el de Kiara contra la parte trasera del vehículo hasta que mis dedos tocan la manija de la puerta.

En el proceso, su aroma vuelve a invadir mi nariz. Dulce y un poco de especias, como azúcar morena mezclada con clavo dulce.

Su rostro inconsciente está cerca del mío.

La urgencia me hierve en el estómago y me hace sudar. La paranoia me devora la piel como un banco de pirañas.

Sea quien sea esta chica, es importante. Los guardias la reconocieron inmediatamente y pronto todos se darán cuenta de que desapareció. Ya deberíamos habernos ido de aquí, pero esos guardias me retrasaron. Dispararles no formaba parte de mi plan original.

Y ahora *esto.*

Su expresión relajada, tan tranquila como la de un maldito ángel, me mira como un espejo que refleja la peor parte de mí mismo.

Con dificultad, abro la puerta de la furgoneta y la dejo con cuidado en el fondo del espacio de carga. La parte trasera no tiene ventanas y está tan oscura que lo único que puedo distinguir son sus pies.

Incluso *mirarlos*, flácidos e inmóviles, me enoja por alguna razón desconocida. Darren pasa a mi lado, se sube al vehículo y me devuelve a la realidad.

—Sabía que no habías estado con nadie últimamente, pero no me di cuenta de que las cosas estaban tan mal como para que tuvieras que comprar a una mujer en una subasta clandestina.

—¿Crees que podrías dejar de probar tu rutina cómica y atarla? ¿o tengo que aguantar unos cuantos chistes malos más? Por el lado positivo, si esperamos lo suficiente, Leo nos encontrará y me pegará un tiro en la cabeza, lo que supongo que es una forma de acabar con mi sufrimiento.

Le cierro la puerta de la furgoneta en las narices a Darren antes de que salga otra palabra de su bocota.

¿O lo hice porque no quería ver cómo le ataba los tobillos y las muñecas con bridas?

¿O le amordaza la boca?

Abro la puerta del conductor con demasiada fuerza y me lanzo al volante, arrancando el motor con la misma velocidad.

¿Por qué mi corazón no deja de latir como un tambor enloquecido?

Mis ojos se mueven rápidamente de izquierda a derecha, escaneando el perímetro mientras salgo con la furgoneta del

estacionamiento privado y me incorporo a la misma carretera sin nombre que nos trajo hasta aquí.

Una voz en mi cabeza insiste en que esto es demasiado fácil.

«¿Qué tiene eso de fácil?». Me dan ganas de gritarle. Colarnos en la subasta sin delatar nuestra identidad no fue fácil. Mezclarnos con un montón de imbéciles mientras buscábamos una oportunidad y lidiar con toda esa presión no es fácil. Y luego está ella...

Me estremezco al pensar en la chica inconsciente que esta atrás y que chocó conmigo como un regalo de los dioses.

La culpa me corroe las entrañas. La ira le sigue.

¿De verdad tengo que recordarme que cualquier mujer que sea cercana a Leonardo De Luca es basura? Que Kiara haya cambiado de opinión no altera esa verdad. Afirmó que le robó algo valioso, lo que explicaría su desesperación por escapar. Sin embargo, esa podría ser una mentira. Ella podría haberlo traicionado fácilmente acostándose con otro hombre.

Aprieto los molares. La imagen de Kiara con Leo o con cualquier otra persona enciende una furia ardiente en mis venas.

Qué tontería. La única emoción que debería asociar con Kiara es el asco.

Darren aparece y se acomoda al asiento del copiloto. ¿Por qué me cuesta tanto no preguntarle cómo está ella?

—¿Viste algo? —cuestiono entre dientes.

—Nada. —Por el rabillo del ojo, veo que niega con la cabeza—. No debe de ser una propiedad de los De Luca. No había ninguna de sus medidas de seguridad habituales.

—¿No hay cámaras en los árboles? —Mientras manejo el volante en una curva a la derecha, echo un vistazo a mi amigo, quien se ve tan mal como me siento.

—No vi ninguna.

—Compruébalo otra vez. —Es mi paranoia hablando. Lo sé, y Darren también, pero no discute conmigo. Se levanta para ir a echar otro vistazo desde una de las ventanas de vigilancia integradas en la parte trasera del vehículo.

La pequeña y sutil sonrisa de Kiara vuelve a mi mente.

La luz de esperanza que iluminó sus ojos cuando accedí a ayudarla a esconderse de Leo...

Muevo la cabeza bruscamente. Puede que sea joven, pero esa aura de inocencia que irradia es obviamente una ilusión. Ninguna mujer que pase tiempo con Leo De Luca puede estar ni remotamente cerca de la inocencia.

Aun así, su ingenuidad parece bastante real. El hecho de que confiara en mí tan fácilmente me molesta.

Para alguien que probablemente haya estado involucrada con hombres como yo durante mucho tiempo, esperaría que tuviera mejores defensas. No que me siguiera la corriente como si me conociera de toda la vida.

Manipularla fue incómodamente sencillo.

Quiero castigarla por comportarse como una tonta y, al mismo tiempo, volver a besarla hasta dejarla sin sentido.

«Concéntrate, maldición, Rory». Me centro en la carretera que tengo adelante. La combinación del anochecer, la ausencia de farolas y la falta de tráfico hacen que esta calle secundaria esté completamente a oscuras.

Estamos a solo media hora de la mansión. No sabía que pudiera estar tan oscuro tan cerca de la ciudad.

El crepúsculo me recuerda su cabello y cómo mis dedos invadieron el moño de su nuca, hundiéndose en los suaves mechones mientras sostenía su cara contra la mía.

«¿Por qué tenía que ser tan dulce?» Esa pregunta absurda y sin sentido resuena en lo más profundo de mi mente.

De todos los momentos de mierda para que la lujuria golpee como un mazo. En mis más de tres décadas de vida, aún no había experimentado una atracción ni remotamente tan fuerte.

Quizás solo necesite follar. Como insinuó Darren, hace más de un mes que no voy a *Madden* a buscar una compañera de cama para la noche. Nuestros clubes nocturnos de lujo siempre están llenos de mujeres atractivas, y nunca me cuesta encontrar a alguien con quien satisfacer mis deseos cuando me apetece.

Hace un millón de años, solía tratar bien a las mujeres. Como un caballero, tal y como me enseñó mi madre. En aquellos tiempos,

habría conocido a una mujer como Kiara y le habría pedido salir en una cita.

Ya sabía que ese hombre había desaparecido hace mucho tiempo. Pero nunca me di cuenta de que se había convertido en el tipo de hombre que droga y secuestra mujeres.

Aprieto los puños alrededor del volante de cuero. Suelto una mano para crujir los nudillos, recordándome una vez más que Kiara está involucrada con los De Luca.

Es entonces cuando veo el rojo bajo la luz de la luna.

Sangre seca bajo mis uñas cuadradas.

La sangre de Kiara.

El recuerdo de empujarla por el pasillo y luego arrojar su cuerpo a la furgoneta como si fuera un montón de ropa vieja y sucia, sin darme cuenta siquiera de que le había arañado su delicada piel, me deja una incómoda sensación de hormigueo en el estómago.

Solía ser un tipo normal quien a veces hacía cosas monstruosas a personas monstruosas para demostrarles mi lealtad a los *Reyes Irlandeses* y proteger a mis hermanos de elección.

Sin embargo, en algún momento del camino, me convertí en un auténtico monstruo.

—¡Rory! —Darren grita mi nombre, devolviendo mi atención al momento presente.

Un ciervo se queda paralizado en la carretera delante de nosotros. El velocímetro marca setenta. Vamos a chocar.

Vamos a *morir.*

Piso el freno y giro el volante hacia un lado con todas mis fuerzas.

Los neumáticos de la furgoneta chirrían contra el asfalto mientras nuestro vehículo derrapa. Mi cerebro se acelera. El mundo se ralentiza.

Observo desde fuera de mi cuerpo cómo la furgoneta gira y sale disparada de la carretera hacia un bosque. Cuando nos detenemos bruscamente, mi cabeza se inclina hacia delante.

La fuerza del impacto habría destrozado un coche normal.

Nuestra camioneta blindada, camuflada como una furgoneta de servicio, logró salir ilesa.

Ni siquiera se activaron las bolsas de aire.

—*Mierda*... —Darren se frota el cuello y se acomoda en el asiento. El muy idiota no llevaba puesto el cinturón de seguridad. Tuvo suerte de que el choque no lo lanzara por el parabrisas.

Mi mente se dirige inmediatamente a la mujer que está en el área de carga. Tampoco llevaba puesto el cinturón de seguridad.

Me levanto del asiento antes de que mi visión se aclare por completo.

Mi corazón se acelera mientras subo a la parte trasera, atento a cualquier signo visible de lesión.

Ni un solo ruido. Debe de seguir inconsciente. O peor aún.

El miedo clava sus garras heladas en mi cuello mientras golpeo con el puño uno de los pocos interruptores de luz.

Ahí está, tumbada medio debajo de la fila de asientos que bordea una de las paredes.

Le sangra la frente por un corte reciente.

Me arrodillo a su lado y le agarro la muñeca, con la desesperación desgarrándome los pulmones.

Su pulso late con fuerza bajo mis dedos callosos.

Está viva. No gracias a mí.

Maniobro la mitad inferior de su cuerpo para sacarla de debajo de los asientos y la levanto hasta los cojines de cuero de arriba.

Para cuando vuelvo al asiento delantero, Darren se ató el cinturón en el asiento del copiloto. El ciervo que estuvo a punto de cometer un triple homicidio ha desaparecido. Probablemente, se fue trotando con sus amigos para que se rían del estúpido conductor humano.

Me desplomo detrás del volante, las secuelas de la experiencia cercana a la muerte tardan en liberarme. Qué pesadilla.

—Tengo una idea. ¿Qué tal si intentamos no matarnos antes de llegar a casa? —Darren observa por el espejo lateral antes de clavarme una mirada—. ¿Estás listo para decirme por qué estamos secuestrando a una mujer?

—Más tarde.

Pongo la furgoneta en marcha y vuelvo a incorporarme a la carretera. Al mismo tiempo, dejo de preocuparme por Kiara. No

puedo permitir que nada me distraiga, y mucho menos nuestra preciosa pequeña rehén.

Mi determinación se refuerza cuanto más nos acercamos a la mansión. Es como si mi cerebro estuviera cerrando con llave el frasco de mis emociones y sellándolas para siempre.

Aparte de la tecnología, mi capacidad para bloquear mis sentimientos es mi único superpoder real.

Apartarlos a un lado. Mezclarme con mi entorno. Fingir que nada me afecta. Actuar como se supone que debo actuar.

Soy bueno en eso porque sé cómo ocultar tan bien al tipo que soy por dentro, que nadie recuerda que existe.

A veces, ni siquiera yo.

Capítulo 9

Kiara

Me despierto sola en una extraña habitación de hospital.

Aquí no hay ventanas. Solo hay un gran tragaluz cuadrado en el techo.

Estar aquí acostada sola, con la vista del cielo azul claro sobre mí, es inquietante. Es como despertar en una tumba abierta momentos antes de que la entierren.

«¿Estoy muerta?».

Parpadeo con fuerza y noto un dolor en mi cabeza.

Nunca bebí tanto alcohol como para tener resaca, pero esto debe de ser lo que se siente, ¿no? Un dolor punzante y difuso, los pequeños sonidos me parecen demasiado fuertes...

«¿Qué demonios me pasó?». Esa pregunta cobra vida detrás de mis ojos, brillante, ardiente y lo suficientemente urgente como para hacerme levantarme de la cama.

Lamento el movimiento repentino cuando el dolor atraviesa mi cráneo.

—*Ay*.

Al tocarme la frente con la mano, descubro un vendaje bajo mis dedos. No es de extrañar que me duela tanto la cabeza.

Una serie de terribles escenarios aparecen en mi mente en un carrusel de ansiedad.

Abuso.

Agresión.

Asesinato.

Palabras con las que los hombres que me rodean están muy familiarizados.

La historia de mi madre me persigue, avivando aún más mi miedo.

«¿Me convertí en una víctima como ella?».

Puede que sea la primera vez que huyo, pero sé lo que los mafiosos les hacen a las mujeres como yo. No soy tan estúpida.

Excepto que, obviamente, soy así de estúpida.

Rory. Confié en él. Lo besé. Luego, me obligó a salir, asesinó a dos hombres delante de mis propios ojos y me drogó.

Lo último que recuerdo es haber perdido el control de mi cuerpo.

Me pican los ojos por las lágrimas que no derramo. Las seco mientras me reprendo a mí misma.

Esta no es la primera vez que me encuentro en una situación delicada, y soy más fuerte que esto. Antes de que hacerme daño dejara de surtir efecto, sufrí muchos abusos a manos de Leo. Ver cómo le hacía daño a Mae fue mucho peor que cualquier cosa que me hiciera, y Mae no está aquí para que mis captores la utilicen para chantajearme.

Probablemente, Rory cree que soy débil, pero si piensa que voy a ceder y rendirme fácilmente a lo que sea que quiera, estará muy decepcionado.

Me asusto bastante cuando la puerta de mi habitación se abre, dejando entrar la cálida luz del pasillo.

Entra una mujer de estatura media, con ojos verdes brillantes y cabello oscuro con una gruesa trenza. Lleva una bata azul marino. Su expresión facial es amable.

Una sonrisa amable.

—Estás despierta.

La sinceridad que irradia me recuerda a Mae. *«¿Consiguió escapar?».*

¿Está a salvo de vuelta en Francia? Nunca lo sabré.

A pesar del dolor en mis extremidades entumecidas, agarro el brazo de la mujer y la atraigo hacia mí.

—¿Qué pasa? —Sus ojos se abren con preocupación. Empieza a examinarme en busca de otras lesiones físicas.

—¿Dónde estoy?

Duda, lo que solo me inquieta más. No debería ser una pregunta difícil.

¿Por qué me mira como si le hubiera hecho una profunda pregunta filosófica?

Claramente eligiendo cuidadosamente sus palabras, cambia el peso de una pierna a otra.

—Estás en la unidad médica.

Frunzo el ceño. El movimiento hace que me duela la frente.

—Sí, pero ¿qué hospital es este?

—No estás en un hospital. —La enfermera escupe las palabras y se da la vuelta para marcharse.

¿Y abandonarme a mi miedo y mi desconcierto? No lo creo.

Mis dedos agarran la mano de la mujer.

—*Por favor*. —Mi voz se quiebra—. Dime dónde estoy. ¿Qué está pasando?

—Los responsables de ti te lo explicarán todo con más detalle. —Su promesa me atraviesa el corazón como una navaja afilada.

«¿Los responsables de mí?». ¿Se refiere a Leo? ¿Alguien se puso en contacto con él cuando me encontraron?

Un nuevo horror amenaza con partirme en dos.

Esto es peor de lo que pensaba. *Mucho peor* que ser agredida o dada por muerta.

La sola idea de que me devuelvan a las garras de Leo después de mi intento de fuga me empapa el cuerpo de un miedo helado. Ya me trataba fatal cuando *cooperaba* con él. No hay forma de saber a qué horrores me sometería después de humillarlo delante de sus cómplices mafiosos.

Prefiero que Rory me drogue el resto de mis días antes que esa opción.

Merde. ¿Podría ser que Leo ya esté en camino para recogerme? ¿Y si ya está aquí, esperando?

A pesar de mis mejores intenciones de enfrentarme a esto con valentía, un pequeño gemido se escapa de mi boca.

—Aquí no te pasará nada —me asegura la mujer, en voz baja, como si estuviera revelando un secreto—. Estamos en la mansión Gallagher.

El mundo entero se detiene, equilibrándose en la punta microscópica de una aguja. Levanto la vista hacia su dulce rostro.

Me sorprende que mi monitor cardíaco no marque una línea plana.

—¿Dijiste...? —Mi voz se desvanece bajo el latido de mi propia sangre retumbando en mis oídos—. ¿La mansión *Gallagher*?

No vomites. No vomites. Por favor, por favor, no vomites.

La mujer asiente con la cabeza y ajusta la vía intravenosa situada a la izquierda de mi cama.

—Así es.

El mundo se inclina y el zumbido de la sangre en mis oídos se vuelve tan fuerte que siento como si me estuviera ahogando.

Muevo la boca, pero no sale ningún sonido.

Su concisa confirmación lo cambia todo.

Todo.

Murmura algo sobre volver con comida, pero apenas la escucho. Estoy demasiado ocupada entrando en pánico.

La mansión Gallagher.

Con... *Shane Gallagher*. El líder de los *Reyes Irlandeses.*

¿Son *ellos* los responsables de mí ahora?

Me doy cuenta de que estoy empezando a hiperventilar y me esfuerzo por ralentizar mis inhalaciones.

Esta situación es peor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado en mis pesadillas más horribles, espantosas y repugnantes. Me secuestró la *Mafia Irlandesa* más vil, cruel y poderosa de *New York*.

No hay palabras para describir situaciones tan sombrías. El pánico no basta para describirlo.

Los *Reyes Irlandeses* tienen una larga historia con mi familia. Han sido enemigos de los De Luca desde antes de que yo naciera.

No conozco los detalles. Las hijas sin valor como nosotras no tenemos cabida en la mesa de la sala de operaciones.

No es que la haya querido nunca.

Todo lo que sé es que son una *Mafia Irlandesa* llena de asesinos brutales y violentos. Si me capturaron, esta habitación del hospital con tragaluz podría ser una tumba abierta.

No hay forma de que salga de aquí con vida.

Desde lo alto, observo un avión que se desliza por el cielo azul. Daría cualquier cosa por estar en él ahora mismo, rumbo a cualquier lugar menos aquí.

Me ahogo en una risa histérica. Y yo que pensaba que nada podía ser peor que ser vendida en una subasta. *Ja*, parece que me salió el tiro por la culata. De alguna manera, conseguí meterme en una situación aún más peligrosa.

Menos mal que nunca fui a *Las Vegas* a jugar. Con mi mala suerte, probablemente acabaría encarcelada en un casino, trabajando como sirvienta contratada. Limpiando fichas de póquer a mano.

Parpadeando con fuerza, mis ojos se fijan en un detalle que no había notado antes. Alrededor del marco de la ventana del tragaluz... ¿eso es una manija?

Mi pulso se acelera. Lo es. El tragaluz se puede abrir.

Si alguien pudiera subir hasta allí, en teoría podría abrir la ventana y salir al techo.

Ese alguien en este escenario soy yo, por supuesto.

Me muevo antes incluso de comprender lo que está pasando.

Cuando era niña, mi madre utilizaba los jardines que rodeaban la mansión De Luca para practicar su pintura paisajística. Y mientras hacía eso, yo trepaba por árboles.

Me sentaba en ramas gruesas y dejaba que la brisa me despeinara.

Estoy segura de que conservo al menos parte de esa agilidad para trepar a los árboles. Sentada, doblo las piernas debajo de mí y examino mi trayectoria.

Una esperanza fresca y salvaje se acumula en mi interior.

Puedo hacerlo.

Voy a escalar ese tragaluz como si fuera el mismísimo *Spider-Man* y alcanzar la libertad.

Echo un vistazo rápido hacia la puerta y escucho si se acercan pasos. Nada. Solo silencio.

Dudo solo un momento antes de saltar sobre la cama del hospital y calcular la distancia.

No está tan lejos.

Con un poco más de altura y un buen salto...

Espera un segundo.

Tan rápido como me lo permite mi cuerpo adolorido, me bajo de la cama y palpo el lateral del colchón.

Por favor, por favor, que haya...

Mis dedos se cierran alrededor de un rectángulo de plástico. Lo saco y... ¡sí! ¡Un control remoto!

Aprieto el botón con el pulgar y observo con feroz alegría cómo la cama del hospital se eleva varios centímetros.

De verdad estoy haciendo esto. Mi segundo intento de huir.

Entonces, me doy cuenta de que la vía intravenosa sigue clavada en mi brazo. Es una sensación horrible y extraña, pero no lo pienso dos veces antes de arrancarme la aguja de la piel. Gotas de sangre salpican la pijama que llevo puesta.

«Maldita sea». Una pijama.

¿Cómo se supone que voy a huir con *esto*? Otro pensamiento me asalta.

«¿Dónde está mi dinero? ¿Y quién me cambió de ropa?» Me arde toda la cara y el cuello al imaginarme a Rory haciéndolo. Pero no, seguro que fue la enfermera amable... ¿verdad?

«¡Qué importa!». Grita mi cerebro. *«Primero concéntrate en salir de aquí, preocúpate por la modestia más tarde».*

Una vez que sea libre, tendré todo el tiempo del mundo para estresarme por quién me desnudó hasta dejarme en ropa interior mientras estaba inconsciente.

—Claro. —Vuelvo a subirme al colchón, que ahora está más cerca del fondo del tragaluz.

Solo necesitaré un pequeño salto.

Me pongo de puntillas y consigo agarrar la manija. Después de varios intentos fallidos, la palanca metálica se mueve. Segundos después, el tragaluz se abre. Por encima de la ventana, vislumbro... ¿vegetación?

Entrecierro los ojos. Esperaba un techo común y corriente, pero quizá los Gallagher plantaron un jardín aquí arriba. Parece bastante ecológico para una familia mafiosa, aunque ¿qué sé yo? Mi única referencia son los hombres De Luca, y juraría que se quedaron estancados en la etapa evolutiva de las cavernas.

Da igual. Ahora viene la parte difícil.

Intento localizar un puñado de vegetación resistente fuera de la abertura del tragaluz para poder realizar la subida más incómoda del mundo. Ninguna clase de gimnasia me habría preparado para *esto.*

Hundo las yemas de los dedos en la tierra que encontré, rezando por encontrar raíces gruesas y resistentes o *algo* que pueda usar para levantar mi trasero. Pero tan pronto como empiezo a colgarme, me doy cuenta de que no estoy en muy buena forma.

Lo que sea que ese desgraciado besucón me puso para drogarme me dejó débil. Todavía me duele tanto la cabeza que toda esta actividad física me marea. En cuanto intento colgarme del brazo, el lugar donde me han sacado la vía intravenosa se hace notar.

Tengo dolor y moretones en varios lugares, y mis músculos me duelen.

Supongo que ya no tengo ocho años.

Sin embargo, no puedo rendirme. Tal vez si lo intento una vez más...

Voces invaden mis oídos.

Jadeo cuando la puerta se abre y entran tres hombres. Cuando me ven colgada del tragaluz como una serpentina gigante, el mundo vuelve a dar vueltas.

El hombre que está delante es el más severo de los tres. Una fea cicatriz le atraviesa en diagonal su rostro sombrío. Tras echarme un vistazo de reojo, clava una mirada fulminante al tipo que tiene a su izquierda.

—¿*Esto* es lo que trajiste a casa de la subasta? ¿Un maldito mono araña?

El insulto se me resbala, porque mi atención se centra en el tipo al que se dirige.

Es él.

El besador. Mi secuestrador.

Rory.

Está aquí, en esta habitación. De pie, justo delante de mí.

Con los ojos fijos en mi rostro, sorprendido e incrédulo.

—*¡Baja de ahí!* —Me da la orden gritando, como si fuera un perro echado en su precioso edredón.

Respirando entrecortadamente, me quedo paralizada, convertida en piedra por la vergüenza y el miedo.

Volver a verlo es desconcertante.

No lograba entender cómo podía estar relacionado con Leo, y ahora me doy cuenta de que es peor que eso.

Trabaja para el archienemigo de mi familia.

No, mejor dicho. No solo trabaja para el archienemigo de mi familia. *Es* uno de ellos.

Rory es uno de los *Reyes Irlandeses*.

Eso significa que *besé* a uno de *ellos*.

A la luz del día, la verdad es demasiado horrible.

—Darren, bájala de ahí. —*Scarface* le hace un gesto con la cabeza al tipo que está a su derecha, un atractivo rubio de inquietantes ojos azules que se dirige hacia mí con determinación.

—¡No! —El tono de mi voz podría romper los candelabros.

La habitación se sumerge en caos.

Yo, pasando al modo pelea y transformándome en una cosa salvaje, que patea y se mueve, desesperada por sobrevivir.

Ellos, tres hombres que no saben de lo que soy capaz, intentan bajarme del techo. Cuanto más me atacan, más lucho para mantenerlos a raya.

Doblando la rodilla, golpeo al rubio con la parte inferior de mi pierna derecha. Mi pie se estrella contra un lado de su cara.

Darren maldice y se lanza hacia la izquierda, hacia *Scarface,* con un gruñido. Se agarra la mandíbula. La sangre le brota por la comisura de la boca y su voz se vuelve más aguda.

—¿Qué es, una delantera?

La sangre sale de una esquina de su boca.

El dolor se extiende por mis dedos de los pies, pero la adrenalina que recorre mi cuerpo amortigua su intensidad.

—Por amor de Dios —gruñe *Scarface*—. Si tres de nosotros juntos no podemos someter a una mujer pequeña, más vale que dejemos nuestros trabajos ahora mismo y nos mudemos al Tíbet o algo así.

Darren inclina la cabeza.

—¿Por qué al Tíbet?

—¡Porque necesitaremos toda la guía espiritual que podamos conseguir para evitar que yo los mate a ambos!

Con más fuerza y velocidad de lo que esperaba, el puño de hierro de *Scarface* se cierra alrededor de mi tobillo izquierdo.

Grito, mi otra rodilla se levanta por reflejo y lo golpea en la barbilla. Suelta mi tobillo y retrocede unos pasos. Lo sigo con una patada con el talón directamente en su aterradora cara.

Dos grandes manos me agarran por el abdomen desnudo. El contacto inesperado piel con piel me sorprende tanto que mis manos resbalan.

Caigo, perdiendo el equilibrio.

Me sacudo.

Crac. Mi cabeza golpea la de Rory al caer sobre él.

La oscuridad, las estrellas y las manchas empañan mi visión.

Un gemido vibra contra mi pecho, pero no es mío.

«Ugh, mi cabeza...».

Estamos tirados en el suelo, creo. No lo sé, porque sigo con los ojos cerrados. *«Ay».*

—*Demonios*, mujer. —Otro gemido—. ¿Llevas una placa de acero en la cabeza?

Abro los ojos. La cara de Rory, con una mueca de dolor, está justo debajo de la mía.

La gravedad de la situación me golpea como un tsunami que se estrella contra la costa.

Me avergüenza tanto que este hombre me haya engañado. Me robó mi primer beso. Incluso me gustó... antes de descubrir que es el villano de la historia.

Si quería secuestrarme, ¿por qué no me drogó desde el inicio? ¿Por qué fingió que le gustaba primero, como un maldito *psicópata*?

La ira calienta mi sangre, dominando temporalmente mi miedo.

Cuando Rory abre los ojos, estos se suavizan por el dolor y la sorpresa. Odio la forma en que su mirada casi visceral me conmueve por dentro.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, pegado al suyo.

—Por Dios santo —refunfuña alguien, seguramente *Scarface.*

Rory nos levanta cuando se incorpora. Con su rostro a solo unos centímetros del mío, siento un cosquilleo.

Por un segundo, sus aterciopelados ojos color avellana se apartan de los míos y se posan en mi boca.

Y tan rápido que casi no lo veo, sonríe.

Sonríe.

Burlándose de mí.

Podría derretir la piel de sus huesos, la rabia que siento dentro de mí arde con tanta intensidad.

—¡Rory! —El repentino grito de *Scarface* me hace estremecer contra el musculoso cuerpo de Rory—. ¡Fuera!

Ahora que la adrenalina está desapareciendo, una ola de miedo me invade. Cuando se dirige hacia nosotros con paso firme, no puedo evitar retroceder instintivamente hasta que mi espalda choca con la pared.

Las tres cabezas se giran para mirar. Rory rompe el silencio que sigue.

—Ten cuidado de no hacerte daño, cariño. —Se acerca a zancadas, me levanta antes de que pueda evadirlo y me deposita de nuevo en la cama—. No quieres romperte esa cara tan bonita que tienes.

Mi temperamento estalla.

—Tócame otra vez y te partiré la *tuya* —siseo.

Esa estúpida sonrisa se hace aún *más amplia.* Antes de que pueda responder, *Scarface* dirige toda la fuerza de su mirada furiosa hacia mí.

—Tú —dice con el ceño fruncido—. Quédate donde estás si sabes lo que te conviene.

La advertencia aplaca la ira que recorre mi cuerpo, permitiendo que el terror vuelva a apoderarse de mí.

A medida que la adrenalina se va disipando de mi organismo, el dolor de nuestra pelea de jaula se hace más intenso.

Scarface sale primero, y Darren y Rory lo siguen. Cuando la puerta se cierra con un chirrido detrás de ellos, mi nueva realidad se hace evidente.

Pasé de una situación mala a una peor.

Capítulo 10

Rory

Después de la victoria de esta mañana, el resto de mi día se está convirtiendo en un desastre.

En cuanto salimos al pasillo, Finn espera a que Darren se marche antes de irse contra mí.

—¿En qué demonios estabas pensando al *secuestrar* a una mujer en la subasta? Se suponía que debías entrar allí para buscar información y el objeto más valioso de la subasta, pero ¿con qué sales? —Una vena de su cuello palpita mientras me clava su característica mirada con el ceño fruncido—. ¿Un maldito *souvenir*?

—Ella intentaba escapar.

Su ceño se frunce aún más.

—¿Y *qué*?

—Los guardias de los De Luca intentaban capturarla. —Está tan enfadado conmigo que no ve la verdad. Exhalo, intentando concentrarme antes de que Finn tenga un maldito ataque de ira y yo también pierda la cabeza—. Ya te dije antes que una forma de llegar a los De Luca es a través de sus mujeres. No pudimos encontrar a nadie en ese momento, pero ella se refería a Leonardo De Luca como *Leo*, así que deben ser cercanos. Debe estar en su círculo más cercano. Una amiga de la familia. Una amante. Quizás una socia

comercial. *Algo*. ¿De verdad querías que no aprovechara la suerte que nos la puso en nuestro camino?

Finn dilata las fosas nasales mientras respira rápidamente por la nariz.

—¿Y bien? ¿Cuál de las dos cosas es?

—Tengo intención de averiguarlo. —Mi voz suena más segura—. Míralo de esta manera. Si está tan desesperada por alejarse de él que recurrió a la ayuda de un completo desconocido, está lo suficientemente desesperada como para hablar.

En lugar de parecer tranquilo, Finn me mira con los ojos entrecerrados.

Nunca es buena señal.

—No me digas que tú eres el completo desconocido al que le *pidió* ayuda.

Siento un calor abrasador en la nuca y me froto el lugar con la mano. *Mierda.* No puedo dejar que Finn investigue esto.

Lo último que necesito es que se me reprenda por tocarla.

Intento disipar la sospecha en su tono con la verdad.

—Se me acercó. Al azar. Por accidente...

—¿Y qué dijo exactamente?

—Creo que no entiendes el punto.

Levanta una ceja.

—Ah, ¿no?

—Es importante para los De Luca. Te lo garantizo. —Me paso los dedos por el cabello—. Es valiosa para el propio Leonardo, lo que significa que podría ser valiosa para nosotros.

—¿Y qué significa ella para *ti*? —Finn me clava la mirada con sus ojos marrones oscuros—. Me fijé en cómo la observabas allí atrás. Y en cómo ella te veía, como si personalmente hubieras orinado en su cereal.

Aprieto los dientes y lucho contra el impulso de apartar la vista, pero *joder*. De alguna manera, sabe que algo pasó entre nosotros.

Nada se le escapa a Finn Gallagher.

Nada excepto el traidor, claro.

Los hombros de Finn se elevan con el aumento de su ira.

—¡Hemos enterrado a tres más esta semana! —Sus ojos se clavan en los míos—. ¿Sabes lo mucho que deseo ir al pequeño recinto de los De Luca con unas cuantas granadas, una M-45 y volar a Leo por los aires yo mismo?

—Lo sé...

—Cállate y escucha. Trajiste a esa mujer aquí. Ahora es tu trabajo averiguar cómo está relacionada con ellos. *Quién* es. Por qué estaba en la subasta. De qué estaba tratando de escapar. —Finn me da un golpecito en el esternón con el dedo para enfatizar—. Cada detalle. Y, por el amor de Dios, mantén tu verga lejos de ella. Estaba con los De Luca. Es mala noticia.

Aprieto la mandíbula antes de conseguir ocultar mi enfado.

—Lo sé.

Y, de verdad, lo sé. No soy idiota. No es que no sea consciente de todas las razones por las que debería mantener mis manos alejadas de ella.

—Bien. —Me clava una última mirada intensa y me empuja con el hombro al pasar—. Estamos librando una guerra fuera y dentro. No podemos permitirnos más complicaciones.

Finn sale furioso de la unidad médica. Una vez que se va, exhalo un largo suspiro y entrelazo mis dedos detrás de la nuca. Nunca lo había visto tan abiertamente estresado.

No debería sorprenderme tanto. Incluso yo he estado bajo una presión aplastante últimamente, y no soy el heredero de los *Reyes Irlandeses.*

La determinación endurece mi columna vertebral. Finn tiene razón.

Estamos bajo ataque. Los únicos pensamientos en mi cabeza deberían girar en torno a obtener la información que necesitamos para paralizar a Leonardo De Luca.

En lo que no debería pensar es en cómo mi pequeña secuestrada le dio una patada en la cara a Darren... o le pegó en la barbilla a Finn.

O cómo me dio un cabezazo tan fuerte que creo que escuché sonar una campana.

No puedo dejar de imaginarla colgando de un tragaluz como una niña en un parque infantil o como una ladrona. No sé si pensar que es linda, una chica dura o una loca... o una combinación de las tres cosas.

Sin embargo, todo eso no viene al caso.

Mi mente pasa de las sorprendentes habilidades de combate de Kiara a la forma en que se estremeció cuando Darren intentó bajarla por primera vez y cuando Finn se le acercó enfadado.

El recuerdo enciende una llama en mi pecho, similar a la furia que sentí cuando confió en mí en la subasta. Un completo desconocido. ¿Y si hubiera sido otra persona...? ¿Alguien aún peor?

Cuanto más recuerdo la demostración de fuerza de Kiara, más impresionante me parece. Especialmente, teniendo en cuenta que, hace solo unas horas, me estaba suplicando que la ayudara a escapar de la atención de Leo.

De Luca. Él es la razón por la que la secuestré. La razón por la que necesito interrogarla.

Haría bien en recordarlo, pero incluso después de volver por el pasillo hacia la puerta de Kiara, sigo sin recuperar el control de mi mente.

Hay algo en ella. No sé exactamente qué es. Lo único que sé es que consiguió meterse debajo de mi piel durante nuestras interacciones de una manera que nadie más ha logrado en mucho tiempo.

Apoyo la palma de la mano en la pared y contemplo la posibilidad de golpearme la cabeza contra la puerta. Es hermosa, claro, aunque también lo son un millón de mujeres más. He salido con chicas tan bellas como ella antes. Bueno, casi tan hermosas. Es lujuria, pura y simple. Una señal de que necesito follar, y pronto. Dirigirme a uno de los clubes nocturnos de los *Reyes Irlandeses* como lo he hecho en el pasado cuando surge el impulso y elegir entre una de las muchas opciones disponibles.

Si no pongo mis cosas en orden, corro el riesgo de enfadar aún más a Finn, lo que tampoco le hará ningún favor a Kiara.

Le pondré las cosas claras y ahí se acabará todo.

Enderezando los hombros y apretando la mandíbula, empujo la puerta de su habitación y la encuentro sentada erguida contra el cabecero, con los brazos cruzados y la sábana cubriéndole las piernas. Un destello agudo aparece en sus ojos cuando gira la cabeza en mi dirección.

Así que me estaba esperando. Bien.

En cuanto se cierra la puerta detrás de mí, empieza a lanzarme preguntas.

—¿Quién era ese hombre que me amenazó? —El ligero temblor de su voz delata la valentía que aparenta.

No puedo contener mi risa sin alegría mientras arrastro una silla hasta su cama.

—Era Finn.

—¿Ustedes son... *Los Reyes Irlandeses*?

La sorpresa de que sepa quiénes somos me atraviesa como un caño de agua de una fuente. Me dejo caer en la silla y me recuesto. Estoy sentado más cerca de ella de lo que pretendía, pero me vería como un idiota si me retirara ahora.

—Sí. —Golpeo con los dedos el reposabrazos—. Todos somos *Reyes Irlandeses*, pero Finn tiene sangre Gallagher.

—¿Quieres decir que...? —Me mira con los ojos muy abiertos.

—Es el heredero.

Su rostro se vuelve de tono cenizo.

—Pateé en la cara al heredero de los *Reyes Irlandeses* —susurra horrorizada.

—Sí, lo hiciste. —Mi sonrisa es más amplia y sincera de lo que probablemente debería ser—. Impresionante trabajo. ¿Fuiste una bailarina *Rockette* en una vida pasada?

Ignora mi chiste.

—¿Qué me va a hacer por haberlo atacado? —Su expresión temerosa me impulsa a aclarar mi garganta.

—Nada. —Mi promesa hace que sus ojos se fijen en los míos—. *Si* cooperas.

Nos quedamos sentados en silencio durante un momento.

Su pecho sube y baja.

—¿Cooperar con qué?

—Conmigo. —Eso suena mal, así que modifico mi respuesta—. Mis preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Del tipo en el que pregunto y tú respondes.

Resopla molesta mientras yo me acomodo. Lo que sea que sabe sobre Leo, necesito saberlo. Me guste o no, necesito que esta mujer confíe en mí.

Como lo hizo cuando se topó conmigo en la subasta.

Es una pena que entonces no pudiera investigar su relación con él. Secuestrarla y traerla aquí ya son dos puntos en mi contra.

Ganarme su confianza ahora será un reto, pero no es nada que no pueda manejar.

Mis ojos recorren su rostro. No es la primera vez que me pregunto cómo una mujer como ella acabó con un canalla como De Luca.

Luego, me reprendo por plantearme una pregunta tan ingenua. Sin duda quería dinero. Poder. Lo mismo que buscan la mayoría de las mujeres que se juntan con mafiosos.

Kiara gira la cabeza y clava la mirada en la pared al otro lado de la habitación.

Resistiendo el impulso de sonreír, pongo sinceridad en mi tono.

—Relájate, Kiara. —La tensión de sus hombros rígidos no disminuye ni un ápice—. Mientras cooperes, nadie te hará daño ni te obligará a hacer nada que no quieras hacer.

Resopla.

—Demasiado tarde en ese frente.

Supongo que me tiene ahí.

—*Touché*.

Su mirada recorre mi rostro, como si intentara descifrar exactamente quién soy.

Buena suerte con eso. A veces, ni yo mismo estoy seguro.

Esmeralda, la jefa de enfermeras de nuestra unidad médica, rompe la tensión empujando un pequeño carrito hacia la habitación con un conjunto de ropa limpia encima.

Esa es mi señal. Me levanto de la silla.

Le hago un gesto con la cabeza a Esme antes de dirigirme a Kiara.

—Es hora de sacarte de aquí. Pero, primero, cámbiate de ropa.

Sus ojos brillan al ver el nuevo conjunto.

—Me sorprende que no sea un overol naranja brillante para indicar mi condición de prisionera.

Me toco la barbilla.

—Intenta pensar en ti misma más como... una especie en peligro de extinción dentro de los límites de nuestra reserva natural. —Mis labios se contraen ante su expresión ofendida—. Esme te ayudará a vestirte y luego nos dirigiremos a la casa.

—¿La *casa*?

—Donde te alojarás.

Sus párpados se cierran. Sospecho que se está preparando para el peor escenario posible, y no puedo evitar preguntarme qué estará imaginando.

Quizás le vendría bien un pequeño recordatorio.

Antes de irme para dejarla cambiarse, le agarro la barbilla con los dedos e inclino su cabeza para que se vea obligada a mirarme.

—No mentía antes. Nadie te hará daño, Kiara. —Hago una pausa antes de soltar la frase decisiva—. A menos que vuelvas a intentar una maniobra como esa otra vez.

Capítulo 11

Kiara

Esmeralda me ayuda a ponerme ropa limpia, chasqueando la lengua al ver los moretones morados y azules que se están formando en mis pies, donde pateé a Rory y a sus amigos como si mi vida dependiera de ello. Ahora me están doliendo mucho. Lo que daría por unos analgésicos...

Me cambia la venda de la frente y me cura un rasguño en el brazo que no había notado, y luego me envía a mi inminente destino.

Rory me espera en el pasillo, apoyado en la pared con las manos en los bolsillos y una leve sonrisa, como si nada pasara.

¿Cómo me llamó? *«¿Una especie en peligro de extinción?».*

Mis dedos se aprietan en puños. Relajo las manos y hago todo lo posible por ocultar la ira que arde en mi interior. Si quiero hacerle creer que confío en él, tengo que comportarme como si mis pensamientos no giraran en torno a alejarme lo más posible de su persona.

—Después de ti. —Señala con la mano abierta hacia las puertas corredizas dobles al final del amplio pasillo.

Camino adelante porque, por supuesto, él no es tan estúpido como para dejarme ir detrás. Sabe que me escaparía a la primera oportunidad.

Mi nueva tarea autoimpuesta es convencerlo de lo contrario.

El peso de su mirada en mi espalda me produce un cosquilleo entre los omóplatos mientras me apresuro por el pasillo y atravieso las puertas. Espero que salgamos a una azotea, con todos los tragaluces que hay en las habitaciones de los pacientes de este lugar, pero en cuanto salgo, me doy cuenta de que no hay ninguna azotea.

La unidad médica de los *Reyes Irlandeses* es completamente subterránea.

Si hubiera logrado escapar por ese tragaluz, habría terminado en la planta baja.

—Por aquí. —Las yemas de los dedos de Rory se posan en la parte baja de mi espalda para guiarme. Me aparto de su tacto, sintiendo un cosquilleo incómodo por todo el cuerpo.

Estamos en un camino empedrado que gira a nuestra izquierda y sube una pendiente hacia lo que sospecho que son jardines.

Cruzo los brazos cuando llego a la cima del camino empedrado y me encuentro frente a la entrada de un alto laberinto de setos.

—Así que los asesinos más brutales de la Costa Este tienen un minihospital debajo de sus plantíos...

—Suenas intrigada —dice Rory, observándome desde la entrada del laberinto.

Su mirada recorre mi rostro mientras sus dedos acarician mi mejilla, provocándome otra oleada de esa desagradable sensación de hormigueo.

Endurezco la espalda.

—Sigamos con esto.

—Cooperación. —Me dedica otra de esas sonrisas irritantes—. Lo apruebo.

Mientras nos adentramos en el laberinto, camino cerca para no perderme. Es difícil, ya que los setos deben medir al menos tres metros de altura.

En silencio, Rory nos guía a través del laberinto hasta que los setos a ambos lados se separan y nos encontramos en una zona central, donde una ornamentada fuente canta bajo el sol de media

mañana. La belleza de todo me deja sin aliento, sobre todo cuando diviso la majestuosa arquitectura.

—¿Qué es *eso*? —susurro, abrumada por la visión de una enorme mansión que brota de un césped bien cuidado justo más allá del límite del jardín. Tres niveles de ladrillo, cemento y exuberantes detalles alrededor de las altas ventanas y enormes puertas se elevan desde el suelo como si salieran de un libro de cuentos.

—La casa —anuncia Rory, como si fuera algo obvio.

Tremenda casa. Ni siquiera yo puedo evitar quedarme con la boca abierta.

Tengo una vista perfecta, así que sé que mis ojos no me engañan, pero ¿cómo puede un lugar tan hermoso y bien cuidado estar dirigido por un montón de asesinos violentos? Estoy absolutamente asombrada por lo hermosa que es la mansión de los Gallagher, como sacada de un cuento de hadas.

Seguir a Rory hacia esa imponente mansión no hace que nada parezca más *real.* De hecho, cuanto más nos acercamos, más segura estoy de que todo esto debe ser un sueño extraño.

Subimos unos pocos escalones hasta la puerta principal y entramos.

El interior es aún más tipo palacio y magnífico que el exterior.

Las alfombras rojas cubren los amplios y cavernosos pasillos. Las paredes están decoradas con obras de arte. Incluso hay una fuente interior que emite un relajante murmullo.

Por los apetitosos aromas que nos llegan, supongo que también tienen a un chef *gourmet* bajo contrato.

Lo único en lo que puedo pensar es en todo lo que *no* me contaron sobre los *Reyes Irlandeses.*

Nadie mencionó nunca su riqueza. Habría imaginado que su sede se encontraba en algún complejo industrial abandonado o en una mansión gótica antigua y en ruinas en lo profundo del bosque.

Toda mi vida me hicieron creer que los peores adversarios de mi familia eran mercenarios abominables y crueles que cazaban y torturaban a la gente por diversión. Así fue como mataron a Matteo, el último jefe de la Mafia De Luca. Mataron a mi padre Enzo de forma muy similar.

Sin embargo, a pesar de esas sombrías verdades, hasta ahora han sido... ¿hospitalarios? ¿Más o menos?

¿Es eso siquiera posible?

Esa enfermera, Esmeralda, fue muy amable conmigo. No pensaba que me harían daño aquí. Conseguí agredir al heredero de toda la Mafia Gallagher en los primeros treinta minutos de estar consciente, pero, aparte de una mirada fea y una amenaza, no me hizo ningún daño.

Y según Rory, el secuestrador besucón, no tiene intención de hacerlo.

Sinceramente, si cuento el beso apasionado, este puede ser el secuestro más agradable que jamás haya tenido una mujer. Besada, drogada y arrastrada a una mansión. La atención médica también fue un buen detalle.

No puedo evitar observar a mi alrededor mientras sigo a Rory por el enorme edificio. Caminamos hacia una gran escalera, cuyos peldaños gigantes conducen a la segunda y tercera planta de este pequeño castillo.

¿*Este* va a ser mi futuro lugar de residencia?

La sospecha resuena en mi cabeza. Sé que hay gato encerrado. Quizás están jugando conmigo, como solía hacerlo Leo.

Los *Reyes Irlandeses* deben de ser de esas raras personas que tienen su cámara de tortura o su cabaña de secuestros en un piso superior. Es imposible que Rory me esté llevando a algún sitio agradable.

Aunque, al mismo tiempo, me cuesta creer que haya algún lugar en esta mansión gigante que no sea agradable.

«Concéntrate, Kiara. Respira».

Escuché muchas historias sobre los *Reyes Irlandeses*. Sé de experiencia de segunda mano lo despiadados y aterradores que son como organización criminal. No puedo permitirme distraerme con el deslumbrante aspecto de su guarida.

Mientras observo mi entorno, empiezo a analizar la estructura y la distribución del terreno. Los detalles minuciosos son mi especialidad, y si quiero encontrar una ruta de escape de este lugar colosal, tengo que trabajar rápido.

No tengo ni idea de cuándo se presentará mi próxima oportunidad, pero cuando llegue ese momento, estaré *lista*.

Hay una cosa que ya me pareció extraña...

No hay mucha gente merodeando por la mansión.

¿Cuántas personas viven aquí realmente?

Y lo que es más importante, ¿cómo es la seguridad?

Ralentizando deliberadamente mis pasos para darles a mis ojos más tiempo para hacer su trabajo, giro en un pequeño círculo mientras camino, absorbiendo más el espacio.

Siento un cosquilleo en la cara, lo que significa que Rory me está observando fijamente. Probablemente, preguntándose por qué demonios me muevo tan lentamente.

Un sonido llega a mis oídos y la conmoción me deja paralizada.

Escucho a mujeres. *Riendo.*

He vivido toda mi vida en la mansión De Luca y nunca había oído a mujeres reír juntas fuera de la seguridad de las habitaciones de mi madre. Atreverse a expresar ese tipo de alegría o humor en los espacios públicos era arriesgarse a llamar la atención de Enzo, Matteo o Leo sobre el motivo... y nunca querías llamar su atención si podías evitarlo.

Pero aquí, en la mansión Gallagher, al parecer, las mujeres se ríen libremente.

Me asomo por una esquina a un pequeño y luminoso estudio con libros apilados en las paredes y me quedo boquiabierta.

Un par de gemelas rubias idénticas están sentadas una frente a otra en sillones bajos, jugando a algún tipo de juego de mesa.

En sus dedos anulares brillan unos anillos con diamantes incrustados.

Casi inmediatamente, levantan la vista de la mesa y se dan cuenta de que las estoy mirando. Son preciosas, con unos profundos y sorprendentes ojos azules y bocas generosas. Una lleva una falda azul ajustada, una blusa blanca de seda con volantes y botones plateados, y una chaqueta corta ajustada blanca y azul. El conjunto es elegante y claramente caro.

La otra gemela lleva unos *jeans* claros y una camiseta lisa de seda de manga larga. El cabello de la gemela elegante cae en ondas

suaves por su espalda. El cabello de la gemela informal está recogido en una coleta suelta.

Sus miradas curiosas me toman completamente por sorpresa. ¿Quiénes son?

¿Qué hacen aquí? ¿Viven aquí o están de visita?

Desde luego, no parecen prisioneras. Al menos, no en el mismo sentido que mi madre y yo. Nada de esto tiene sentido. No logro entender la situación.

—Kiara. —Rory me aprieta ligeramente el brazo, mas no puedo apartar la mirada de las gemelas, que siguen llamando mi atención —. Vamos. Las estamos molestando.

Me guía hacia la escalera. Espero que camine más rápido y me arrastre con él. En cambio, Rory adapta su paso al mío.

Casi como si estuviera siendo considerado.

La expresión de su rostro no revela nada.

¿Es esta su forma sutil de permitirme familiarizarme más con el lugar al que llamaré hogar en un futuro próximo?

Seguro que no le preocupa mi comodidad... ¿verdad?

«No empieces a tener buenos pensamientos sobre este hombre», me reprendo a mí misma en el silencioso caos de mi propia mente. *«Recuerda que te secuestró. No importa lo que haga o diga, es un desgraciado que besa, droga y secuestra. No se puede confiar en él».*

Sí, este secuestro, para bien o para mal, evitó que me vendieran al mejor postor como pretendía Leo, pero eso fue incidental. Circunstancial.

No absuelve a Rory de sus acciones ni lo convierte en un buen tipo. Por lo que sé, es incluso más terrible que Leo.

Leo. *Ugh.*

Un escalofrío me recorre la espalda.

No puedo ni imaginar lo molesto que debe de estar.

Su preciada pieza de subasta, robada delante de sus narices.

No, no, ni hablar. Recorrer ese camino mental conduce a ataques de pánico y desesperación.

Subimos las escaleras, Rory y yo llegamos al rellano del segundo piso y luego me guía por un pasillo curvo con grandes ventanas. Nos

detenemos frente a la primera puerta que aparece.

Un hombre tan grande que podría pasar por luchador profesional está parado delante. Rory ralentiza el paso y lo saluda con un asentimiento, mientras nos abre la puerta.

Oh. Así que esto es todo.

Esta es la parte en la que Rory me mete en una celda lúgubre y me deja pudrirme hasta que crea que estoy lista para cooperar.

Entro primero en la habitación y sus dedos sueltan mi brazo.

Por segunda vez en pocos minutos, me quedo con la boca abierta.

Es la celda más bonita que he visto nunca.

Suelos de madera cálidos. Una ventana doble con un asiento acolchado con vistas a los jardines. Una majestuosa cama matrimonial con dosel que domina el centro de la habitación, cubierta con un bonito edredón azul y plateado y cojines a juego. Una puerta en una esquina que conduce a un baño privado.

Un baño privado... Esperaba encontrar una cubeta oxidada en una esquina.

Por un momento, de forma descabellada y contradictoria, me siento emocionada por pasar tiempo sola en esta habitación, por acostarme en ese colchón gigante y suave y descansar. No he dormido bien en semanas. No es que espere que eso cambie, pero una cama agradable lejos de Leo es un buen comienzo.

Me giro hacia la puerta, esperando verla cerrada y oír el sonido de una llave girando en la cerradura. En cambio, Rory entra y cierra la puerta detrás de él.

Las alarmas suenan en mi cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —Por instinto, doy un paso atrás.

—Te dije que tenía algunas preguntas que hacerte.

Merde. Sí, dijo eso.

—¿Te… refieres a ahora mismo?

—¿Por qué no? —Rory agarra la pequeña silla de madera que hay junto al escritorio—. ¿Será algún problema?

—Creía que los interrogatorios se hacían en habitaciones oscuras con focos colgantes que se apuntaban a la cara de la gente.

—Veo que ves muchas series policíacas.

—En realidad, no. —Me siento en el alféizar de la ventana, con los rayos del sol calentándome la espalda. Rory coloca la silla de escritorio frente a mí.

—Entonces, ¿por qué no me dejas guiar? —Se sienta en la silla, saca un teléfono del bolsillo y juega con él un momento. Cuando lo deja sobre la cama, veo que está grabando.

Me está grabando. Esto. Lo que sea que esté a punto de suceder.

No sé por qué la idea de sentarme aquí mientras me acribilla con preguntas difíciles me hace querer salir corriendo, pero es así.

Estoy tan alterada que podría explotar, y tengo los nervios de punta. Lo sé con certeza, porque lo único que me pasa por la cabeza es: *«¿por qué tiene que estar tan increíblemente guapo a la suave luz del sol?».*

La pregunta que realmente debería hacerme es: *«¿cuándo se derritió tu cerebro hasta convertirse en un montón de masa inútil?».*

Aunque parte de la culpa es suya. Si solo fuera guapo por la noche y se transformara en una criatura grotesca durante el día, probablemente, me resultaría mucho más fácil mantener la cordura.

En cambio, esto parece un ataque en varios frentes.

Tragando saliva, bajo los hombros. No sé qué quieren los *Reyes Irlandeses* de mí, pero cuanto antes lo averigüe, antes podré trazar una estrategia.

Es hora de engañar a Rory para que revele qué demonios está pasando aquí.

—Está bien. —Me recojo el cabello detrás de las orejas—. ¿Qué es lo que quieres preguntarme?

Su sonrisa se amplía antes de aplanarse en una línea seria.

—¿Qué hacías allí anoche? ¿En la subasta de Leo?

—Podría preguntarte lo mismo.

Su sonrisa vacila antes de estabilizarse de nuevo.

—Kiara, tus respuestas a mis preguntas son muy importantes. Y voy a conseguir esas respuestas, cueste lo que cueste. Aunque tenga que estar aquí todo el día. O toda la noche.

«¿Todo el día y... toda la noche?». No me gusta cómo suena eso.

El tartamudeo de mi corazón no está de acuerdo.

—Responderé a tus preguntas. —Curvando suavemente los dedos de los pies dentro de los zapatos, mido cuidadosamente mis palabras—. *Si* respondes a las mías.

—Esto no es una negociación.

—Creo que sí —desafío—. Por lo que sé, después de responder a tus preguntas, me vas a pegar un tiro en la cabeza y tirar mi cuerpo a una zanja en algún lugar.

—Supongo que tendrás que confiar en mí. —Casi me atraganto. Las cosas que los hombres terribles pueden decir con total seriedad —. ¿Es tan difícil? —Rory endereza la espalda—. Anoche no fue ningún problema.

Cierro la boca de golpe y se me sube la sangre a las mejillas.

¿De verdad está sacando a relucir nuestro beso? ¿En serio? Como si eso fuera a servirle de algo.

—¿Te refieres a antes de drogarme y traerme aquí contra mi voluntad?

Debería avergonzarse de sí mismo, pero se limita a encogerse de hombros.

—Así que responde a mis preguntas y quizá puedas irte a casa.

Me echo hacia atrás, horrorizada.

¿Rory cree que quiero irme a casa? La idea, aunque deplorable, me hace comprender muchas cosas. Este hombre no tiene ni idea de quién soy.

No sabe que vivo en la mansión De Luca. No sabe de quién soy hija. Probablemente, no tiene ni idea de cómo estoy relacionada con Leo. Por supuesto que no lo sabe. Hace solo unos momentos me preguntó qué hacía allí anoche.

Todo este tiempo, he estado pensando que *no sé* qué van a hacer los *Reyes Irlandeses* conmigo. No obstante, la verdad es que ellos tampoco saben qué van a hacer conmigo. ¿Cómo podrían saberlo, si no tienen ni idea de quién soy?

—Ah, por fin se quedó sin palabras. —Rory lanza una sonrisa burlona a una de las obras de arte que cuelgan de las paredes. Lo único que puedo hacer es observar fijamente su perfil estúpidamente atractivo y luego deslizar la mirada por su estúpidamente tonificado cuerpo.

El corazón me late con fuerza por esta nueva información y *no* por el aspecto de Rory, así que me alejo de él y me giro hacia la ventana. Mi atención se posa en el mundo exterior.

Cuando miro por encima del hombro y veo que Rory me está observando, me levanto de mi asiento y empiezo a caminar de un lado a otro.

«Hasta ahora todo está bien», me digo a mí misma. No conseguí responder a ninguna de sus preguntas, pero averigüé un poco sobre él y sobre la situación en la que estamos. Aun así, para formular un plan y calcular las probabilidades de supervivencia necesito información, lo que significa que tengo que seguirle la corriente.

Me aclaro la garganta. Una tabla del suelo cruje cuando él también se levanta. Mete las manos en los bolsillos y sigue con la mirada los patrones aleatorios que dibujo en el suelo mientras doy vueltas por la habitación.

Cuando Rory vuelve a hablar, su tono vuelve a ser aterciopelado. La voz que utiliza para atraer a mujeres jóvenes e impresionables y que confíen en él.

—Por cierto, ¿dónde está tu casa?

Niego con la cabeza. Buen intento.

—Sigo sin tener la motivación adecuada para responder a tus preguntas.

Se ríe entre dientes.

—¿Mantenerte con vida no es motivación suficiente?

Me tambaleo y me agarro a uno de los postes de la cama.

—¿Me matarás si no respondo?

—No es eso lo que dije.

—Prometiste que no me harías daño. Eso fue hace menos de una hora. —Me giro y lo encuentro más cerca de lo que esperaba. Me estremezco, mas no retrocedo—. ¿No es un poco pronto para empezar a romper tus promesas?

—¿Quién eres, Kiara? —Sus ojos color avellana se clavan en los míos, haciendo que mi corazón golpee con fuerza contra mis costillas —. *Realmente*.

—Buena suerte averiguándolo. Ni siquiera yo sé la respuesta a eso. —Sin aliento y atrapada por la intensidad de toda su atención,

no puedo creer que le haya contado siquiera esa verdad.

—Tus respuestas ingeniosas son adorables. —Se inclina hacia mí —. Pero te garantizo que no querrás conocer ninguno de mis métodos más persuasivos.

La ira se enciende dentro de mí, junto con un destello de miedo.

Odio cuando los hombres intentan intimidarme.

—Si planeas matarme, ¿por qué no lo haces de una vez?

Vuelve a sonreír con aire burlón.

—¿Y arruinar toda la diversión?

Hay un extraño y candente trasfondo en sus palabras y su expresión que me niego a analizar.

—¿Quieres saber cosas sobre mí? —Furiosa, me le acerco y lo miro con ira—. Bueno, esta es la verdad. Mi vida no tiene nada de divertido. Así que adelante. Acaba con mi sufrimiento.

La sonrisa burlona de su rostro se desvanece. Me mira fijamente durante unos instantes, lo suficiente como para sentirme vacilar, antes de negar con la cabeza.

—Las mentiras tampoco te llevarán a ninguna parte.

—¿Quién dice que estoy mintiendo? —Quiero volver a pisarle los dedos de los pies.

—Una persona que está desconectada de la vida no intenta escapar. Al menos, no como lo hiciste tú. —Vuelve a fijar su mirada en la mía, y me atraviesa como si pudiera perforar mi cerebro—. Dos veces en veinticuatro horas. Huyendo de mafiosos. Colgando de tragaluces.

Soy una ventana de cristal a través de la cual Rory me observa directamente.

La exposición emocional me asusta. La piel de la nuca me empieza a picar, pero él no cede.

Ni siquiera un poco.

—Una mujer a la que no le queda vida por vivir... —Rory recorre con la mirada la curva de mi mandíbula—. Tampoco besa así.

Siento un calor intenso en la parte baja del abdomen. *«¿Por qué tiene que decir eso?».*

Solo unos centímetros separan nuestros rostros. Noto que tiene cuidado de no tocarme.

Frunzo el ceño. Eso es nuevo. No es que quiera que me toque ni nada. El cambio me parece un poco extraño. A menos que haya desarrollado una aversión repentina al contacto con mi piel o mi cuerpo, debe haber una razón.

¿Pero cuál?

Me muerdo el interior de la mejilla cuando se me ocurre una posible respuesta.

A pesar del caos fisiológico que me provoca su proximidad, me obligo a hacer la pregunta crucial.

Una que *necesito* que responda para planear mi próximo intento de fuga.

—Hay cámaras de video aquí, ¿verdad? —¿Por qué si no iba a ser tan cuidadoso? Pero, a pesar de mi buena vista, no he detectado ninguna.

Los ojos de Rory se posan en mi boca.

—Sí.

—¿Dónde?

Tararea.

—En ningún sitio donde puedas encontrarlas.

Frunzo el ceño y vuelvo a inspeccionar la habitación. ¿Qué tan pequeñas deben de ser si ni siquiera puedo verlas? ¿Y cómo puedo saber si dice la verdad?

Mi voz se reduce a un susurro.

—¿Cómo lo sabes?

Baja la voz para igualarla a la mía.

—Yo mismo las instalé. —Su guiño acelera mi pulso. Por irritación, nada más.

O *mayormente* irritación.

Me obligo a centrarme en mi sorpresa por su revelación y no en la atracción sexual que crepita bajo la superficie de mi piel.

Antes de dejarme llevar, tengo que averiguar con quién estoy lidiando. Subestimar a Rory me ayudó a meterme en el problema en el que estoy ahora. Prefiero evitar meterme en otro.

—Así que eres el tipo de IT.

Su boca se curva en una sonrisa perezosa y más genuina.

—Por así decirlo.

—¿Es eso lo que haces aquí? ¿Para los *Reyes Irlandeses*? ¿Estás a cargo de la tecnología?

Asiente con la cabeza.

Mierda. Eso significa que probablemente sea inteligente. *Muy* inteligente.

Lo que significa que *burlarlo* se volvió más complicado.

Y ahora estoy aún más confundida. ¿Qué hacía un especialista en tecnología en la subasta de Leo? No había nada relacionado con tecnología en el menú. Incluso si lo hubiera, los *Reyes Irlandeses* son los mayores enemigos de Leo. No los habrían incluido en la lista de invitados.

—Muy bien, Señor Tecnología. —Cruzo los brazos—. ¿Por qué te colaste en la subasta de Leo?

Rory se encoge de hombros.

—Por trabajo.

¿Eso significa que le encargaron colarse en el evento?

Lucho contra el impulso de jadear. ¿Era posible que Rory estuviera allí para matar a Leo? ¿Podría haberse colado para cometer un asesinato hasta que descubrí su cubierta y arruiné su única oportunidad?

Por alguna razón, esta pregunta me quema en la mente.

—¿Estabas allí para hacerle daño a Leo?

Inclina la cabeza hacia un lado y eleva una ceja.

—¿Por qué? ¿Habrías intentado detenerme?

¡Ja! Más bien habría comprado palomitas.

Robándole una de sus tácticas, me encojo de hombros.

—Quizás. —Cuando aprieta la mandíbula, decido darle un poco más. Si lo enfado demasiado con mis evasivas, no se sabe lo que podría hacer—. Pero no habría llorado si hubieras tenido éxito. —Levanta las cejas y vuelvo a encogerme de hombros—. ¿Qué? Leo es una persona horrible.

Los ojos de Rory brillan.

—¿Y cómo lo sabes?

—Supongo que tendrás que confiar en mí.

Lo extraño de este tira y afloja con Rory es que es lo más viva que me he sentido en... bueno, jamás. Mis días en la mansión De

Luca se mezclaban todos, más aún después de la muerte de mamá. La misma rutina, día tras día.

Aunque estas discusiones a veces me enfurecen, al menos, no me siento medio muerta. Rory parece encender en mí una chispa que no sabía que me faltaba.

Por supuesto, eso no me impedirá seguir elaborando un plan de escape.

Una vez que sea libre, solo tendré que encontrar otras cosas que me den vida.

Cualquier cosa que no sea el hombre irritante que me impidió alcanzar mi libertad.

Capítulo 12

Rory

Sea quien sea Kiara, no es nada de lo que esperaba.

Esta mujer es una completa contradicción. A veces parece casi tímida y temerosa, mientras que en otras ocasiones les da patadas en la cara a mafiosos despiadados.

Desprende un aire inocente y, al mismo tiempo, es la mujer más *sexy* que he conocido nunca.

Me pregunto cuánto de su personalidad es fingida y cuánto es auténtica.

Durante la última hora, las cosas se han puesto serias, por así decirlo.

Ya no estamos enfrentados cara a cara como lo hicimos al principio. Ella se sienta en la cama, con las piernas cruzadas, y yo vuelvo a estar en mi silla, recorriendo su rostro con la mirada. Analizando cada detalle que puedo sobre ella.

Sinceramente, estoy viendo un lado completamente diferente de esta chica. Quizás sea solo porque la engañé una vez, no obstante, ahora que sabe quién soy y dónde está, no me está dando ni una pizca de información.

Tendré que esforzarme más para engañarla y que revele su identidad. Parece decidida a ocultármela y, por mucho que me cueste admitirlo, me está desconcertando.

Hace muchos años que ninguna mujer lo conseguía.

A pesar de esa dulce expresión, es una experta en esquivar mis preguntas, especialmente, cuando se refieren a su relación con Leo.

Sin embargo, puedo confirmar que es fiel a su palabra.

Después de responder a sus preguntas sin importancia, comenzó a responder algunas de las mías.

Pareció relajarse aún más cuando llegó la comida que le pedí. Nunca había visto a una mujer devorar un desayuno de esa manera, pero aquellos panqueques y huevos no tuvieron ninguna *oportunidad de sobrevivir*.

Si quiero sacarle algo más significativo, tengo que cambiar de táctica; lamentablemente, estoy atascado. Mis habilidades para interrogar solo se vuelven sangrientas y dolorosas a partir de ahora. Y ya le di mi palabra de que no le haremos daño mientras esté con nosotros, siempre y cuando se comporte. E incluso si me sintiera cómodo obligando físicamente a una mujer a decir la verdad, no tengo estómago para hacerlo con ella.

Solo ver su sangre bajo mis uñas me hizo estrellar la furgoneta. Aunque ese ciervo suicida también ayudó.

El *interrogatorio*, tal y como lo conozco, queda descartado. Al menos para mí.

El problema es que no estoy seguro de que siga siendo así para Shane o Finn. En el pasado, también habría estado seguro de Finn, pero con toda la presión que ha habido últimamente, no sé qué haría él.

Dado que la idea de que alguien le haga daño, incluso uno de mis mejores amigos, me llena de ira instantánea, necesito adoptar una estrategia diferente. Una que me permita obtener respuestas antes de que Finn o Shane pierdan la paciencia y decidan aumentar la presión.

El alcance de mis relaciones con las mujeres en los últimos años consiste en tomar un par de copas en un club o bar antes de irnos a una habitación de hotel a hacer cosas sucias entre las sábanas. Menos mal que no hace falta tener una novia estable desde hace tiempo para saber cómo aplicar el encanto.

Y a menos que descubra cómo sacarle información rápidamente, Finn podría cortarme la verga y servírmela en bandeja de plata.

Maldición. Si tan solo me dijera por qué estaba en la subasta, podría averiguar el resto.

Entre Darren y yo, conseguimos las grabaciones de las cámaras corporales de casi todos los asistentes.

Ya estamos utilizando el reconocimiento facial para conectar los puntos entre Leo y sus aliados, pasados, presentes y futuros.

Si Kiara asistió a la subasta como invitada de alguien, aunque eso es dudoso, conocer la identidad de esa persona ayudaría a llenar los vacíos que faltan.

Pero ella solo ofrece silencio.

—Es obvio que no querías estar allí.

—¿Qué me delató? —cuestiona con tono impasible—. ¿El hecho de que me topara contigo mientras intentaba huir del lugar y te supliqué que me ayudaras?

—Para ser sincero, creo que realmente me suplicaste que te ayudara. —Acompaño la afirmación con una sonrisa para que sepa que estoy bromeando y me recuesto, decidiendo cambiar de táctica —. ¿Cómo prefieres pasar un viernes por la noche?

Una chispa brilla en los ojos de Kiara.

—Salir hasta tarde a leer —responde.

¿A Kiara le gusta pasar los viernes por la noche leyendo en la ciudad? Eso... no es lo que esperaba oír. Por un lado, leer es una actividad solitaria, y Kiara parece el tipo de mujer que tiene muchos amigos.

¿No preferiría pasar tiempo con ellos? ¿Ir a un club nocturno, al cine o cenar en un buen restaurante?

Al menos no dijo que le gusta pasar el tiempo con Leo.

Mis dedos se curvan. Aparto ese último pensamiento antes de que pueda arruinar mi estado de ánimo.

—¿Hay algún lugar en particular al que te guste ir?

—Sí... mi librería favorita de la ciudad.

—¿Por qué es tu favorita?

Sus ojos se iluminan y su expresión se anima. Esa combinación me deja sin aliento. Siempre es bella, pero ¿así de radiante? Esta

mujer me roba el aire que respiro.

—Bueno, para empezar, es una librería independiente, porque, obviamente, las estanterías son altas y, en algunos puntos, parece un laberinto, y las más altas tienen esas escaleras como las de la biblioteca de la Bestia. Además, el propietario colocó cómodos y coloridos sofás y sillas por toda la tienda para que los clientes puedan acurrucarse y empezar a leer. El lugar siempre huele a canela y tiene una gran selección de novelas románticas.

Hace una pausa y me clava una mirada sospechosa.

—¿Qué? —Levanto las manos y me río.

—¿No vas a burlarte de mí por las novelas románticas?

Frunzo el ceño.

—¿Por qué me burlaría de eso? A mi madre le encantaba leerlas.

La compasión suaviza su expresión.

—Oh, lo siento. ¿Falleció recientemente?

Se me hace un nudo en la garganta y aparto la vista.

—No, sigue viva. Pero ya no lee mucho. Tiene Alzheimer.

Su mano se extiende para apretarme el brazo.

—Oh, Rory. Debe de ser muy difícil para ti.

—Sí. —Me aclaro la garganta mientras me invade la familiar sensación de culpa.

—Mi madre murió hace años. —Su voz es vacilante. Triste.

—Lo siento mucho. ¿Eran muy unidas?

—Sí. Mucho. Era mi mejor amiga. Cuando falleció, sentí como si se hubiera llevado parte de la luz con ella. Mi vida cambió definitivamente para peor.

—¿Y tu padre?

Aprieta los labios y una sombra oscura se cierne sobre sus ojos.

—También falleció, pero nunca tuvimos una relación cercana. No era un hombre agradable.

¿Fue entonces cuando se enredó con Leo? Quizás la muerte de sus padres la dejó en una situación económica inestable y se desesperó.

—Lo de tu madre sigue siendo horrible.

—Sí. Lo es de verdad.

Lucho contra la tentación de entrometerme. Si la presiono demasiado, se cerrará por completo.

—Esa librería que mencionaste parece relajante. ¿Qué más te gusta hacer?

Sus delicados hombros se elevan hacia el techo.

—Me encantaba pintar.

—¿Pintar? —Sin querer, la cara de mi madre aparece en mi mente.

Recuerdos de mi adolescencia, deambulando por las laberínticas exposiciones de arte con mi madre en el Met, se reproducen en una pantalla detrás de mis ojos.

Me aclaro la garganta.

—¿Te *encantaba*? —Asiente levemente, sombría y tímida—. ¿Qué pasó?

Silencio.

Cuando Kiara baja la mirada, su cabello castaño oscuro cae como una cortina alrededor de su rostro. Me invade la necesidad de apartárselo detrás de las orejas, probablemente, porque también estoy luchando contra el impulso de subirme a la cama con ella y ver bien la expresión que está tratando de ocultar.

¿Es la mujer más frustrante del mundo? No. Pero sin duda está entre las cinco primeras.

Parte de lo que me inquieta de ella es su personalidad contagiosa. Cuanto más se relaja conmigo, más ligero me siento.

Lo cual me molesta muchísimo.

Es solo un trabajo. Nada más.

Me gusta la tensión que hay entre nosotros tal y como está. Cuando empieza a suavizarse y convertirse en otra cosa, mi paranoia se dispara.

—No pasó nada. Nada trascendental, al menos. —Su respuesta tardía viene acompañada de una historia, eso está claro. La pregunta es si se le puede convencer para que la cuente.

—Ah, ¿sí?

Me inclino hacia delante en mi silla de una forma que espero que parezca *interesada* y no *amenazante.*

Su tono se vuelve melancólico.

—¿Cómo es ese viejo dicho sobre que, cuando conviertes en tu trabajo algo que amas, dejas de amarlo? —Niega con la cabeza—. Olvídalo.

—Debes de ser muy talentosa.

Sus ojos se clavan en los míos. Sus mejillas se tiñen de rosa.

Vaya. ¿Adulación? ¿En serio? ¿Esa era la clave?

Cuando no responde, me inclino más hacia ella.

—No todo el mundo puede convertir algo que ama en su trabajo.

—No era mi intención —admite—. Pero me encantaban las ilustraciones de esas viejas ediciones ilustradas que tienen en *Midnight.*

—¿Midnight?

—*Midnight Books*. Es mi librería favorita.

Hay algo en la imagen de la pequeña Kiara leyendo cuentos en algún lugar mágico y recóndito de *New York* que me fascina.

—¿Y qué decías sobre estos libros?

—Son increíbles. —La luz regresa a sus ojos—. Tienen todos los cuentos de hadas clásicos, montones de ediciones diferentes. Los leía todo el tiempo mientras crecía y me inspiraron mucho. Solía calcar las ilustraciones de los libros y, cuando mejoré en pintura, las recreaba.

Una sinfonía de campanas ensordece mi mente.

«Las recreaba».

Sus palabras resuenan en mis oídos mientras los detalles, los hechos y la ficción se fusionan con claridad.

Viejas ediciones ilustradas de cuentos de hadas clásicos.

Pinturas.

Leonardo De Luca estaba subastando un cuadro del solitario artista *Libertas*. Y más importante, tenía previsto vender a dicho artista esa misma noche. *Libertas*, sus pinturas...

Agarro mi teléfono de la cama, detengo la grabación y paso al navegador *web*. Busco el trabajo de *Libertas* y entonces lo veo.

La conexión que me faltaba.

Las obras de *Libertas* suelen ser ilustraciones surrealistas basadas en cuentos de hadas clásicos. Y Kiara acaba de decirme que recrea el arte de otros.

Cuando me doy cuenta de ello, casi aplasto mi propio teléfono.

Leonardo no estaba vendiendo un cuadro auténtico de *Libertas* en esa subasta.

Estaba vendiendo una falsificación.

Y tampoco estaba vendiendo al verdadero *Libertas*.

Ese desgraciado estaba intentando vender a Kiara... una joven y talentosa *falsificadora de arte.* Alguien desconocida y fácil de controlar. Alguien que pudiera *producir* el arte de un genio solitario.

Nunca me pareció lógico que los De Luca hubieran amasado una fortuna vendiendo obras de arte raras. Se necesita mucho dinero y una prestigiosa colección para entrar en el negocio, y no tenían ninguna de las dos cosas cuando empezaron hace unas décadas.

Pero ahora todo está volviéndose claro.

En los viejos tiempos, los De Luca solían trabajar como asesinos a sueldo para empresas privadas que sacaban de contrabando *verdaderas* obras maestras de Italia. Estoy seguro de que, una vez que se dieron cuenta de lo lucrativo que es el comercio de arte en el mercado negro, Matteo quiso su parte. Probablemente, han estado robando, falsificando y cuadruplicando sus ganancias desde entonces.

—¿Qué pasa? —La voz de Kiara me sobresalta.

Estoy encorvado sobre mi teléfono, todavía bajo el impacto de mis revelaciones.

Esto es una mina de oro. Suficiente para que Finn me deje en paz.

Suficiente para que tampoco acose a Kiara.

—Tengo una última pregunta para ti. —Escribo rápidamente, busco una imagen de un cuadro de *Libertas* vendido recientemente y le paso el teléfono a Kiara—. ¿Pintaste esto?

Kiara me quita el teléfono de la mano.

Su rostro se vuelve blanco como el papel. Me mira, con el miedo reflejado en sus rasgos.

«La tengo».

Una profunda satisfacción se apodera de mí.

Demonios, me encanta tener razón.

La sangre vuelve a afluir a su rostro y levanta la mano como si quisiera lanzar mi teléfono al otro lado de la habitación.

Lo único que puedo hacer es sonreír. No hay nada que pueda hacer para acabar con mi estado de ánimo triunfal.

Me pongo de pie y me inclino sobre ella en la cama.

—Aléjate de mí o te... —Su amenaza siseada se interrumpe cuando le agarro la muñeca con la mano. Sin previo aviso, la atraigo hacia mí.

Contengo un gemido. Su dulce aroma me envuelve y, maldita sea, esas curvas. La sensación de sus pechos presionando contra mi pecho enciende una mecha que enciende mi cuerpo. No puedo evitar frotar mi pelvis contra su vientre.

Jadea y abre mucho los ojos.

Acerco mi rostro al suyo mientras el calor se intensifica entre nosotros.

—¿Sabes lo que va a pasar ahora, hermosa pintora?

Su mirada se posa en mi boca.

—¿Q-qué?

Me inclino hasta que mi aliento roza sus labios y le acaricio la mejilla con los nudillos.

—Me vas a contar todo lo que sabes y tal vez convenza a Finn de que no te mate.

Capítulo 13

Rory

No hablo en serio cuando la amenazo, aun así, Kiara palidece y deja caer mi teléfono.

—¿Saber sobre qué?

Abro la boca para tranquilizarla, pero luego la cierro de nuevo, ignorando el dolor en mi pecho.

Si cree que hablo en serio, es más probable que confiese, y cualquier información que nos dé puede ayudarnos a mantener con vida a nuestros hombres. Además, es menos probable que se enfrente a la ira de Finn y Shane si habla. Si consigo que coopere, estará más segura.

Otro dolor me atraviesa el pecho. También lo ignoro y le suelto la muñeca.

—Empecemos por Leo. ¿Cuál es su próximo plan de ataque?

Niega con la cabeza.

—No tengo ni idea. Leo nunca compartió conmigo ninguna información sobre sus negocios.

—¿Nada? ¿Estás segura? Incluso la información más insignificante podría ser útil.

—Apenas veía a Leo, y nunca me hablaba de nada excepto...

Mi radar interno se activa.

—Nunca te habló de nada más que ¿de qué? —Cuando no responde, empiezo a levantarme—. De acuerdo, supongo que lo haremos por las malas. Voy a buscar a Finn y luego veremos si...

—¡Espera! —Inhala. Exhala—. Arte. Leo nunca me hablaba de nada más que de arte.

Me invade una sensación de triunfo.

«Te atrapé».

Vuelvo a sentarme en la silla.

—Háblame del cuadro.

Se encorva, con los hombros redondeados por la derrota.

—Tenías razón. Es uno de los míos. —Mira con ira sus rodillas, como si la hubieran traicionado.

Su postura abatida me quita parte de mi satisfacción. Quiero su fuego y su descaro... pero también tengo una tarea que completar.

—¿Cuánto tiempo llevas falsificando obras de arte para los De Luca?

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Falsificando arte?

Cruzo los brazos y sonrío ante su evidente sorpresa.

—Tu sorpresa porque lo descubrí es casi insultante. *Libertas* lleva pintando más de veinte años, así que, a menos que seas una niña prodigio, es imposible que seas la artista original.

El descubrimiento me satisface, porque me encanta resolver acertijos. Últimamente, todos hemos fracasado en ese ámbito. Especialmente, yo, ya que parte de mi trabajo consiste en rastrear información y descodificarla para que nuestra organización siga prosperando. Estar tanto tiempo sin saber qué hacer me hace sentir como un *hacker* con una *laptop*.

Ahora puedo cumplir mi promesa y llevarle información útil a Finn.

No más quedarme ahí parado sin hacer nada mientras me mira con decepción.

Él está librando una guerra y tratando de encontrar un traidor. Cian está pegado a su lado o en primera línea de batalla. Darren suele ir y venir entre ellos, actuando como apoyo para sus diversos proyectos. Y yo, ¿para qué sirvo? Para encontrar información

imposible que nos dé ventaja sobre nuestros enemigos y nos ayude a revertir esta racha perdedora.

Todos queremos un poco de paz y tranquilidad. Si la información de Kiara nos lleva a aplastar a Leo como la cucaracha que es, entonces, tal vez finalmente logremos ese objetivo.

—No esperaba que un tipo como tú supiera siquiera sobre *Libertas* —refunfuña Kiara, ganando tiempo—. O el arte en general.

Ignoro su ataque. Sé que a muchos chicos como yo les importa un comino el arte. Tampoco habría descubierto a *Libertas* si mi madre no me lo hubiera inculcado.

Mi cerebro da vueltas. No se me ocurrió cuando estaba armando el rompecabezas antes, aunque si Kiara es una falsificadora de arte, ¿significa eso que ella y Leo nunca follaron? Me encanta esa idea, quizás demasiado. Pero si no fue una pelea de enamorados lo que hizo que ella huyera de la subasta, ¿qué fue?

Antes de que pueda hacerle otra pregunta, mi teléfono suena a todo volumen. Y no con cualquier tono de llamada. Con el que reservo para Finn.

Eso significa que se me acabó el tiempo. Tengo que ir a informarle sobre lo que descubrí hoy gracias a Kiara. No estará esperando un drama como *este*.

Tenía una corazonada sobre el valor de Kiara, pero nunca hubiera imaginado que estuviera tan profundamente involucrada con los De Luca. Y mi instinto me dice que hay más detrás de esta historia.

Me levanto y contesto la llamada de Finn con el mismo movimiento.

—Ya voy —le digo, y se corta la línea.

—¿Qué sucede? —Kiara se baja de la cama y me sigue hasta la puerta, como un cachorro que no quiere quedarse solo.

Algo en ese pequeño gesto inconsciente me llega directamente al corazón.

Esta mujer. Es una amenaza.

—Tengo trabajo que hacer y tú tienes que aclarar tu historia. —La miro fijamente—. Quiero que me lo cuentes todo cuando vuelva.

—¿Te vas?

Elevo una ceja.

—¿Me vas a extrañar?

Su rostro se frunce en un gesto de enfado. Es tan linda que me echo a reír.

Se sobresalta y se me queda viendo fijamente durante un momento antes de negar con la cabeza.

—¿Qué se supone que voy a hacer aquí sola? ¿Cuánto tiempo piensas tenerme aquí…?

—Si necesitas algo, dímelo.

Kiara me observa parpadeando, con los ojos muy abiertos. Echa un vistazo al suelo, se muerde el labio inferior y, lentamente, vuelve a mirarme a los ojos.

—Libros.

—¿Qué tipo de libros?

—Libros infantiles. *La Telaraña de Charlotte*. *Donde Viven los Monstruos*.

Sus hombros se encogen de nuevo, como si realmente estuviera triste por quedarse sola.

—Te enviaré algunos títulos. —Las palabras salen antes de que pueda pensarlo, pero maldición. Odio verla tan triste.

Se echa hacia atrás, con los ojos muy abiertos y atónita.

—¿Lo harás? —Junta las manos delante de ella—. Gracias —musita.

Intento no fruncir el ceño. Está actuando como si le hubiera prometido un cheque de un millón de dólares, no un par de libros viejos y polvorientos.

—No hay problema.

El guardia pone fin a la conversación cerrando la puerta entre nosotros.

¿Por qué me siento insatisfecho?

Me cuesta mucho esfuerzo alejarme de la puerta y dirigirme al pasillo y subir dos tramos de escaleras hasta la sala de operaciones, donde Finn me está esperando.

De alguna manera, me cuesta aún más esfuerzo evitar activar el sistema de cámaras de seguridad interno de la mansión para ver cómo está.

¿Qué demonios me pasa ahora mismo? Tengo que controlarme.

Para distraerme, les escribo un mensaje a Harper y Riley para que le envíen algunos libros a nuestra distinguida invitada, guardo el teléfono en el bolsillo y abro las puertas de la sala de operaciones. Finn está sentado en la mesa central, con la mirada fija en un mapa de los distritos.

Hay tachuelas rojas que marcan todos los lugares donde hemos perdido hombres en enfrentamientos y tiroteos con los De Luca y sus seguidores.

Ahora, hay más tachuelas que la última vez que estuve aquí.

El peso que cae sobre Finn... Lo veo en cuanto entro en la habitación. Cuando entro, levanta la vista con expresión sombría.

Me le acerco hasta que quedamos uno al lado del otro.

—¿Y bien? ¿Averiguaste quién es?

—No exactamente, pero sí averigüé qué hace para los De Luca.

Finn me gruñe para que continúe, así que sigo hablando. Cuando termino, tiene las mismas preguntas que yo.

—Así que ella es la que ha estado creando las pinturas de *Libertas* con las que los De Luca han ganado millones en el mercado negro.

—Sí.

Finn cruza los brazos mientras procesa esta información.

—Bueno, eso explica por qué un montón de idiotas sin gusto han hecho una fortuna vendiendo arte.

—No sé por qué no se nos ocurrió antes. —Agarro mi teléfono y accedo al servidor seguro donde guardo información clasificada sobre los De Luca—. Lavado de dinero. Negocios turbios. El mercado negro.

—Se metieron en el negocio como contrabandistas.

—Y luego decidieron diversificarse. —Asiento con la cabeza. Está empezando a entenderlo.

—Perfecto para que unos desgraciados como ellos se enriquezcan millones de veces... —Finn exhala un suspiro—. Mierda, Rory, puede que esta vez la hayas encontrado. La pieza que faltaba.

La forma en que dice *esta vez la hayas encontrado* me trae a la memoria todos los fracasos de mi pasado en un amargo trago de reflujo ácido.

Aprieto la mandíbula, pero no digo nada.

Finn se echa hacia atrás, sobresaltándome.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que trabajar rápido. —Los engranajes de su cerebro deben estar girando a toda velocidad. Una vena le salta en la sien, como si se le acabara de ocurrir algo.

Algo que se me escapó.

—¿Qué quieres que haga?

—Entra en la *dark web*, analiza las conversaciones y averigua si alguien sabe que tenemos a Kiara. Hazlo ahora mismo. —Su expresión se ensombrece—. Tenemos la ventaja, aunque no por mucho tiempo. En cuanto Leonardo se dé cuenta de que tenemos a su gallina de los huevos de oro, vendrá contra nosotros.

—No nos vieron salir con ella, pero lo comprobaré tres veces.

El alivio relaja un poco los hombros de Finn.

—Lo siguiente que tenemos que hacer es decidir qué hacer con ella.

Los neumáticos chirrían al detenerse en seco dentro de mi cabeza.

Sé lo que quiere decir Finn. Está planeando utilizarla. No solo para obtener información. Quizás como carnada o para chantaje.

Y, por alguna razón, no me gusta. En absoluto.

En el pasado, nunca protesté por la práctica de utilizar rehenes para el beneficio personal de los *Reyes Irlandeses*.

No sé qué me pasa ni por qué la idea de utilizar a Kiara me ofende en todos los sentidos. Solo sé que esa idea hace que mi presión arterial se dispare y que me entren ganas de golpear a puñetazos a la persona que sugirió tal cosa.

Incluso si esa persona es mi jefe.

Cada fibra de mi ser se rebela ante la idea de poner en peligro a Kiara. Quiero mantenerla aquí, en la mansión, sana y salva.

Solo quiero quedármela y punto.

Soy consciente de que eso me hace casi tan malo como Finn o los De Luca, que la han estado utilizando como su propia máquina de arte personal para canalizar dinero hacia su familia.

Sin embargo, no puedo dejarla ir. Todavía no.

Quizás nunca.

«¡Joder! Ahora siento que me parezco a Cian con su obsesión sicópata por Harper».

Me sacudo ese pensamiento y me obligo a volver a centrarme en la conversación que me estoy perdiendo.

—Aún no sabemos cuál es la mejor manera de aprovechar a Kiara, pero déjame eso a mí. —Finn se dirige hacia la puerta. Una vez que lo alcanzo, continúa—: Empieza con las charlas. Estudia el terreno. Averigua cuánto tiempo tenemos.

—De acuerdo.

—Por ahora esperaremos a que mi padre tome una decisión sobre nuestro próximo paso —agrega—. El verdadero problema aquí es que... Kiara lleva al menos unos años haciendo ganar dinero a esos imbéciles. Los De Luca no venderían su principal fuente de ingresos a menos que tuvieran algo grande con lo que sustituirla.

—Lo investigaré.

—Compara lo que descubriste con la gente que estuvo allí —me sugiere, empujando las puertas de la sala de operaciones para abrirlas—. Probablemente, los De Luca hayan cerrado un nuevo acuerdo comercial o hayan formado una alianza poderosa. Necesitamos saber qué fue y si el secuestro de Kiara ralentizó algo. —Finn me tiene la mente a mil por hora mientras nos dirigimos hacia la gran escalera—. Espero novedades para mañana por la mañana. —Me lanza la orden por encima del hombro mientras nos separamos. Probablemente, se dirija a la oficina de su padre, mientras voy al centro de seguridad.

—Hecho.

Cuando vuelvo a mi hábitat natural, rodeado de pantallas, teclados y sensores en tiempo real, comienzo mi inmersión profunda en la *dark web* en busca de información o repercusiones relacionadas con el secuestro de Kiara.

No encuentro gran cosa. Ojalá eso me tranquilizara, pero no es así.

Kiara era la pieza estrella de la subasta de anoche. La artista *Libertas*. Es imposible que los De Luca no se hayan dado cuenta de su desaparición. Perdieron una fortuna cuando desapareció.

¿Cómo pensaban explicar la discrepancia de edad a quien la compró? Quizás pasé por alto la parte de la descripción que la identificaba como una falsa, mucho más joven que *Libertas*. No es que a los asistentes habituales a las subastas les importe un comino las falsificaciones. Solo les interesa ganar dinero.

Si no hay comentarios sobre ella en la *dark web*, eso solo significa que lograron ocultar su desaparición y controlar la filtración de información en línea.

Eso me lleva a creer que los De Luca probablemente se mueven en las sombras, igual que yo, analizando a los invitados que asistieron esa noche y todas las imágenes de las cámaras de seguridad para averiguar qué le pasó a Kiara.

Y no les llevará mucho tiempo descubrir que estaba conmigo.

El sol se ha puesto cuando apago la computadora al final del día. Debería irme a dormir, pero una parte de mí quiere ver cómo está Kiara.

Otra parte de mí no quiere hacerlo. No quiero mirarla a los ojos sabiendo que Finn planea utilizarla en esta lucha contra los De Luca.

La inquietud me devora. Durante un rato, me limito a dar vueltas por la oficina, tratando de ordenar mis pensamientos enredados y convertirlos en trenzas de información lógica y conectada.

No obstante, nada funciona. Podría ir a *Madden*. Hundirme en un cuerpo cálido, podría relajarme lo suficiente como para dormir.

La idea no me atrae. La única mujer con la que quiero acurrucarme ahora mismo está al final del pasillo. Nuestra prisionera temporal. Alguien de quien me debo mantener alejado.

Al final, me rindo y empiezo a pensar en un punto medio.

En lugar de irme a la cama como debería, abro las imágenes de las cámaras de seguridad de las zonas dentro y alrededor del dormitorio de Kiara. Fuera de su habitación, el guardia está profundamente dormido, recostado contra la puerta. Puedo ver que está dormido por la inclinación de su cabeza.

Idiota. Rápidamente, abro las imágenes de las dos cámaras que hay dentro de la habitación.

La cama está vacía. Eso es porque nuestra pequeña pintora está de pie junto a la ventana, con una pierna sobre el alféizar.

Como una espía en una película de acción, pasa la otra pierna también y empieza a bajar.

—Tienes que estar bromeando, carajo.

Al cambiar a las imágenes de las cámaras de seguridad exteriores, la veo escalar literalmente la fachada del edificio como si fuera *Spider-Man*. Sus pies y manos buscan los ladrillos en busca de apoyo mientras desciende con firmeza.

Me equivoqué sobre ella. No es una falsificadora.

Es una artista del escape.

Mi pulso se dispara mientras me pongo de pie de un salto

—Mujer ridícula e imprudente. Vas a matarte.

Si cree que voy a dejar que se escape en la noche, mejor que lo piense dos veces. ¿Y si se cae y se rompe el cráneo? La perseguiré hasta el más allá solo para estrangularla.

Ahora mismo, es nuestro premio. *Mi* premio. *Nada* ni *nadie* se la va a llevar antes de que esté listo.

Ni Kiara. Ni los De Luca. Ni siquiera la misma muerte.

Después de echar un último vistazo al monitor, salgo disparado por la puerta.

Es hora de darle una lección a mi pequeña pintora.

Capítulo 14

Kiara

El viento me acaricia el cuerpo. Resisto el frío del aire, negándome a temblar.

Un movimiento en falso y *adiós*, Kiara.

Clavando mis manos y pies en las grietas entre los ladrillos y los alféizares de las ventanas, recurro a toda mi experiencia trepando árboles para escalar este edificio de reversa, avanzando paso a paso hacia la tierra que hay debajo.

Sin mirar hacia abajo.

La escalada libre exige toda mi atención.

Un rápido vistazo al suelo podría provocarme un ataque de vértigo. Entonces, mi atrevida huida se convertiría en mi atrevida *muerte* en unos tres segundos.

Mi corazón late con tanta fuerza que me resuena en todo el torso. Es una lucha constante para mantenerme concentrada en el panorama general.

Bajar es solo el primer paso. Podría decirse que es la parte más *fácil* del plan de escape.

En lo que tengo que concentrarme es en qué hacer una vez que mis pies toquen el césped.

Desde la ventana de mi habitación, ahora medio piso por encima de mí, pude observar los terrenos desde lo alto. Setos gigantes y un

muro de contención rodean la extensa propiedad, aislándola por completo del público.

Debe haber un número limitado de entradas autorizadas, todas ellas fuertemente vigiladas y controladas, si este lugar se parece en algo a la mansión De Luca.

Aunque sea una idea absolutamente descabellada, creo que mi mejor oportunidad para escapar es escalar el seto, luego trepar por el muro de contención que hay detrás y bajar por el otro lado. Una vez allí, rezo por encontrarme de nuevo en la sociedad normal.

Cualquier plan de fuga es mejor que quedarme allí sentada como una prisionera modelo, esperando a que Rory, Finn y quien sea decidan mi destino.

Qué arrogancia. Incluso Enzo supo que debía ponerme en el quinto piso de la mansión. Puede que parezca pequeña y delicada, pero tengo la capacidad atlética de cualquier corredor de maratón *y* el ojo de una artista.

Capturo los pequeños detalles que la mayoría de la gente pasa por alto.

Y si los *Reyes Irlandeses* no querían que huyera, deberían haberme esposado a esa cama.

A veces, que la gente me subestime, me beneficia.

Los ojos color avellana de Rory brillan en la oscuridad de mi mente.

Después de pasar toda la mañana y la tarde hablando con él, casi me sentí rara al dejar mi prisión, mi dormitorio, sin despedirme.

Lo cual es absurdo.

Ahora es el mejor momento para irme. Porque Rory cree que ha llegado al fondo del asunto. Cree que ha leído la historia hasta el final, que solo soy una mula del arte que la familia De Luca ha explotado.

No tiene ni idea de que en realidad formo *parte de ella.* Vi cómo se gestaba el malentendido en su mente y no hice nada para intentar rectificarlo.

Dios no permita que Rory descubra quién soy realmente. Ese tipo de información me llevaría a acabar encerrada en un calabozo de verdad.

O dondequiera que los Gallagher mantengan a sus enemigos en este enorme lugar.

«Ya casi estoy ahí».

Mientras desciendo por la parte oscura del edificio, mi cerebro entra en modo pintor. Comparar el exterior de la mansión con lo que observé antes me ayudará a averiguar dónde estoy y cuál es el mejor lugar para preparar el resto de mi huida.

Solo espero no encontrarme con guardias armados, vallas eléctricas... o perros.

Árboles frondosos y decorativos se elevan a mi alrededor.

Ya estoy aquí. Llegué a tierra firme.

Con un resoplido, suelto mi agarre de la pared y caigo sana y salva al suelo.

Tengo los dedos paralizados por el esfuerzo y me duelen los músculos, pero lo logré. Escalé hasta abajo solo con adrenalina y rezando.

Con las manos en las caderas, me detengo para orientarme.

«Es hora de largarme de aquí de una vez por todas».

—¿Saliste a hacer un poco de ejercicio? —pregunta una voz grave y familiar.

Grito y me doy la vuelta.

Rory está de pie con sus gruesos brazos cruzados y la irritación reflejada en el rostro.

El corazón me late con fuerza en los oídos. A pesar de saber lo de las cámaras, esperaba tener más tiempo. Pensé que, si me movía rápido, podría desaparecer antes de que alguien se diera cuenta.

Pasamos tres segundos sin movernos.

Entonces, salgo corriendo.

Giro a la izquierda y aprovecho todas las horas que pasé corriendo en la caminadora para alejarme a toda velocidad de la mansión. Los pesados pasos de Rory me persiguen como los de un monstruo en una película de terror.

—No me obligues a perseguirte —gruñe detrás de mí.

«Maldita sea, se escucha enfadado». Corro más rápido.

Milagrosamente, reconozco dónde estamos. Bajé cerca de la entrada de la mansión, donde Rory me trajo. Más adelante, veo la

escalera que conduce a los jardines de la mansión.

Si llego al laberinto con suficiente ventaja, podré perderlo allí.

Bajo corriendo las escaleras, agarrándome al pasamanos con todas mis fuerzas para que mi impulso no me haga caer de bruces.

En la parte inferior, corro en línea recta. La voz de Rory me persigue.

—Intentar escapar de mí es inútil. —Su tono sigue siendo el de un asesino en serie, pero percibo el filo que se esconde debajo.

Mierda. Si me atrapa, es muy probable que me mate.

Pensé que tendría más ventaja que esto. ¿Cómo descubrió tan rápido lo que estaba haciendo? Mi plan de cruzar la mitad del muro de contención antes de que alguien se diera cuenta de que me había ido se fue por la borda.

Acelerando el paso, atravieso volando la entrada del laberinto. Las paredes de color verde oscuro desprenden aroma a romero. Si no me doy prisa, puede que sea el último aroma que huela en mi vida.

Atravieso el laberinto de setos de forma errática.

Necesito encontrar una parte del laberinto que se abrace al muro de contención que rodea toda la propiedad. El primer seto que encuentre que se ajuste a esa descripción, lo escalaré.

Como si mi vida dependiera de ello.

Espero que Rory siga subestimándome y no llame a los guardias en busca de ayuda de inmediato. Aunque podría imaginarme que decidiera jugar conmigo un rato, como un gato con un ratón.

Me meto en un pasillo y casi grito cuando la musculosa figura de Rory salta de la nada directamente en mi camino. Me detengo en seco a unos metros de él.

Con el corazón dando volteretas en mi pecho, retrocedo mientras él se acerca con paso tranquilo. Sus ojos furiosos se clavan en mi rostro, haciendo que mi piel vibre de ansiedad.

Olvídate del gato y el ratón. Soy un ciervo y él es la pantera que me acecha.

Sé que, si le quito los ojos de encima, aunque sea por un segundo, se abalanzará sobre mí.

—Alto —le advierto—. No te acerques más.

Alargo mis pasos mientras retrocedo, pero él acorta la distancia de todos modos.

—No importa dónde estés, Kiara... Puedo encontrarte y *te* encontraré. —Rory acelera el paso y empieza a trotar.

El pánico se impone a la lógica. Corro en dirección contraria, doblando las esquinas aún más rápido que antes.

El sonido de sus pasos se desvanece, aun así, mis nervios siguen alterados.

No se rendirá. El hecho de que ya no pueda oírlo detrás de mí no significa que no esté ahí.

Mi cuerpo palpita por el esfuerzo de correr a toda velocidad. La paranoia que me produce ser perseguida vence mi concentración y mi determinación.

Corriendo sobre las puntas de los pies, doblo la siguiente esquina, girando hacia la izquierda...

Un impacto repentino me deja sin aliento.

Un cuerpo se estrella contra el mío, y una sensación de *déjà vu* me invade como una tormenta de verano.

Caemos al suelo. Rory nos gira en el aire para amortiguar el impacto del aterrizaje. A pesar de su maniobra, mi cráneo *golpea* contra los adoquines. El dolor inunda mi cabeza.

Demonios, eso dolió.

En un instante, Rory invierte nuestras posiciones y me inmoviliza en el suelo con su gran cuerpo.

Cuando abro los ojos, las manchas en el rabillo de mi visión y el dolor han comenzado a disiparse. La estúpida y hermosa cara de Rory se cierne sobre la mía. Sus hombros suben y bajan mientras recupera el aliento.

Una vez que el dolor remite, me doy cuenta de lo íntima que es nuestra posición. Rory está caliente como un horno y mi piel lo absorbe como una esponja. Sus muslos duros enjaulan los míos. Su rostro y su pecho se ciernen a pocos centímetros de distancia.

Y su pelvis...

Dios mío. Se me seca la boca cuando noto cómo su pelvis se presiona contra la mía. Algo grueso y duro se acurruca entre mis muslos, y una oleada de deseo me inunda.

Está excitado.

Es inesperado. Potente. Demasiado.

Rory encima de mí, respirando con dificultad como lo hacía después de besarnos... con su cuerpo atrapando el mío... duro...

Empiezo a palpitar en respuesta. El sexo debería ser lo último en mi mente, pero parece que no puedo controlar mi reacción.

La lujuria, la vergüenza y la sorpresa colisionan dentro de mí. Necesito salir de esta situación antes de perder completamente la cabeza.

Aprieto la mandíbula y levanto la rodilla con todas mis fuerzas.

La expresión de Rory se contrae y se encorva hacia sus adoloridos testículos mientras empujo con todas mis fuerzas para quitármelo de encima. Cae a mi derecha, gruñendo y refunfuñando.

Me pongo en pie de un salto e intento escapar de nuevo.

La humedad me nubla los ojos, distorsionando mi visión.

Antes de que Rory me secuestrara, antes de que Leo intentara venderme al mejor postor, estaba atrapada en la mansión De Luca, obligada a pintar diez horas al día. Cuando Enzo aún vivía, me permitían visitar la ciudad de vez en cuando, sin embargo, cuando Leo tomó el poder, me prohibió salir del recinto sin su permiso.

Para no volverme loca, me escapaba al gimnasio de la mansión y empezaba a correr. Al principio solo podía correr unos minutos, pero cuanto más reconocía la agresividad reprimida, cuanto más miedo, dolor y estrés me infligía Leo, más corría y más rápido iba.

Antes de la subasta, había estado corriendo dieciséis kilómetros al día durante las últimas dos semanas. Ese fue mi tiempo de *hámster en la rueda.*

Un tiempo al que nunca volveré.

Me niego. No puedo. *No lo haré*.

La miseria de mi existencia se abate sobre mí cuando salgo disparada de un pasillo de setos hacia el centro del laberinto. El agua que brota de la fuente brilla en la luz tenue. El cielo se abre sobre mí, el crepúsculo cae en cascada sobre mi cabeza.

Las lágrimas caen de mis ojos mientras giro en círculos. Al menos diez caminos diferentes convergen en este espacio. ¿Cuál de ellos debo tomar?

¿Cuál me llevará a la libertad?

La frustración y el agotamiento me oprimen. *«¿Por qué es así mi vida?».*

La desesperanza se apodera de mí, incluso cuando mi instinto de huida sigue haciendo sonar las alarmas en mi cabeza. Doy otro paso atrás, alejándome de Rory, mientras él manipula algo en su reloj.

Mientras está distraído, me alejo unos pasos más de él. Sigo retrocediendo hasta que un coro metálico me paraliza en el sitio.

Un *clic-clic* resuena en el claro.

Los cañones metálicos brillan entre las hojas oscuras de los arbustos, casi invisibles a la vista en la luz moribunda.

Las armas están listas para dispararme desde todas las direcciones.

La conmoción, el terror y la resignación forman un lodo tóxico en mis entrañas.

No es de extrañar que Rory fuera tan indiferente en su persecución. Sabía que la posibilidad de escapar era prácticamente nula.

—No mencionaste antes que eres una maratonista olímpica. —Rory se apoya contra un seto, aún respirando un poco más fuerte de lo habitual.

Me da vueltas la cabeza por el cansancio, o por la derrota, o por ambas cosas. Me dejo caer en el banco de cemento más cercano y permito que el relajante sonido de la fuente me calme.

—No soy maratonista.

—Podrías haberme engañado. —El sudor brilla en su frente mientras se acerca lentamente hacia mí—. Solo has estado jadeando durante unos dos segundos.

No respondo de inmediato. Estoy demasiado ocupada sumida en una espiral de pesimismo por sentirme atrapada. Nada me asusta más que la impotencia de estar enjaulada. Las imágenes de mis últimos meses de confinamiento en la mansión De Luca me impulsan a correr ocho mil kilómetros sin mirar atrás.

Sin embargo, lo intenté y fracasé. Ahora es el momento de pagar las consecuencias.

Me pregunto cómo me castigará Rory. Mi cerebro me ayuda proporcionándome imágenes de las tácticas que Matteo y Leo han probado en el pasado, y mi estómago se revuelve.

—¿Por qué entrenas tan duro?

Cuando su mano se acerca de repente a mi cara, mi reacción es automática. Me encojo y levanto mi propia mano en defensa, anticipando el dolor.

Pasan varios segundos y no ocurre nada. Entonces, Rory suelta una serie de maldiciones mientras me enderezo y lucho por contener una oleada de vergüenza.

—Entreno duro, porque siempre he tenido algo de lo que huir.

Capítulo 15

Rory

Aprieto los puños y miro con ira el césped, luchando por controlar mi furia. Si la vuelvo a ver demasiado pronto, me temo que voy a perder los estribos.

Ella se encogió. Extendí la mano para limpiarle una mancha de la mejilla y pensó que iba a pegarle.

Su reacción fue demasiado rápida como para no estar acostumbrada.

Eso significa que algún desgraciado la ha golpeado en el pasado. Le han puesto la mano encima a *mi* pintora.

En general, considero que tengo menos tendencias violentas que Finn o incluso Darren. No obstante, si me metieran en una habitación con el inútil que le hizo daño, juro que le arrancaría la cabeza como si fuera una tapa de botella y la usaría para practicar fútbol. Y una vez que le hubiera destrozado la cara y el cráneo hasta que ya no pudiera darle más patadas, le mearía en la garganta abierta y le aplastaría la cabeza.

Sí, esa fantasía no calma mi sed de sangre en absoluto. Necesito desviar mi atención.

Me la imagino corriendo por los terrenos de la mansión. Si no conociera la distribución del lugar ni tuviera a mi disposición la red de armas del laberinto, nunca habría podido atraparla.

No es como que se *lo* vaya a decir.

La técnica de distracción funciona. Imaginar sus piernas me lleva a recordar la sensación de su cuerpo inmovilizado bajo el mío en el suelo. Eso me ayuda a domar lo peor de mis inclinaciones asesinas, no obstante, si sigo por este camino, también me dejará con un problema completamente nuevo.

Llego al banco y me siento a su lado. Antes de que pueda reaccionar, saco la pulsera de mi bolsillo y se la pongo en la muñeca.

Grita. Aprovecho su sorpresa y la aprieto hasta que el dispositivo queda plano contra su suave piel, exactamente como lo diseñé.

Kiara examina el suave mecanismo de cierre de un lado.

—¿Qué diablos es esto?

—Un rastreador. Por si acaso se te ocurre la brillante idea de intentar huir otra vez. —Inmediatamente, comienza a jalarlo con la otra mano.

Hago un *chasquido* con la lengua.

—No te molestes en intentar quitarte o desactivar la pulsera.

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Sin la llave o una herramienta adecuada, básicamente tendrías que cortarte la mano.

Tras un último jalón, Kiara se desanima visiblemente. Es como si mi afirmación hubiera abierto un agujero en el casco de su esperanza, hundiéndola bajo las olas.

No se aparta de mi proximidad. Ni siquiera reconoce mi presencia. En cambio, estudia sus manos como si contuvieran los secretos del universo, ignorando deliberadamente el nuevo accesorio.

El calor en mi pecho de antes todavía arde por el fuego encendido por sus pupilas dilatadas y sus mejillas sonrojadas.

En un segundo, estaba excitado y preparándome para besarla.

Al siguiente, me estaba dando una patada en las pelotas que me dolió muchísimo.

Una exhalación forzada sale de mi garganta.

—Eres increíble, ¿lo sabes?

La verdad es que su descaro casi me divierte. Es tan impresionante como irritante. Kiara es una corredora increíblemente rápida. Como dije, si no hubiera tenido la ventaja de las cámaras y de estar en casa, podría haberse escapado de mis manos.

Tuviera o no oportunidad, intentó huir de mí. Al hacerlo, se puso en peligro, y eso me enoja.

Si hubiera conseguido salir de la mansión, ¿adónde habría ido? ¿Huir a dónde? ¿Correr hacia quién?

Cuando ambos recuperamos el aliento y la fuente es lo más ruidoso que se oye, utilizo mi reloj inteligente para retirar las armas de los setos y luego le lanzo una mirada a Kiara.

—¿Adónde ibas?

Permanece en silencio, sin dejar de estudiar sus palmas abiertas. Su comportamiento es tan inusual que empieza a asustarme. ¿Está tan molesta por su pequeño intento fallido de fuga que se quedó muda? ¿O está tramando su próximo movimiento?

—¿Qué te importa?

Incluso su voz es más apagada de lo habitual, pero al menos vuelve a hablar.

—¿Qué te hizo pensar que podrías tener éxito? Te confiscamos el dinero que tenías contigo, no tienes coche y, por si lo has olvidado, te buscan dos familias mafiosas que están en guerra entre sí. —Mi ira vuelve a crecer mientras le recito los peligros—. ¿No tienes ningún instinto de supervivencia?

Cuando Kiara se desanima, me odio un poco más a mí mismo. La estoy castigando con estas preguntas incisivas, pero es como si estuviera pateando a un cachorro.

Las lágrimas brotan de sus ojos y caen por sus mejillas. Me entra el pánico al verlas.

Mierda.

¿Por qué soy tan idiota? ¿Y por qué me culpo por sus lágrimas? ¿Desde cuándo me afecta tanto el llanto de una mujer desconocida? Nada de esto debería molestarme.

¿Y por qué se está derrumbando, para empezar? Es tan impulsiva que supongo que pensé que no era del tipo llorón.

El pánico se apodera de mí. ¿Qué hago? ¿La consuelo por haberla secuestrado y traído aquí contra su voluntad?

Soy un idiota, pero no soy un completo ignorante.

—Lejos...

Ese medio susurro, medio sollozo, me parte aún más el corazón.

—¿Qué? —Suavizo mi voz, como hago cuando hablo con mi madre.

—No tengo ni idea de adónde iba, ¿de acuerdo? —Se tapa los ojos con las manos—. Solo *lejos*. Alejarme de *ti*. ¡De todos ustedes! Lejos de los *Reyes Irlandeses* y de ti antes de que puedan encerrarme de nuevo y utilizarme como los De Luca.

El inesperado golpe de sus palabras me atraviesa el pecho.

«Lejos de los Reyes Irlandeses y de ti antes de que puedan encerrarme de nuevo y utilizarme como los De Luca...».

La forma en que lo dice me corta como la navaja escondida en mis botas militares.

Lejos de *mí.* El monstruo.

Eso es más que suficiente para que huya.

Kiara tiene razón al intentar alejarse de mí. Tiene razón en todo. Puede que no estemos planeando sacar provecho de ella como lo hicieron los De Luca, pero la estamos utilizando para obtener información sobre nuestros enemigos.

Podría disfrazarlo y actuar como si los De Luca fueran peores.

Sin embargo, eso no tendría sentido.

Sobre todo, porque lo que más me molesta no es perder información, sino darme cuenta de que su huida habría puesto fin a nuestro tiempo juntos.

Si se hubiera escapado, ¿todo lo que habíamos compartido antes? Se habría acabado.

Sin despedidas. Sin nada.

Simplemente, se habría ido.

—Cuéntame sobre ello —sugiero, mirando al cielo que se oscurece lentamente—. Cuéntame sobre tu vida allí. Con los De Luca, quiero decir. ¿Cómo te involucraste con ellos en primer lugar?

—*Nací.* —Solloza, secándose los ojos. Antes de que pueda preguntarle qué diablos significa eso, Kiara comienza a hablar—.

Estabas cerca cuando dijiste falsificadora de arte, pero no cien por ciento acertado. —Su pecho sube y baja—. No soy una *Libertas* falsa. Soy una auténtica.

De todas las cosas que pensé que podría decir, esta ni siquiera se me pasó por la cabeza. ¿Quién iba a imaginar que lo único que tenía que hacer para que Kiara compartiera la historia de su vida era perseguirla por la mansión?

—Lo siento, ¿podrías repetirlo?

—Soy una *Libertas.* —Respira hondo y vuelve a llevarse las rodillas al pecho—. Llevan ganando dinero con mis cuadros desde que tenía quince años.

No entiendo cómo puede mantener el equilibrio en esa posición en un pequeño banco de cemento.

Un momento después, sus palabras calan en mí.

—¿Quince? —Mi cerebro hace algunos cálculos y llega con un entero perdido—. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Veinticuatro.

No puedo evitar mirarla entonces.

—¿Los De Luca llevan casi diez años vendiendo tus cuadros?

Asiente.

Mi madre ha sido una gran admiradora del trabajo de *Libertas* desde que yo era niño. Si Kiara es *Libertas*, ¿cómo es posible que el trabajo de *Libertas* existiera antes de que ella naciera?

Rebobino nuestra conversación. Dijo que era una *Libertas*, no la *Libertas*.

Una bombilla se enciende en mi mente.

—No eres la primera *Libertas*, ¿verdad?

—No. —Kiara evita el contacto visual.

—¿Quién fue la primera?

Baja aún más la barbilla.

—Mi madre.

—Tu madre... —No es la primera vez hoy que me quedo pensando en la identidad de Kiara. Pensaba que era una esclava del arte, pero es más que eso. También es hija de una esclava del arte. Tiene que serlo.

Su madre ya estaba cautiva, y cuando Kiara llegó, los De Luca decidieron quedarse con ambas. Preparar a la hija para que siguiera los pasos de su madre.

«Esos desgraciados enfermos...».

La voz de Kiara se aleja.

—Mi madre era la *Libertas* original y ella... me entrenó.

—¿Porque los De Luca la obligaron?

Niega con la cabeza.

—Al principio no. Mi madre me enseñó a pintar, porque lo amaba. O lo hacía, antes de convertirse en la Monet personal de los De Luca.

—¿Alguien fuera de la Mafia De Luca sabe sobre ustedes? Tú y tu madre. ¿Alguien más sabe de tu trabajo?

—Nadie. —Kiara se muerde el interior de la mejilla—. Nunca tuvimos la oportunidad de hacer nuestro trabajo, propio. Primero, las pinturas de mi madre, y luego, las mías... simplemente nos las quitaron. Enzo. Y luego Leo. Se apoderaron de las obras y las vendieron.

Para los hombres De Luca todo tiene un precio.

No tienen ningún reparo en lo que hacen ni en cómo lo hacen, siempre y cuando les paguen lo que quieren.

—Y así aprendiste a imitar el estilo de tu madre —deduzco, con la voz apagada.

Kiara asiente de nuevo.

—Cualquier cambio sutil en el estilo se explicaba como *el desarrollo y la evolución de un artista*. —Resopla—. Pero nada era mío. Ni mi arte. Ni mi vida. Nada más que mis diarios y mis recuerdos. Así que... sí. La noche de la subasta, estaba huyendo. Lejos de todos los que quieren controlarme y utilizarme.

Cuando me lanza una mirada aguda y gélida, levanto las manos en señal de rendición.

—Ya has dejado claro tu punto de vista.

Exhala y libera mi mirada de la intensidad de la suya. Deja caer las piernas al suelo, con la frustración reflejada en su rostro.

—Pero fracasé. Intenté escapar y no lo conseguí. Lo que significa... que se acabó el juego. —Sus hombros se hunden de

nuevo—. Nunca podré vivir una vida real.

Con eso me atraviesa el corazón.

Eso es lo único que Kiara siempre ha querido, ¿no? La libertad de vivir una vida real.

Por un segundo, desearía poder ser quien le ofreciera lo que desea.

Ojalá pudiera darle algo que, literalmente, me es imposible dar.

—Incluso tenía una lista de cosas que hacer antes de morir. —Kiara se entristece, como si estuviera recordándolo en el mismo momento en que me lo cuenta.

—Ah, ¿sí? —De alguna manera, la penumbra que nos rodea suaviza aún más mi voz—. ¿Qué había en ella?

—Un viaje a París en primavera. —Su tono se anima—. Ir de compras a uno de esos mercados de Marrakech donde todos los vendedores gritan los precios. Pasear por la ciudad de noche bajo la lluvia. Encontrar el *cupcake* perfecto. Probar las donas más extrañas. Recorrer Estados Unidos en coche, viendo todos y cada uno de los estados... —La voz de Kiara se interrumpe cuando las guirnaldas de luces que se entrelazan por todo el laberinto se encienden al caer la noche, sustituyendo nuestro patio tenuemente iluminado por un cálido resplandor.

Espero que Kiara siga hablando después de que la sorpresa y la belleza de las luces se desvanezcan, no obstante, cuando veo su rostro, sigue paralizada, con la mirada fija al frente.

Entonces, de repente, vuelve a llevar las rodillas hacia el pecho y esconde la cabeza entre ellas. Maldición. Hemos retrocedido.

—¿Qué? —Me inclino hacia ella—. ¿Qué sucede?

—Lo olvidé, ¿de acuerdo? —Cuando levanta la cabeza, veo que las lágrimas han vuelto con fuerza.

—¿Olvidaste qué?

—¡Que yo también quería *esto*! —Levanta las manos, como para dar a entender que siempre había querido tener su propio laberinto.

Me siento mal, pero estoy totalmente perdido.

—¿*Qué* querías, Kiara?

Inesperadamente, se pone de pie de un salto y da una pequeña vuelta sobre sí misma.

—Quería luces de patio. Quería enamorarme por una vez en mi triste y patética vida, y bailar con esa persona bajo las luces de patio como en una de esas estúpidas comedias románticas, ¿de acuerdo?

Su expresión triste y sus sinceras palabras me afectan de una manera para la que no estoy preparado en absoluto.

Sabía que su vida con los De Luca sería triste, pero no... ¿*tan* trágica? Por lo que parece, esos imbéciles la mantuvieron encerrada en una jaula durante la mayor parte de su vida y la privaron de la capacidad de hacer cosas tan simples como probar diferentes panaderías o dar un paseo en una noche de tormenta.

¿Qué demonios?

Resopla.

—Olvídate del *amor*. Me conformaría con tener sexo con alguien que me atraiga. Y por fin iba a tener la oportunidad de hacer algunas de esas cosas. Estaba huyendo de Leo hacia el amplio y vasto mundo... y conseguí chocar justo con mi próximo carcelero. Probablemente, moriré sin haber probado nunca donas raras, ni comparado *cupcake*s, ni siquiera tener sexo.

La realidad de la vida de Kiara me golpea como un tren a toda velocidad.

Estoy más que sorprendido por el nivel de su angustia, y me siento completamente culpable. No puedo creer que esto esté pasando. Estoy en mitad de una misión, y mi objetivo está logrando llenarme de remordimientos por causarle dolor y miedo.

«Por el amor de Dios, que ninguno de mis amigos aparezca ahora mismo».

¿Cómo voy a enfrentarme a ellos así, cuando estoy actuando como un maldito principiante?

Cuando miro a Kiara, veo todo el daño que le he hecho y el arrepentimiento vuelve a invadirme. El corte en la frente, los rasguños en las manos y las muñecas...

Incapaz de soportarlo más, me levanto de un salto.

—Ven conmigo.

Se agarra los codos y cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Adónde? —Me siento fatal y no quiero que nadie se dé cuenta de cómo me estoy ablandando con ella, así que...

Un momento después, el plan sigue sin estar del todo claro en mi mente.

Inclino la cabeza en dirección a la unidad médica y le hago un gesto con la cabeza.

—Vamos a curarte.

Capítulo 16

Kiara

Con las guirnaldas de luces entrelazadas entre estos altos setos, el laberinto parece completamente diferente por la noche. Es como si estuviéramos perdidos en un mundo mágico secreto o algo así.

Lo único que puedo hacer es concentrarme en las lucecitas, contando las bombillas mientras sigo a Rory en silencio hacia quién sabe dónde después de haberme *expuesto por completo allí atrás*. ¿Qué demonios fue *eso*?

Los últimos días se encuentran, sin duda, entre los peores de mi vida, pero ¿están las cosas tan patas arriba que estoy contándole la trágica historia de mi vida a mi secuestrador? Allí sufrí un colapso emocional total.

En mi prisa, casi revelé tanto mi verdadera identidad como mi secreto.

Lo terrible, lo *horrible* que él nunca debe saber.

Mis hombros se estremecen con el frío de la noche.

«¿A dónde me lleva?». Rory dijo que quería curarme. ¿Eso significa que volvemos a...?

Casi tan pronto como me doy cuenta de que nos dirigimos al minihospital subterráneo de los Gallagher, la rampa que baja y rodea la entrada aparece ante nosotros.

En lugar de la cálida iluminación que recuerdo de esta mañana, solo hay oscuridad detrás de las puertas corredizas de cristal. Es desorientador, aunque no lo suficiente como para distraerme de ver a Rory meter la mano en un arbusto.

Escucho el pitido electrónico de los botones y, luego, las puertas de la unidad médica se deslizan para abrirse y las luces se encienden automáticamente.

¿Por qué parece que somos los únicos aquí?

Las alarmas suenan en mi cabeza. Rory entra, mas no lo sigo, recordando que este es el mismo hombre que me apuñaló con un tranquilizante para arrastrarme a este recinto en primer lugar.

Se da la vuelta cuando se da cuenta de que no estoy detrás de él.

—Por aquí.

—¿Qué hacemos aquí?

Sus indescifrables ojos color avellana se clavan en los míos en la oscuridad, haciendo que mi corazón se estremezca contra mis costillas.

—Tal y como dije. Vamos a curarte.

Lo miro con recelo.

—¿Y te creo, así sin más? —Leo y Matteo nunca me ayudaron a curarme. Ni siquiera cuando ellos me causaron las heridas.

La irritación se refleja en su mirada de miel. Inhala bruscamente, pero exhala lentamente, como si estuviera calmándose.

—A pesar de cómo puedan parecer las cosas... —Articula con cuidado—. No soy tu enemigo, Kiara.

Sus palabras suenan sinceras, aun así, sigo sin confiar en este hombre.

¿Cómo podría?

Rory no espera mi respuesta. En cambio, desaparece tras una esquina del vestíbulo que no había visto antes.

«Vaya. ¿Eso fue solo esta mañana?».

—¿Vienes o tengo que echarte al hombro y cargarte?

Me apresuro a seguirlo.

—¿Somos los únicos aquí? —Aunque no nos tocamos, el calor de su cuerpo me calienta la piel. Este hombre es una hoguera andante.

Con él en tu cama, nunca necesitarías una manta eléctrica.

Mi vientre bajo se contrae al imaginarlo desnudo e irradiando todo ese calor.

«Basta».

Alejo esa imagen de mi mente y me concentro en lo que nos rodea. El estrecho pasillo gira hacia la derecha y aparece una pequeña escalera que baja.

Ya estamos bajo tierra. ¿Hasta dónde llega este lugar? Rory baja primero, pero antes de hacerlo, le lanzo una mirada furiosa a la nuca.

—Responde a mi pregunta.

Rory me observa con severidad desde lo alto de las escaleras.

—Somos los únicos aquí.

—¿Dónde están los demás?

—Fuera de servicio —refunfuña—. ¿Satisfecha?

Santos cielos. Incluso su refunfuño es *sexy*.

Nuestras miradas se cruzan y la electricidad que chispea entre nosotros me deja aturdida por un momento.

Él rompe el contacto visual primero. Trago aire y ruego en silencio a mis hormonas desenfrenadas que se tomen un respiro. El silencio frío y absoluto que nos rodea me lleva a creer que Rory dice la verdad sobre que estamos solos.

Eso no significa que pueda confiar plenamente en él. Sin embargo, curiosamente, confío en que no me hará daño físicamente para salirse con la suya. La furia en su rostro cuando me aparté de él antes me convenció de ello.

Mirar fijamente sus ojos color avellana me parece peligroso, así que bajo el resto de las escaleras y sigo adelante.

—¿Adónde vamos ahora?

—A mi oficina. —Llega su respuesta desde la distancia. Detrás de mí, está de pie frente a una pared con el contorno difuso de una puerta cortada en ella. Cuando presiona la palma de la mano contra la pared, aparece un teclado digital. Una vez que introduce una contraseña secreta, se abre una puerta oculta.

—Es por aquí. —Esta vez, Rory espera a que camine de vuelta hacia él como una idiota antes de cruzar el umbral hacia la

oscuridad.

La ansiedad me invade. *«¿Es esto realmente una elaborada artimaña para arrastrarme al calabozo y torturarme por intentar escapar?».*

No obstante, una vez que él entra y se encienden las luces, me relajo de inmediato.

La oficina de Rory es... inesperadamente agradable.

Suelos de madera clara. Un cuadro en una de las paredes. Un escritorio y una computadora impecable, como si no hubiera estado aquí en años.

Quizás ha estado demasiado ocupado drogando y secuestrando mujeres para su trabajo.

Contra una pared hay un sofá cama de tamaño *Queen*.

Debo mirarlo con intensidad, porque Rory se encoge de hombros en mi campo de visión periférico.

—Solía pasar muchas noches en vela aquí. Todavía lo hago, de vez en cuando.

Arqueo una ceja.

—Sí. Seguro que tienes muchas tareas universitarias que hacer.

Una sonrisa se eleva en su rostro. Divertida, pero sombría.

—Por trabajo.

Queriendo alejarme lo más posible de esa cama, lo rodeo y me apoyo en su escritorio.

—¿Y cuánto de tu trabajo requiere un colchón?

Una suave risa brota de sus labios.

—Sé lo que estás pensando, pero no es así.

—¿En serio? Porque lo que estoy pensando es que mencioné el sexo hace un momento y ahora tienes ideas. —Las palabras salen de mi boca antes de que las filtre. Sigue el calor, quemándome toda la cara.

No quiero mirarlo a los ojos, aunque me temo que mi vergüenza será evidente si no lo hago. Especialmente, porque esa cama domina el espacio.

Armándome de valor, contengo la respiración y me encuentro con sus orbes oscuros y ardientes.

Rory me devuelve la mirada con una expresión peligrosa y depredadora que hace que se me encojan los dedos de los pies dentro de los tenis y que las alarmas suenen a todo volumen en mi cabeza.

Diablos, mi corazón late como un tambor.

Y a pesar de ese brillo letal en sus ojos, quiero más de esa sensación de mariposas rabiosas en el estómago. La ansiedad y la emoción se alternan en mí a una velocidad vertiginosa.

Debería saberlo mejor. A todos los efectos, soy un rehén y Rory es mi secuestrador. Lo vi matar a dos hombres. Podría asesinarme en cuestión de segundos.

Sin embargo, aunque mi cerebro sabe que no debe dejarse llevar, mi cuerpo es otra historia.

Una vena en el antebrazo de Rory palpita.

—¿Y si tienes razón?

—¿Q-qué? —balbuceo, con la boca abierta y sintiendo de repente un calor excesivo.

—Sí... —declara, tensando la mandíbula—. ¿Y si... *estoy* pensando en lo que dijiste antes?

Mi pulso se acelera como el de un corredor de talla mundial.

¿De verdad lo está admitiendo? ¿Que está pensando en acostarse conmigo?

La idea amenaza con hacerme explotar la cabeza.

Trago saliva con dificultad, pero el incómodo nudo en mi garganta no desaparece.

—La vida que desearías estar viviendo. —Sus ojos se clavan en los míos, aumentando la intensidad que crepita entre nosotros—. ¿Era todo eso cierto?

—*¿Eh?*

—¿De verdad quieres hacer esas cosas de tu lista de deseos?

Rory se mueve, invadiendo mi espacio personal de nuevo. Las palabras que pronuncia están cargadas de una forma que me asustan.

Sin mi permiso, mi cuerpo reacciona como si estuviera llena de metal y él estuviera *magnetizado*, atrayéndome más cerca.

—Solía hacerlo.

Su intensidad aumenta.

—Por la forma en que hablabas antes... parecía que nunca te hubieras follado a nadie. ¿Es eso cierto?

No solo nunca he tenido sexo, sino que nadie me ha hablado así antes. La franqueza combinada con su voz aterciopelada electriza mi cuerpo.

También estoy mortificada, así que me giro para mirar hacia el escritorio. No sé si podré siquiera verlo a los ojos, y mucho menos responder a la pregunta.

Sin duda, Rory se ha pasado la mitad de su vida alejando a las mujeres con un palo. El enorme abismo que separa nuestras experiencias sexuales me llena de una creciente sensación de insuficiencia.

Sin embargo, expresar todo esto en voz alta acabaría con los restos de dignidad que me quedan.

Decirle algo que no sea la verdad requeriría mentir y soy excepcionalmente mala en eso.

Lo peor de todo es que admitir mi inexperiencia probablemente nos llevaría de vuelta a la noche anterior, cuando él y yo... nos abalanzamos el uno sobre el otro.

No. No puedo hacerlo.

No soy capaz. Fin de la historia.

El cuerpo de Rory se me acerca, sus manos se posan a ambos lados de las mías sobre el escritorio.

Su calor y su proximidad dispersan mi mente como confeti.

Vuelvo a tener esa sensación de presa acorralada.

Una oleada de lujuria, provocada por los firmes planos de su pecho acurrucados contra mi espalda, me atraviesa.

Rory inhala profundamente, como un hombre hambriento que saborea el aroma de la comida por primera vez en semanas.

—Incluso después de esa persecución a la que me sometiste, hueles delicioso.

Me retuerzo, sorprendida por cómo se endurecen mis pezones solo con esas palabras.

¿Es esto? ¿Es este el momento en el que me inclina sobre el escritorio como en una de las novelas románticas de mi madre y me

folla sin descanso?

¿Quiero que sea así? Sí. No. Quizás. Sí.

Me preparo para su siguiente movimiento y parpadeo cuando aparece un botiquín de primeros auxilios junto a mi mano. Rory se aparta de detrás de mí y se coloca a mi lado.

Eso no es en absoluto lo que esperaba. No sé si estoy decepcionada o aliviada.

Aun así, mi mirada permanece fija en la superficie de caoba del escritorio.

Abre la caja y saca toallitas limpiadoras y vendajes.

—Dame la mano. —Vuelve a mostrarse frío y brusco.

—Estoy bien. Solo llévame de vuelta a mi habitación.

—Dame la mano. —Rory suaviza su voz hasta alcanzar el mismo tono aterciopelado que utilizó antes de que su lengua acabara en mi boca—. Por favor.

Mi corazón da un vuelco y se derrumba. Solo soy humana, y supongo que *por favor* es el límite de lo que puedo tolerar antes de darle exactamente lo que quiere.

Eso es *maravilloso* saberlo.

Cuando su gran y cálida palma envuelve la mía, siento el contacto en cada parte de mi cuerpo.

Sosteniendo suavemente mi mano, trata mis dedos cortados y raspados y me unta alcohol isopropílico en la piel, lo que me escuece muchísimo. Me muerdo la mejilla para no reaccionar. Y luego me venda todas las heridas lo mejor que puede.

El gesto es tan tierno que cierro los ojos un momento para asimilarlo.

Ningún hombre me ha... curado, como él dice.

Y eso es triste, ¿no? Que me conmueva el tierno gesto de un secuestrador, solo porque ningún otro hombre que he conocido en mi vida ha sido tan atento conmigo.

Rory termina su trabajo en solo unos minutos, pero incluso una vez que termina, no suelta mi mano.

—Me estás ayudando, ¿sabes?

Mis ojos se posan en los suyos. Me está mirando con ternura, como si tuviera que creerle. Como si estuviera diciendo la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Por eso te traje. Porque sabía que podías ayudarme... ayudarnos. A los *Reyes Irlandeses.* —Intenta aclarar lo que quiere decir, pero el daño ya está hecho.

En mi interior, una especie de cálida confusión comienza a florecer y crecer.

¿Por qué una pequeña parte de mí disfruta eso? Ser útil para él. Para cualquiera.

Ayudar es una forma muy bonita de disfrazar lo que realmente es.

—Solo me estás utilizando —desafío.

Rory me aprieta la mano, con un brillo oscuro en los ojos.

—Pues úsame también.

Mi corazón late con fuerza.

—Rory, ¿de qué estás hablando? —Nos miramos, con mi mano todavía en la suya.

—Tu lista de cosas que hacer antes de morir. —Cambia de postura y luego lleva mi mano vendada contra su robusto pecho—. No puedo enviarte a París ni a Marrakech, pero si te interesa tener sexo con alguien dispuesto... me ofrezco de voluntario.

Sus ojos se clavan en los míos, transmitiéndome un calor abrasador. Es invasivo y estimulante a la vez.

El hambre irradia de los hermosos rasgos de Rory, como si el lobo que lleva dentro estuviera desesperado por salir.

Tiemblo. Si es un lobo, yo debo de ser *Caperucita Roja*, porque parece que quiere devorarme.

Quiero confiar en él, sin embargo...

—¿Es esto una broma?

Rory niega ligeramente con la cabeza.

—Lo digo totalmente en serio.

—¿Te estás ofreciendo como voluntario para...?

Ni siquiera puedo terminar la frase. Esto es absurdo.

—Piensa en mí como un sacrificio en el altar de tu educación sexual. —Su mirada se posa en mi boca—. Si quieres.

«¿Si quiero?».

Su oferta es... increíble por sí sola, pero lo más sorprendente es lo tentada que me siento.

No debería resultar tentador en absoluto. Debería alejarme de él y salir corriendo de esta habitación. Mis ojos no deberían estar desnudando al hombre que está delante de mí.

«Contrólate». Mi cerebro me ruega que reaccione, no obstante, cada vez que cierro los ojos y los vuelvo a abrir, sigo aquí de pie, y Rory sigue allí, ofreciéndose a... acostarse conmigo... ¿como una especie de premio de consolación por haber sido secuestrada?

«Úsame también».

¿Por qué esas palabras me excitan tanto?

Me tapo la cara con las manos. Dios mío, mi vagina necesita un descanso.

Rory es un hombre muy atractivo y peligroso, pero nunca me ha hecho daño. Físicamente.

No como Leo. O Enzo, o...

No. No voy a pensar en el tercer De Luca ahora mismo.

«¡Concéntrate, Kiara!».

Por muy descabellado que parezca, estoy pensando en aceptar su loca invitación.

¿Qué me lo impide? ¿Qué tengo que perder?

¿Mi virginidad? No es que esté haciendo nada importante con ella.

No me estoy reservando para ningún príncipe azul.

Además, la virginidad es solo una construcción social. Aceptar la oferta de Rory me daría la oportunidad de vivir de verdad. En lugar de pudrirme en el estudio de pintura de mi madre mientras la vida pasa a mi lado como una brisa de verano.

Por una vez, estaría haciendo algo que *elijo* hacer en lugar de hacer las cosas que me impusieron. Sinceramente, si no me hubiera topado con Rory aquella noche, Leo me habría atrapado, vendido en aquella maldita subasta y probablemente ahora estaría en una nueva jaula.

En este momento, mi futuro sigue siendo incierto. La capacidad de tomar esta decisión sobre mi propia vida es una oportunidad que quizá nunca vuelva a tener.

No quiero pensar en ello, pero sigue existiendo una posibilidad muy real de que Leo me atrape antes de que todo esto termine. Y si algo tan terrible como eso llegara a suceder, te lo *garantizo*, nunca volvería a tener otra oportunidad de sexo voluntario en toda mi miserable existencia.

¿No debería aceptar, aunque solo sea por esa razón?

Demonios, es más de lo que obtuvo mi madre.

Y, sinceramente, no es que darle mi primera experiencia sexual a Rory fuera tan difícil, si soy sincera conmigo misma...

Si me lo ofreciera en circunstancias totalmente normales y no jodidas, la respuesta sería *sí, sí y más sí, con una cereza encima.*

—¿Kiara? —La voz profunda y relajante de Rory me incita a quitarme las manos de la cara.

—Acepto. —Suelto la palabra antes de perder el valor.

Una pequeña palabra que enciende el momento. La energía sexual que crepita entre nosotros se intensifica hasta que el aire mismo se siente cargado, y el cambio en Rory es instantáneo.

Sus pupilas se dilatan y todo su cuerpo tiembla de anticipación.

La lujuria en su expresión es cruda. Sin filtros. Incontrolable.

De repente, todo parece mucho más peligroso... y emocionante.

Entonces, el momento estalla, y ambos nos movemos al unísono. Nos alcanzamos uno por el otro al mismo tiempo, mis brazos rodean su cuello, sus manos gruesas y fuertes me agarran por la cintura y atraen mi cuerpo, que se calienta rápidamente, contra el suyo.

Gruñe antes de unir su boca ansiosa con la mía.

Un solo beso se convierte en dos, luego en tres. Cada uno se funde con el siguiente sin que nos detengamos para respirar.

Besarme con Rory es mejor de lo que recordaba.

Y eso no es una buena noticia, porque lo que recuerdo es la experiencia más sensual de mi vida.

Nos devoramos con los labios y las manos. Rory me aprieta la cintura y desliza las palmas hacia mi espalda. Una de sus manos me agarra el cuello, enviando una descarga de puro deseo directamente a mi coño palpitante.

Me suelta el cuello y esa misma mano se desliza hasta mi trasero, agarrándolo con toda la palma. Su otra mano me agarra el

cabello y lo usa como riendas para inclinar mi cabeza hacia arriba, dejando mi cuello completamente expuesto a su lengua y sus *dientes*.

El delicioso roce de sus dientes contra mi tierna piel me arranca un sonido que nunca había oído. Mitad jadeo, mitad gemido, mitad quejido. Mi piel arde, Rory me contagió su fiebre.

—Ven aquí —gruñe contra mis labios antes de levantarme por el trasero. Me aferro a él con más fuerza mientras nos gira hacia su escritorio y me deposita sobre él, acercándome aún más con sus grandes manos envueltas alrededor de mis muslos.

Se inclina hacia delante y me muevo con él, echándome hacia atrás mientras me besa la mandíbula, el cuello y el escote.

De repente, deseo estar desnuda.

Muy desnuda, para que pueda besarme por todas partes sin la barrera de la ropa.

Echando la cabeza hacia atrás, me rindo y dejo que las sensaciones me arrastren.

Rory me agarra otra vez el trasero y lo usa para acercarme a él. Está duro, y la presión de su gruesa longitud contra mi adolorido centro me hace apretar los muslos. El movimiento hace que toda la sangre de mi cuerpo se precipite entre mis piernas. ¿Se supone que la lujuria debe hacerme sentir tan mareada y embriagada?

—Di la verdad —suspiro, mientras me muerde el cuello. El placer es tan intenso que se me curvan los dedos de los pies—. ¿Es esta la *verdadera* razón por la que me trajiste aquí?

—No. —Me da un beso apasionado en el cuello y luego se retira para sonreírme con aire burlón—. Pero lo habría hecho si se me hubiera ocurrido antes.

Sus ojos color avellana me penetran, y solo puedo soportar el calor durante unos segundos antes de volver a atraer sus labios hacia los míos.

Durante un rato, el ruido de nuestros besos borra cualquier pensamiento de mi mente. Soy como un animal en trance. Nunca nada me había parecido más primitivo, natural o correcto.

Es aterrador y estimulante, y no sé cómo detenerlo.

Mis manos se deslizan por los hombros de Rory, bajan por su amplio pecho... No sé lo que estoy haciendo. Nunca haber hecho esto antes me pone los nervios de punta. Cuando mis manos llegan a la cintura de sus *jeans*, mis dedos tiemblan.

En cuanto mi mano derecha roza su bulto, Rory sisea y gira su cuerpo contra el mío.

La mezclilla que se interpone entre su piel y la mía no sirve para amortiguar el *calor* que irradia. Le doy un apretón experimental a su polla.

Interrumpe nuestro beso con voz autoritaria.

—Para.

Me quedo paralizada. ¿Hice algo mal?

Antes de que muera de vergüenza, Rory apoya su frente en la mía.

—Así no es como esto funciona. —Aprieta más fuerte su agarre en mis muslos—. Se supone que debes usarme para correrte, no al revés.

—¿Qué significa eso? —suelto.

Se le escapa una risita, lo que me hace sentir avergonzada.

—Significa que *tú mandas*. —Me suelta y da un pequeño paso atrás. El aire fresco que me envuelve en ausencia de su calor abrumador me resulta discrepante.

—Pero nosotros... —Me detengo y vuelvo a empezar—. Ya hemos establecido que no tengo experiencia previa en esta área.

Mi corazón galopa como caballos bajando una montaña.

Con dificultad, le confieso la verdad.

—Cuando dije que era inexperta, no me refería solo a... ya sabes. Nunca he hecho *nada* parecido antes.

De hecho, me he pasado toda la vida evitando ese tipo de atención. Cuando creces con los hombres con los que crecí, evadir la mirada lasciva de *cualquier* hombre en un radio de cien kilómetros se convierte en un objetivo comprensible.

Rory gime como si le doliera.

—No puedes decirme cosas así sin avisar. La idea de ser quien te inicie en todas tus primeras experiencias sexuales me pone más duro que un poste de acero. Y esa inexperiencia es una razón más

para que tomes las decisiones. —La voz de Rory, normalmente suave, es ahora áspera—. Es tu primera vez. ¿No quieres opinar?

—Por supuesto, pero yo...

La verdad es que nunca me planteé cómo sería dar luz verde a un hombre para que explorara mi cuerpo.

Lo único que sé es que deseo a Rory con locura. Puede que no sepa su apellido, pero eso no es lo importante. Lo importante es no morir, y creo que podría expirar si no terminamos lo que empezamos.

Sin embargo, también estoy muy nerviosa.

¿Qué me va a hacer? ¿Y si no me gusta? ¿Y si *me gusta*?

¿Me dolerá? He leído que a algunas chicas les duele y a otras no. Por lo mojada que estoy, apuesto a que entro en la segunda categoría.

También leí que algunas chicas no sienten prácticamente nada, aunque dudo que tenga ese problema con este hombre.

Pero ¿y si Rory tiene algún problema conmigo?

¿Le gustará lo que vea cuando me desnude en la cama? ¿Lo *haremos* en la cama?

¿O mi primera vez tendrá lugar en el escritorio de caoba?

Los engranajes de mi mente ansiosa giran sin control, y no pasa mucho tiempo antes de que Rory invada mi espacio personal de nuevo, con sus cálidas palmas rodeando mis bíceps.

Me empuja contra este lugar, sujetándome con la intensidad sensual de su mirada.

—Puedo escuchar cómo piensas demasiado, ¿sabes? —Su pulgar frota la piel de la parte interior de mi brazo, suave y extrañamente reconfortante—. Escúchame. Pase lo que pase esta noche, será tu decisión. ¿Lo que quieras sucede y lo que no quieras? Ni se toca. ¿De acuerdo?

Y con solo esas palabras, Rory baja el volumen de mis miedos. Mi valor y mi expectación vuelven.

—De acuerdo. —Respiro hondo y mi pecho se hincha—. Si yo pongo las reglas, entonces digo que vayamos a esa cama...

Grito cuando me levanta y me lanza sobre el colchón.

Su voz ronca es solo un poco más alta que un gruñido mientras se arrastra sobre mi cuerpo.

—¿Y ahora qué?

—Quiero que me beses.

—¿Y?

Me duelen las mejillas por la timidez.

—Tócame por todas partes y...

Sus ojos arden con intensidad.

—Tocarte ¿dónde?

Me aferro a mi valor.

—Mis pechos —susurro.

Rory se abalanza sobre mí con venganza, besándome hasta dejarme los labios medio en carne viva. Me provoca, deslizando sus pulgares en un lento círculo hacia el centro de mis pechos. Cuando finalmente roza mis pezones, los acaricia hasta endurecerlos, una caricia que siento entre mis piernas. No creo que nada pueda sentirse mejor hasta que hace rodar uno entre su pulgar e índice. Continúa con su tormento despiadado, y no puedo evitar jadear y gemir contra su boca abierta.

Se echa hacia atrás lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Y ahora ¿qué? —Mientras vuelve a besarme el cuello, le rodeo la cintura con las piernas—. Eres tan hermosa, ¿lo sabes?

Mi cara arde como una sartén.

Rory se da cuenta de que me retuerzo y vuelve a pegar su boca a la mía, obligándome a centrarme en él. Solo en él.

Cuando se separa, mi respiración es entrecortada.

—Lo digo en serio, amor. —Sus ojos ardientes se clavan en los míos—. Eres perfecta. Cada centímetro de ti es exquisito.

—Tú... —Se me quiebra la voz—. No tienes por qué halagarme así.

—¿Es eso lo que crees que estoy haciendo? —Me estudia con los ojos entrecerrados, lo que hace que mi corazón galope aún más rápido. Rory se frota contra mí, el bulto de acero en sus pantalones roza mi clítoris—. ¿Te parece esto un halago?

Gimo cuando vuelve a frotarse contra mí por si acaso.

—Nueva regla. Nada de cumplidos.

Desvío la mirada de sus ojos hacia su clavícula. Ahora no es el momento de mencionar el hecho de que todos los cumplidos que he recibido de los hombres eran traducciones de "disfrutaremos mucho usándote".

—¿Y qué tengo permitido darte a cambio? —pregunta Rory, dejándome aturdida mientras me da un beso apasionado en la boca.

—¿Qué quieres darme? —le susurro al oído mientras sigue besándome el cuello.

—Esto. —Me agarra la mano y la coloca sobre su bulto.

La idea de que Rory me dé *esa* longitud hace que mis órganos internos den un vuelco en una dolorosa y esperanzada anticipación.

—Pero también quiero darte mis dedos... y mi boca. —Se retira para mirarme a los ojos, pidiendo permiso con sus iris color avellana —. ¿Puedo? Quiero sentir cómo te corres sobre mis dedos.

Mi respiración se acelera.

—Sí.

Rápido como un rayo, alcanza el dobladillo de mis pantalones y me los quita junto con la ropa interior.

Después de tirar mi ropa al suelo, sus manos se posan en mis rodillas y las separan. *Oh, Dios.*

Su expresión ardiente y hambrienta se queda en blanco por un momento.

—¿Nadie te ha probado tampoco? —exige saber.

Niego con la cabeza.

Con una sonrisa salvaje, su atención vuelve a donde estoy abierta ante él como un bufé.

—Maldición, qué bella eres. —Apenas tengo tiempo de procesar qué parte de mí está describiendo como bonita antes de que baje la cabeza y deslice la lengua por mi raja, terminando con una larga lamida en mi clítoris—. Sabía que sabrías así de bien.

Probablemente, debería avergonzarme de mi fuerte gemido, pero fue tan maravilloso que apenas puedo recordar mi propio nombre.

Rory se sienta sobre sus talones e inclina la mano, como si estuviera a punto de deslizar uno de esos dedos gruesos y poderosos dentro de mí.

—Espera. —Lo detengo con mi tono y sus ojos salvajes se posan en los míos—. Yo... nunca he metido nada ahí antes.

La comprensión se refleja en su rostro.

—¿Ni siquiera un tampón?

Niego con la cabeza, porque no puedo hablar por un momento. Me horroriza que sepa lo que son, como si yo todavía tuviera trece años.

No sé muy bien cómo esperaba que reaccionara, pero me sorprende cuando esboza una sonrisa *sexy* y pícara.

—Qué suerte tengo.

Lo miro con recelo.

—¿Es esto como un fetiche para ti? ¿Las *vírgenes*?

—No. —Después de quitarme la camiseta por la cabeza y tirarla, desliza una mano por mi estómago hacia mis pechos—. ¿Es esto un fetiche para ti? ¿Los hombres mayores?

Mi cara está *ardiendo.*

—¡No!

—Bien. —Rory pasa su dedo medio por mi humedad antes de deslizarlo dentro de mi entrada empapada—. Te quiero toda para mí.

Capítulo 17

Rory

Así es como he deseado a Kiara desde casi el momento en que posé mis ojos en ella.

Nuestro primer beso fue hace solo veinticuatro horas, así que ¿por qué siento que la conozco desde hace semanas o meses? ¿Por qué el deseo está reduciendo mis entrañas a cenizas, oscureciendo todo excepto esta necesidad antinatural que tengo de poseerla tanto como ella lo permita?

¿Por qué siento que corro el riesgo de follarla hasta dejarla sin sentido, solo por deslizar mi dedo medio dentro de su estrecho, húmedo e inexperto coñito? Sus paredes calientes y resbaladizas se flexionan alrededor de mi dedo mientras lo deslizo hasta lo más lejos que llega.

—¡Rory! —Mi nombre sale de sus labios abiertos mientras su rostro sonrojado oscila de una expresión *sexy* a otra, cada una de ellas fascinante y furiosamente excitante.

¿Cómo voy a superar esto *sin* devorármela?

—¿Lo sientes? —Tras una lenta retirada, vuelvo a introducir mi dedo medio hasta el fondo. Kiara asiente con la cabeza, claramente excitada, ardiente y aturdida—. ¿Te gusta?

Vuelve a asentir. La forma en que me observa hace que mi cuerpo se llene de puro calor. Cambio de posición en la cama,

agarrándola por el muslo izquierdo con mi mano libre mientras vuelvo a introducir mi dedo medio en su interior. Está tan húmeda que toda mi palma está mojada.

Entonces, cometo el error de mirarla. *A ella entera.*

Ahí acostada, desnuda, con sus largas y preciosas piernas abiertas y esperando... Y esa irresistible inocencia en su rostro... Mierda, quiero meter mi verga en ella.

—Dime que quieres más. —Me tiene tan caliente por ella, que sueno enfadado cuando hablo. Muevo mi dedo dentro y fuera a un ritmo constante, acelerando mientras ella gime.

Asiente de nuevo.

—Quiero escucharte decirlo. —Deslizo mi dedo más profundamente dentro de ella. Esta vez, Kiara abre esos labios hipnóticos y las palabras salen a trompicones.

—Quiero más. —Su voz es un jadeo—. Dame más... *¡Ah!*

—Buena chica. —Mi dedo índice se une al primero—. Usa tus palabras.

Dos debe de ser el número mágico, porque la cabeza de Kiara golpea el colchón, sus ojos ruedan hacia el techo y sus párpados se cierran.

—Sí, dulzura. —Una oscura posesión inunda mi sistema, apoderándose de mi lógica—. Esta noche eres *mía.*

Saber que nada ni nadie le ha hecho esto a Kiara desata una especie de locura en mí. La protección, codicia y lujuria se agolpan en mi interior, cobrando impulso a medida que hundo mis dedos más profundamente en su húmedo calor.

Sus gemidos y murmullos de placer se vuelven tan fuertes que se tapa la boca con la mano para contenerlos. La otra mano araña el edredón bajo su cuerpo retorciéndose. Le separo un poco más los muslos y me inclino sobre ella para poder ver cada cambio en su expresión.

Kiara me lanza una mirada de reproche. Le devuelvo la sonrisa.

Parece que no puedo tener suficiente.

Podría estar horas viendo esta mierda. Kiara volviéndose loca con solo dos de mis dedos... Ojalá estuviera grabando. No puedo apartar los ojos de su hermoso rostro, tan húmedo por el sudor que su

oscuro cabello se le pega a las mejillas. Muevo mis dedos dentro y fuera de su estrecho coño y uso mi pulgar para acariciar su clítoris hasta que los músculos de mi antebrazo comienzan a tensarse y Kiara parece tan mareada como para desmayarse.

Aún no se ha corrido, pero lo hará.

Saco mis dedos y ella tiembla un poco, con la respiración aún entrecortada.

Me observa con los ojos nublados mientras me meto los dedos en la boca y disfruto su sabor como ningún hombre lo ha hecho antes. El picante, la sal y la tierra saludan a mi lengua. Una profunda satisfacción se apodera de mí.

Mis ojos vuelven a posarse en su coño, hinchado por su propio deseo.

Dios, está tan húmeda por mí. Mi polla ansía entrar allí.

«Paciencia», insiste la parte más oscura y sucia de mí.

Hay tantas cosas que quiero hacerle a esta chica, y no todas pueden suceder esta noche. Tendré que tomarme las cosas con calma...

La idea me excita *mucho* más de lo que debería.

Después de terminar de lamerme los dedos, vuelvo a mirarla a los ojos.

—¿Estás lista para correrte para mí, preciosa?

Kiara se sobresalta y me mira parpadeando como un búho. Una sonrisa aparece en mi rostro mientras me le acerco. Maniobro hasta que estoy sentado en el borde de la cama con los pies en el suelo y Kiara inclinada sobre mí con el culo en mi regazo.

—Rory... —Me lanza una mirada insegura por encima del hombro —. Esta posición es un poco... —Sus ojos se apartan de los míos. Puedo oír lo que debe estar pensando, pero no estoy haciendo un buen trabajo controlando mis impulsos.

Mi mano izquierda se posa en su trasero y comienza a acariciarlo. Cuando me sumerjo en su hendidura, nos provoca algo a ambos. Se muerde el labio inferior, una imagen tan excitante que podría ser ilegal.

Con la otra mano, le meto los dedos y uso la palma para darle la fricción que necesita en el clítoris.

—Volvamos a hablar del tema después de que hayas tenido tu primer orgasmo.

Kiara esconde la cara en el edredón y gime contra la colcha mientras la penetro por detrás, metiendo y sacando los dedos.

De alguna manera, está aún más húmeda que antes.

Esta vez la penetro con menos piedad, hundiendo los dedos de mi otra mano en la piel de su trasero.

—¡Oh, mierda! —grita, con las palabras amortiguadas por la manta bajo nosotros—. Rory, espera, voy a...

—¿Sí? —Ahora lo veo, sus caderas empiezan a girar y a contraerse. Va a correrse en cualquier momento.

—*Sí.*

—¿Soy el único por el que te corres? —gruño, hundiendo los dedos más profundamente.

Mis ojos encuentran los suyos. Me mira a través de sus pestañas, con la cabeza girada en mi dirección.

La energía entre nosotros es... extrañamente íntima.

Pero sé que no estoy alucinando cuando asiente con la cabeza, con los ojos brillantes por las lágrimas que no derrama.

—Solo tú...

Esas dos palabras desencadenan una ardiente ternura en mi interior. Mi voz se vuelve ronca por una emoción que no logro identificar.

—Córrete para mí, cariño.

Muevo los dedos dentro de ella una vez, dos veces más. Sus caderas se alzan.

—*Rory*... —Kiara gime mi nombre y algunas palabras sin sentido en la cama, y *wow.*

Sosteniendo su trasero desnudo con una mano y con los dedos de la otra dentro de ella... Es mejor de lo que imaginaba.

Es bueno.

Increíblemente bueno, fuera de este mundo.

Tan bueno que no sé cómo voy a vivir sin hacerle esto todo el tiempo.

Durante unos largos momentos, permanece tumbada sobre mi regazo, jadeando.

Sus muslos desnudos sobre esta erección en mis pantalones son una amenaza para mi salud cardiovascular. Dios. Mi corazón hará un agujero en mi pecho si no hago algo con mi polla. Estoy palpitando como un loco.

Todo mi ser quiere enterrar mi longitud dentro de ella y pintar mi nombre en sus paredes internas, pero ya tengo suficientes problemas tal y como están las cosas. Hay algo en esta chica que deshace todo impulso lógico en mi cerebro, y si descubro lo que se siente follarla, existe una posibilidad muy real de que nunca me recupere.

—Así que eso es lo que se siente al tener un orgasmo con otra persona. —Su risa suena un poco aturdida.

Gruño.

—No con otra persona. *Conmigo.* Y ese es solo el primero de muchos. —Mi mano izquierda vuelve a frotarle el culo. Lentamente, saco los dedos de ella y observo cómo otro temblor recorre su cuerpo.

—Ahora entiendo por qué hay tanto revuelo con esto.

El comentario me arranca una carcajada. Una risa auténtica y sincera.

—Ni siquiera te he follado todavía.

Kiara se retuerce y frunce los labios, como si estuviera pensando.

—¿Es eso lo que pasa ahora?

Todos los pensamientos de mi cabeza se detienen en seco.

—¿Es eso lo que quieres que pase ahora?

Sus ojos se abren como platos. Casi parece asustada.

Por supuesto que la asusté.

Mi deseo desenfrenado e intenso por ella es *tan sutil* como una escopeta.

Aprieto los ojos y me obligo a respirar profundamente.

Necesito calmarme.

—Quiero... —La voz vacilante de Kiara me hace abrir los ojos de golpe.

—¿Sí?

—Me has... tocado y saboreado. —Su rostro está rojo como una fresa mientras pronuncia estas palabras con sus preciosos labios—.

¿Ya me toca?

Debo de quedarme mirándola como un idiota durante sesenta segundos antes de darme cuenta de que está diciendo que quiere tocarme la polla. *Saborearla.*

La mejor idea que he tenido en todo el día me golpea con tanta fuerza que casi me catapulta fuera de la cama.

En lugar de eso, la deslizo con cuidado de mi regazo para poder bajarme la cremallera de los *jeans* y terminar de desvestirme.

Kiara me observa mientras me desnudo, con los ojos muy abiertos y la cara roja, como si fuera un *stripper* solo para ella. Su nivel de *ternura* simplemente no debería estar permitido.

—¿Quieres tu turno? Ahora es tu oportunidad. —Me subo de nuevo a la cama, con la mirada fija en ella—. Pero hay una condición.

Parpadea.

—¿Cuál?

—Quiero que te sientes en mi cara mientras lo haces.

Se lleva la mano a la boca, pero no aparta la vista de mí. Ni por un segundo.

Ambos estamos sintiendo los efectos de la misma droga sexual.

—Quiero saborearte de nuevo y quiero que me saborees. —Mi mano encuentra su rostro mientras me asomo a sus profundos ojos marrones con destellos verdes—. ¿Qué dices?

Me sorprende muchísimo cuando dice:

—De acuerdo.

La derribo sobre el colchón y succiono su lengua en mi boca. Luego, me giro sobre mi espalda y me doy una palmada en el pecho.

—Ven aquí, dulzura.

Tras solo un milisegundo de vacilación, Kiara se arrastra hacia mí hasta que coloca su coño a poca distancia de mi boca hambrienta. Mis manos agarran su culo, empujándola más hacia mi cara.

Chilla y luego gime, desplomándose sobre mi pecho. Sus pechos se posan cerca de mi cintura mientras sus dedos suaves y delicados acarician mi polla palpitante. En el momento en que su mano me toca, las placas tectónicas dentro de mi cuerpo se desplazan.

¿Qué pasará cuando me meta en esa boca tan *sexy* que tiene?

Cuando le doy una palmada en el culo, gime y aplana la lengua contra la punta de mi longitud.

Gimo en su húmedo coño.

Dios mío, eso se siente tan bien.

Y mientras mi lengua recorre sus pliegues, Kiara me lame desde la punta hasta la base y viceversa, como si fuera una maldita paleta de helado. Me está provocando, y lo está haciendo de maravilla para alguien que nunca había tocado una verga en su vida.

La irritación y la excitación se agitan en mi pecho, y la como con más fuerza, acosando su clítoris con mis labios y mi lengua. Ella flexiona sus caderas contra mi cara, así que debo estar haciendo algo bien.

Pero me quedo paralizado en el momento en que me mete en su boca, chupándome la polla como una especie de prodigio del sexo oral. *Por el amor de Dios.*

Estoy tan reprimido por jugar con su coño que podría correrme antes de darle el segundo orgasmo de su vida...

Joder. Esta mujer.

Kiara desliza su boca arriba y abajo por mi longitud como una profesional, metiéndola todo lo que puede entre sus labios.

El orgullo y el placer se mezclan en una embriagadora combinación.

—Así es, buena chica, tómala toda. *Sí*... así mismo.

Entonces, empieza a mamármela más rápido, acercándome cada vez más al límite.

Vuelvo a meter dos dedos en su coño, envuelvo mis labios alrededor de su clítoris y chupo.

Eso provoca una reacción. Kiara separa la boca de mi longitud, echa la cabeza hacia atrás mientras grita y sigue frotando mi polla.

—Vas a hacer que me corra otra vez... —Su voz dulce y sensual suena como un gemido de rendición. Solo puedo responder con un gruñido—. Pero también quiero hacerte correr.

Antes de que pueda reaccionar, Kiara se gira y posa su boca sobre la mía y me succiona la lengua.

Oh, *maldita sea*. No puedo aguantar mucho más.

Con su humedad por toda mi cara, vuelve a su lugar y pone su boca perfecta sobre mi verga.

Kiara suelta mi polla cuando se convulsiona sobre mi cara. La forma en que su coño aprieta mis dedos también desencadena mi orgasmo. Me corro con fuerza sobre mi estómago.

No es hasta que estamos acostados uno al lado del otro, borrachos de sexo y agotados, cuando veo cuánto semen nos salpica a *ambos*.

Mis ojos se cierran mientras mi respiración pesada se estabiliza.

¿Qué me ha hecho esta mujer?

Capítulo 18

Rory

Una vibración me saca de las profundidades de la inconsciencia.

Tardo un segundo en darme cuenta de que no estoy despertando de ese sueño inquieto, medio dormido, medio ansioso por el mañana, que suelo tener entre las dos y las nueve de la mañana. Esto es... lo más cómodo y descansado que me he sentido en mucho tiempo.

La vibración continúa con su molesto zumbido desde algún lugar debajo de las sábanas.

Con los ojos aún cerrados, busco a tientas hasta que mi teléfono acaba en mi mano.

Sigue vibrando. No para.

Abro los ojos de golpe. Una alerta me mira fijamente.

«¿Una brecha de seguridad de nivel cinco?». El corazón se me acelera como si alguien me hubiera dado una descarga con un desfibrilador.

Mientras intento salir corriendo de la cama, un pequeño sonido sale de los labios de Kiara y recuerdo por primera vez dónde estoy y lo que pasó anoche.

La tenue iluminación empotrada da a mi vieja oficina un brillo difuso. Es suficiente para que vea a Kiara dormida, recostada sobre mí.

Sus gemidos al correrse resurgen en mi memoria sin que lo quiera.

Demonios. Como si mi verga no estuviera ya dura a estas horas de la mañana.

Con la mayor delicadeza posible, me separo de ella y me siento, con el teléfono en la mano que sigue vibrando sin parar. Me levanto del colchón, me pongo los pantalones y me subo la cremallera con cierta dificultad.

Una vez que estoy presentable, salgo al pasillo y cierro la puerta suavemente detrás de mí.

Estoy a milésimas de segundo de llamar a Darren. Él es quien habrá hecho sonar la alarma en primer lugar...

Una llamada de Finn irrumpe y casi se me cae el teléfono al suelo.

«Mierda». Contesto al primer tono.

—*¿Dónde estás?* —gruñe Finn.

—En la unidad médica. Vi la alerta de Darren. ¿Qué demonios está pasando ahí arriba?

—*Tu pequeño canario se escapó anoche y nadie sabe cómo*. —Cuanto más enfadado está Finn, más rápido habla. Mi mente, aún adormilada por la madrugada, lucha por seguirle el ritmo—. *Lo que significa que el traidor puede haberla secuestrado. O peor aún, que Leo y sus compinches hayan entrado en la mansión justo delante de nuestras narices.*

Mi estómago cae al suelo bajo mis pies, pesado como una maldita bola de boliche.

Mi falta de previsión me deja atónito. No puedo creer que lo olvidara todo y me quedara dormido aquí abajo con Kiara anoche. También me sorprende darme cuenta de que no siento ni la más mínima pena por mis actos.

En comparación con la noche anterior, cuando toda la culpa del mundo pesaba sobre mis hombros, ahora mi cuerpo se siente ligero. Quizás un poco asustado, porque causé caos y necesito averiguar cómo explicarle las cosas a Finn, pero no me arrepiento de nada de lo que pasó.

De hecho, siento algo completamente diferente.

Algo en lo que no puedo pensar ahora mismo.

No con Finn respirando en mi nuca al otro lado de la línea.

—Cancela la alarma. —Enderezo los hombros, preparándome para las furiosas preguntas con las que Finn está a punto de acribillarme—. El objetivo no escapó. Está aquí conmigo en la unidad médica.

Silencio sepulcral. Empiezo a contar en mi cabeza y llego a diez antes de que la ira estalla con toda su fuerza en mis oídos.

—Rory, tienes cinco segundos para explicarme qué demonios está pasando. ¿Está herida? ¿Por qué no me informaste como habíamos acordado?

—Estaba analizando las conversaciones como me dijiste, pero cuando revisé las cámaras de su habitación, la vi intentando escapar. Se subió a la ventana. Aunque la alcancé abajo, no me lo puso fácil. Se hizo daño. Si bien no es grave, fue lo suficiente como para llevarla a la unidad médica...

—¿Dónde demonios la llevaste? —pregunta Finn, haciéndome rechinar los dientes. Todavía no he mentido, aun así, estoy a punto de hacerlo—. *El personal médico ni siquiera estaba de guardia anoche.*

Con cautela, exhalo un profundo suspiro.

—Lo olvidé. Pero cuando llegamos y todo estaba a oscuras, supe que no podía hacer nada más que administrarle primeros auxilios.

Más silencio. Seguido de más sílabas entrecortadas e irritadas de Finn.

—¿Y tuviste que administrarle primeros auxilios toda la noche*?*

—Por supuesto que no. La vendé y se quedó dormida en mi antigua oficina. Quería que una enfermera la examinara esta mañana, así que pensé que era mejor no moverla. La vigilé durante toda la noche.

Lo que debería asustarme es lo que Finn hará cuando inevitablemente descubra que estoy mintiendo. Tiene una forma de darse cuenta cuando alguien no está contando toda la historia.

En cambio, lo que realmente me asusta es lo fácil que se me escapó la mentira sobre lo de anoche.

Finn es uno de los ejecutores más letales de la ciudad. Los interrogatorios son su especialidad. Sea amigo o no, llevarlo al límite es una mala idea. Engañarlo es aún peor.

Sin embargo, mi lengua se niega a confesar.

El silencio entre nosotros se prolonga, lo que solo puede significar una cosa.

No me cree.

Una exhalación enojada hace que la línea se distorsione y se corte en mi oído.

—*Ven aquí.* Ahora mismo*.*

La llamada se corta, dejándome solo en el pasillo del sótano.

Meto el teléfono en el bolsillo de mis *jeans*, con la inquietud ya asomando su fea cabeza.

No puedo creer que haya hecho eso.

¿En qué estaba pensando al traer a Kiara a mi antigua oficina? Por supuesto que nadie buscó allí. La habitación lleva años sin utilizarse, desde que puse en marcha el centro de seguridad en la mansión principal.

El espacio es subterráneo y no está sujeto a ninguna cámara de vigilancia.

Incluso los rastreadores se desconectan aquí abajo.

Si realmente me paro a pensarlo, todo esto me parece un poco depredador. Como si hubiera planeado la seducción a la perfección para que tuviéramos la oportunidad y la privacidad de dejarnos llevar anoche. Al menos, eso es lo que Finn va a suponer cuando suba a su oficina y me obligue a explicarle la historia de nuevo con más detalle.

Ojalá tuviera algo nuevo que contar. Algo que distraiga a Finn y a cualquiera que esté al tanto de lo obvio, que soy un idiota. Pero lo único que puedo decirle son los pocos detalles nuevos que le saqué a Kiara anoche.

Son lo único que puedo ofrecerles a Finn, Shane y los demás. El panorama es más amplio de lo que pensábamos inicialmente. Tanto Kiara como su madre tienen un historial con los De Luca, lo que causa aún más preguntas.

Y en lugar de enterrarme entre los muslos de Kiara, ahora tengo que despertarla y acompañarla de vuelta a su habitación. Dios, ni siquiera he estado despierto el tiempo suficiente para pensar en lo que voy a decir.

«Hola, buenos días. ¿Qué te pareció lo de anoche? ¿Fue todo lo que esperabas al leer esas novelas románticas cursis de supermercado? Espero que hayas dormido bien. Una vez más, es hora de que empiece a actuar como el tipo que te tiene secuestrada, así que ahora vuelve a tu jaula. Pero, gracias por la diversión».

Me muero de ganas de darme un cabezazo contra la pared más cercana.

Cuando vuelvo a entrar en la oficina, Kiara sigue profundamente dormida.

Debe de ser agradable.

Su expresión dulce y relajada y el silencioso subir y bajar de su pecho captan mi atención. Su vulnerabilidad me atrae como el calor parpadeante de una llama abierta. Si no tengo cuidado, no seré solo yo quien salga quemado.

La única vida que he conocido también podría arder en llamas.

No obstante, por alguna razón, eso no parece importarme tanto como debería.

No después de lo que acabamos de compartir.

No después de la forma en que nos abrazamos como dos personas perdidas en el mar, aferrándonos desesperadamente a lo único que flotaba en kilómetros a la redonda. O la forma en que la adoré, la *alabé,* le dije lo buena chica que era mientras su cuerpo se sacudía y se estremecía por su primer orgasmo con un hombre.

Jesucristo, esta chica es un dolor en mis pelotas*.*

Me aprieto la frente con la palma de la mano y exhalo con fuerza para recomponerme.

No puedo quedarme aquí perdiendo el tiempo. Finn está esperando y *vendrá* aquí si no me reporto en menos de una hora. Lo último que necesito es que ese tipo explote conmigo.

Cuando Finn pierde los estribos, es el maldito Armagedón.

—Oye, despierta.

Los párpados de Kiara comienzan a moverse. Se da la vuelta y se pasa una mano ágil por su impresionante cabello oscuro. Sus párpados se abren lentamente. La confusión nubla su mirada, pero un momento después, parece recordar dónde está y se incorpora. Se fija en mí, con las mejillas sonrosadas cuando cambia de postura y se da cuenta de que está desnuda.

Casi resoplo cuando se agarra la sábana al pecho.

—¿Qué pasa? —Su voz somnolienta de la mañana no tiene derecho a ser tan excitante.

—Es hora de volver a tu habitación. Tengo trabajo que hacer y tú tienes libros que leer.

Después de entregarle la ropa, le doy la espalda y espero a que me diga que puedo mirar.

Bosteza antes de acercarse lentamente al borde del colchón.

—¿Libros? —La perspectiva hace que parte de su timidez inicial se disipe.

—Sí. Libros. Mandé subir algunos para ti, ¿recuerdas?

—Ah, claro. —Se coloca sus tenis de correr y, en unos instantes, salimos de la unidad médica. En cuanto volvemos al jardín, me doy cuenta de la hora.

De madrugada.

Maldición.

—¿Por qué sigue estando oscuro afuera? —cuestiona Kiara cruzándose de brazos—. ¿Y por qué hace tanto frío?

—Vamos. —Ahora que sé que puede seguirme el ritmo, acelero el paso y me apresuro a atravesar el laberinto de vuelta a la casa principal. Sus pasos siguen los míos, así que no me molesto en mirar atrás. Ahora que sabe lo que le espera bajo la cobertura de estos setos, no preveo que vuelva a intentar escapar pronto.

Aun así, es lo suficientemente imprudente como para merecer una advertencia.

Al pasar junto a la fuente, me detengo. Choca con mi espalda, igual que la noche en que nos conocimos.

—Vuelve a intentar esa pequeña hazaña, Kiara, y te arrepentirás.

La sorpresa ilumina sus rasgos. Entonces, comprende lo que quiero decir. Su rostro se ensombrece y se pone a la defensiva. Lo

noto por la tensión de sus hombros.

Desafiante, aparta la vista de la mía y resopla con irritación.

—Lo digo en serio. —Me cuesta mucho resistir el impulso de agarrarla—. No hay garantía de que sea *yo* quien te encuentre la próxima vez.

Sus hombros se relajan un poco y sus labios se fruncen en un puchero ridículamente bonito, y me dan ganas de meterle la lengua en su boca.

Se abraza a sí misma más fuerte y, cuando habla, su voz es flexible e inesperadamente dulce.

—Está bien. *Me portaré bien*.

No voy a mentir. Esas tres palabras despiertan algo en mí.

Nunca pensé que me gustaría el tipo de chica buena y complaciente, pero todo lo que ocurrió desde anoche hasta ahora me demuestra lo contrario.

Demasiado rápido, llegamos de vuelta a su habitación. Está tal y como la dejó, excepto que su ventana fue modificada para que solo se abra unos centímetros.

Olvidé lo rápido que se mueve el personal de mantenimiento en este lugar.

Por otra parte, casi todo el mundo le tiene miedo a Finn cuando está enfadado.

Una vez que está dentro, es hora de despedirse. Nunca he sido bueno con eso, así que solo le lanzo una mirada seria y otra advertencia.

—Recuerda lo que te dije. *Compórtate*. —No es solo por su seguridad, sino también por mi cordura.

Asiente con la cabeza. Las palabras no dichas ahogan el aire, pero no tengo tiempo para entablar una conversación más profunda sobre los acontecimientos de la noche anterior, y ni siquiera estoy seguro de lo que diría si no tuviera prisa.

Después de irme, me dirijo al cuarto de operaciones en el tercer piso. Me da miedo lo que está a punto de suceder. Sin embargo, nada puede detenerlo, así que me armo de valor, empujo la puerta y entro.

En cuanto me oye entrar, Finn levanta la cabeza de golpe. Incluso desde el otro lado de la habitación, casi puedo ver cómo le sale humo por las orejas.

¿Mi suposición? El tipo ha tenido otra noche difícil, seguida de una mañana de mierda, por cortesía mía.

Antes de que pueda lanzarme a dar una explicación que pueda bajar la presión arterial de Finn, veo a su padre Shane a su derecha.

Shane está sentado con los hombros anchos y cuadrados como si fuera un general del ejército. Sus ojos agudos, color titanio, me escudriñan como si fuera una rana a la que van a diseccionar. Finn está enfadado, pero Shane está desconfiado.

No sé qué es peor.

—Entra, Rory. —La profunda voz de Shane llama mi atención—. He oído que hay un problema con nuestra rehén. Informa.

—Por supuesto. —Me paro con naturalidad, con una mano metida en el bolsillo. Mostrar el más mínimo indicio de nerviosismo sería como verter un cubo de sangre en aguas infestadas de tiburones—. Pero primero, los resultados de mi segunda ronda de interrogatorios.

Finn parece dispuesto a arrancarme la cabeza, afortunadamente, Shane levanta una mano para que se calle.

—¿Qué averiguaste? —pregunta Shane inclinándose hacia delante en su silla.

—Al principio pensamos que era una falsificadora de arte, pero esto va mucho más allá. —Mantengo el contacto visual con él—. Nuestra rehén no imita a *Libertas*. Ella *es Libertas*.

Finn interviene casi de inmediato.

—Imposible. Es una niña.

—Tiene veinticuatro años.

Intervengo para defender su edad tan rápidamente que ahora Finn también me estudia de reojo.

Me mira fijamente durante varios segundos incómodos antes de dar un puñetazo en la mesa.

—Ese pintor debería tener cincuenta y cuatro años.

—No dije que fuera la *Libertas* original. —En medio de la densa tensión y la niebla, me obligo a respirar profundamente otra vez—.

Kiara es la segunda *Libertas*. La primera *Libertas* fue su madre.

Shane junta los dedos sobre la mesa.

—¿Qué tiene esto que ver con los De Luca?

—Kiara y su madre son esclavas artísticas de la familia De Luca. —Las palabras se sienten pesadas en la lengua—. No sé exactamente desde cuándo, pero desde que Kiara nació, así que al menos desde hace un par de décadas.

Finn se aleja de la mesa y se pasa la mano por su melena revuelta. Se queda contemplando la pared un momento antes de volver a mirarme.

—Los De Luca obligan a la chica y a su madre a pintar y luego venden las obras como...

—Las obras de un maestro moderno anónimo. —Termino la frase de Finn.

—Enriqueciéndose sin ningún costo. —Shane suelta una risa seca y sin humor—. Es evidente que los subestimé.

—¿Qué descubriste en las conversaciones en línea? —El tono de Finn se ha suavizado un poco, dejando atrás su tono agresivo.

—Relativo silencio. —Me acerco a la mesa en el centro del cuarto de operaciones y me coloco justo enfrente de Finn—. Sospecho que Leo hizo lo necesario para mantener en secreto la desaparición de Kiara.

Los ojos de Finn se oscurecen.

—Eso significa que planea recuperarla.

No quiero pensar en eso. La idea de que ese psicópata ponga sus manos sobre ella me infunde el impulso de jugar con explosivos.

Genial. Paso un rato con la mujer y de repente me estoy convirtiendo en Darren.

—Lo que significa que tenemos dos opciones. —Shane lanza una mirada cómplice a su hijo. Cuales sean las opciones, a Finn no le gustan. Se le nota en su rostro vengativo.

—Venderla de vuelta a los De Luca o quedárnosla como un as bajo la manga, *lo sé*. —Finn gruñe—. ¿Qué más da? Ni siquiera matarla delante de Leo cambiaría nada. No nos devolverá a ninguno de los nuestros.

Una poderosa combinación de rabia y resistencia se enciende en mi pecho. La mano que tengo en el bolsillo se cierra en un puño y me cuesta mantener la boca cerrada mientras Shane y Finn lanzan con indiferencia sugerencias que amenazarían la vida de Kiara.

«La protegeré de ellos. No importa lo que decidan».

Niego con la cabeza. Algo me pasa. Quizás haya contraído un virus de locura que dura veinticuatro horas. ¿Cuándo he tenido algún problema con que los *Reyes Irlandeses* utilicen a la gente? Somos una familia criminal. No es un concepto nuevo. Hacemos este tipo de cosas todos los días. Todo el tiempo.

Nunca me había importado.

Sin embargo, en este momento estoy perturbado. Con cada sugerencia, mi ira se enciende un poco más.

No debería querer darle a Kiara más privilegios especiales que a los demás prisioneros, aunque la idea de que esta familia le haga daño me molesta hasta el punto de volverme loco.

¿Colarme en mi antigua oficina?

¿Mentirle a Finn sobre lo que pasó anoche?

¿Quién demonios soy? Hace unos días era un soldado leal, pero una noche con Kiara y me estoy convirtiendo en alguien impredecible y mentiroso.

No. Eso no tiene ningún sentido. No puedo enfadarme, porque Shane y Finn intenten aprovecharse de la situación. Debo estar enfadado por la idea de que utilicen a Kiara antes de que *yo* decida cómo quiero utilizarla. Por robarme mi juguete antes de que haya terminado de jugar con él.

No tengo ningún tipo de conexión real con Kiara. Eso es absurdo. Apenas hemos sido conscientes de la existencia del otro durante cuarenta y ocho horas.

Esto es solo sexo, puro y simple. Sin emociones.

Eso es lo que me pasa por dejar que mi sequía se prolongue demasiado.

—Deja tus sentimientos fuera de esto.

Me sobresalto cuando el tono de advertencia de Shane resuena en la habitación. ¿Dije algo en voz alta?

Mis hombros se relajan cuando me doy cuenta de que Shane le está hablando a su hijo. Su elección de palabras hace que Finn mire con el ceño fruncido la mesa que nos separa.

—Sabes tan bien como yo que necesitamos la ventaja. La ventaja vale más para nosotros ahora que cualquier precio que pidamos por el regreso seguro de la chica.

—Ya dije que lo sé. —Solo Finn puede ser brusco con su padre.

Shane se recuesta en su silla, aparentemente satisfecho con este plan.

—Mantener a la chica encerrada aquí significa que podemos utilizarla si las cosas se ponen difíciles.

—Por si no te has dado cuenta, papá, las cosas ya están difíciles. —Finn se aleja de la mesa y se acerca a mí con aire amenazador.

Tal vez haya algo malo en mí después de todo, porque solo quiero volver con Kiara.

Finn me pone la mano en el hombro, con sus ojos penetrantes como clavos.

—A mi despacho. Ahora.

Capítulo 19

Rory

En cuanto cruzamos la puerta de la oficina de Finn, dirige toda su capacidad investigadora hacia mí. Su mirada fría y penetrante es como un cuchillo que se clava en mi piel. No se molesta en sentarse, así que sigo su ejemplo.

Ya sé que esta es una conversación que es mejor tenerla de pie.

—*Rory*. —Una vena de su mandíbula se contrae, como si estuviera *enfadado,* pero se contiene para no abalanzarse sobre mí —. Cuéntame todo lo que no sepa sobre esto.

—No hay nada más que contar. —La inquietud me paraliza la columna vertebral, lo que me lleva a enderezarme un poco más—. Sabes tanto como yo.

—Mentiras. —Finn golpea con el dorso de la mano una taza que está sobre su escritorio, la cual atraviesa el aire antes de estrellarse contra la pared, y los trozos de cerámica blanca y el café marrón viejo crean un desastre con olor rancio por todo el suelo—. ¿De verdad crees que no me doy cuenta cuando me mientes? Crecimos juntos. ¿O lo has olvidado?

La irritación arde en mi pecho.

Que me acusen de mentir cuando estoy diciendo la verdad me irrita once de cada diez veces... aunque supongo que estoy mintiendo por omisión.

Quizás la verdadera razón de la ira que hierve en mi interior se debe a como Finn está actuando ahora mismo, como un hipócrita entrometido.

¿De verdad me está acusando de mentirle solo porque no he sido sincero sobre haber tocado a Kiara? No es asunto suyo. Como miembro obediente de esta familia, le he contado todo lo relacionado con el *trabajo*. ¿Qué importa si Kiara y yo compartimos unos cuantos orgasmos no relacionados con el trabajo?

Finn se encontraba en una situación similar hace solo unos *meses*, con su actual prometida. Ninguno de nosotros lo presionó sobre si él y Riley tenían algo, aunque era evidente que sí.

No, en general, mantuve la boca cerrada cuando Finn estaba pasando por eso con Riley. Me daba cuenta de que había algo romántico entre ellos, pero no metí las narices en sus asuntos. Finn sabe manejarse solo, *igual que yo*. Incluso fue conmigo con quien se desahogaba cuando Cian se descarrilaba con Harper.

Siempre he sido la maldita voz de la razón en este círculo de amigos, pero de repente soy el malo solo por intentar mantener separadas mis aventuras profesionales y personales.

Quedarme aquí apretando los dientes no hará que este momento desaparezca.

—Informaré cuando sepa más. —Apenas puedo pronunciar las palabras, luchando por mantener mi temperamento bajo control. No saldrá *nada* bueno si los dos perdemos los estribos en una habitación tan pequeña.

—La follaste, ¿verdad?

La rabia golpea el interior de mis costillas, luchando por salir y destrozar a Finn por tratarme así.

—No.

—Has estado actuando de forma poco profesional desde que Darren y tú fueron a esa subasta. —Cruza sus gruesos brazos sobre el pecho—. Esto es peor que el sexo, ¿verdad? Te estás enamorando de ella.

—Bueno, lo sabrías —espeto las palabras antes de poder contenerme.

La cara de Finn se queda en blanco, luego frunce el ceño.

—Repite eso.

—Supongo que tú y Cian son los únicos a los que se les permite enamorarse de las mujeres a las que tienen asignadas para proteger. —Aprieto los puños con tanta fuerza que oigo crujir los nudillos—. ¿Verdad? Así es como funciona. Unas reglas para ustedes y otras para...

—Así que te *enamoraste* de ella. —La expresión de satisfacción de Finn hace que parezca que su cicatriz me está sonriendo burlonamente.

Siento un calor abrasador en la nuca y un pinchazo en el corazón.

—*No* —respondo secamente—. No seas absurdo.

Lo que sea que haya entre Kiara y yo no es *amor*, sin embargo, eso no viene al caso. Estoy enfadado por el principio de la cuestión, algo que Finn entendería si prestara atención a lo que digo en lugar de hurgar como un maldito perro en la tierra en busca de un subtexto inexistente.

—A mí me pasó —se burla, de alguna manera con cara seria. Aunque es ridículo que me diga eso.

Toca una fibra sensible en mi interior. Una fibra que había olvidado que tenía.

—Bueno, no soy tú, ¿o sí? —Tengo la espalda baja tensa como una cuerda.

¿Vamos a discutir cómo se ha estado comportando como un idiota desde que empezó toda esta guerra? Estoy tan estresado como cualquiera, pero no voy por ahí acosando a mis amigos sobre sus vidas sexuales.

Finn aprieta la mandíbula y me mira fijamente a los ojos.

—Menos mal, teniendo en cuenta que tus gustos en cuanto a mujeres dejan mucho que desear.

Mi autocontrol se rompe.

—Jódete.

La conmoción causa que abra mucho los ojos antes de fruncir los labios con expresión severa.

—Ten cuidado, Rory. Nos guste o no, ya no somos iguales.

Cuando alcanzo cierto nivel de enfado, empiezo a sonreír. Como en este instante.

—No te engañes. Nunca fuimos iguales. —Mi sonrisa se amplía, mas no me rio. Mi estómago solo se vuelve más ácido—. Las reglas no se aplican a ti, Finn. Nunca lo han hecho. Puedes acostarte o amar a quien quieras, independientemente de la misión.

—*No* hables de lo que pasó con Riley.

—¿De la misma manera que no nos hablaste de ello?

—Si sigues así, te juro que te daré una paliza...

—Ninguno de nosotros te acosó cuando follaban hasta comprometerse.

—Eso fue diferente. Además, no es momento para debilitarse por una mujer...

—¡Eres un hipócrita! Y yo también. Lo que hacemos nunca nos importó antes, pero como se trata de... —*Ella.*

Mi propio pensamiento me asusta y mi boca se cierra involuntariamente. Estoy tan sorprendido por ello que sé que tengo que salir corriendo de aquí y despejarme.

Antes de *realmente* perder los estribos.

—Solo voy a decir esto una vez. —Finn rompe el silencio con su voz ronca y segura—. No te involucres con esa chica de abajo. Ella no es tuya para tener. —Su tono se vuelve más sombrío—. Si mi padre te dice que le cortes el cuello y se la envíes a Leo por paquetería, pieza a pieza, lo harás sin dudarlo.

La desesperación me azota al pensar en hacerle daño. Aprieto los dientes para evitar que la situación se agrave.

—Estamos en tiempos de guerra. —Finn se sienta en la silla de cuero de su oficina, detrás de su enorme escritorio—. Si vas en contra de los deseos de esta familia, pagarás el precio, Rory. Seas mi amigo o no.

No hay nada más que decir y no puedo quedarme aquí ni un segundo más, así que me doy la vuelta y salgo furioso de la oficina de Finn Gallagher.

Una palabra más de su boca y le habría dado un puñetazo.

Diez minutos más tarde, estoy en uno de los Audis que tenemos estacionados en el garaje, y salgo a toda velocidad por el camino de

entrada de la mansión hacia las calles de *Manhattan*. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí. Estoy tan hambriento que mi rabia ha subido hasta veinte, pero no puedo dejar de moverme. No puedo reducir la velocidad.

No sé qué me pasará si reduzco la velocidad. Qué podría hacer.

La cara de Finn sigue apareciendo detrás de mis ojos.

Las bocinas de los coches me gritan mientras me salto un semáforo en rojo, atravieso una intersección llena de gente hacia la siguiente manzana y giro bruscamente el volante. El primer lugar de estacionamiento que veo es mío. Me meto en él, haciendo un peligroso estacionamiento en paralelo que hace que los peatones de la acera den un salto hacia atrás.

Apenas me doy cuenta.

Soy un desastre. Después de lo que pasó con Alayna, lo sé. Todo el mundo es mejor que yo eligiendo pareja.

Finn es el ejemplo perfecto.

Después de que muriera su primera esposa, se convirtió en el tipo más aterrador, frío y menos romántico del planeta... hasta que Riley entró en escena. No obstante, Finn es capaz de enamorarse locamente, mientras que yo no.

Ese recuerdo hace que la culpa se arrastre por mi estómago como un enjambre de gusanos viscosos.

Por supuesto, Finn *tocó* una fibra sensible cuando me dijo que no me enamorara de Kiara.

Golpeo mi frente contra la parte superior del volante.

Mi estado mental se está desmoronando rápidamente. Ojalá tuviera algo seguro en lo que pensar. Todos mis pensamientos me llevan a Kiara o a Finn, y pensar en ellos me hace volver a mi ex.

Sus ojos verde musgo y su brillante cabello castaño caramelo.

Esa risa que escucho en mis sueños más crueles y deprimentes.

La curva de sus hombros desnudos en verano... la misma que veo en desconocidas desprevenidas cada año, de junio a septiembre.

Ocurrió hace tanto tiempo que no sé por qué todavía me afecta así.

Supongo que las ondas de la tragedia siguen moviéndose...

La conocí en mi café favorito. Era una persona normal, o al menos eso creía en ese momento. Una persona brillante, divertida y normal a la que le encantaban los cafés con crema de avellana.

Fui a tomar mi café matutino habitual. Chocó conmigo y derramó su bebida sobre mi camisa. Cuando levanté la vista, las duras palabras se me quedaron en la lengua. Estaba impresionante con unos *jeans* que acentuaban sus elegantes piernas y un *top* rojo lo suficientemente escotado como para revelar sus generosos pechos.

Se disculpó profusamente y se presentó. Le dije mi nombre y le aseguré que no se preocupara por mi camisa, pero insistió en limpiar la mancha con servilletas. Poco después, se rindió y me miró a través de sus pestañas, mordiéndose el labio inferior. Sus siguientes palabras quedaron grabadas en mi memoria.

«—¿Quieres venir a mi casa a cambiarte? Podemos matar el tiempo mientras lavo tu camisa».

Quizás su disposición a invitar a un perfecto desconocido a su apartamento debería haber sido una señal de alarma. Si es así, no la vi. Por otra parte, esa no era ni mucho menos la primera ni la última vez que una mujer me hacía una proposición poco después de conocernos.

Mientras mi camisa estaba en la lavadora, encontramos una forma de mantenernos ocupados... en su habitación. Cuando me fui, ya estaba enamorado. Me convenció de que ella también lo estaba.

A partir de ese momento, fuimos inseparables durante casi un año. Odio admitirlo, porque soy el idiota en esta ecuación, pero realmente creía que era la indicada.

«Nuestra relación iba a terminar con dos anillos y un altar», eso es lo que solía pensar. Estaba seguro de ello. Seguro de *ella.*

Aunque mis amigos tenían dudas.

Finn expresó su preocupación por la forma en que nos enredamos. Darren estaba preocupado por lo rápido que nos habíamos vuelto inseparables. Cian, nuestro mujeriego residente, nunca dijo mucho más que sugerirme que mantuviera mis opciones abiertas. Todos me animaron a ir más despacio y tomarme mi tiempo para conocerla, pero ¿les hice caso? Ni de broma. Seguí adelante a toda velocidad. Cuando Alayna perdió su trabajo y su

casero se negó a renovarle el contrato de alquiler, la trasladé a la mía después de solo tres meses, en contra del consejo de todos.

Al final, tenían razón y yo estaba equivocado. Cuando supe la verdad, me sentí como el mayor idiota del planeta, no obstante, el daño ya estaba hecho.

La ira y la vergüenza se cernieron sobre mí como una niebla después, nublando mi mundo durante años. Incluso ahora, si me adentro demasiado en mis recuerdos de ella, la verdad me congela y me convierte en hielo y piedra.

Caí en sus mentiras, sin embargo, ahora soy menos confiado. Una vez que se calmaron las cosas, juré no dejar que ninguna mujer volviera a engañarme.

Unos cuerpos pasan junto a mí. Levanto la cabeza de golpe. *¿Qué demonios?*

¿Cuándo salí del coche? Echo un vistazo a mi alrededor. De alguna manera, estoy en una calle llena de gente, aunque no recuerdo haber decidido dar este paseo. ¿De verdad estoy tan estresado que me he vuelto a desconectar?

No me había pasado en años.

No desde...

Cuando mis ojos se posan en el edificio que tengo adelante, toda mi miseria vuelve a empezar.

Por supuesto que llegué aquí en piloto automático.

Hudson Home for Nursing and Rehabilitation.

Esto es lo que ha estado destrozando mi vida desde todo lo que pasó con Alayna. La demencia precoz de mi madre.

Cuando los médicos le diagnosticaron Alzheimer, la impotencia me devoró como un buitre devora un cadáver.

Ni todo el dinero del mundo ni un asesinato pueden curar la demencia.

No hay forma de acostumbrarse a la enfermedad de mi madre. No hay forma de aceptarla y seguir adelante. Cada día me olvida un poco más, y no hay nada que pueda hacer.

Solo queda la lucha silenciosa y angustiosa.

Me odio a mí mismo por resentirme con las enfermeras y los médicos. Pero no puedo evitarlo.

Pueden hacer algo que yo no puedo. Por mucho que quiera ayudar, a pesar de que iría a cualquier parte, haría cualquier cosa, *lastimaría* a cualquiera si fuera necesario para quitarle el dolor a mi madre, para aliviar el mío... no puedo.

Y ese pequeño hecho es una noche oscura sin amanecer.

La angustia nunca desaparece por completo. Cuando me invade, a veces me quedo en blanco hasta que me encuentro frente a la residencia de ancianos.

La impotencia solo lleva a más impotencia, o como sea que va el dicho.

Si es que existe tal dicho o refrán.

Girando en un pequeño círculo, estoy desesperado por mirar algo, *cualquier cosa* en esta calle que no sea este edificio que se cierne sobre mí.

Mis ojos se fijan en una tienda que nunca había visto antes.

Con la mente saturada, cruzo la calle corriendo y me meto dentro.

Capítulo 20

Kiara

Tengo que decir que, para ser una operación de secuestro profesional, los *Reyes Irlandeses* tienen unos baños muy bonitos. La presión del agua de esta ducha lo es todo.

Especialmente, después del día que he tenido.

Despertarme al amanecer después de una noche loca de... primeras veces.

Sacudo la cabeza mientras el agua se desliza por mi cabello y me empapa la cara. Solo pensar en lo que pasó anoche con Rory me hace estallar por dentro como una bengala.

«—¿Soy el único por el que te corres?».

«—Solo tú...».

Me derrumbo en la ducha, acurrucada y cohibida, abrazándome con fuerza.

Lo que más me sorprendió de anoche fue lo íntimo que se sintió todo. No sé qué esperaba. ¿Algo más clínico? ¿O instructivo?

Desde luego, no cubrirle la cara con la fuerza de mi orgasmo después de hacer el sesenta y nueve.

Oh, Dios. No sé si quiero esconderme de él para siempre o...

Las sensaciones de su boca y sus manos por todo mi cuerpo vuelven a mi mente con vívidos y viscerales detalles.

El calor que se alojó dentro de mí desde que sus manos me tocaron no ha disminuido ni por un momento. Ni siquiera un poco.

Ni siquiera tropezar tras Rory por el laberinto al amanecer de esta mañana ha apagado el fuego que encendió en mi interior anoche.

Sus dedos y sus palmas. Sus labios y su lengua...

Incluso en el vapor opresivo de esta agua, tiemblo.

¿Y qué fue ese adiós de antes? Se limitó a mirarme fijamente. Ni siquiera fue capaz de hablar. Rory no me dio ningún detalle sobre lo que va a pasar ahora.

¿Habrá más interrogatorios? ¿Qué planean hacer los *Reyes Irlandeses* conmigo ahora? Sé que quieren hacerle daño a Leo. Solo necesitan saber cómo. Y entiendo que planean utilizarme para ayudarles a averiguarlo.

Lo que realmente me pregunto, locamente, es cómo están las cosas con mi secuestrador. Me cubro el rostro con las manos.

«¿Qué me pasa?».

Que nos tocáramos no supuso un gran sacrificio por su parte. Probablemente, hace cosas así con las mujeres que secuestra todo el tiempo. Que anoche fuera *especial* para mí no significa que lo fuera para él.

Especialmente, para Rory. Pero no puedo preguntárselo.

«Oye, ¿a cuántas mujeres les has hecho esto?».

Interrogarlo revelaría mi interés, y esta no es ese tipo de relación.

He estado repitiendo los acontecimientos de anoche en mi cabeza una y otra vez, preguntándome qué pensará sobre lo que pasó entre nosotros. Si le gustó.

Si le gusto yo.

Anoche parecía que sí, con esa mirada ardiente y esa atención tan delicada. Con la forma en que se concentró en darme placer como si fuera su única tarea en el mundo.

No obstante, por otra parte... si mis veinticuatro años rodeada de mafiosos me han enseñado algo, es que dominar a alguien no es algo difícil de disfrutar para los hombres.

Lo que realmente quiero saber es cómo se sintió para él.

Todavía me cuesta creer que el efecto loco que tiene sobre mí sea algo que pueda tener sobre él. La idea de que alguien pueda perderse por mí, de la misma manera que me perdí anoche.

Con la mirada nublada y embelesada, llorando y gimiendo como una especie de criatura enamorada...

Aprieto las manos con más fuerza sobre mi rostro, dejando que mi ardiente timidez me queme.

No puedo creer lo que pasó anoche.

Y tampoco puedo creer lo mucho que deseo una secuela...

Varias secuelas, de hecho.

Ugh.

Frustrada, caliente y limpia, me enderezo, cierro el grifo de la ducha y salgo al tapete.

Tiro de una toalla enorme y suave de una barra, me envuelvo en ella y desaparezco por un momento en la lujosa comodidad de este tejido suave como un ángel que me envuelve.

Quiero casarme con esta toalla.

Genial. Primero exploro mi sexualidad con un criminal y ahora fantaseo con casarme con objetos inanimados. ¿Qué sigue?

Abro la puerta del baño y salgo a mi habitación, intentando dejar atrás lo raro que ha sido este día...

Un grito ahogado me atraviesa el cuerpo y tengo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder contra la puerta del baño.

Rory está de pie como una estatua junto a mi ventana, con la mirada perdida al otro lado del cristal y una bolsa de papel colgando de su puño. Cuando oye mi medio grito, medio jadeo, sale del trance en el que se encontraba. Sus ojos se encuentran con los míos.

Inmediatamente, siento que se me enrojecen las mejillas. Sus rasgos atractivos me hipnotizan una vez más. ¿De verdad tuve un orgasmo sobre esa cara de supermodelo? Maldición.

Rory me observa fijamente, la concentración de sus ojos color avellana es potente y pesada sobre mi piel. Lentamente, levanta la bolsa que se balancea entre sus dedos.

¿Se supone que debo saber qué hay dentro?

«Por favor, que no sean instrumentos de tortura».

No puedo articular palabra, mi cuerpo sigue en modo de lucha o huida.

Sin inmutarse, Rory comienza a vaciar el contenido de la bolsa de papel sobre la cama.

Primero, sale un cuaderno de dibujo. Luego, una paleta de acuarelas, un juego de pinturas al óleo, unos cuantos lienzos pequeños e incluso un costoso juego de pinceles.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. De alguna manera, estoy aún más atónita que antes. Durante unos segundos, me pierdo en el laberinto del significado de estos objetos.

¿Me está diciendo Rory que debo empezar a pintar para los *Reyes Irlandeses*? Ahora que saben que soy *Libertas* y que mis cuadros se venden por millones de dólares, ¿han decidido mantenerme como su esclava artística?

Mi mente analiza rápidamente las posibles implicaciones de estos suministros mientras me observan fijamente desde el edredón, pero sigo sin saber qué pensar.

Envuelta en una toalla, me acerco y recojo los lienzos.

Uno por uno, mis dedos examinan cada objeto esparcido sobre el colchón. Mientras tanto, los ojos de Rory me queman la piel.

La intensidad del momento me agobia cuando me giro a verlo.

Me lanza la misma mirada inquebrantable de anoche... casi como si se negara a apartar la vista de mí. O incluso a parpadear.

Lo que siente es un misterio. Sus emociones parecen estar encerradas tras un muro, completamente invisibles. Una alarma suena en lo más profundo de mi pecho.

No es el mismo tipo de anoche. Este es un hombre al que debería temer.

Aprieto la toalla con más fuerza.

—¿Por qué? —Es lo único que puedo preguntar.

El rostro de mi captor permanece duro e impasible.

Rápido como un espasmo, se encoge de hombros.

—Pensé que necesitarías algo que hacer, ya que vas a estar aquí un tiempo.

Mi corazón se congela y luego se hunde. *«Así que me van a retener».*

Pero, curiosamente, no me siento tan aterrorizada como debería. Si los *Reyes Irlandeses* me retienen y su feroz reputación está justificada, al menos estaré fuera del alcance de Leo durante un tiempo.

Y eso es algo maravilloso.

Intentando mantener la compostura, enderezo la espalda y lo observo fijamente a los ojos, a pesar de lo que eso le hace sentir a las mariposas en mi estómago.

—¿Qué piensa hacer tu familia conmigo?

La expresión de Rory se vuelve turbia, conflictiva, aun así, la dureza de su mirada no me asusta.

—Hay muchas opciones sobre la mesa, pero hasta que se decida algo, más vale que aproveches bien tu tiempo aquí.

Señala los suministros.

Un agarre fuerte aprieta mis pulmones.

—Quieres decir que quieren hacer buen uso de mí.

Rory no responde. Todo en mí quiere retirarse al baño y cerrarle la puerta en las narices, lamentablemente, mis pies están pegados al suelo.

La frustración y la traición se alzan dentro de mí como un oso a punto de atacar.

Después de contarle cómo los De Luca nos utilizaron a mi madre y a mí durante todos esos años, ¿de verdad me va a decir que los *Reyes Irlandeses* planean hacer lo mismo?

—No lo haré. —Con dificultad, apreté la mandíbula—. No pintaré para *ustedes*. Se acabaron mis días de ser usada como esclava del arte, ¿de acuerdo? Prefiero morir antes que dar otra pincelada a un lienzo solo para hacer más rica a tu mafia. Olvídalo.

Rory me mira fijamente, sin mostrar ni una pizca de ira. Casi parece confundido. Su aura extraña e inquietante se disipa.

—Kiara, todo eso es para ti.

Parpadeo.

—¿Qué?

—No te estoy pidiendo que crees una obra maestra de *Libertas* para nosotros. —Escupe las palabras—. Haz lo que quieras con esas pinturas.

—Tú... —Mi cerebro se bloquea en el mismo instante en que mis pulmones olvidan cómo respirar. Entonces, la realidad me golpea como una pastel en la cara—. ¿Me compraste esto?

El último hombre que me trajo materiales de arte fue Enzo De Luca. Mi padre.

Sé lo que significa que un mafioso me traiga materiales de arte. Significa zapatos caros pisoteando mi habitación y una colección desordenada de materiales que me lanzan a menos que sea lo suficientemente rápida como para atraparlos.

Sin embargo, esto no es eso. No me están obligando a usar los materiales de pintura. Nadie me va a arrebatar mi creación una vez que sea lo suficientemente bonita como para venderla.

Rory... me trajo cosas caras, preciosas y de alta calidad.

Solo porque sí.

Cosas que solo se consiguen si se recorren los pasillos de una tienda profesional de materiales artísticos.

Si lo que dice es cierto, y realmente consiguió todo esto solo para mí, sin pedir nada a cambio y sin pensar en nadie más, entonces...

Esto es lo más dulce y considerado que ningún hombre ha hecho nunca por mí.

Rory me estudia con la mirada, como si estuviera examinando las diversas dimensiones de este momento. Habla, atrayendo mi atención hacia esa boca que quiero sobre mí otra vez. Y otra vez.

—Así que... pinta. Si quieres. Es mejor que intentar escapar por la ventana. —Me guiña el ojo—. Porque sabemos cómo acabó eso la última vez.

Sus bromas nos hacen sonreír a los dos, como si toda esta situación fuera una broma privada entre nosotros y no la cruda realidad de nuestras vidas.

Rory saca un último objeto de la bolsa. Una caja blanca de cartón.

—Toma.

Con cuidado, abro la tapa. Mi corazón se hincha hasta alcanzar el doble de su tamaño normal.

—¿Me compraste *cupcakes*? —Me quedo boquiabierta ante los coloridos postres hasta que estoy segura de que no voy a llorar

antes de levantar la vista—. Gracias.

Lo que sea que lee en mi expresión lo hace aclararse la garganta. Su voz se vuelve áspera.

—Si necesitas algo más, dímelo.

Su mirada se desvía de la mía hacia la toalla que me cubre.

No estoy imaginando la forma en que traga saliva, ese nudo grueso y *sexy* en su cuello que se mueve arriba y abajo.

El pulso correspondiente entre mis piernas es tan abrumador que casi pierdo el equilibrio, a pesar de estar completamente quieta.

De acuerdo. Así que no hay forma de ignorar o negar lo mucho que lo deseo.

En absoluto.

Hace cinco minutos, tenía el control. Su inesperada consideración cambió las cosas, y ahora estoy a segundos de dejar caer mi toalla delante de este hombre peligroso, pero impresionante.

Echo un vistazo a los materiales de arte una vez más, y es entonces cuando me doy cuenta de lo segura y seria que estoy al respecto. A pesar de todo lo que Rory me ha dicho y hecho... a pesar de lo rígido y violento que puede llegar a ser... también hay algo más en su interior.

Algo que me trajo materiales de arte.

Que me compró *cupcakes*.

Que me desea y me ve como nunca me han visto. Y sea lo que sea, me está despertando.

Me siento electrizada.

Viva. Gracias a él.

Intento calmar los latidos frenéticos de mi corazón. Mi cerebro parece estar haciendo cortocircuito.

Aparte de mi madre, nadie me ha hecho nunca un regalo espontáneo.

Estoy a punto de quitarme la toalla y abalanzarme sobre él, pero se muestra inquieto y mira hacia la puerta como si quisiera salir corriendo. Mi recién nacida seguridad no soportaría un rechazo, así que, en vez de lanzarme sobre él, me pongo de puntillas y le doy un beso suave en la mejilla.

—Eso fue muy tierno de tu parte.

Se queda inmóvil como una estatua. Luego, tras murmurar "de nada", me dice que tiene que irse a algún lugar y se marcha.

Su apresurada retirada me roba un poco de alegría. En lugar de dejar que mi mente se desborde con conjeturas, prefiero centrarme en lo positivo.

Puede que siga siendo una prisionera, pero ahora soy una prisionera con materiales de arte. Y *cupcakes*.

Elijo uno con glaseado amarillo etiquetado como *banana con trocitos de chocolate*, le hundo los dientes y gimo.

Tan. Bueno. Después de otro bocado, abro el cuaderno y empiezo a dibujar.

Durante las dos semanas siguientes, Rory me visita cada tarde con *cupcakes*, siempre de un sitio diferente. Ante mi insistencia, trae un cuchillo para que pueda cortarlos por la mitad y compartirlos.

Los analizamos uno por uno y los clasificamos. Una vez que terminamos, Rory y yo conversamos. Encuentro historias y anécdotas para compartir, la mayoría relacionadas con mi madre, aunque algunas también con Mae, y me devuelve el favor contándome detalles sobre su propia vida. Habla mucho de sus tres mejores amigos y me cuenta algunas de sus diversas hazañas. Me entero de que Cian era un mujeriego antes de su compromiso, Darren tiene una alarmante afinidad por el fuego y los explosivos, y Finn se volvió más sombrío tras el asesinato de su primera esposa.

Hablando de Finn... En un momento dado, vino a visitarme, cruzó los brazos y me dijo que demostrara que era *Libertas*. Estuve más que feliz de borrar la sospecha de su rostro ceñudo improvisando una rápida oda a *El traje nuevo del emperador*. ¿Fue culpa mía que el emperador se pareciera a Finn?

Por un momento, me preocupó haber ido demasiado lejos, así que me sorprendió cuando sus labios se crisparon antes de salir enfadado.

El día que le cuento a Rory la historia de cómo Leo me encerró una vez en un armario durante toda la noche cuando tenía cinco años, utilizando un nombre falso, por supuesto, una nube tormentosa se cierne sobre su rostro. Después de amenazar con destripar al culpable, me abraza y me besa por primera vez desde

que tuvimos relaciones. Antes de que las cosas se calienten demasiado, gruñe y se marcha de nuevo.

A partir de entonces, me besa todos los días, pero, para mi creciente consternación, sigue alejándose en cuanto nuestro abrazo empieza a descontrolarse.

Al final de la segunda semana, no sé muy bien qué es lo que lo frena. Solo sé que mis hormonas están fuera de control.

Al diablo con el rechazo. Si quiero que esta relación física avance, está claro que tengo que tomar cartas en el asunto.

Esa noche, me ducho poco antes de que él llegue. Cuando llama a la puerta y entra, una vez más solo llevo puesta una toalla.

Sus ojos se detienen en la piel desnuda que asoma por encima de la tela. Se fijan en mis dedos mientras jugueteo con el borde metido por dentro.

Respiro hondo para armarme de valor. Él observa el subir y bajar de mi pecho como un hombre hambriento.

Antes de que tenga oportunidad de proponerle algo, se muerde el labio inferior.

—Hoy tuve un mal día.

Su voz ronca me pone la piel de gallina.

—¿Qué pasa? —susurro, incapaz de apartar la mirada de su precioso rostro.

Sus ojos se nublan.

—No he podido pasarlo contigo.

Mi corazón se dispara como un cohete, y por dentro soy pura explosión.

Esto está sucediendo de verdad.

—Rory... —Me humedezco los labios—. Apaga las cámaras de seguridad de aquí dentro.

Capítulo 21

Kiara

Los ojos de Rory se posan en los míos como si acabara de decir algo crucial.

Apoyo la mano en el borde de la toalla.

—Sé que sabes cómo hacerlo. —Sigo sin saber qué planean hacer los *Reyes Irlandeses* conmigo.

No tengo ni idea de si voy a sobrevivir a todo esto. Pero lo más importante es que no sé cuántos momentos más como este voy a poder tener con Rory.

Si quiero aprovechar el momento, tengo que hacerlo aquí y ahora.

Y, ahora mismo, las cámaras de seguridad son lo único que sujetan mi toalla. En cuanto las desactive, nada me impedirá lanzarme a los brazos de este hombre exquisito.

Rory no saca su teléfono ni juega con su reloj.

En cambio, se me acerca, lento y firme. Su cuerpo tenso y musculoso y su altura me intimidan de la mejor manera posible. Quiero retroceder y acercarme más al mismo tiempo.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Desactivé las cámaras antes de entrar.

Suelto la toalla. La suave y lujosa tela cae de mi pecho, se desliza por mis caderas, pasa por mis rodillas y se amontona en el suelo.

Esta es la definición de estar totalmente expuesta.

Los ojos de Rory se vuelven cálidos y oscuros mientras recorren mi cuerpo desnudo... Entonces, tan rápido y poderoso como un rayo, su vista vuelve a la mía.

—Debes estar segura. —Su voz profunda y ronca me hace estremecer.

—Lo estoy —susurro, con el corazón acelerado—. Te deseo, Rory.

Gruñe, acortando la distancia entre nosotros con un solo paso. Me jala del cabello hacia abajo, obligándome a echar la cabeza hacia atrás para poder aplastar sus labios hambrientos contra los míos, con su lengua invadiendo las húmedas profundidades de mi boca.

No puedo ni imaginar cómo es Rory cuando se pone brusco. Solo sus labios sobre los míos hacen que mi interior tiemble de anticipación.

Una de sus palmas gruesas y calientes aparece en la parte baja de mi espalda. Salto ante el calor repentino antes de que mi cuerpo se acurruque en su abrazo esperado.

—No estaba segura de que volvieras a tocarme. —Jadeo contra su boca codiciosa. Él gruñe en respuesta.

—Nada podría impedirme desearte. —La forma en que su lengua se pliega y se mueve contra la mía hace que mis pezones se pongan duros como piedras.

Mi cara debe de estar enrojecida por todo el calor que estamos generando. Rory me abre más la boca, enredando sus dedos más profundamente en mi cabello. Me sujeta la nuca con su enorme mano, presionando mi cráneo contra el suyo.

Nos obliga a un beso que no se puede romper.

Su boca devora la mía. Ni siquiera sabía que eso fuera posible.

Antes de este momento, no tenía ni idea de que, con solo dos labios y una lengua, un hombre pudiera dominarme tan fácilmente. Como si nada.

Con cada beso salvaje que me da, me hundo un poco más en él.

Mis brazos se envuelven alrededor de su grueso cuello mientras su otra mano recorre la curva de mi espalda, tentando mi piel con sus dedos callosos.

Gimo en voz alta cuando me aprieta el trasero y me muerde el labio inferior.

—He estado soñando con este culo. —Rory nos gira hacia la cama sin soltarme de su agarre.

Mi corazón da un vuelco al oír esas palabras.

Solo ha estado soñando con mi trasero, así que ¿por qué siento como si hubiera estado soñando *conmigo*? ¿Con todo mi cuerpo?

Con las mejillas ardientes y los dedos nerviosos, suelto su cuello y dejo caer mis manos hasta el dobladillo de su camisa. Empujo la tela, recorriendo las llanuras musculosas que hay debajo. La piel de Rory está caliente y suave.

Maldita sea, el calor que desprende podría provocar un incendio forestal.

En cuanto mis dedos rozan sus pezones, abro los ojos como platos. No sé por qué de repente me da vergüenza tocarlo. Rory se da cuenta de mi vacilación.

—¿Qué? —Vuelvo a echar la cabeza hacia atrás mientras me besa la mandíbula—. ¿Mi pequeña pintora está nerviosa?

—No, solo... —Niego con la cabeza—. Te deseo tanto.

Rory se retira para mirarme a los ojos. La sinceridad de su rostro me provoca algo que puedo sentir hasta en los dedos de los pies.

—Te deseo más. —Sus ojos se oscurecen—. Mataría por hacerte mía.

Levanto las cejas. Lo he visto matar.

Sus palabras aterradoras y posesivas deberían asustarme, así que ¿por qué solo me excitan más? ¿Por qué me atrae tanto su intensidad?

—¿De verdad? ¿Me deseas tanto? —Mis ojos se deslizan hacia su boca encantadora.

Sin advertencia, me besa con tal pasión ardiente que cuando se separa unos instantes después, no recuerdo dónde es arriba y dónde es abajo.

—¿Ya me crees? —inquiere, acariciando mi nariz con la suya.

—Sí, pero... *convénceme de nuevo*. —Vuelvo a aplastar mi boca contra la suya, rompiendo el beso solo para subirle la camiseta por el pecho. Rory se la quita por completo y luego me atrae contra su

cuerpo. Estamos pecho desnudo contra pecho desnudo, y la sensación es increíble. El contacto piel con piel es... increíble.

Es como si estuviera bebiendo agua por primera vez.

¿Cómo llegué tan lejos en la vida sin esto?

De alguna manera, esto me parece aún más íntimo que aquella noche de hace dos semanas, lo que me confunde, ya que aquella noche yo... puse su polla en mi boca...

Todo el calor corporal de Rory mantiene mi torso caliente. Su gran mano me toca el pecho y gimo cuando me acaricia el pezón izquierdo entre el pulgar y el índice. Luego, lo pellizca y disfruto del pequeño pinchazo de dolor que acompaña al placer.

Me tiene aturdida, caliente y sudorosa. Con la boca abierta y gimiendo mientras Rory me succiona el cuello.

—Sigue haciendo esos ruidos... y te follaré aquí mismo. —Su oscura y mortal advertencia sería aterradora si no me estuviera amenazando con exactamente lo que quiero.

Nuestras caderas se rozan, lo que me permite sentir el tamaño y el alcance del bulto en sus pantalones. La necesidad arde bajo mi vientre.

—No me provoques. —Mi orden sale entrecortada y confusa gracias a sus hábiles manos—. Quiero...

—*Ah*, no. —Una sonrisa maliciosa aparece en el rostro de Rory—. Esta vez, lo haremos a mi manera.

¿Por qué esas palabras me dan ganas de hacer todo lo que dice?

Esto da miedo. Definitivamente, da miedo.

—Sigue desnudándome. —Me da la orden como un rey en su castillo y, aunque me horroriza, mis manos hacen lo que él dice—. Buena chica.

Mis dedos caen sobre el cinturón de cuero que lleva puesto y forcejeo con la hebilla. Nunca le había quitado los pantalones a un hombre. No es que alguien te aparte y te enseñe cómo hacerlo para que estés preparada cuando llegue el momento.

Una vez que le desabrocho el cinturón, hago lo mismo con el botón de los pantalones y le bajo la cremallera. Los pantalones se deslizan por su esbelta cintura y caen al suelo. Mis dedos se posan

en la cintura de sus bóxers, pero siguen moviéndose, deslizándose por debajo del dobladillo y bajándolos lentamente.

Quizás debería haber mencionado que nunca había visto un pene antes de nuestra primera noche juntos.

De todo lo que había oído sobre ellos, nadie me había dicho que pudieran ser tan bonitos. Sinceramente, eso fue lo primero que pensé cuando vi el de Rory.

Me siento abrumada por la visión una vez más.

Erguido, venoso, suave, duro como el cemento y palpitante.

¿Cómo puede ser todas esas cosas a la vez? ¿Y por qué deseo tanto volver a tenerlo en mi boca? Maldita sea, de alguna manera me ha convertido en Kiara, la *Puta Maravilla*.

Estoy hechizada durante quién sabe cuántos segundos hasta que Rory me tira sobre el colchón.

Mirarlo de pie al borde de la cama, con su gran polla, la punta roja y brillante, es demasiado. Por un momento, me preocupa desmayarme por la oleada de excitación.

Espero que se suba encima de mí, que me cubra de besos como hizo aquella primera noche; sin embargo, esta vez se queda ahí de pie, en el borde, con la mirada recorriendo mi piel desnuda.

Sus párpados se cierran y veo cómo se contraen las venas de sus brazos. Sus músculos se tensan.

Y entonces, mete las manos debajo de mis piernas y me levanta las rodillas hacia los hombros. Estoy tan sorprendida que levanto la cabeza para mirar mis piernas desnudas y abiertas. Veo cómo se sube a la cama y alinea su verga caliente y palpitante para que roce mi entrada.

—Mírame. —La voz de Rory es hipnótica.

Empiezo a pensar que haría cualquier cosa que me dijera si utilizara ese tono.

Mis ojos se desvían de la unión de nuestros cuerpos hacia sus ardientes ojos color avellana.

«Es tan guapo...».

—Esta vez, quiero que te corras sobre mi verga. —Antes de que pueda responder a su ridículamente *sexy* mandato, guía su miembro a través de la estrecha abertura de mi cuerpo. Estoy tan mojada que

no hay resistencia, pero es tan grande que aun así se siente apretado.

Me penetra lentamente, introduciéndose centímetro a centímetro hasta que está completamente dentro.

Mi cabeza cae contra el colchón y él gime.

—Mierda, sí. Eres perfecta. Te sientes tan bien...

La plenitud que siento, con él tan dentro de mí, es una locura.

Nunca pensé que se pudiera sentir un placer así en la tierra.

Rory se retira, arrancándome un gemido fuerte y lascivo en el proceso, y vuelve a penetrarme hasta el fondo.

—*¡Oh, Dios!* —gimo mientras él mueve sus caderas contra mi cuerpo, convirtiendo cada embestida en una larga y fluida caricia. ¿De verdad se supone que el sexo debe sentirse así?

Es absurdamente increíble. Lo llena que estoy.

¿*Esto* es lo que me he estado perdiendo todos estos años?

—Lo estás haciendo muy bien. —Me estremezco cuando Rory me elogia, con su aliento caliente serpenteando en mi oído—. Tomando cada centímetro mío.

Mierda, va a hacer que me corra tan fuerte. Ya lo sé.

Estoy fuera de mí, completamente extasiada. El *hazme tuya* que sale de mis labios es tan débil que ni siquiera estoy segura de haberlo dicho. Pero Rory lo hace.

Sus ojos se iluminan, demoníacos y cargados de energía. Casi parece enfadado.

—¿Qué acabas de decir?

Con el corazón galopando en mi pecho, susurro un poco más alto:

—Hazme tuya, Rory.

Sus párpados se cierran aún más.

—Repítelo.

—H-hazm-me... —balbuceo en un tono normal, milésimas de segundo antes de que un Rory salvaje y despiadado empiece a penetrarme con fuerza.

No puedo controlar el temblor de mi voz, que rebota por la habitación como un búmeran mientras se clava dentro de mí una y otra vez.

—Quieres ser mía, ¿verdad? —me gruñe al oído.

—Sí. —Mis ojos ruedan hacia atrás cuando él aumenta la velocidad—. *Por favor*.

Su polla palpita en respuesta.

—Buena chica. Me excita escucharte suplicar. —Ajusta su posición y la siguiente embestida me golpea justo en el lugar perfecto.

Rory ahoga mis gritos de placer sellando su boca sobre la mía. Me da más besos salvajes y los devoro como si llevara meses sin comer.

El calor se expande dentro de mí, extendiéndose por todo mi cuerpo hasta que este se convierte en placer en lugar de carne y hueso. Los músculos de mi torso comienzan a contraerse y tensarse, mi respiración desregulada me hace sentir mareada como nunca, y puedo sentir que el orgasmo se acerca como un tren bala corriendo por las vías.

Durante unos preciosos instantes, no hay nada ni nadie en el mundo excepto nosotros.

Y entonces la fantasía termina.

El golpe duro y rítmico de un puño contra mi puerta nos interrumpe.

Rory se queda paralizado en medio de una embestida, con su verga dentro de mí.

Nuestras miradas se cruzan. Aquí estamos, captor y cautiva, desnudos, enredados el uno en el otro. Y alguien está a punto de entrar aquí y descubrirlo por sí mismo.

Esto es malo.

Capítulo 22

Rory

Oh, voy a matar a Finn. De *todos* los malditos momentos para actuar como el heredero insoportable que es, tenía que ser ahora, cuando estoy completamente metido hasta las pelotas dentro de la mujer más *sexy* del mundo.

Estaba *a punto* de correrme, y ahora se esfumó. Finn ha desterrado el orgasmo que se acercaba a toda velocidad con solo un puñetazo.

Ojalá tuviera mi pistola.

Cometo el error de mirar fijamente a los ojos aterrados y nublados de Kiara mientras me retiro. Ella puede darse cuenta de lo que está pasando sin necesidad de explicaciones, así que no me molesto en intentar hablar. Especialmente, cuando estoy tan enojado.

Con mucho cuidado, me levanto de la cama, y la visión de su cuerpo desnudo y sonrojado me *mata*. Tengo que apartar la mirada para sobrevivir a este momento.

Recojo mi ropa del suelo y me la pongo rápidamente, y consigo mirar a Kiara a los ojos una vez más.

Afligida e insatisfecha, se lleva las piernas al pecho y se oculta bajo las sábanas. No espero más respuesta que esa antes de salir pisando fuerte al pasillo.

Me cuesta mucho no dar un portazo detrás de mí solo para demostrarle a Finn que eligió el momento equivocado.

Más vale que lo que tenga que decir valga la pena, o no voy a poder evitar darle un puñetazo en la cara.

Finn Gallagher es muchas cosas, pero nunca ha sido un *aguafiestas*.

En cuanto lo veo a la luz del pasillo, me doy cuenta de que tiene un aspecto horrible. Sus rasgos transmiten dolor, sufrimiento, rabia y... ¿sorpresa?

Es la primera vez en mucho tiempo que lo veo con esa expresión perdida.

La última vez que Finn tuvo esta expresión fue cuando descubrimos que su primera esposa había sido asesinada por los De Luca. Y, por desgracia, estoy bastante seguro de que los De Luca son una vez más la razón detrás de su expresión.

Finn avanza por el pasillo sin decir nada, esperando que lo siga. Y lo hago, mirando fijamente el espacio entre sus omóplatos todo el maldito tiempo.

En lugar de dirigirse al sala operaciones o al centro de seguridad, nos lleva a un rincón privado en el tercer piso de la mansión. Las únicas habitaciones que hay aquí arriba son las de los principales ejecutores de Shane y las pocas personas de su círculo íntimo que prefieren residir en las instalaciones.

El silencio en este rincón es mortal.

Estoy a punto de abrir la boca para reprender a Finn por su falta de tacto cuando me interrumpe.

—El trabajo de Tyson se ha visto comprometido.

Todo lo que hay dentro de mi mente enfadada y confusa se paraliza.

—¿Qué pasó?

La expresión de Finn se oscurece, volviéndose aún más sombría.

—Ocho de nuestros chicos fueron descubiertos mientras trabajaban.

—¿Descubiertos *cómo*? —La ira que siento hace que mi voz adopte un tono exigente.

—La policía entró en acción y empezó a disparar. El cargamento ha desaparecido.

—¿Cuántos sobrevivieron?

Finn lanza una mirada sombría por la ventana.

—Dos.

Siento un nudo en el estómago. Conozco a los chicos que estaban en el trabajo de Tyson. No eran ejecutores de primer nivel como nosotros, pero un día podrían haberlo sido. Eran chicos que nos informaban, que bebían con nosotros en los bares, que recibían balas destinadas a nuestros cuerpos. Seis de ellos.

Se han ido.

No puedo procesar eso ahora, así que me limpio la cara, mientras la rabia ciega y la frustración me revientan por dentro como si estuviera inflado de helio.

—¿Cómo demonios se enteró la policía?

Planeamos el trabajo de Tyson con gran confidencialidad. Estaban en juego casi un millón de dólares en sustancias ilegales.

—Por lo que hemos averiguado, la policía recibió una pista anónima. —Veo cómo le tiembla el puño—. Pero sé que es el traidor.

—Vamos. —Salgo del rincón y me dirijo a mi oficina, con Finn pisándome los talones. Ignorando el desorden, nos adentramos en mi guarida llena de pantallas de computadoras, prototipos, archivos, archivos y *más* archivos.

Agarro el respaldo de mi silla con ruedas y la giro hacia mí. Me siento y me acerco al quinto de los ocho monitores que hay sobre mi escritorio. Mis dedos se deslizan por el teclado, lo enciendo todo y me pongo en marcha.

—Voy a instalar el software EDR que compré. ¿Te acuerdas?

Finn gruñe.

—Te olvidas de que no hablo el idioma de los *geeks*.

¿Por qué me molesto siquiera?

Concentrado en mi pantalla, mis dedos castigan las teclas durante unos segundos más mientras cambio a la interfaz del *software*, donde tengo todos los controles ante mí.

—Tuve que convencer a tu padre para conseguirlo. —Costó una fortuna—. Lo instalamos en casi todos los teléfonos. Detecta

procesos no autorizados.

Levanto la vista. La cara confundida de Finn me devuelve la mirada.

—*¿Malware?*

—A veces. También puede identificar comportamientos anómalos. Si alguien estuviera en contacto con alguien que no esperábamos. O con alguien con quien no deberían estar.

Sigo trabajando. Buscando cualquier alerta en el sistema.

Si el infiltrado es quien avisó a la policía, podría haber un registro de una llamada bloqueada a una comisaría aquí, pero no aparece nada.

Ni una sola alerta o notificación a la vista.

Finn se deja caer en una silla detrás de mí y exhala profundamente.

—No encuentro nada fuera de lo normal. —Me trago mi frustración—. Si tienes razón y el traidor es el responsable, probablemente utilizó un teléfono desechable. —Me recuesto en mi silla, alejándome de mi escritorio para que Finn y yo volvamos a estar frente a frente—. Eso es lo que yo habría hecho.

—¿Lo habrías hecho? —inquiere Finn en voz baja—. ¿Y Kiara? ¿Sigue sin haber nada?

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, aun así, sigo sonando natural cuando pronuncio la excusa entre mis labios.

—No, pero hoy más tarde le preguntaré para ver si sabe algo.

El rostro de Finn vuelve a ensombrecerse, oscuro y amenazador.

—¿Es eso lo que haces cuando están juntos? *¿Interrogarla?*

Alejo mi silla de la suya, con la mirada baja mientras lo evalúo.

—¿Qué te fascina tanto de Kiara y de mí?

—Podría preguntarte lo mismo. —Finn saca un cigarrillo solitario de su bolsillo y lo enciende—. Por desgracia, ninguno de los dos tiene tiempo ahora mismo para extraer lo que pasa por esa cabeza tuya, pero no puedo evitar preguntármelo.

Mis hombros se desploman mientras expulso el aire que había estado conteniendo.

—No pasa nada entre nosotros. —La expresión poco divertida de Finn me obliga a añadir *aparte del sexo* al final de la frase.

Realmente, no quiero hablar con Finn sobre esto.

De hecho, preferiría romperme un dedo antes que hablar con él sobre esto. Sin embargo, no puedo negar lo que vio con sus propios ojos.

—Te dije que te arrepentirías si metías la verga en ella.

—No me digas que estás enfadado conmigo cuando tú *y* Cian hacían exactamente lo mismo con sus futuras esposas, hace tiempo.

Fuego arde en los amenazantes ojos marrones oscuros de Finn.

—Deja a Riley y Harper fuera de esto.

Mi rabia de antes se reaviva, ahora más fuerte.

—Hablando de una maldita doble moral.

Por un momento, me observa con ira. Luego, sus hombros se encogen un poco y su voz se vuelve más tranquila.

—Rory, si hay algo... cualquier cosa... que quieras decirme, ahora es el momento.

«¿Qué demonios significa eso?» ¿Qué tipo de respuesta...? Y entonces lo entiendo. A qué se refiere.

Y es tan absurdo que me echo a reír.

—Vaya. Tú... hablas en serio. —Una sonrisa sin humor se eleva en mi rostro, mientras la punzada de la traición florece en mi interior —. ¿Crees que tengo algo que ver con nuestro problema del traidor?

—Creo que no estás prestando atención donde deberías. Y no sé por qué.

—Es como si nunca hubieras oído hablar de sexo.

Finn me mira, inclinándose hacia delante como si estuviera encorvado sobre un microscopio.

—Creo que es más que sexo.

Un resoplido involuntario se escapa de mi garganta. Uno totalmente destinado a ocultar la descarga eléctrica que me atraviesa al pensar que Kiara es algo más que un cuerpo suave, cálido y delicioso.

—¿Recuerdas cuántas veces tuve que sacarlos del fuego a Cian y a ti con las gemelas antes de que Shane se enterara?

Finn agarra los reposabrazos de su silla.

—Eso fue diferente.

—En realidad no lo es.

—¡Claro que lo es! —ruge. De verdad, ruge. ¿Qué es, un maldito león?—. ¡Entonces no estábamos en guerra!

—¿Qué te pasa últimamente? —Probablemente, no debería provocarlo, pero no puedo evitarlo—. No hace mucho, fantaseabas con fugarte con tu chica, y ahora eres todo un general en tiempos de guerra, señor política y procedimiento.

—¿Y tú? —Finn me lanza una mirada tan penetrante que parece querer hacerme un agujero en la cara—. ¿Estás pasando por alguna crisis que no conozco? ¿Apostando? ¿Le debes algo a alguien? ¿Tengo que enviarte de vacaciones a algún lugar tropical y dejar que te pases el día bebiendo margaritas hasta que tu cabeza vuelva a la tierra? —Se levanta de un salto de su asiento—. Enfócate en lo que tienes que concentrarte, Rory.

También me levanto y me pongo frente a él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que Kiara no es la solución. —Se cruza de brazos —. De hecho, creo que podría ser tu maldito problema.

Me echo hacia atrás mientras la densa tensión en el aire entre nosotros vibra. La habitación está en silencio, salvo por el zumbido de los ventiladores de las computadoras.

—¿Crees que no estoy haciendo mi trabajo?

La mirada sombría de Finn no me inspira ninguna confianza.

—No sé lo que estás haciendo. Pero podría costarle la vida a alguien. Quizás incluso a ti. —El exquisito rostro de Kiara aparece fugazmente ante mis ojos. Aprieto los dientes—. Eso es lo que me preocupa... —La voz de Finn se ve interrumpida por el estridente sonido de su móvil. Lo contesta inmediatamente—. *Da?*

La expresión de Finn empeora aún más. Sin decir palabra, cuelga el teléfono como un hombre que se enfrenta a la muerte.

—Vamos. Nos han llamado.

—¿Qué pasa esta vez?

—Papá recibió un mensaje de Leo. —Los ojos de Finn se encuentran con los míos, llenos de tristeza—. Sabe que tenemos a Kiara.

Capítulo 23

Rory

Corremos desde mi oficina hasta el sala de operaciones, donde claramente se está produciendo un desastre. El círculo íntimo está allí.

Shane. Nuestro subjefe, Donal Gallagher, con sus rasgos severos y angulares, frunce el ceño con dureza. Thomas Brennan, el hombre a cargo de los ejecutores, informantes y soldados de esta mafia, parece un volcán a punto de explotar. Darren y Cian levantan la vista en cuanto entramos por la puerta. La expresión de sus rostros lo dice todo.

Estamos en un buen lío.

Darren está detrás del podio, al fondo de la sala, con una proyección gigante iluminada detrás de él. En la pantalla se ve un mensaje de video grabado por el propio Leonardo De Luca.

Parece satisfecho, aunque un poco marcado por la prisión y la guerra.

Al igual que su padre Matteo, Leo tiene el rostro cuadrado. Su cabello es grueso, oscuro y peinado hacia atrás. Sus ojos son casi demoníacos en su apatía. Da la impresión de ser alguien indiferente y completamente desasociado del mundo.

En otras palabras, está desquiciado.

Aunque no necesitábamos un video para saberlo.

—Llegas justo a tiempo para la repetición. —Donal señala con la barbilla a Darren, quien pulsa el botón de reproducción del video. Este cobra vida.

Durante un momento, Leo mira fijamente a la cámara, como si estuviera estableciendo un inquietante contacto visual con cada uno de nosotros. Es desconcertante.

Siento algo desagradable recorriendo mi espina dorsal.

Este es el maldito enfermo que ha tenido a Kiara y a su madre encerradas bajo llave.

Me cuesta mucho contenerme de no darle un puñetazo a la madera de la mesa de la sala de juntas.

Tras unos segundos de silencio irritante, Leo finalmente habla.

—*Tienen algo que me pertenece,* Reyes Irlandeses*.* —Su voz grave y de acero gotea acidez—. *Y si no me la devuelven, no quedará suficiente de ustedes como para impedirme ir allí y recuperarla yo mismo.*

—¿Ah, sí? —se burla Finn ante la pantalla.

Leo inclina la cabeza hacia la izquierda.

—*Sé todo sobre su pequeño encontronazo con la policía. Sus soldados* caídos. —Una sonrisa enfermiza aparece en su rostro—. *Deberían darme las gracias. Seis bocas menos que alimentar.*

Nunca en mi vida había tenido tantas ganas de atravesar el tiempo y el espacio y estrangular a alguien con tanta fuerza. Por la tensión que se nota en los hombros a mi alrededor, dudo que sea el único.

—*Y a menos que devuelvan mis pertenencias en las próximas setenta y dos horas, les espera otra catástrofe.* —Leo cruza las piernas y apoya las manos encima—. *Tic toc*, *chicos*. Tic toc.

El video se corta y el silencio que envuelve la sala en los siguientes segundos es casi ensordecedor. Todos nos estamos ahogando en nuestra rabia y descontento.

Leo se refiere a Kiara como si fuera de su propiedad, lo que me hace imaginar fantasías de un asesinato brutal. Pero, aparte de eso, lo único en lo que podía pensar mientras escuchaba las amenazas de ese hombre era que, *está confabulado con el infiltrado traidor.*

Tiene que ser así. La operación Tyson era de alto secreto por nuestra parte. De hecho, aparte de los ocho hombres que se encargaron de llevarla a cabo, seis de los cuales perecieron en el proceso, solo las personas que se encuentran en esta sala sabían de ella.

Lo que significa que Leo obtuvo la información de uno de los hombres que murieron... o de alguien sentado en esta mesa de conferencias.

Mis ojos se deslizan por la sala, buscando los rostros de los hombres que me rodean.

Hombres a los que he visto cientos, no, miles de veces en mi vida, y de los que nunca sospeché que fueran capaces de traicionarnos. Es obvio que tenemos que encontrar al traidor *ahora*. Antes de que Leo pueda utilizarlo para crear más caos. Y eso es exactamente lo que espero que diga Shane cuando se levanta de su asiento a la cabecera de la mesa de conferencias.

En cambio, se enfrenta a su hijo, con una furia tan ardiente en los ojos que bastaría con una sola mirada para reducirnos a cenizas.

Es la mayor ira que he visto nunca en Shane hacia Finn.

Sí, claro, Shane se enfada. No obstante, nunca lo había visto tan molesto con *Finn.*

Todos asumimos que eso no sucedía. La madre y el hermano menor de Finn murieron en un accidente automovilístico hace muchos años, y desde entonces, la única vibra que he percibido entre Shane y su hijo ha sido una protectora.

La vibra que percibo ahora es hostil, teñida de desaprobación e irritación.

—Pensé que tenías esto bajo control, pero veo que me equivoqué.

Aún peor que la inesperada reprimenda de Shane a Finn es la silenciosa aceptación de esto último, como si también se culpara a sí mismo. Un músculo se le contrae en la mandíbula y su pecho se eleva con una respiración profunda y lenta, aunque por lo demás permanece inmóvil y callado como una estatua.

—La operación Tyson lleva meses preparándose y todo se fue a la mierda en cuestión de horas. ¿Tienes *idea* de cuánto perdimos

hoy? —El fuego se enciende en los ojos de Shane—. ¿Y ahora descubrimos que nuestro enemigo nos saboteó?

Puede que Shane esté interrogando a Finn, aun así, todos sentimos el calor abrasador de sus palabras.

—¿Quién va a seguir a un hombre al que no se le pueden confiar nuestros proyectos empresariales más importantes? —Las palabras de Shane cortan como cuchilladas con cada sílaba.

El aire entre ellos se vuelve pesado. Incluso desde la distancia, el peso de su intercambio me agobia. Hace solo unos minutos, estaba enfadado con Finn, pero ahora nada ni nadie podría quitarme la simpatía que siento por él.

El resto de nosotros ni siquiera sabemos dónde mirar mientras Shane lo humilla. Finn, hay que reconocerlo, sigue manteniéndose erguido mientras su padre le da una paliza verbal. Sin embargo, la tensión en la habitación se hace cada vez más densa.

Especialmente, cuando Thomas abre la boca y empieza a soltar veneno.

—Devolvamos a esa zorra de abajo. *Esta noche*.

—No —digo sin pensar. Todas las miradas se posan en mi rostro desafiante. Insisto—: Caer en el juego de Leo no resolverá nada.

—¡Una mierda que no lo resolverá! —brama Thomas al otro lado de la mesa—. Si no arreglamos este desastre, tu pequeño secuestro nos va a estallar en la cara a todos. ¿O no escuchaste? *Ya lo hizo*.

Abro la boca para responderle, pero Finn me interrumpe.

—Me inclino a pensar que Thomas tiene razón.

Eso me calla. Giro la cabeza rápidamente para mirarlo boquiabierto. ¿De verdad Finn está pensando en entregar a Kiara a Leo? ¿Sin oponer resistencia alguna?

—Aún no sabemos por qué Leo planeaba vender a esa chica, pero si la operación Tyson es un indicio del infierno que está dispuesto a desatar si no la devolvemos, entonces tenemos las manos atadas. —Las palabras parecen dolerle a Finn, sin embargo, eso no es nada comparado con lo que me hacen.

—¿Así que nos rendimos sin más? —le lanzo la pregunta—. ¿Solo porque Leo nos lo dijo? Ese desgraciado acaba de aclamar

responsabilidad de la muerte de seis de los nuestros. ¿Por qué no estamos hablando de vengarnos?

—¿Por qué? —La voz ronca de Donal llama mi atención—. ¿Quieres enviar a la chica de vuelta destrozada en una caja?

—¿Y provocar aún más la ira de los De Luca? —interviene Thomas, levantando las manos—. No estamos en condiciones de soportar más presión por este asunto. No después de lo que pasó hoy.

Quiero discutir hasta el fin del mundo. Si eso les impidiera considerar lo que están considerando, discutiría hasta que se me cayera la lengua.

Sin embargo, discutir no resolverá nada.

Poco a poco, todos centran su atención en mí. La presión es visceral, como si alguien metiera la mano dentro de mi cuerpo y me apretara los órganos internos con el puño. Me cuesta mucho esfuerzo mantenerme firme y no retroceder ante la fuerza de sus miradas expectantes.

Thomas es quien lo dice.

—*Tú* la trajiste aquí. Tú la llevas de vuelta.

El pánico se apodera de mí. No estoy preparado para que mi tiempo con Kiara llegue a su fin. Esa horrible sensación de agobio e impotencia se extiende por mi cuerpo como si fuera una sustancia pegajosa y fría.

La mirada severa de Shane me mantiene en silencio. Parece lo suficientemente disgustado como para despedirme de todas mis funciones.

Está claro que estoy en grandes problemas si esto no sale bien. Y casi puedo garantizar que no será así.

Porque no voy a llevar a Kiara de vuelta con Leo.

Finn y yo intercambiamos una mirada y se me revuelve el estómago. Puedo verlo en la cara de mi amigo. Quiere que esté de acuerdo.

Que sea *yo* quien devuelva a Kiara. Esta noche.

Así que hemos llegado a esto, ¿no?

Una elección.

Mi pequeña artista fugitiva o mi familia.

Capítulo 24

Kiara

Han pasado horas.

No he escuchado nada. Ni siquiera un ruido en el pasillo fuera de mi puerta.

¿Qué demonios está pasando ahí afuera?

¿Y por qué tenía que suceder justo cuando estaba viviendo la experiencia más increíble de toda mi vida?

Desde el momento en que escuché esos golpes en la puerta, mi estómago comenzó a retorcerse con ansiedad. A medida que la luz de la tarde se atenuaba hacia el crepúsculo, mi miedo y mi inquietud solo aumentaban. No puedo explicarlo, pero tengo una horrible sensación en mi interior.

Algo está mal.

Y sé que las cosas están a punto de empeorar.

Si consigo olvidar mi propio miedo, entonces paso esos momentos sumida en una espiral de inseguridad. La forma en que Rory se marchó...

Justo en medio de...

Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

Rory parecía enfadado en ese momento, y quienquiera que vino a buscarlo, su jefe, ¿tal vez? Tampoco parecía muy contento.

En cuanto se cerró la puerta detrás de él, me levanté de un salto y pegué la oreja a la madera, con la esperanza de escuchar el motivo de la brusca interrupción. Pero solo se produjo un silencio premonitorio.

En mis veinticuatro años viviendo cerca de mafiosos, sé que, si un hombre viene a recogerte sin decir una sola palabra, significa que lo que haya pasado es tan grave que las palabras son inútiles.

Prefiero que Leo me grite hasta quedarse sin aliento antes que soportar el peso de su ira silenciosa. Eso siempre fue señal de peligro. Me pregunto qué habrá tenido que soportar Rory durante el tiempo que hemos estado separados. No sé qué pensar, creer o esperar en esta situación.

¿Me enviarán de vuelta? Si es así, ¿Rory y yo volveremos a vernos alguna vez?

La idea de no tener siquiera la oportunidad de despedirme hace que me duela el pecho. Tanto que retiro la mano del pequeño lienzo para frotarme el lugar mientras miro fijamente el remolino de colores.

Ya completé uno de los cuadernos de bocetos que me trajo Rory. Habría sido demasiado triste y patético quedarme sin hacer nada todos los días esperando a que él regresara.

En cambio, intenté perderme en la pintura, como solía hacer de niña. Eso siempre me ofrecía un respiro de las pésimas circunstancias de mi infancia. Me daba algo de paz. Pero ahora mismo, todo lo que veo es un caos emocional abstracto.

De la punta de mi pincel no sale nada bello ni agradable. Solo ansiedad. Pincelada tras pincelada tras pincelada, todas ellas llenas de ansiedad.

No obstante, poco a poco, el método empieza a funcionar.

A medida que profundizo en mi arte, mi mente no puede evitar pensar en la alta calidad de los materiales que me trajo Rory.

«Seguro que se lo pidió a alguien...».

Eso es lo que sigo pensando. Es imposible que haya ido a una tienda y haya elegido todo esto al azar. Estos pinceles y acuarelas son del tipo que los jóvenes artistas suplican a sus familias que les compren para Navidad. A menos que Rory sea artista, no habría

tenido forma de saber que me estaba comprando el juego de pinturas y pinceles soñado por cualquier artista, a menos que le hubiera pedido recomendaciones a alguien.

Y ese hecho me dice lo mucho que pensaba en mí cuando los compró. Podría haber agarrado cualquier kit de pintura barato. Pero en realidad dedicó tiempo y esfuerzo a pensar en el regalo. Si no supiera nada más, casi podría creer que le importo... especialmente cuando aparece todas las tardes con un nuevo *cupcake.*

Ugh. Tengo que dejar de dar rienda suelta a mi imaginación.

Nunca saldré ilesa de esta situación si empiezo a creer que a alguien de este bajo mundo criminal no le importo un comino. Rory me secuestró para utilizarme como informante, y yo lo estoy utilizando para mi educación sexual.

Fin de la historia.

Sacudiendo ese pensamiento de mi mente, vuelvo a pintar. Este lienzo no es mucho más grande que mi regazo. Lo terminaré en poco tiempo.

Mi cuadro está a medio terminar cuando alguien llama a la puerta.

Me sobresalto por la fuerza con la que golpean la madera.

Mierda. Hay alguien aquí, y estoy segura de que no es Rory.

No tengo ni idea de quién está al otro lado de la puerta, pero ya sé que no quiero conocerlo.

Con el pincel congelado en la mano, me alejo del lienzo que había apoyado en el alféizar de la ventana y me giro hacia la puerta, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

El clic de una cerradura me pone los cabellos de punta, y entonces la puerta se abre. Tenía razón. Definitivamente, no es Rory.

Entra un hombre tan alto que tiene que agachar la cabeza para pasar por debajo del marco.

Instintivamente, retrocedo cuando entra.

Este hombre es corpulento y fuerte, con el rostro manchado por años de delitos violentos. Es intimidante, sin duda, sin embargo, de alguna manera... no da miedo. No como Leo. Al menos, todavía no. Da la impresión de ser alguien que suele estar impaciente y descontento.

Sus ojos gris pizarra son duros pero claros, y sonríe de una manera que no es ni amable ni cruel.

—Soy Shane.

Oh, mierda. ¿*El* Shane Gallagher? Como en...

¿El jefe de los *Reyes Irlandeses*?

La mirada de Shane se desvía hacia el lienzo que hay en la ventana y luego vuelve a mi rostro.

—Rory dijo que eras pintora.

Asiento con la cabeza en respuesta.

—Ven. —Este hombre terriblemente poderoso me tiende la mano —. Camina conmigo.

«Voy a morir». Es evidente que eso es lo que va a pasar ahora. Los *Reyes Irlandeses* han decidido enviar mi cadáver a Leo para darle una lección. Se acabó. Esto es el fin.

Aterrorizada por moverme, pero aún más aterrorizada por desobedecer, dejo el pincel con la mano temblorosa y sudorosa y sigo a Shane al vestíbulo, con la mente dando vueltas sin poder evitarlo.

¿Qué me va a hacer este *Don*?

Mi sangre está fría como el Ártico, mis rodillas débiles y temblorosas. Me mareo al imaginar cada horrible escenario que pronto podría sucederme.

Apenas respirando, utilizo todas mis fuerzas para poner un pie delante del otro.

En un silencio extraño e inquietantemente tranquilo, Shane me guía desde mi habitación hasta la gran escalera por la que descendemos. Una vez que llegamos a la planta baja, me lleva por unos pasillos cortos hasta que nos acercamos a unas grandes puertas dobles.

Shane las abre de un golpe y se deslizan sin hacer ruido para revelar... una *enorme* biblioteca con amplios ventanales que dan a un jardín cerrado.

Oh, vaya. ¿Qué estoy haciendo en este lugar tan increíble? Seguro que no mancharían un espacio tan precioso torturando a sus víctimas aquí.

—Rory también dijo que te gustan los libros. —Tras un largo silencio, la voz grave y retumbante de Shane me sobresalta.

Shane entra en la biblioteca y, como mis piernas paralizadas no se mueven para seguirlo, me empuja para que entre. Este hombre me ha dicho dos cosas ciertas, ambas relacionadas con lo que le ha contado Rory.

¿Qué va a decir a continuación? *«Rory me dice que también disfrutas de su verga».*

Solo de pensarlo me encojo de pena. Si Shane Gallagher me dijera algo así, creo que moriría de vergüenza en el acto.

Tímida y cautelosa, entro en la biblioteca con el corazón latiéndome con fuerza contra las costillas. Tras echar una última mirada a Shane, mis ojos comienzan a vagar. Se fijan en un gran cuadro colgado en un hueco.

Uno de los míos.

No. Uno de mi madre.

Me acerco poco a poco. Yo... recuerdo este.

Los recuerdos me inundan: trepaba los árboles del jardín mientras mi madre utilizaba el exterior de la mansión De Luca como referencia para castillos y palacios; me sentaba en su regazo, sujetando su pincel, mientras ella guiaba mi mano con los trazos.

—Haces buen trabajo. —La voz grave y tranquilizadora de Shane llega desde la puerta detrás de mí.

Sin girarme hacia él, rechazo amablemente el cumplido.

—Lo hizo mi madre.

—Entiendo por qué los De Luca te consideran valiosa. —Una pausa—. Cualquiera lo haría.

Un escalofrío de miedo me recorre el pecho mientras lo miro. ¿Significa esto que Shane planea utilizarme?

Un movimiento a la derecha del hombro de Shane me llama la atención. Rory.

Bajando por una escalera de caracol está el hombre en el que he pasado las últimas horas pensando sin parar.

Los rasgos de Rory se endurecen como el granito. Tiene... un aspecto horrible, por decirlo suavemente.

Solo puedo describir su expresión como demacrada. Tiene los hombros caídos, casi como si alguien le hubiera succionado el alma del cuerpo en las pocas horas que hemos estado separados.

¿Qué más podía esperar?

«Después de todo, no es que lo que pasó esta tarde significara algo para él».

El doloroso pinchazo de ese pensamiento me abre la boca. Mis ojos vuelven a los de Shane.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me trajo aquí?

—Porque es hora de que vuelvas a tu celda. —La nueva sonrisa que me dedica Shane me hiela los huesos.

—¿De qué está hablando? —susurro.

Quizás estoy imaginando la vena en la frente de Rory que se hincha por sí sola.

—Leonardo De Luca te quiere de regreso. —Esa declaración tan directa me clava una navaja en el estómago—. Y eso es exactamente lo que va a conseguir.

Las lágrimas inundan mis ojos; la presa se ha roto.

Cuando Rory me trajo esos materiales de arte, me dijo que estaría aquí por un tiempo. Al parecer, eso era mentira, ya que, tras solo dos semanas, Shane se está preparando para devolverme a Leo.

Oh, Dios... Mi vida realmente ha terminado.

—*A menos que*... —Tanto mi cabeza como la de Rory se levantan en el mismo instante—. Puedas darme una razón para frustrar sus planes.

Rory parece tan sorprendido como yo.

¿Shane está diciendo que no me devolverá a Leo si le doy la información que quiere?

No. Eso es demasiado bueno para ser verdad. Me está engañando.

—Va a enviarme de vuelta con él, no importa lo que diga, ¿verdad? —La idea de volver a las garras de Leo hace que me tiemblen las piernas hasta que casi me derrumbo en la silla más cercana.

—Aún no lo he decidido. —Shane se dirige a un sillón y se deja caer en él—. Eso depende de ti.

Las lágrimas resbalan por mi rostro. Esto es imposible.

¿Qué esperan que les diga? ¿Los secretos comerciales de Leo? No tengo ninguno. No sé en qué ha estado metido. Apenas entiendo dónde es arriba. ¿Cómo se supone que voy a saber qué decirles para que no me devuelvan? Estoy abrumada, inundada por pensamientos y emociones dolorosas.

¿Estoy hiperventilando?

—¿Qué tanto sabes sobre la historia entre nuestras familias? —La voz de Shane atraviesa el ruido mental.

Niego con la cabeza.

—No mucho.

Enzo y Matteo solían despotricar sobre los *Reyes Irlandeses*, diciendo que eran un grupo de imbéciles arrogantes, pero me guardo esa información para mí.

—Leo De Luca le guardaba rencor a mi hijo y a su esposa. Y antes de que lo enviaran a la cárcel en Nevada, se lo confió a Matteo, y Matteo mandó asesinar a mi nuera.

No es la primera vez que levanto la cabeza en dirección a Shane.

—¿De qué está hablando? —Definitivamente, nunca había oído esta historia antes.

—Matteo la descuartizó y nos envió por correo sus restos. —Los ojos de Shane se apartan de los míos, pensativos y nublados, como si estuviera viendo su cadáver desmembrado en su mente—. Mi hijo estaba inconsolable. Fue un golpe digno de la ejecución de Matteo. Y por eso mi hijo lo hizo.

No tengo palabras.

Escuché que el heredero de los *Reyes Irlandeses* mató a Matteo, mas nadie reveló nunca las circunstancias del asesinato. Hasta ahora, había supuesto que no había ningún motivo. Que no había ninguna razón lógica por la que quisieran verlo muerto que no tuviera que ver con el hecho de que fueran monstruos violentos y ávidos de poder.

—Hace unos meses, el hermano de Matteo, Enzo, apareció para vengarse de mi hijo. —Shane me explica esto porque no sabe quién

soy. No sabe que estoy emparentada con estos hombres monstruosos. Sudor frío empapa mi piel al pensar en lo que me pasaría si eso cambiara—. Más tarde, Enzo no solo secuestró a la hija de uno de mis hombres... ese psicópata la cortó y le robó un trozo de hueso. Murió en el enfrentamiento que se produjo cuando enviamos a nuestros soldados a rescatarla.

Me paso los siguientes minutos parpadeando e intentando procesar esa información porque, en serio, ¿qué demonios? Siempre supe que Enzo no estaba del todo bien de la cabeza, pero ¿secuestrar a una mujer y robarle parte de un hueso? ¿Quién hace algo así?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Supongo que me fue bien en cuanto a secuestradores se refiere. Rory puede dar miedo a veces, aun así, no puedo imaginarlo haciendo algo tan depravado. En general, me ha tratado bien. Me alojó en una habitación lujosa, me proporcionó libros cuando se los pedí. Me regaló materiales de arte y *cupcakes*, y me tocó con una pasión que creía que solo existía en los cuentos de hadas.

Mi estúpido corazón se encoge al recordar las acciones de Rory.

—Por lo que tengo entendido, tú y tu madre llevan muchos años siendo propiedad de los De Luca. ¿Por qué? —Shane se inclina hacia delante en su asiento—. ¿Quién eres *realmente*? ¿Cómo encajas en todo esto?

Después de humedecerme los labios secos, me aclaro la garganta.

—Como le dije a Rory, nos mantuvieron allí para que pintáramos para ellos.

La mirada astuta de Shane me disecciona como si fuera un espécimen de laboratorio.

—Sí, pero creo que hay más. Algo que estás ocultando.

Mis pulmones dejan de funcionar. No puede saber la verdad, ¿o sí?

Rory se acerca a Shane y se coloca detrás de su silla, a la derecha. No puedo evitar cruzar la mirada con él. Aunque por lo demás es estoico, sus ojos contienen una súplica silenciosa.

Quiere que le confiese mis secretos. Una parte de mí está muy tentada, lamentablemente, no puedo obligarme a pronunciar las palabras. Por muy horrorizada que esté por las cosas horribles que hicieron mis parientes masculinos, sería estúpida si confiara en los *Reyes Irlandeses*. Más aún ahora que entiendo las razones muy legítimas de su odio.

Por el momento, soy la única De Luca a su alcance. Ellos desprecian a los De Luca. Por lo tanto, admitir que soy una me pondría en grave peligro.

Ante mi silencio, Shane niega con la cabeza.

—Te daré un día para que pienses en tu respuesta. Usa ese tiempo sabiamente. —Se gira hacia Rory—. Quédate con ella. Quizás puedas convencerla de que no juego.

Mi pulso se acelera frenéticamente cuando nos deja solos en la habitación.

Capítulo 25

Kiara

En cuanto las pesadas puertas de roble se cierran tras Shane, Rory y yo nos quedamos solos de nuevo.

Verlo allí de pie, con la mirada fija en la dirección en la que se marchó Shane, los hombros rígidos y los músculos tensos, me pone los nervios de punta.

Hace unas horas, tener a Rory solo para mí era una fantasía inesperada, no obstante, estar a solas con él ahora mismo me llena el estómago de un miedo viscoso.

Me levanto de la silla en la que estaba sentada, con todos los sentimientos de tensión, ansiedad y vergüenza que hay dentro de mí fusionándose en una especie de caparazón defensivo.

—¿Era *esta* la razón por la que viniste antes? —Espero a que me mire a los ojos—. Sabías que los *Reyes Irlandeses* iban a regresarme a Leo hoy, así que apareciste antes de tiempo, actuando amablemente y esperando poder follarme al menos una vez antes de devolverme.

Su mandíbula se tensa y su cuerpo se endereza, pero no me responde con brusquedad. Exhala un suspiro profundo.

—¿De verdad piensas eso?

Levanto las manos al aire.

—¡No sé qué pensar! Entonces, ¿me *mentiste* hace dos semanas cuando me dijiste que me quedaría aquí un tiempo?

Rory da un paso intencionado hacia mí.

—Kiara, la situación cambió. —Frunce el ceño y el conflicto se refleja en su rostro—. Leo saboteó una de nuestras operaciones, ¿de acuerdo? Las pérdidas tanto de personas como de productos son significativas.

«¿Leo? ¿Ha vuelto a hacer algo?».

¿Personas murieron?

—Al principio no sabíamos que él estaba detrás de todo. —Rory se pasa la mano por el cabello—. Pero luego envió un video, básicamente firmando su nombre y prometiendo más caos si no te devolvíamos.

Hundo las uñas en las palmas de las manos. Me da vueltas la cabeza. *«Leo amenazó, los amenazó. ¿De eso se trataba este pequeño interrogatorio?».*

—Todos parecían estar de acuerdo en que debíamos devolverte a él, y con *debíamos* se referían a mí. Shane me ordenó que viniera aquí y esperara mientras él iba a buscarte. Me sorprendió tanto como a ti que solo quisiera hablar.

La explicación de Rory no me convence. Creo que Leo es capaz de todo lo que dijo y de cosas peores. Mucho peores. Pero eso no significa que me esté diciendo la verdad. Quizás todo lo que hemos compartido durante los últimos catorce días fue un plan para ganarse mi confianza.

Incapaz de resolverlo, cruzo los brazos sobre el pecho y aparto la mirada de la suya.

—No te creo.

Levanto la vista y veo que sus ojos entrecerrados transmiten su creciente frustración.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Sí, eres muy bueno en eso, señor coleccionista de arte.

Su rostro de la noche en que nos conocimos brilla en mi memoria. Qué suerte pensé que había tenido. Un hombre dispuesto a protegerme en lugar de arrojarme a los lobos o utilizarme para su propio beneficio.

Quiero reír, sin embargo, la broma no tiene gracia.

En cambio, me giro hacia la enorme ventana a mi derecha y camino hacia ella. Rory me lanza más palabras a la espalda.

—Quizás lo consideré al principio, pero ahora no. Perteneces aquí, conmigo. Incluso si Shane me tirara las llaves e insistiera en que te devolviera, encontraría la manera de evitarlo.

Mi corazón se acelera. Quiero creer desesperadamente que es cierto, pero ¿cómo puedo hacerlo? Podría ser una nueva técnica para ablandarme y que le cuente todos mis secretos.

—¿Ibas a desafiar a tu *Don*? Sí, claro —reviro la frase entre dientes.

—Nunca iba a... N-nunca haría... —Los pasos de Rory se acercan mientras balbucea. Mis músculos se tensan, aun así, me niego a reconocer su presencia—. *Nunca elegiría* enviarte de vuelta con Leonardo De Luca. ¿De acuerdo? A la mierda. No lo haré. Lamentablemente, yo no dirijo esta organización.

La determinación en su voz me llega al corazón. *Maldito sea.*

Me centro en la primera parte de su declaración en lugar de en la última. La promesa virtual de Shane de devolverme a Leo puede quedar en segundo plano hasta que esté preparada para afrontarla.

—¿Por qué no elegirías enviarme de vuelta? ¿Porque no te beneficia en nada? Llevarme de vuelta significa que te quedas sin trabajo, ¿no?

Rory gruñe tan fuerte que me giro para mirarlo.

—Cállate. Realmente estás empezando a enfadarme. *No* es así.

Mi instinto de lucha se activa.

—No me digas que me calle... —En cuanto le empujo el hombro hacia atrás, sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca.

—Lo único que he querido hacer durante cada maldito *minuto* de las últimas veinticuatro horas es hacerte el amor.

Mi estómago se voltea como un panqueque.

«¿Hacer el amor?». El calor invade mis mejillas.

¿Es *eso* lo que pasó antes?

¿Significa eso que no estaba imaginando la forma en que me abrazó, como si fuera algo preciado para él?

Rory se queda allí de pie, con el pecho musculoso tenso e inmóvil. Me suelta la muñeca y abre la boca.

Solo puedo susurrar en respuesta:

—¿En serio?

Cierra esa hermosa boca y asiente con la cabeza una sola vez, de forma espasmódica.

Esto es una locura.

Sacudiéndome las telarañas de confusión de la cabeza, respiro hondo entre mis labios.

—Mira, estoy muerta de miedo y... merezco tener certeza sobre algo, *cualquier cosa*, así que... solo dime esto. —Trago saliva para contener la inseguridad que vibra en mi garganta, con el corazón latiendo como un ritmo tecno en mi pecho—. ¿Soy algo más que un encargo para ti?

—Tú... —Rory está tan cerca que el calor de su piel toca la mía—. Eres más que un simple encargo para mí.

La sinceridad resuena en su voz ronca, pero ¿puedo creerle de verdad?

—¿Cuánto más?

Sus ojos se clavan en los míos. La intimidad es tanta. Demasiada.

Apenas puedo respirar.

—Más de lo que quiero admitir. —Rory se suaviza, y esa máscara de macho se desliza de su rostro—. ¿Me crees?

—Yo... —Me quedo boquiabierta, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. Quiero creerte.

¿Cómo no hacerlo cuando me está bombardeando con todo el poder de su encanto?

Quiero correr y esconderme, pero no tengo oportunidad. Rory invade mi espacio personal con una velocidad repentina e inmensa, el aroma de su piel se me mete en la nariz y rompiendo la armadura con la que me he estado defendiendo.

Retrocedo hasta chocar con el pasillo, y sus manos aparecen sobre mis hombros. Me tiene acorralada, y mi corazón late con fuerza en mi pecho.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte? —Podría arrollarme con la intensa fuerza que hay detrás de esos iris—. ¿Qué tengo que

hacer para convencerte de que ocultarle información a Shane es una idea terrible?

Como si no lo supiera ya. No soy tan ingenua. Aun así, sigo sin poder darle lo que me pide. Mi confianza.

A menos que...

—Si quieres que te crea, dime la verdad...

—Te estoy diciendo la verdad.

—Sobre *ti*, Rory. —Lo miro con el ceño fruncido—. Lo sabes todo sobre mí, pero, aparte de las pocas historias que has compartido mientras comíamos *cupcakes*, sigo sin saber casi nada sobre ti. ¿Cómo esperas que te abra mi corazón cuando no has sido precisamente muy comunicativo sobre tu propia vida?

Rory se aleja de mí, con una expresión indescifrable en el rostro.

Tras unos instantes de tenso silencio, asiente con la cabeza.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Cualquier cosa?

Rory se desplaza a mi izquierda y se sienta en un sofá de cuero oscuro cercano. Levanta los pies sobre una otomana a juego, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos como si necesitara una siesta.

No se está tomando esto ni a *mí* en serio, ¿verdad?

—¿Así es como tratas a todos tus cautivos? —Cuando le lanzo la pregunta, abre los ojos de par en par.

En lugar de responder, señala el asiento a su lado y luego a mí, invitándome a sentarme con él.

Una vez que me siento en el asiento contiguo al suyo, procurando dejar la mayor distancia posible entre nosotros, me mira fijamente a los ojos.

—Eres mi primera.

«¿Su primera?». Mi corazón da un vuelco contra mis costillas.

—¿Nunca has capturado a nadie antes que a mí? —Eso no debería hacerme tan feliz como lo hace.

Rory niega con la cabeza.

—No es mi estilo, ¿sabes?

¿De verdad me siento halagada por ser su primera víctima?

«¿Qué está mal conmigo?».

Me aclaro la garganta, trato de sacudirme mi reacción y pienso en una pregunta que pueda darme una respuesta con la que me sienta cómoda. No obstante, antes de que se me ocurra algo, Rory exhala un suspiro.

—De acuerdo, soy tu primera secuestrada, pero ¿qué hay de tus otras novias? Seguro que has tenido alguna antes.

En cuanto las palabras salen de mi boca, quiero evaporarme y desaparecer en el éter. ¿*Otras* novias? ¿En qué estaba pensando?

Afortunadamente, no se burla. En cambio, cierra los ojos.

—Tuve una novia, pero no terminó bien.

Aunque su postura defensiva me advierte que abandone esta línea de investigación, ahora necesito saber qué pasó con su única relación duradera.

Incapaz de contenerme, insisto:

—¿Qué quieres decir? ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

La forma en que la mirada de Rory se oscurece me atrapa por dentro. Sé que esto va a ser malo.

—Alayna y yo estuvimos juntos casi un año. Se mudó conmigo después de tres meses y planeaba casarme con ella, aunque nadie más en mi vida estaba convencido de que fuéramos a terminar juntos. Incluida ella.

—¿No quería casarse? —Ajusto mi posición en el sofá para estar un poco más cerca de él.

Los tendones de su cuello se marcan.

—Nunca tuve la oportunidad de preguntárselo. Antes de que pudiera hacerlo, descubrí que nuestro primer encuentro no había sido casual, como pensé, sino una trampa.

—¿Una trampa? —Abro mucho los ojos mientras intento atar cabos—. ¿Eso significa que...?

—Alayna era una espía. Planeó nuestro primer encuentro en mi café favorito. Creí que se había topado conmigo y había derramado su *latte* sobre mi camisa por accidente, pero ella lo había planeado todo.

Mierda. Se me revuelve el estómago. No puedo imaginar lo traicionado que se debió sentir cuando se enteró.

Además, qué bruja. ¿Cómo pudo tratarlo así?

Pronto, las preguntas comienzan a explotar en mi mente como palomitas de maíz, una tras otra. ¿Es por eso que Rory es tan cambiante? ¿Y por qué a veces parece tan sospechoso conmigo? Un engaño como ese por parte de la persona que esperabas pasar toda tu vida destruiría la capacidad de confiar de cualquiera.

—¿Cómo lo descubriste? —susurro.

—Yo no. Fue Finn. —Rory baja la mirada hacia su regazo—. Fue una época muy loca para la Familia y yo trabajaba sin descanso. No tenía mucho tiempo para pasar con ella, y se aprovechó de eso para husmear en todos mis papeles y en mi *laptop*. A partir de ahí, se volvió más atrevida. Finn la atrapó en la oficina de Shane, rebuscando entre los archivos del gabinete que había abierto. Se suponía que esa noche todos íbamos a estar fuera de la mansión, pero él olvidó un contrato que necesitaba y volvió a casa a por él.

Vaya.

—Debió de enfadarse mucho. Seguro que se sintió fatal al darte la noticia.

Su risa es amarga.

—Así fue, y lo empeoré, porque al principio me negué a creerle. No fue hasta que revisé el video y lo vi por mí mismo. —Niega con la cabeza, disgustado—. Qué informático era. Confiaba tanto en ella que ni siquiera intentaba ocultar la pantalla cuando tecleaba mi contraseña.

La tristeza se apodera de mí.

—La amabas. Por supuesto que nunca creíste que te traicionaría así. ¿Para quién trabajaba?

—Un rival menos poderoso de *New Jersey* que aspiraba a ocupar nuestro lugar.

Casi me da miedo hacer la siguiente pregunta, pero no puedo evitarlo.

—¿Qué... le pasó?

La expresión de Rory se ensombrece.

—¿De verdad tienes que preguntarlo? En nuestra Familia no hay lugar para traidores.

Trago saliva. ¿Por qué sentí que ese último comentario iba dirigido a mí?

—¿Intentaste salvarla? —musito.

Aprieta la mandíbula y una alarmante inexpresividad se apodera de sus ojos.

—¿Quién crees que tuvo que ocuparse del problema, Kiara? La traje a nuestra Familia, a nuestra mansión, a pesar de las numerosas advertencias de mis amigos, en particular de Finn. Así que era mi responsabilidad dar un paso al frente cuando la descubrieron. Después de extraer toda la información que pudimos, Finn se compadeció de mí y se ofreció a acabar con ella, pero me negué —pronuncia las palabras lentamente, como si estuviera sacando la historia de una caja fuerte oxidada y cerrada con llave en su mente —. A veces, todavía oigo sus súplicas en mis pesadillas.

Su voz se apaga como si estuviera atormentado.

Por supuesto que lo está. Tuvo que matar a su novia, la mujer que amaba, porque era una espía.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Una parte de mí quiere abrazarlo y aliviar su dolor. La otra parte, quiere retirarse a una distancia segura.

—Qué idiota era en ese entonces. —Rory vuelve a echar la cabeza hacia atrás, con la mirada fija en el techo alto que nos cubre —. Si no hubiera sido así... Si hubiera escuchado a alguien en lugar de seguir adelante a ciegas, quizá podría haberla salvado. Pero era joven y tonto, estaba convencido de que tenía razón y todos los demás estaban equivocados.

Me duele el corazón por él, y la parte de mí que anhela ofrecer consuelo toma las riendas.

—Rory, no puedes culparte. Como dijiste, eras joven y la amabas. Y por horrible que fuera el resultado, ella debió de entender los riesgos que corría. Incluso las personas que no tienen contacto con familias como la tuya saben que no se puede joder a la mafia sin sufrir graves consecuencias.

—Quizás, pero eso no cambia el resultado. Puse en peligro a mi familia y le costé la vida a una mujer. Tengo suerte de que ella no hubiera encontrado lo suficiente como para arruinarnos por completo. Si no fuera por Finn, quién sabe qué habría pasado.

Y apuesto a que Finn tampoco lo olvidó nunca.

Su mirada se posa en mí.

—Hagas lo que hagas, no me mientas, Kiara.

Asiento con la cabeza y parpadeo para contener las lágrimas. ¿Era esa la relación seria de Rory? No puedo imaginar lo que le hace a una persona pasar por algo así.

Una sensación de inquietud me recorre el cuello. Solo un tonto no vería el paralelismo entre esa situación y la mía. Por supuesto, *sé* que no soy una espía, pero nadie más lo sabe. ¿Y si Rory se niega a creerme? ¿O Finn?

¿Qué pasará cuando descubra el secreto que sigo ocultando?

Por mucho que quiera ser sincera con él, ahora mismo no hay forma de que pueda decírselo. En cuanto se entere de que soy una De Luca, seguiré los pasos de Alayna.

Se produce un silencio tenso y vulnerable entre nosotros. Al cabo de un rato, Rory inclina la cabeza hacia mí. Baja la guardia y su expresión permanece desprevenida.

—Si te digo que te mantendré a salvo, ¿me creerías? —La mirada que me dirige sugiere que mi respuesta le importa.

—Sí. —Mi susurro lleva lágrimas a mis ojos.

Y es verdad. Realmente le creo.

La comprensión me abruma. A pesar de que este hombre me secuestró, confío en él.

Rory se inclina hasta que nuestras frentes se tocan.

—Ven aquí.

Mi cuerpo lo obedece sin pensarlo dos veces. Me acerco más y Rory nos mueve hasta que quedamos recostados en el sofá, con mi cuerpo pegado a su pecho.

Su corazón late con fuerza bajo mi oreja. El sonido rítmico es tan tranquilo y relajante que podría quedarme dormida allí mismo, incluso en los brazos de este hombre tan peligroso.

Cierro los ojos y me permito descansar en la ternura de este pequeño momento, asombrada por el hecho de que esto fácilmente podría no haber sucedido nunca. Si las cosas con Shane hubieran sido diferentes, ahora mismo podría estar atada y encerrada en una furgoneta, de vuelta con Leo...

Me estremezco solo de imaginar esa situación.

—¿Qué sucede? —La voz de Rory es cálida cerca de mi frente.

Niego con la cabeza contra su pecho.

—¿Qué va a pasar conmigo?

Siento cómo la exhalación de Rory vibra a través de mí.

—No sé qué van a decidir hacer contigo, pero sí sé esto: que me jodan antes de permitir que te envíen de vuelta con esos monstruos.

La firme determinación en su voz me hace saber que habla en serio. Y mi corazón se derrite un poco más cuando ni siquiera me presiona para que le dé información o hable con Shane.

El alivio y la gratitud brotan dentro de mí como flores silvestres que salen entre las grietas del cemento. Todo sigue pareciendo un poco desesperanzador, pero la promesa de Rory de protegerme no solo de mi familia, sino también de la suya... No sé qué decir.

—¿Y tú? —le susurro al oído—. ¿No habrá consecuencias para ti?

—Probablemente. —Me besa en la frente, descartando la posibilidad de que haya problemas. Lo cual es absurdo.

Conozco los problemas de las familias mafiosas.

Los problemas de las familias mafiosas son *problemas graves*. Problemas de vida o muerte.

¿Cómo puede prometer protegerme cuando ambos sabemos que hacerlo significa poner en peligro su seguridad? No sé cómo procesar esa pregunta ni la posible respuesta. ¿Y puedo permitirle que lo haga? ¿Cuando lo único que tengo que hacer para reducir su riesgo es revelar mi verdadera identidad a Shane?

La tensión del cuerpo de Rory se transmite al mío. Tengo miedo, pero estar tan cerca de él de alguna manera me calma. Su comportamiento, la fuerza de su cuerpo y su voluntad... ¿quién diría que estas cosas me reconfortarían?

A pesar de la tensa situación en la que nos encontramos, Rory y yo seguimos hablando.

La energía entre nosotros es diferente. Aunque no es la intensa energía sexual de esta tarde, la intimidad sigue ahí. Es real.

Le cuento que, cuando era pequeña, mi madre extendía papel por todo el suelo cerca de su caballete y me dejaba hacer lo que quisiera. La mitad de las veces acababa con más pintura encima que en el papel, pero ella se reía y me decía que el arte era un trabajo

sucio. Le cuento que mi padre apenas estaba presente, lo cual era lo mejor.

Rory me rodea los hombros con el brazo, acercando nuestros cuerpos un poco más.

—Mi padre murió cuando yo era adolescente y mi madre, básicamente... nunca se recuperó.

—¿Qué quieres decir? —Inclino la cabeza hacia atrás y me encuentro mirando la barbilla de Rory.

—Creo que ya te he hablado del Alzheimer de mi madre. Nos enteramos del diagnóstico hace unos años... —Me abraza con más fuerza—. Fue tan rápido que ninguno de nosotros lo vio venir. Y luego, el año pasado, un día salió sola de casa. La encontraron vagando sola y confundida por las calles, después de que casi la atropellara un coche.

También lo abrazo, con una punzada de empatía en el estómago. Pensar en su madre me hace pensar en la mía.

—Siento mucho que eso haya pasado.

—Yo también... —Vuelve a suspirar—. Después de eso, supe que era hora de llevarla a un centro de cuidados a tiempo completo por su seguridad. Pero me costó mucho hacerlo.

Solo asiento con la cabeza.

¿Qué más puedo hacer? Ni siquiera puedo imaginar el dolor que sufrió Rory durante todos estos años.

—Antes de que su mente se deteriorara, éramos muy cercanos. —Su boca se curva hacia abajo—. Ahora, ni siquiera me reconoce. Parece que ha pasado una eternidad desde que me llevaba a las galerías de arte de la ciudad. Nunca te lo conté, pero fue entonces cuando vi por primera vez un *Libertas*.

Cuando vuelvo a levantar la vista, sus ojos están ahí, esperando los míos.

—¿De verdad? —No puedo evitarlo.

Me da un pequeño beso en los labios.

—En serio.

—Debió de ser uno de los de mi madre... —Intento imaginarme a este hombre y a su madre admirando el trabajo de mi madre. Es como vislumbrar un hermoso universo paralelo.

—Mi padre gastó varias decenas de miles de dólares a lo largo de los años para comprarle algunas a mi madre antes de fallecer. —Rory sonríe—. Recuerdo cómo él mismo las colgaba en la pared mientras mi madre se sentaba conmigo en la mesa de la cocina y me contaba las historias en las que se inspiraban cada una de las pinturas de *Libertas*.

—¿Cuáles tenías? —Ansiosa por establecer la conexión, hojeo mi catálogo mental de los cuadros de mamá.

—*The Looking Glass*, *Deep Forest*, y *Swan Lake.*

El afecto estalla como fuegos artificiales dentro de mí.

Sinceramente, toda esta conversación me ha conmovido profundamente. Ni siquiera puedo hablar.

Percibo el profundo dolor de Rory por sus padres, aunque también puedo sentir la hermosa calidez que los tres compartieron hace tanto tiempo.

Pero entonces me asalta un pensamiento.

De repente, me doy cuenta de que, al decidir protegerme, Rory podría perder otra familia. ¿De verdad puedo permitir que eso suceda después de saber todo lo que ya ha sufrido?

Rory debe de sentir mi repentina angustia, porque sus dedos aparecen en mi barbilla e inclinan mi rostro hacia el suyo. Su cálida mirada busca la mía.

—¿Qué pasa?

—No puedo dejar que hagas esto. —Se me llenan los ojos de lágrimas.

Su expresión se arruga en señal de confusión. Suavemente, nos sienta a ambos en el sofá.

—¿De qué estás hablando?

—Si los *Reyes Irlandeses* deciden enviarme de vuelta con Leo, eso es lo que tienes que hacer.

La ira agudiza sus rasgos.

—*No.* Me niego.

—Lo digo en serio, Rory.

Parece crecer unos centímetros mientras se tensa, con la mandíbula apretada y los hombros rígidos.

—Yo también.

—Por favor. —Trago saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta—. No dejaré que renuncies a tu familia para protegerme.

—No es correcto, Kiara. —El rostro de Rory se vuelve tormentoso. Sus manos me agarran por los hombros, exigiendo mi atención—. No está bien que te traten como si fueras una tarjeta de béisbol, como si no tuvieras derecho a tomar tus propias decisiones. Está mal que los De Luca te traten así, y está mal que los *Reyes Irlandeses* hagan lo mismo. No voy a permitir que eso suceda.

Al escuchar esas palabras se crea una intimidad que no creía posible.

Sentados cerca, algo dulce y delicado florece entre nosotros. Algo que quiero proteger, de la misma manera que él quiere protegerme.

Pero, ¿sentiría lo mismo si supiera quién soy realmente?

Rory toma mis manos entre las suyas.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo.

Sus ojos... esa expresión en su rostro.

Mi corazón no puede soportarlo.

Creo que me estoy enamorando de este hombre.

El hombre que, literalmente, me sacó de mi vida y me metió en la suya.

El hombre que me protegió en una situación peligrosa.

El hombre que confía en mí.

Mierda. No puedo seguir ocultándole esto. Tengo que decirle la verdad.

Cierro los ojos con fuerza, respiro hondo y los vuelvo a abrir.

—Rory, hay algo que debes saber...

Nos interrumpe el sonido de las enormes puertas de la biblioteca al abrirse.

El rubio en forma al que le di una patada en la cara asoma la cabeza. Parece emocionado.

Rory se levanta de la silla.

—¿Darren? ¿Qué pasa?

—Siento interrumpir, pero necesito que me prestes a Rory un momento. No debería tardar mucho. Espero.

Rory me lanza una mirada dispersa.

—¿Por qué no me esperas aquí? Volveré tan pronto como pueda.

Para mi total sorpresa, me da un rápido beso en la cabeza antes de seguir a Darren.

Exhalo y me paso la mano por la cara. Salvada por la campana. Pero mi ejecución solo se retrasó. Cuando Rory vuelva, lo primero que tengo que hacer es contarle la otra razón por la que mi madre y yo vivíamos en la mansión De Luca.

Echo un vistazo a todos los libros. Mientras tanto, al menos estoy en el lugar perfecto para distraerme.

Capítulo 26

Rory

Darren me pone al corriente por el camino.

Finn y Cian comenzaron a interrogar a los soldados presentes la noche de la redada policial, los dos que sobrevivieron, para ver si notaron algo sospechoso o fuera de lo normal.

En otras palabras, la caza del traidor continúa.

¿Quién más podría haber informado a la policía sobre una operación que planeamos y ejecutamos en secreto casi total?

Cada átomo de mi cuerpo preferiría estar ahora mismo enredado en Kiara, pero supongo que debería dar gracias por lo que tengo. El hecho de que mis amigos se encarguen del interrogatorio me deja libre para desconectarme, y eso es exactamente lo que hago casi en el mismo instante en que las puertas de la biblioteca se cierran detrás de mí.

El golpe de un puño contra el metal me saca de mi ensimismamiento.

Darren y yo estamos detrás del espejo unidireccional observando el interrogatorio. La sala de observación es fría y gris, iluminada con luces fluorescentes brillantes que provocan dolor de cabeza. Dentro de la Unidad de Detención 1, dos soldados de bajo rango están sentados, temblando en sillas plegables de metal baratas. Al otro lado de la mesa, bajo más luces fluorescentes y un aire

acondicionado que chirría inquietantemente, están sentados Cian y Finn. Cian mira impasible a los hombres, que en realidad son unos niños, apenas son adultos, frente a él.

El puño de Finn está sobre la mesa desgastada. Acaba de enfadarse. O está fingiendo estarlo para asustar a los chicos.

Sea como sea, el don de Finn para los interrogatorios está empezando a dar sus frutos.

Los soldados, Miles y William, creo, solo tienen unos veinte años, aunque su aspecto demacrado los hace parecer mayores. Haber presenciado la muerte de tantos compañeros en la redada policial de ayer los dejó un poco sombríos.

No se les puede culpar.

Es así la primera vez que ves morir a alguien delante de ti. Al menos, así fue para mí, hace muchos años.

—*¿Cuándo* retrocediste? —le pregunta Finn a Miles, quien traga saliva y se le nota el movimiento de la garganta. Le brotan gotas de sudor en la frente. Tiene los ojos muy abiertos y la mirada inquieta. Sinceramente, parece que está a punto de mearse en los pantalones.

—Antes de que los policías abrieran fuego. —William intenta desviar la furia de Finn hacia sí mismo—. Como te dijimos.

—Se lo estoy preguntando a *Miles* —insiste Finn, dirigiendo toda la intensidad de su mirada penetrante al más joven de los dos.

—Yo... —Miles se aclara la garganta—. Me quedé atrás después de que lleváramos el cargamento.

—Mucho antes de que llegara la policía —concluye Cian, inclinando la cabeza hacia la derecha.

—¿Por qué? —Finn se levanta y apoya las palmas de las manos sobre la mesa entre ellos.

William se inclina hacia delante en su silla.

—Probablemente, solo estaba bastante asustado. Era su primer trabajo...

Cian lanza un puñetazo al otro lado de la mesa y golpea a William en la nariz. El chico grita y se tambalea hacia atrás, agarrándose la cara mientras la sangre le brota a chorros por la nariz.

—Si vuelves a interrumpirnos, te vas a llevar unas cuantas grapas en la boca —promete Cian con un tono más gélido que el hielo. William lo observa con ira, pero sabiamente mantiene la boca cerrada, con las manos presionadas contra la nariz mientras intenta sin éxito detener la hemorragia.

Miles sigue sin poder mirar a Finn a los ojos.

—No te lo voy a volver a preguntar, chico. —Finn se inclina sobre la mesa, acercándose a la cara del soldado—. ¿Por qué retrocediste tan pronto?

—Yo... escuché a D-Dax recibir una llamada cuando los demás no estaban cerca. —Miles traga saliva—. La persona al teléfono dijo que saliéramos tan pronto como el producto estuviera dentro.

Cian se cruje los nudillos ensangrentados.

—¿Reconociste la voz?

Miles niega con la cabeza.

—Pero... sonaba oficial.

—¿Oficial en qué sentido? —Finn se aleja de la mesa y comienza a caminar detrás de su silla vacía—. ¿Qué crees que significaba esa llamada?

—Pensé que Dax había recibido una orden de uno de los superiores. Pensé... que también nos iba a transmitir el mensaje a nosotros, pero no lo hizo. —Miles frunce el ceño—. Desapareció. Y se llevó nuestra furgoneta.

Al otro lado del espejo unidireccional, Darren y yo nos quedamos paralizados.

Al otro lado, Finn y Cian también lo hacen.

Todos pensamos lo mismo.

La redada policial... la pérdida de nuestros chicos y todo ese contrabando... Leo De Luca reclamó la autoría, pero el traidor es el verdadero culpable.

El que le dijo a Dax que se largara de allí antes de que llegara la policía.

El que le dijo a Dax que se llevara la furgoneta, dejando a nuestros agentes allí, de modo que cuando llegó la policía, no tenían ninguna esperanza de escapar. Se convirtió en un tiroteo. Y Miles y

William solo sobrevivieron, porque lograron esconderse. Y ahora, incluso eso ya no parece una coincidencia.

—¿Dónde está Dax Moreland? —reflexiona Darren en voz alta.

Un milisegundo antes de que Finn diga:

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Dax? —El tono sombrío de Finn rivaliza con la noche más oscura.

—Escuché la llamada, entré para ayudar a los demás y, cuando volví a salir, Dax se había ido, al igual que nuestro transporte... —declara Miles apresuradamente, con la mirada fija en la mesa—. No sabía qué estaba pasando, pero entonces vi la sombra de las luces de la policía y oí gritos. Supe que algo estaba mal, así que me escondí.

Cian comienza a escribir furiosamente en su teléfono. Sé a dónde quiere llegar, así que le arrebato la *tablet* a Darren y empiezo a escribir también. Navego por nuestro sistema de organización en línea, buscando el informe de entrega que debería haberse creado durante la planificación de esta operación.

Encuentro la lista operativa que muestra a las personas asignadas para llevar a cabo esta misión. Mientras mis ojos recorren los nombres, escucho a Cian, aunque no lo veo, cuando alerta a Finn un segundo después.

—Según los registros del hospital, Dax no figura entre nuestros muertos o heridos.

—Entonces, ¿dónde demonios está? —La voz ronca de Darren suena aún más enfadada en esta pequeña sala insonorizada.

Y entonces encuentro lo que estoy buscando.

Golpeo con el puño el espejo unidireccional, haciendo que todos los que están en la sala de interrogatorios den un salto. Finn y Cian se giran para mirar, aunque no pueden vernos a través del cristal.

Un momento después de que Finn agarra su teléfono, el mío empieza a vibrar. Lo tomo.

—Dax Moreland no está en la lista de operativos para esta entrega. —Dejo salir las palabras en un aliento—. Ni siquiera se suponía que debía estar allí ese día.

Observo a través del cristal cómo la expresión de Finn se relaja y luego se contrae de rabia.

Sale furioso de la sala de interrogatorios, con Cian pisándole los talones, y la puerta se cierra de golpe tras ellos. En cuestión de segundos, se amontonan con nosotros en la pequeña sala de observación.

Finn me lanza una mirada fulminante.

—¿Estás seguro?

—Acabo de comprobar los registros. —Le entrego la *tablet*. Él y Cian lo revisan por sí mismos.

Cian cruza sus gruesos brazos.

—Si Dax no estaba autorizado para participar en esa entrega, ¿cómo se las ingenió para colarse?

—¿Quién lo orquestó? —cuestiono en voz alta.

—Alguien que probablemente lleva *mucho tiempo* saboteándonos. —La voz de Finn baja casi una octava.

—Tenemos que encontrar a Dax. —Darren se coloca en el centro de nuestro grupo—. Si lo encontramos, encontraremos al traidor.

—Intentaré localizar sus registros telefónicos... —Empiezo a decir al mismo tiempo que Finn y Cian.

Finn aprieta el puño.

—¿No habrá usado un teléfono desechable?

—Revisaré las imágenes del almacén a ver si puedo averiguar adónde fue Dax. —Cian se dirige hacia la puerta, pero se detiene cuando Miles lo llama desde la otra habitación.

—¡Oye! ¿Hay alguien ahí? Acabo de recordar algo.

Finn y Cian intercambian una mirada antes de volver con los soldados. Finn da un golpe en la mesa con la mano.

—Tenemos cosas que hacer, así que más vale que sea importante.

Miles traga saliva.

—Pues... podría ser. Durante la llamada, Dax mencionó a una mujer. En ese momento estaba demasiado distraído para entenderlo, pero creo que se refería a la que se ha estado quedando aquí.

Frunciendo el ceño, Finn mira hacia el espejo unidireccional.

—¿Te refieres a Kiara? ¿La de la subasta?

Miles asiente.

—Sí.

Se me eriza el vello de la nuca y se me revuelve el estómago.

No sé por qué, aunque tengo la horrible sensación de que lo que vaya a decir a continuación va a destrozar mi mundo.

Capítulo 27

Kiara

Las puertas de la biblioteca se abren de golpe y chocan con las paredes. Me sobresalto y se me cae el libro que tengo en las manos.

Una procesión de hombres furiosos entra en la sala. Intento captar la atención de Rory, pero su expresión es totalmente inexpresiva.

Siento un nudo en el estómago. Algo está mal.

Shane señala la mesa.

—Siéntate.

La frialdad de esa única palabra me hiela por dentro. Encuentro la silla más cercana y me dejo caer en ella, con el pulso latiendo a ritmo de música tecno en mis oídos.

El resto se sienta al otro lado de la mesa, lo que no ayuda a calmar mis nervios. Me siento como si estuviera enfrentándome a una inquisición. Rory sigue mirándome sin verme.

¿Qué pudo haber pasado en la última hora para provocar este cambio tan repentino?

Shane se recuesta en su silla y se pone cómodo.

—Entonces, ¿por qué no nos cuentas un poco más sobre tu familia, Kiara De Luca? Después de todo, Enzo es tu padre biológico, ¿no?

Mierda. Lo saben. No toda la verdad, pero lo suficiente.

Desesperada, miro a Rory. ¿Qué estará pensando?

—Rory, lo juro, estaba a punto de contártelo cuando...

Da un puñetazo en la mesa.

—Cállate.

La pura amenaza que emana me deja sin aliento y me arden los ojos.

—Por favor, Rory, déjame explicarte...

—Lo explicarás, sí. Pero a todo el mundo. No vuelvas a dirigirte a mí sin permiso, porque no te gustarán las consecuencias. —Niega con la cabeza—. Soy un maldito idiota. Te defendí, mientras me engañabas todo el tiempo.

Mi boca se abre en protesta; sin embargo, una mirada a su rostro con desdén me hace tragarme las ganas. Ahora no es el momento de poner a prueba su control.

A pesar de mi corazón destrozado, consigo evitar encoger los hombros y me siento erguida.

No es así como quería que se supiera la verdad, pero es culpa mía. Esperé demasiado. Ahora solo me queda esperar que mi sinceridad en este momento sea suficiente para hacer control de daños.

—¿Y bien? —insiste Shane—. Estamos esperando. No soy un hombre paciente en un buen día, y hoy no es precisamente uno.

Entrelazo los dedos en mi regazo y los aprieto, me concentro en el rostro de Shane. Si veo a Rory, podría perder el control y agotar la paciencia de Shane más allá del límite.

¿Qué pensarán de mí cuando se enteren?

¿Qué pensará Rory?

Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

—Todo lo que les he contado hasta ahora es cierto. —Mi mirada se posa en mis manos. Pensé que podría mantener el contacto visual con Shane; no obstante, es más fácil hablar sin ver el desprecio que se refleja en su rostro—. La familia De Luca *ha* estado ganando dinero con mis obras de arte y las de mi madre durante la mayor parte de nuestras vidas. Pero tienen razón. Eso empezó porque... — Se me hace un nudo en la garganta— ... nosotras también somos De Luca.

Percibo la hostilidad de Rory, mas me niego a mirarlo mientras continúo con mi vergonzosa historia.

—Mi madre era hija de un mafioso. Una Cornello. —Esa familia ya no existe. Leo me lo contó una vez, después de que encontrara a mi madre llorando. La mayoría de los miembros de su familia fueron masacrados durante una guerra con una familia rival—. La vendieron a la familia De Luca cuando tenía dieciocho años. Enzo la quería como esposa.

—Así que nuestra fuente fue correcta. ¿Enzo De Luca es tu padre? Pero si eres la hija de Enzo, ¿por qué nunca habíamos oído hablar de ti antes? —La pregunta de Shane es justa, aunque dolorosa de responder.

Ignoro los susurros furiosos y respiro hondo. Ni siquiera he llegado a la peor parte. Ni mucho menos.

—Enzo me odiaba. —Aprieto los dedos hasta el punto de dolor—. Me odió toda mi vida. No quería que nadie supiera que era su hija.

—¿Por qué? —demanda Shane.

—No descubrí el motivo hasta que murió mi madre. —Su rostro enfermizo y las lágrimas en sus ojos vidriosos y medio muertos el día que me contó la verdad aún me persiguen. Mis hombros tiemblan—. Pensaba que Enzo me odiaba, porque le recordaba a mi madre. Siempre me decía que mi madre no era más que una vagabunda y una infiel, y que acabaría siendo igual que ella.

—¿Qué tiene eso que ver con la muerte de tu madre? —Shane se acomoda en su asiento como si se preparara para escuchar una buena historia. Espera a que se entere de lo equivocado que está. Mi historia no tiene nada de bueno.

Absolutamente nada.

Junto a Shane, veo cómo Rory flexiona las manos a los lados, pero no dice nada. Todavía no soy capaz de mirarlo a los ojos.

—En su lecho de muerte, me contó la verdad sobre nuestra familia. —Aprieto los puños—. Fue elegida para ser la esposa de Enzo, y él la amó al principio. Pero las cosas entre ellos empezaron a volverse malas cuando no pudieron tener hijos. Se extendieron rumores por toda la familia de que él... tenía un problema.

No me atrevo a decir la palabra *impotente* delante de estos hombres.

Shane se agarra la parte inferior de la cara con una de sus enormes manos y emite un suave zumbido. Me obligo a seguir adelante.

—A medida que los rumores empeoraban, Enzo empezó a culpar a mi madre, diciéndole a todo el mundo que estaba rota, que ella era la razón por la que no podían concebir un hijo. —Respiro profundamente y suelto el aire—. Me contó que desde el momento en que la vendieron a la Familia, Matteo la vigilaba. Siempre la estaba mirando. Y una noche, después de que los rumores empezaran y Enzo comenzara a maltratarla, él... la violó.

Me tapo la boca para evitar que se me escape un sollozo.

Escucho la maldición ahogada de Rory, pero no puedo concentrarme en eso. La rabia y la vergüenza arden tan intensamente dentro de mí que me siento febril. La confesión de mi madre todavía me mata hasta el día de hoy.

—Matteo la violó. —Decir esas palabras en voz alta es horrible, sin embargo, ahora que he llegado hasta aquí, prefiero decir la fea verdad que guardar la vergüenza de lo que pasó dentro de mí—. Y quedó embarazada de mí.

Los segundos pasan en un silencio sepulcral. Finalmente, Shane habla.

—Eres la hija ilegítima de Matteo De Luca. Leo De Luca es tu medio hermano.

Todo lo que puedo hacer es asentir con la cabeza. Detesto considerarlo así, quizá tanto como él detesta pensar en mí como su hermana, aun así, es la desafortunada realidad.

—Es la única razón por la que estoy viva. —Exhalo con fuerza y me recuesto en la silla—. Enzo no podía enfrentarse a Matteo, porque Matteo era el *Don* entonces. Solo podía descargar su ira sobre mi madre. La culpó, la acusó de seducirlo y le exigió que abortara o se enfrentara a la muerte por "engañarlo". Pero Matteo no quiso. Se negó a que *su semilla* fuera eliminada.

Y ese es mi secreto venenoso. Soy un bebé fruto de una violación. El producto de mi donante de esperma de mierda que

forzó a mi madre.

Esa es la única razón por la que estoy aquí.

Porque un hombre horrible cometió un crimen contra mi madre.

Porque Matteo De Luca la violó.

Nadie reacciona. El silencio ensordecedor me revuelve el estómago, así que me obligo a seguir hablando para aliviar la incomodidad.

—Me devastó. —Cierro los ojos por un segundo—. Hasta entonces, no entendía lo terrible que es nuestra familia. —Las caras de otros De Luca pasan por mi mente, cada una de ellas agriando aún más mi estado de ánimo. Otra respiración profunda—. Hasta que mi madre se enfermó, ni siquiera sabía que habían estado vendiendo sus cuadros todos estos años. Cada vez que alguien venía a recoger uno a su estudio, me decía que los llevaban al almacén para guardarlos en un lugar seguro.

Cuando pienso en todo lo que hizo mi madre para protegerme de la verdad, las lágrimas caen por mis mejillas y me resbalan por la barbilla. Su vida fue muy dura, pero se las arregló para proporcionarme la normalidad y la alegría de una infancia sana. A pesar de las circunstancias que rodeaban mi existencia, ella nunca me hizo sentir rechazada o no amada.

En lo que a mí respecta, mi madre era una santa y Matteo era un demonio. Si el infierno existe, sé que está allí, y espero que esté sufriendo un dolor insoportable.

—Cuando ella se enfermó y, de repente, el sustento de la familia quedó fuera de comisión, Enzo vino a mí y me dijo que tendría que empezar a pintar en lugar de mi madre. Para ayudar a la familia. Fue entonces cuando me enteré de que la habían estado explotando todo ese tiempo y que planeaban utilizarme exactamente de la misma manera.

—¿Qué cambió? —La pregunta de Shane me sorprende tanto que levanto la cabeza—. Hace un par de semanas, estabas en la subasta. Es evidente que eres un activo para la familia De Luca, así que ¿por qué Leo decidió venderte?

—Leo me odia y quiere verme muerta —afirmo sin rodeos—. Lleva diciendo eso desde que tengo memoria.

—¿Sabe él la historia entre tus padres? —Me sorprende la pregunta de Rory. Su voz suena extraña y, cuando me atrevo a mirarlo, veo que está pálido y con la mandíbula apretada. Parece dispuesto a arrancarle la cabeza a alguien. Si es la mía o la de Leo, nadie lo sabe.

Asiento lentamente.

—Creo que lo supo desde el principio. Creo que... me odiaba incluso antes de que yo naciera. Para él, solo soy un grotesco recordatorio de la historia de nuestra familia. Sospecho que, al igual que Enzo, se opuso a la decisión de Matteo de dejarnos vivir a mi madre y a mí, y toda mi vida ha jurado deshacerse de mí algún día. No sabía cuándo ni cómo lo intentaría, pero supongo que la subasta fue su momento.

—¿Así que estaba dispuesto a renunciar a una fuente de ingresos segura solo porque eres su media hermana? —cuestiona Shane, cruzando las piernas—. ¿Por qué haría eso cuando podría simplemente mantenerte prisionera el resto de tu vida?

Es una pregunta válida.

Me encojo de hombros.

—Quizás el dinero que iba a obtener por venderme al mejor postor lo compensaba. —Me desplomo en la silla, agotada—. Sinceramente, creo que deshacerse de mí era su máxima prioridad. Solo estaba esperando llegar al poder y, con Matteo y Enzo fuera del camino, esta era su primera oportunidad de cumplir su promesa de hacerme desaparecer.

El teléfono de Shane suena estridentemente, interrumpiendo mi trágica saga.

—Dime —exige al dispositivo.

Por la expresión sombría de su boca, lo que sea que haya escuchado no es una buena noticia.

—¿Cuándo? —Sus nudillos se ponen blancos—. Enviaré a alguien.

Cuando cuelga, todos lo miran fijamente.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Qué sucede? —inquiere Finn.

—Fuego —responde Shane con voz sombría—. *Madden* se está quemando.

Pasa un segundo antes de que la habitación estalle en movimiento. Shane da órdenes gritando mientras observo con el corazón en la garganta.

Rory sale corriendo de la habitación sin siquiera mirarme.

Shane se dirige a mí.

—Vuelve a tu habitación. Si te encuentro vagando por cualquier otro sitio, desearás que te hubiera enviado de vuelta con Leo. —A pesar de la amenaza, su voz no es tan dura como antes.

Me levanto rápidamente.

—Entendido.

Me apresuro a cumplir sus órdenes y corro por el pasillo. Quiero llegar a la intimidad de mi habitación antes de derrumbarme por completo.

Mientras estoy acurrucada en la cama, ahogada por los sollozos, me invade una náusea.

No sé qué causó el incendio, pero tengo el terrible presentimiento de que mi familia está detrás de todo esto.

Capítulo 28

Rory

Mi pulso se acelera mientras corremos por el pasillo tenuemente iluminado que conduce al garaje, donde nos subimos todos al SUV más grande que tenemos.

Cian está al volante. Da la vuelta al vehículo y se dirige a toda velocidad hacia la puerta sur de la mansión. En el coche se respira un silencio espantoso y pesado. Ninguno dice nada ni hace preguntas. ¿Cómo podríamos?

Después de recibir una noticia tan impactante, el silencio es contagioso.

Es inimaginable. Uno de nuestros tres clubes exclusivos de la ciudad, uno de los tres pilares centrales que sostienen toda esta operación, está en llamas.

Tengo la boca tan seca que me duele tragar. Mi memoria también sigue intentando rebobinar hasta Kiara, sentada sola y encogida en esa silla mientras relataba los horribles detalles de su concepción y cómo Leo nunca quiso que naciera.

Nunca había tenido el impulso abrumador de sacar a alguien de la tumba solo por el placer expreso de asesinarlo de nuevo, pero pagaría mucho dinero por arrancarle las tripas a Matteo con mis propias manos. Me costó mucho no correr a consolar a Kiara, lo cual es jodido.

Me mintió. Me traicionó. Por lo que sé, es una espía de Leo.

Resoplo y miro por la ventana con ira. Por muy furioso que esté, me cuesta creerlo. El disgusto en su voz cuando hablaba de su familia no puede ser fingido. Tampoco el dolor cuando confesó que Matteo violó a su madre.

Me llevo las manos a la cabeza. Estoy más que enojado con ella. También dolido. Aun así, sigo sintiéndome culpable por haberla ignorado. Compartir su horrible historia no debió de ser fácil, pero lo hizo de todos modos.

De todos modos, ahora mismo no puedo pensar en esta mierda.

Cian recorre las calles de la ciudad a toda velocidad, tomando las curvas sobre dos ruedas. Los peatones gritan y chillan a su paso, y los rezagados se lanzan fuera de los pasos de cebra mientras él acelera por los cruces.

A medida que nos acercamos al club, empezamos a oírlas. Una sinfonía de sirenas de camiones de bomberos que se eleva en el aire como humo.

Cian frena en seco a pocos centímetros de la barricada policial que impide que los vehículos se acerquen más al edificio. Los camiones de bomberos estacionados en las diagonales cubren la carretera perpendicular mientras los bomberos se suben a sus escaleras extensibles. Salimos del coche y es entonces cuando realmente comienza la pesadilla.

Las brasas caen del cielo como copos de nieve.

Un calor sofocante y contaminado nos oprime.

Y la última planta de *Raymond Tower*, la joya brillante de nuestra familia durante los últimos ochenta años, quemándose.

Impresionantes llamas lamen el cielo nocturno, saliendo por todos los lados del edificio como si hubiera explotado una bomba.

¿En las calles? Caos.

Los transeúntes señalan y jadean desde detrás de las líneas policiales, y los clientes y empleados de nuestro lujoso club, con los rostros manchados de hollín y sus costosas y relucientes ropas hechas trapos, se amontonan y lloran cerca de las ambulancias, algunos de ellos incluso doblados dentro de camillas.

También se llevan bolsas cerradas para cadáveres.

Víctimas.

Las sirenas se desvanecen. Lo único que puedo oír en este momento surrealista es el eco de los latidos de mi corazón.

Vidas perdidas. Millones de dólares en propiedades destruidas.

Quién sabe cuántos millones más hemos perdido en drogas o dinero en efectivo, ambos a menudo traficados a través de nuestros clubes.

Solo queda un pensamiento antes de correr por la manzana hacia la entrada secreta de este edificio y subir a la última planta para explorar las ruinas por nosotros mismos.

«El traidor nos ha quitado demasiado».

Cuando encontremos a ese hijo de puta, lo mataré.



Cuando llegamos a casa, es medianoche y ninguno de nosotros es el mismo.

Cuando Darren, Cian y yo entramos en el sala de operaciones, Donal y Thomas ya están dentro. Cualquier discusión que hayan tenido hasta ahora se desvanece en cuanto nos ven.

Después de rebuscar entre los restos humeantes y cenicientos en busca de pistas antes de que llegara la policía y acordonara el club para el jefe de bomberos, probablemente podríamos pasar por los hermanos mayores de Cenicienta. El hollín cubre nuestra ropa y olemos como una hoguera.

Finn y Shane, inmersos en una conversación en voz baja, entran en la sala en último lugar. Inmediatamente, me dirijo a la pared a nuestra derecha y pulso un discreto botón empotrado en la superficie.

Los paneles de madera de la pared se separan y aparece una estación de trabajo móvil. La instalamos para que, cada vez que necesite hacer demostraciones tecnológicas, pueda disponer de la misma configuración que tengo en la estrecha oficina de seguridad.

Me siento en la silla detrás del escritorio móvil, con cuatro monitores curvos que protegen mi parte superior del torso de las

otras personas en la sala.

Mientras Finn y Shane se dirigen a la cabecera de la mesa, Thomas se pega a ellos, se entromete en su conversación y nos arrastra al resto a ella.

—Esto solo ha pasado por culpa de esa zorra. —El primer comentario de Thomas hace que mi mente, ya de por sí abarrotada, se fije en la imagen de Kiara. La rabia resuena en todo mi ser—. Si la hubiéramos devuelto inmediatamente, tal y como habíamos acordado...

El golpe seco de la mano de Finn sobre la mesa resuena.

—No sabemos si Leo De Luca está detrás de esto.

—¡Por supuesto que está detrás! —brama Thomas, con una vena hinchada en la frente—. Cualquier niño podría ver que...

—Aunque Leo tomó la responsabilidad de la redada policial, antes de ir al centro a investigar el incendio, descubrimos que en realidad el culpable era el traidor. —La voz de Cian, más tranquila que la del resto, se oye a través de los monitores.

—¿El traidor? —se burla Donal. En mi cabeza, imagino sus ojos azules entrecerrándose al mirar a Cian—. ¿Estás diciendo que Leo *no* envió a la policía?

—Es muy posible. —Veo cómo Cian niega con la cabeza—. Pero ahora sabemos que hay más. Si Leo realmente envió a la policía, lo hizo con la ayuda del traidor. Uno de los soldados descubrió algo.

Lo cual me recuerda algo.

Me levanto de la silla, atrayendo las miradas de todos.

—Tenemos que encontrar a Dax Moreland. *Ahora mismo*. Conoce la identidad del traidor.

—¿Cómo lo sabes? —Shane me clava sus tormentosos ojos grises.

—Porque Dax está trabajando para él.

Con esta nueva información, un silencio incómodo se extiende por la sala.

Finn es el primero en hablar.

—Tenemos que dividirnos y conquistar. Para llegar al fondo de todo esto, tendremos que hacer una selección.

Tiene sentido. Cian, Darren y yo asentimos con la cabeza.

—Cian, ve a entrevistar al personal del club que no se encuentre en estado crítico. Averigua qué pasó esta noche y si vieron algo sospechoso antes del incendio.

—Hecho. —Cian sale de la sala con cuatro largas zancadas.

—Darren. —Finn señala con la cabeza hacia la puerta—. Encuentra a Dax Moreland.

Darren sale por la puerta antes de que Finn termine de hablar.

Me muero de ganas de ir con él. Quiero ser el primero en poner mis manos alrededor del cuello del traidor. Pero mi propia furia tendrá que esperar.

Hay una razón por la que Finn no me encargó encontrar a Dax.

—Rory. —Los ojos de Finn se encuentran con los míos, justo en el momento oportuno—. Revisa el video de vigilancia antes del incendio.

Asiento y vuelvo a sentarme, encendiendo las pantallas que tengo delante mientras la conversación entre Thomas, Shane y Finn se reanuda, acalorada y furiosa. Aunque la voz de Thomas me distrae muchísimo, intento concentrarme en la tarea que tengo entre manos.

Casi deseo que él sea el traidor. Es lo suficientemente codicioso, pero resultó herido junto a Shane en Las Vegas, lo que lo descarta. Además, ha estado con los *Reyes Irlandeses* desde siempre.

Puede que sea el padre de Harper y Riley, no obstante, es un auténtico imbécil. Dudo que mucha gente derrame lágrimas en su funeral... a diferencia de algunos de los pobres hombres que hemos perdido.

Una vez que encuentro las imágenes de las cámaras de vigilancia, aíslo el intervalo de tiempo de las horas previas al incendio, aumento la velocidad de reproducción y lo veo. Por desgracia para nosotros, las cámaras exteriores, las pocas que hay en el exterior del edificio para vigilar a la gente que sale de la terraza, fueron destruidas por el incendio. Y la mayoría de las cámaras del interior parecen estar igual por la misma razón.

Me centro en las dos cámaras que escaparon de las llamas. Inmediatamente, noto algo extraño.

Los códigos de tiempo se repiten constantemente.

—Maldición —murmuro, haciendo clic en otros videos.

Sí, ahí está, en blanco y negro digital. Las cámaras dejaron de grabar alrededor de las ocho de la noche y se limitaron a reproducir los mismos videos durante horas.

Paso a la vista en vivo. Aunque todavía hay algo de humo en el aire, por fin empieza a despejarse y puedo ver la bóveda de *Madden*, donde guardamos los cargamentos de droga y, ocasionalmente, el dinero en efectivo. Después de entrecerrar los ojos para ver la imagen, me levanto de nuevo.

Finn es el primero en mirar hacia mí.

—¿Qué viste?

—Querrás ver esto.

Finn, Shane y Donal se me acercan, acomodándose detrás de la silla mientras amplío la imagen en mi pantalla.

Finn apoya una mano en mi escritorio.

—¿Es esa la bóveda?

—Está vacía. —La voz de Donal es la más cercana a mi oído izquierdo.

—Exacto. —Me giro para observar a Finn—. Pero estoy bastante seguro de que debía haber uno o dos cargamentos allí antes de que se iniciara el incendio.

—¿Y qué? —interviene Thomas—. Seguro que se quemó toda la mierda.

—Si ese fuera el caso, ¿dónde están las cenizas? —Si el contenido de la bóveda realmente se hubiera quemado, podríamos ver las pilas humeantes de evidencia.

Por no mencionar el hecho de que las cámaras fueron manipuladas. Lo cual no voy a mencionar delante de Shane. No tengo ganas de morir. Solo me aseguraré de reforzar los sistemas de seguridad internos.

Sinceramente, no creí que nadie más que yo pudiera acceder a ellos. Supongo que me equivoqué. Tendré que arreglarlo lo antes posible.

A mi hombro, Finn se endereza maldiciendo.

—El cargamento no fue destruido.

—Lo robaron. —La voz de Shane nos deja a todos en silencio. Su comprensión hace que esta situación parezca más real de alguna manera.

—El incendio debió de ser para encubrir el robo. —Por mucho que examine estas imágenes, es lo único que se me ocurre—. Una mierda de mirar a la derecha y correr a la izquierda.

Finn resopla.

—Nos volvieron a engañar...

El ambiente en la habitación cambia cuando la furia de Shane comienza a alcanzar su punto ardiente. Su postura rígida, la mandíbula apretada, las venas que le sobresalen del cuello... Nunca lo había visto tan furioso.

Y está completamente en silencio.

Carajo, eso da miedo.

—¿No te olvidas de que Leo nos prometió más problemas? —Thomas camina de un lado a otro por el lado corto de la habitación —. Está enojado porque le robamos y ahora se está vengando. O peor aún. Quizás solo esté empezando.

—Que se joda. —La furia de Shane invade la habitación.

Thomas deja de caminar.

—Si devolvemos a esa zorra, quizá consigamos un poco de paz.

Me muerdo la lengua para no gruñir. Si Thomas Brennan no deja de hablar de Kiara, le voy a dar un puñetazo en su fea cara.

Sin darse cuenta de lo cerca que estoy de perder los estribos, sigue parloteando con Shane.

—Piénsalo. Si la devolvemos, será una cosa menos de la que preocuparse. Si la mantenemos aquí, incluso después de que Leo y sus fuerzas hayan arrasado uno de nuestros clubes, lo único que conseguiremos es incitar a ese desgraciado a hacer algo aún más *desquiciado* para recuperarla...

—¿Por qué estás tan seguro de que Leo está detrás de esto? —Me pongo de pie de un salto, desafiando al general de frente.

Los ojos marrones oscuros de Thomas se agrandan al encontrarse con los míos. En el pasado, nunca le había hablado en ese tono ni había cuestionado sus intenciones.

—¿Qué?

—Los De Luca no son nuestros únicos enemigos. —Enderezo la espalda—. Los chicos de *Red Hill* podrían haberlo hecho. O la familia Gabroni. Los Ricci siempre han estado celosos de nuestras propiedades en *Manhattan*. Todo el mundo sabe que ahora mismo estamos en guerra. Es la cantidad perfecta de caos para que alguien se sienta seguro para saquear.

—Pero, ¿cómo iban a saber ellos que el cargamento estaría allí esta noche?

No entiendo por qué se plantea siquiera la pregunta.

—Porque tenemos un maldito *traidor.*

Thomas levanta sus manos carnosas y se aleja girando, murmurando para sí mismo que estamos ignorando la razón más importante por la que la gente podría incendiar toda nuestra operación. Incluso lo oigo murmurar el nombre de Kiara entre dientes.

Aprieto los puños, listo para golpearlo en la cara.

Después de lo que parece una eternidad, Finn sale de detrás de mi escritorio móvil y llama la atención de todos los presentes.

—Centrémonos en una cosa a la vez. Nuestra máxima prioridad es el traidor. Si no averiguamos de dónde provienen estas filtraciones sobre nuestras operaciones comerciales, no importará lo que hagamos para apaciguar a Leo. Si le están proporcionando información privilegiada, encontrará otra forma de chantajearnos...

—¡Te equivocas! —Thomas se da la vuelta y señala a Finn—. Todos se equivocan.

Me gustaría decir que estoy sorprendido por este arrebato, pero el temperamento explosivo de Thomas es bastante famoso en las altas esferas de esta mafia. Aunque admito que nunca lo había visto dirigido a Finn.

—Cuida tu lenguaje, Thomas. —El ceño fruncido de Finn es tan intenso que podría romper un espejo—. No me digas...

—Finn, ya basta. —Donal ya no suele interrumpir a Finn, desde que este empezó a asumir más responsabilidades como heredero, pero ahora su voz es bienvenida, sobre todo porque Shane no se ha movido ni un centímetro—. Thomas. Ya dijiste lo que tenías que decir.

La mirada venenosa de Thomas pasa de Finn a Donal y finalmente a Shane.

—Simplemente estás aceptando el fracaso de Finn, y todos vamos a pagar el precio. Devolver a la chica nos habría ahorrado esto. Ahora las cosas pueden empeorar.

—¿Es eso una amenaza o una promesa? —Rodeo mi escritorio para colocarme junto a Finn.

Thomas gira la cabeza hacia mí, como si lo estuviera enfadando.

Bien. Porque nadie amenaza a mi pequeña pintora excepto yo.

—Tu padre fue demasiado blando contigo —me gruñe Thomas—. Nunca te enseñó modales.

—Tal vez no. —Me acerco al espacio personal de Thomas. Es como acercarse a un tiburón—. Pero sí me enseñó a *pensar*. Y ahora mismo, estoy pensando que eres el jefe de seguridad de los *Reyes Irlandeses*, y si una de nuestras instalaciones se quema bajo tu vigilancia, es culpa tuya. No de Leo.

Thomas entrecierra los ojos.

—He sido leal a esta mafia durante más tiempo del que llevas vivo, Rory. Y harías bien en recordarlo. —Se gira hacia Shane—. Tenemos que ocuparnos de esa chica ahora, mientras aún tengamos algo que Leo quiere. A menos que quieras que los De Luca nos derroten.

Con esa última frase, sale furioso de la habitación, dejándonos a los demás atrás.

Una vez que se fue, Shane se dirige a mí.

—Ya que ha planteado la pregunta... ¿cuál es tu plan con la chica?

Su tono suave me toma por sorpresa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Te cuestiono porque es obvio para cualquiera con ojos que tu relación con ella va más allá de secuestrador y secuestrada.

Me paso la mano por el cabello.

—Me mintió... a nosotros. Quizás Thomas tenga razón... quizás deberíamos entregarla en la puerta de Leo con un moño en la cabeza.

Shane me observa durante un momento antes de bajar la barbilla.

—Si eso es lo que quieres, solo tienes que decirlo. Pero quizá deberías tomarte un tiempo para pensarlo primero. Una vez que tomas una medida tan drástica, no hay vuelta atrás.

Capítulo 29

Kiara

Mi madre está sentada frente a su caballete favorito en el jardín, pintando algo con detalles que no recuerdo. Solo recuerdo su oscura coleta ondeando al viento y la base de yeso azul cobalto que salpica su mejilla.

Es tan bonita desde aquí arriba, en mi árbol favorito.

Todo el mundo es hermoso desde aquí arriba.

Ojalá nunca tuviera que bajar.

Pero tengo que hacerlo. Mis pequeñas piernas de ocho años se doblan y se estiran mientras maniobro por el grueso y retorcido tronco del árbol y caigo al suelo sucio con mis relucientes tenis. Abro la boca para llamar a mi madre y levanto una mano para saludarla cuando una palma se aferra a la parte posterior de mi cráneo y me empuja, de cara, contra el tronco del árbol.

Mi frente se golpea contra la áspera corteza antes de desplomarme en la tierra, mareada, con la cabeza palpitando de dolor y la sangre goteando por mi cara.

—¿Qué eres, un insecto? —Es Leo, un adolescente. Su cabello oscuro cae suelto sobre sus hombros y sus largos y delgados brazos son más que suficientes para atraparme. No importa lo rápido que corra—. Trepas árboles como la porquería que eres.

El miedo anima mis extremidades mientras me alejo de Leo y me escondo entre los arbustos. Sé que mi madre no puede verme. Ella no sabe lo que está pasando.

Todo mi ser quiere gritar y pedir ayuda, pero si Leo se mete en problemas, entonces mi madre y yo nos meteremos en problemas. Pase lo que pase, tío Matteo siempre se pone del lado de Leo e insiste en que nosotras estamos equivocadas.

Aprieto los dientes, tragándome el grito mientras Leo se acerca con aire arrogante para imponerse sobre mí. Me patea el pie.

—Papá comenzó a dejarme usar el gimnasio aquí. —Sus ojos oscuros brillan de emoción—. Ya sabes, ese que usan todos los hombres.

Me echo hacia atrás hasta que ya no puedo más. Un arbusto espeso y espinoso me presiona la espalda. Me inclino hacia delante para escapar del pinchazo de sus espinas.

—Quería que fueras la primera persona en ver lo que aprendí. — La amplia sonrisa de Leo me revuelve el estómago.

Y entonces se arrodilla, inclinándose sobre mí con esa sonrisa maliciosa en el rostro. Me agarra con sus dedos largos y delgados, envolviéndolos con fuerza alrededor de mi cuello infantil.

Las lágrimas brotan de mis ojos. Leo comienza a apretar, y su sonrisa se vuelve cada vez más retorcida. Solo tarda un segundo en restringir mi flujo de aire.

No puedo respirar.

—En el gimnasio tienen unas máquinas que me fortalecen los brazos. Lo suficientemente fuertes como para matar a bichitos como tú —dice con alegría.

Abro la boca, jadeando, pero no me entra aire. Tiemblo por la tensión y el esfuerzo que Leo está ejerciendo sobre sus músculos.

«¡Mamá!» *Le grito en mi mente; lamentablemente, ningún sonido sale de mi cuerpo. ¡Que alguien me salve, por favor!*

Me despierto sobresaltada, empapada en sudor, jadeando en busca de aire.

Mi mano va rápidamente a mi garganta adolorida.

Esa pesadilla se repite con tan poca frecuencia que consigo olvidarme de ella hasta que vuelve a aparecer de repente.

Es un recuerdo que he intentado enterrar muchas, muchas veces.

Esa tarde en la que Leo casi obtuvo su deseo.

Cuando casi acabó conmigo para siempre.

En realidad, Mae apareció y lo apartó de mí. Llegó a tiempo. Mi madre y yo lloramos cuando Mae le contó lo que pasó.

Llorar era lo único que podíamos hacer. No era la primera vez que Leo me aterrorizaba y, mientras su padre siguiera en el poder, sabíamos que no sería la última.

Me seco el sudor de la frente con la camiseta que llevo puesta.

No tengo ni idea de qué hora es. Aquí no hay reloj. Obviamente, no tengo teléfono. Y fuera de la ventana del dormitorio, el mundo sigue estando completamente a oscuras, sin ningún atisbo de amanecer en el horizonte.

Debe de ser medianoche.

Estoy sola en una habitación cerrada con llave, rodeada por todos mis demonios. Ojalá, Rory, estuviera aquí. Daría cualquier cosa por estar acurrucada en la cama de su oficina subterránea, escuchando los latidos constantes de su corazón.

Los acontecimientos de esta noche me golpean con un puño de hierro. Ya quemé ese puente con Rory. Entre las mentiras y la fea verdad, nunca volverá a mirarme de la misma manera.

El dolor me retuerce el corazón. Mientras me pierdo en mis remordimientos, un golpe en la puerta me hace sobresaltar.

Salgo corriendo de la cama y me aplasto contra la pared junto a la puerta del baño. Hay alguien en el pasillo fuera de mi habitación. Probablemente, sea solo el guardia que siempre está ahí, o tal vez...

¿Y si es Rory? ¿Vino a verme? Se me revuelve el estómago ante esa idea, pero por otra parte...

¿A mitad de la noche?

El miedo me invade por dentro.

¿Y si es Leo? ¿Y si me encontró y vino a arrastrarme de vuelta?

El ruido de una pelea se cuela por debajo de la puerta. Y luego oigo un golpe más fuerte, como si algo pesado se hubiera caído.

Mi corazón bombea miedo directamente a mis venas. No hay nada en esta habitación con lo que pueda defenderme. ¿Qué demonios está pasando ahí afuera?

En una fracción de segundo, la puerta de mi habitación se abre de golpe. El corazón se me sube a la garganta.

Un hombre enmascarado pasa por encima del cuerpo del guardia en el pasillo y entra en la habitación.

Eso solo puede significar... que este hombre enmascarado está aquí para liberarme, o... o...

—Ven aquí. —Esa voz desconocida me produce un escalofrío que me recorre la espalda.

Cuando se abalanza sobre mí, grito con todas mis fuerzas y lo pateo. Le doy en el costado, pero él simplemente me tapa la boca con la palma de la mano

—¡Cállate, maldición! —Su mano es tan grande que me tapa la boca y la nariz—. Si no quieres que te saque de aquí arrastrándote del cabello, vas a caminar hasta donde te diga. *Ahora*.

Con su otra mano enorme, sus dedos gruesos y letales se clavan en mi antebrazo, lo retuercen detrás de mi espalda y me empujan hacia la puerta.

Si no me suelta la cara, voy a desmayarme por falta de oxígeno. No puedo respirar. Cuando llegamos a la puerta, por fin consigo aspirar mientras tropiezo con el cuerpo que yace en el suelo, lo que hace que mi secuestrador afloje su agarre.

En cuanto estamos en el pasillo, se oye una voz femenina.

—¡Al suelo!

El instinto o el miedo visceral me empujan a obedecer. Mis piernas se vuelven gelatinosas y me derrumbo en el suelo mientras una bala silba en el aire y alcanza a mi agresor en el hombro.

Él gruñe de dolor, me suelta y se aleja tambaleando mientras se agarra el hombro.

No oigo ningún disparo, pero sé que alguien sigue disparando, porque mi agresor grita por segunda vez, encorvándose sobre su muslo derecho.

Lo observo desde el suelo, temblando. El hombre cojea rápidamente por el pasillo y, con su hombro bueno, empuja una

puerta y desaparece.

En cuanto se va, unas manos suaves y pequeñas me ayudan a levantarme. Una voz amable y clara me pregunta:

—¿Estás bien?

Desorientada y todavía aturdida por la conmoción de lo que acaba de pasar, me giro para ver quién me está ayudando.

Ojos azules cristalinos tan brillantes que puedo verlos en la oscuridad. Cabello rubio que le cae sobre los hombros. La reconozco como una de las gemelas que vi cuando Rory me trajo aquí por primera vez.

La preocupación ilumina su rostro. Parpadea en mi dirección como si no estuviera segura de que estoy viva.

Tampoco estoy segura, a decir verdad.

—¿Te hizo daño? —Me frota los hombros para tranquilizarme y luego se dirige a alguien que está detrás de ella, su gemela, me doy cuenta de que sostiene una pistola con silenciador en la mano y un teléfono en la oreja con la otra mano.

—Soy yo. Ha habido una infiltración. —Con cuidado, se guarda el arma en la cintura, tal y como he visto hacer a los mafiosos un millón de veces.

Debo de estar cayendo en un universo paralelo o algo así. ¿Existen realmente hijas de mafiosos como estas? ¿Mujeres que rescatan a otras mujeres de ataques y disparan sus propias armas?

Eso sin duda no estaría permitido en el clan De Luca.

Nunca he oído hablar de algo así.

—Estamos bien. Pero alguien intentó secuestrar a la chica. —La gemela en el teléfono cambia de postura—. No sé si fue Dax. Podría haber sido. El tipo llevaba una máscara, aunque si te das prisa, deberías poder atraparlo. Le disparé dos veces al desgraciado. Una en el hombro y otra en la pierna. No puede haber llegado lejos. Bajó por la escalera de emergencia de la torre sur.

La que está al teléfono nos indica que la sigamos. La otra gemela entrelaza sus dedos con los míos mientras caminamos. Creo que está tratando de calmarme y, de alguna manera, está funcionando. Mae y mi madre solían hacer lo mismo, y la familiaridad me reconforta.

—Envía a la unidad médica para el guardia. Estaba inconsciente cuando llegamos. —La que habla levanta el puño para detenernos.

Llegamos a un cruce en el pasillo. Mira a ambos lados, probablemente buscando más invitados no deseados.

—Creo que también desactivó las luces con sensor de movimiento en esta ala del edificio. —Nos hace señas para que sigamos adelante.

Atravesamos dos pasillos más a oscuras antes de volver a salir a la entrada principal de esta mansión palacial, con el gigantesco candelabro colgando en lo alto y centelleando con su brillante luz.

Una vez fuera de la oscuridad, la mujer al teléfono capta mi atención.

—No te preocupes por la chica. No está herida. Nosotros nos encargamos a partir de aquí. —Sonríe—. Te amo. Adiós.

La gemela que me sostiene la mano pone los ojos en blanco y sonríe.

—Ahora los declaro marido y mujer.

Su hermana le lanza una mirada significativa y luego vuelve su atención a mí.

—Soy Riley. Ella es Harper. Eres Kiara, ¿verdad?

—S-sí —tartamudeo, impresionada de haber sido capaz de articular palabra después del caos que acaba de producirse.

El miedo y el asombro se apoderan de mí mientras miro a las mujeres que tengo delante. Acaban de salvarme la vida y, por lo que parece, aún no han terminado conmigo.

En pocos minutos, estamos abajo, en un espacio parecido a la sala de exposición de un concesionario privado. Las gemelas lo llaman estacionamiento. Probablemente, tenga tres pisos de altura y esté repleto de coches de lujo y todoterrenos.

Me acompañan hasta un sedán negro sin distintivos, creo que es un Audi, pero no sé nada de coches, y Riley arranca el motor mientras Harper se desliza en el asiento del copiloto.

Mientras avanzamos a toda velocidad por el camino central de la mansión, me encuentro sola en el asiento trasero, sumida en mis propios pensamientos.

No sé si sentirme agradecida por haber sobrevivido, admirada por estas mujeres que saben defenderse en un mundo de hombres, o completamente aterrorizada, así que soy totalmente las tres cosas. Mientras paso los dedos por el lujoso asiento de cuero bajo mis muslos, el vehículo empieza a parecerme una jaula extravagante.

—¿Estás bien? —pregunta Harper justo cuando estoy a punto de empezar a hiperventilar.

—No lo sé. —Todavía estoy aturdida por el ataque—. ¿Qué acaba de pasar?

—Esperábamos que pudieras *decírnoslo.* —Riley maneja el volante como un piloto de carreras y me lanza una mirada tranquilizadora por el espejo retrovisor.

Harper se gira en su asiento para hablar conmigo.

—Estábamos en mi habitación, al final del pasillo, cuando te oímos gritar.

Intento sacudirme la pesadilla de la última hora.

—Estaba dormida y, cuando me desperté, ese tipo irrumpió en mi habitación.

Harper aprieta los labios.

—¿Lo reconociste?

—No. ¿Debería haberlo hecho? —No encuentro ninguna respuesta en su rostro angelical—. ¿No era ese tipo uno de los *tuyos*? ¿No estaba allí para llevarme de vuelta a...?

Me ahogo en las palabras, porque las lágrimas están cayendo por mis mejillas.

—No tenemos ni idea de quién era ese tipo ni qué hacía allí, pero vamos a llegar al fondo del asunto —promete Riley con voz firme—. Mientras tanto, nuestra prioridad es mantenerte a salvo.

Dice esas palabras como si las sintiera de verdad. Como si no tuviera nada que ver con los *Reyes Irlandeses* y su plan de utilizarme para su propio beneficio.

Mis ojos van de una a la otra.

—Son parte de los *Reyes Irlandeses*, ¿verdad?

Harper asiente con la cabeza.

—Nuestro padre trabaja para Shane. Estoy comprometida con Cian y Riley está comprometida con Finn.

Hago todo lo posible por no estremecerme.

—¿Finn, el hombre con la cicatriz que le cruza la boca? ¿El heredero?

Sonríe radiante.

—Ese mismo.

Empiezo a preguntarme si tal vez está un poquito loca.

—Es aterrador.

—Para mí no —suspira—. Aunque estoy de acuerdo en que últimamente está de muy mal humor. Ahora mismo tiene mucha presión.

—*Ah*. —No estoy segura de querer saberlo—. ¿Adónde me llevan?

¿A otra propiedad de los Gallagher? ¿Cómo puedo saber si me están diciendo la verdad?

Claro, me salvaron de ese hombre, pero podrían estar trabajando para su familia. ¿Y si el tipo que intentó atraparme trabajaba para Leo? ¿Y la única razón por la que me rescataron es porque Shane todavía quiere utilizarme por alguna razón?

—Un hotel en el centro. —Riley me da una pequeña sonrisa en el espejo—. Uno de mis favoritos.

«¿Un hotel?». No sé qué decirles, así que solo asiento con la cabeza y finjo que no estoy en medio de un silencioso ataque de ansiedad.

La pequeña pizca de calma que llevaba conmigo se desvaneció, y no hay nada ni nadie que pueda salvarme del pánico.

La cara de Rory se materializa en mi mente, pero en lugar de sentir la calidez que dejó nuestra conexión anterior en la biblioteca, solo siento vacío.

Es como si estuviera a miles de kilómetros de distancia.

Estoy por mi cuenta.

Los niveles de pánico en mi sistema comienzan a elevarse, así que bajo la ventana tintada y dejo que la brisa nocturna me despeje el cabello de la cara. La ráfaga de aire frío otoñal me devuelve a la realidad.

Cuando mis ojos se fijan en el paisaje que me rodea, me doy cuenta de que nunca había visto la ciudad después del atardecer.

Y *Manhattan* es completamente diferente de noche.

Farolas, letreros de neón, el resplandor de restaurantes y clubes... gente sentada en cafés a altas horas de la noche, hablando y riendo, como si fuera algo normal.

Fuera de mi ventana se ven escenas de una película que nunca he visto, donde la gente simplemente sigue con su vida, ajena al caos que se agita en las entrañas oscuras de la ciudad.

¿Sinceramente? A pesar de las gemelas y su confianza en lo que están haciendo, sigo sumida en el miedo. El aire fresco solo cristaliza el terrible peligro en el que me encuentro.

Rory dijo que haría todo lo que estuviera en sus manos para protegerme, pero...

La promesa más noble del mundo no significa nada si quien la prometió no tiene el poder de cumplirla.

Aunque intento ignorarla, la peor pregunta de todas sigue rondando mi mente.

«¿Era ese tipo uno de los hombres de Leo?».

A pesar de toda la seguridad, el poder y el armamento que los *Reyes Irlandeses* tienen a su disposición, ¿Leo fue capaz de colar a uno de sus hombres en la mansión, hasta mi habitación?

Un escalofrío me recorre los hombros.

No sé qué hacer.

Aunque sé que es ridículo sentirme así, me preocupo por Rory.

Sin embargo, ahora me desprecia. Lo dejó claro en la biblioteca. Probablemente, nada le gustaría más que desapareciera de su vida para siempre, así que sería patético por mi parte quedarme. O dejar que mis sentimientos por él se impongan a la realidad de mi vida y quién soy.

No me quiere. Soy sangre de su enemigo. La hija de una violación brutal. Una mentirosa. Además, todas las cosas horribles que viví y todo lo que sufrió mi madre han profundizado mi desconfianza hacia los hombres.

Sin embargo, al final del día, lo que más me destroza es pensar en los ojos de Rory nublándose con el mismo disgusto que los de Leo y Enzo.

Ugh. No sé nada y eso me está matando, me llena de tanta ansiedad que quiero...

Espera.

Reconozco este cruce.

Incluso en la oscuridad, conozco la parte de esta vasta ciudad en la que más he estado.

Estamos cerca de la librería favorita de mi madre y mía, a la que solíamos ir todo el tiempo. El dueño de la tienda se hizo amigo de mi madre. Y le dijo...

Me enderezo en mi asiento.

La esperanza y el miedo me animan. Mi corazón comienza a acelerarse, como un tren que sale de la estación. Un semáforo cambia delante de nosotros. El amarillo se vuelve rojo y Riley detiene el coche suavemente mientras ella y Harper hablan en voz baja delante de mí.

Poco a poco, mi mano encuentra la manilla de la puerta. No espero ni un segundo más.

Abro la puerta de un golpe, salto del asiento trasero al pavimento, corro hacia la acera más cercana y sigo corriendo.

Creo que puedo oír a las gemelas gritándome, pero no miro atrás. Ni una sola vez.

El aire nocturno se siente increíble. Mi cuerpo lo atraviesa mientras corro por la calle.

Sonrío.

Es la primera vez que me siento completamente libre. Sin supervisión. Sin guardias. Sin paredes. Sin puertas cerradas. Sin ningún lugar al que volver.

Solo yo. Por mi cuenta.

Corro por las calles semioscuras, zigzagueando entre sombras hasta llegar a una tienda que parece prometedora. Un hombre delgado, de aspecto claramente extranjero, me observa desde el mostrador mientras yo me escabullo entre los estrechos pasillos, rezando para que la tienda tenga lo que necesito.

La suerte debe estar de mi lado, porque el último pasillo contiene herramientas. Una rápida inspección no revela cortadores de pernos, pero sí veo alicates... y la pulsera es bastante delgada...

«Esperemos que esto funcione».

Paso el siguiente minuto intentando torpemente deslizar la herramienta por debajo de la banda. Es tan apretada que me raspo la piel más de una vez, hasta sangrar.

Finalmente, consigo meter la pulsera entre los dientes. Tras cinco intentos, se rompe.

Siento un gran alivio al volver a colgar la herramienta en el gancho. Me alegro de que Rory me haya puesto el brazalete rastreador y no un implante inyectable que requiere una pequeña intervención quirúrgica para retirarlo. Tengo suerte de que haya subestimado mi capacidad para escapar de la mansión.

Antes de irme, tiro el dispositivo al bote de basura que hay junto a la puerta y saludo con la mano al propietario, que frunce el ceño.

Luego, corro por las calles hacia la librería. El lugar donde siempre me he sentido más segura.

Una luna púrpura neón sigue brillando en la ventana, aunque la tienda esté cerrada. El letrero brillante sobre la puerta proclama con orgullo su nombre: *Midnight Books.* Una sensación de calidez me invade cuando finalmente me detengo ante la familiar entrada.

Mi corazón magullado duele, pero al menos puedo encontrar consuelo en mis viejos amigos, los libros. Son los únicos con los que puedo contar.

Capítulo 30

Rory

Me presiono las cuencas de los ojos con las palmas de las manos, tratando de que cese el dolor en las retinas. Sí, he estado despierto toda la noche. Sí, hace unas horas el humo me irritaba los ojos y, desde entonces, he estado causándome aún más daño al mirar fijamente las pantallas de las computadoras.

Pero si eso es lo que hace falta para identificar al traidor y dejar fuera de combate a ese imbécil, entonces acepto la falta de sueño y la pésima vista que me espera en el futuro.

He estado revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad y rastreando la *dark web* en busca de cualquier cosa que pueda indicarnos el origen del incendio.

Buscar información en las redes clandestinas no ha dado ningún resultado, lo que me está sumiendo en una espiral depresiva. Cuanto menos encuentro, más me preocupa que Thomas vaya a poner a todos de su lado.

Si no puedo encontrar pruebas definitivas de que Leo no estuvo detrás del incendio en *Madden*, se convertirá en el culpable por defecto, y la presión para que Kiara regrese solo aumentará.

No debería importarme, pero lo hago. No puedo permitir que eso suceda.

Todo mi ser quiere correr hasta su habitación. Me gustaría poder ver cómo está, sin embargo, si la visito mientras todos los demás se matan trabajando para encontrar al traidor, pareceré débil.

No necesito darle a Thomas ni a nadie más más razones para devolverla.

Además, sigo enojado con ella.

Sentirme así sobre ella es una estupidez, sobre todo teniendo en cuenta el lío en el que estamos metidos, aunque la parte más feroz de mi temperamento dice "que se joda todo y todos"*.*

Por desgracia, la lealtad no me deja actuar.

Sí, es una mierda, pero encontrar al traidor es mi mejor oportunidad para sacar a Kiara de este problema, y necesito la distracción.

Durante la última hora, me centré en recabar información sobre Leo y su subasta. Sé que él y el traidor están conectados. Si consigo averiguar qué le ofrecieron a cambio de vender a Kiara, podremos encontrar la manera de joder a él *y* al traidor. Todos salimos ganando.

Lo que necesito ahora mismo, más que dormir, cafeína y el tacto de Kiara, es información.

Solo la información puede salvarnos de este infierno en el que estamos.

Mi teléfono suena estridentemente sobre la mesa. Contesto sin siquiera mirar quién llama. La voz ronca y urgente de Finn se escucha al otro lado de la línea.

—Alguien intentó secuestrar a Kiara en la mansión.

Mi corazón ni siquiera se detiene antes de lanzarse en caída libre hacia el pánico. Me pongo de pie tan rápido que ni siquiera recuerdo haberme levantado.

—*¿Qué?* —Ya estoy corriendo hacia la puerta de mi oficina—. ¿Qué le pasó a su guardia? ¿Qué sucedió? ¿Está bien? ¿Dónde está? Si alguien se infiltró, ¿por qué no se activó ninguno de los sensores?

—*Cállate y escúchame*. —La exhalación de Finn hace que el micrófono crepite—. *Alguien fue a la habitación de Kiara para llevársela, pero Riley y Harper oyeron el alboroto y llegaron a tiempo para rescatarla.*

El alivio inunda mi pecho. La ira lo vuelve a ahogar.

Algún imbécil intentó robarme a *mi* pintora.

Lo que Finn dice a continuación me hace sentir aún peor.

—Los sensores no se activaron, porque no hubo ninguna intrusión.

—Entonces... —Mis pies se detienen. ¿Me está diciendo Finn que quien intentó secuestrar a Kiara ya estaba en la mansión?

¿Eso significa que fue uno de los *Reyes Irlandeses*?

«El traidor».

Apretando mi teléfono con tanta fuerza que el plástico cruje, salgo del centro de seguridad y me dirijo al pasillo adyacente.

Corro por el pasillo y bajo a toda velocidad por la escalera principal hasta la planta baja.

—Hasta que descubramos quién fue, acordamos que las gemelas vigilarán a Kiara. La están llevando a un hotel del centro y deberían llegar en menos de una hora. —La voz de Finn resuena, repentina y extraña.

Está delante de mí. Ambos colgamos.

Me le acerco directamente, con el fuego ardiendo en mi interior desde la cabeza hasta los pies.

¿Por qué? Porque estoy enojado.

—¿Y por qué no *fui* incluido en este plan jodido? —He estado arriba fundiéndome el cerebro, intentando localizar al traidor, encontrar algo sobre Leo, averiguar quién provocó el incendio en *Madden*. Todo para salvar a una mujer.

¿Y a mis espaldas, Finn está tomando decisiones sobre ella sin avisarme?

—He tenido el teléfono conmigo toda la noche. ¿Por qué no me llamaste *primero*?

La mirada fija de Finn solo me enfurece más.

—Uno, teníamos que actuar rápido. —Cruza los brazos—. Dos, esta fantasía de Romeo y Julieta que tienen los dos no es buena.

Lo peor es que puedo oír a Finn pensando: *«¿Uno de nosotros follándose a una De Luca a escondidas, mientras nuestras familias están en guerra? ¿Con un traidor suelto? Mal plan»*

Aprieto los dientes con fuerza.

—¿Desde cuándo das consejos sobre relaciones?

Finn me mira con el ceño fruncido, apretando el puño como si estuviera luchando contra el impulso de pegarme. Sé lo que se siente.

—Desde que has estado distraído y perdiendo el enfoque en lo que importa. Tenemos que resolver esta mierda, y estando con Kiara cada cinco minutos no ayuda.

Que se *joda*.

—No tienes derecho a hablar...

—¡Basta! —espeta, con las fosas nasales dilatadas—. Enfrentarnos no ayudará a nadie. Mira, por lo que escuché, Kiara no se resistió precisamente a la idea de que la llevaran a un hotel, ¿de acuerdo?

Me congelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Finn me lanza una mirada fulminante.

—Significa que esa chica que tanto te gusta no parecía muy afectada por dejarte atrás.

Siento un calor abrasador en el diafragma, como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Lo único que consigo decir es:

—Jódete.

Finn exhala con fuerza, y parte de la tensión de su voz se alivia.

—¿Quieres saber la verdadera razón por la que no me gusta que estén juntos?

—No, gracias. —Me doy la vuelta. Me largo de aquí. En cuanto llegue a mi oficina, contactaré a Riley y averiguaré adónde la llevaron. Voy a...

—Porque pierdes perspectiva cuando hay mujeres de por medio.

Las palabras de Finn me atraviesan el corazón como balas.

—¿Y qué sabes de eso? —Me giro bruscamente para mirarlo—. Esto *no* es sobre Alayna, y tú...

—Tampoco se trata de Kiara. —Me señala con el dedo—. Se trata de ti, Rory.

—¿De qué estás hablando?

—*Tú*. De que no te lo estás tomando lo suficientemente en serio.

Eso me deja sin palabras.

Dios, ya me siento bastante mal. ¿De verdad tiene que echar más leña al fuego? ¿Especialmente cuando lo único que quiero es averiguar por mí mismo si Kiara está bien?

Finn me mira fijamente.

—Cuando encontraste a Kiara, estaba huyendo. Lo que más desea es la libertad, ¿y quién puede culparla?

Se me revuelve el estómago.

Eso es lo que pasa cada vez que Finn empieza a sonar demasiado lógico.

Por mucho que me duela oírlo, sé con absoluta certeza que tiene razón.

—¿Cómo crees que va a acabar esto? —Me apuñala Finn con su pregunta retórica—. ¿Vas a retenerla aquí contra su voluntad hasta que te aburras? Y luego ¿qué?

—No es así —insisto con voz áspera.

—¿Entonces te vas a casar con ella?

Mis ojos se clavan en los suyos.

—¿Estás diciendo que no puedo? —Espera, ¿de dónde diablos salió eso?

—Olvidemos por un momento que es la hija de nuestro mayor enemigo. Después de todo lo que ella ha pasado, ¿de verdad crees que querría quedarse con nosotros si eso fuera posible?

—Si tienes algo que decir, Finn, suéltalo. —Estoy apretando los dientes con tanta fuerza que me empieza a doler la mandíbula—. Ambos tenemos trabajo que hacer.

—Lo que quiero decir es que no quiero verte herido otra vez. —Sus ojos están solemnes—. Es mejor no encariñarse. Por el bien de ambos.

Intento no hacer caso de sus palabras, pero empiezan a calar en mi mente como el agua en la tierra. A continuación, se instala la dolorosa implicación que hay detrás de ellas.

Mi inevitable despedida de Kiara.

Por muy furioso que esté, odio pensar en ello. Odio la perspectiva de perderla para siempre.

Hasta ahora, he odiado cada parte de esta conversación.

Aunque se siente como derrota, rompo contacto visual primero.

Entonces dice:

—Kiara va a estar bien. Confía en mí.

Eso me hace levantar la vista.

—¿Qué significa eso?

—Las chicas van a pagar dos semanas de hotel, darle a Kiara cincuenta mil dólares, una identificación falsa, todo lo necesario. Lo que ella quiera o necesite para irse limpia, ¿de acuerdo? —Finn se encoge de hombros, porque el que se vaya Kiara no significa nada para él.

Pero básicamente me está diciendo que no vaya a buscarla de nuevo.

«Que se joda».

Eso es lo que sigo pensando, aun así, no me molesto en expresar ese sentimiento. En este momento, todo mi esfuerzo se centra en no darle un puñetazo en la cara.

—Rory, esto es beneficioso para todos —explica, enumerando las ventajas con los dedos—. Kiara será libre, tal y como quiere. *Nosotros* no tendremos que lidiar con el drama de albergar a la hermana de Leo. Si está trabajando con el traidor, como creemos, entonces ya sabe que la tenemos. Solo debemos enviarle un mensaje para despistarlo. Y Leo no tendrá suerte intentando localizar el fantasma de Kiara. ¿De acuerdo?

Cuanto más actúa Finn como si todo esto estuviera bien y maravilloso, más me enfado.

Mi cuerpo comienza a vibrar con una furia incandescente.

—Te *equivocas*. —Me duele pronunciar estas palabras irritadas—. No hay ninguna situación en la que todos salgan ganando. *Kiara* no sabe cómo ir sola a una maldita tienda de comestibles por sí misma, y mucho menos sobrevivir sola en *New York* o... en cualquier otro *lugar*. Y eso en un buen día. Con Leo siguiéndola también, está acabada si no la protegemos.

Por un instante, la cara aterrada de Kiara cobra vida en mi mente. Debió de estar muerta de miedo...

Y eso después de que le prometí que la protegería.

Soy un idiota. Tengo que encontrarla.

No tengo tiempo para discutir con Finn de esta manera. Tampoco tengo paciencia. Pero antes de largarme de aquí, tengo que cortarle las manos a quienquiera que haya intentado secuestrar a Kiara.

—Olvídalo. —Me obligo a respirar porque discutir con él no tiene sentido—. Solo dime dónde está el idiota que la tocó.

—La morgue. —Finn señala con la cabeza en dirección a la unidad médica—. Ve a verlo por ti mismo.

Eso debería ser una buena noticia, pero estoy tan furioso que lo único que oigo es: *No tendrás la oportunidad de matarlo, Rory.*

—¿Quién lo mató?

—En realidad, se suicidó. —Finn se encoge de hombros—. Intentó huir a pie. Lo encontramos desangrándose en el laberinto.

—Lo digo en serio, Finn. ¿Quién apretó el gatillo?

—Riley le disparó dos veces. En el hombro y en el muslo.

—Debes de estar muy orgulloso.

—Hay una cosa más que debes saber. —Ignora mi comentario y su expresión se ensombrece—. Cuando le quitamos la máscara al tipo, era Dax Moreland.

El peso de esa revelación resuena en mí como un gong siendo golpeado.

Mi cerebro se pone en marcha a toda velocidad, atando cabos.

—Quienquiera que lo asignó al almacén es el mismo que le ordenó secuestrar a Kiara.

Finn asiente con la cabeza.

—Eso es lo que también pienso.

—Dax era nuestra única pista para encontrar al traidor, y ahora está muerto. —*Mierda.*

El teléfono de Finn suena, con una canción de *rock* a todo volumen. Contesta.

—Hola. ¿Llegaron al hotel?

Debe de ser Riley. Con Kiara.

Cuando Finn abre mucho los ojos, se me revuelve el estómago.

Sus dedos se tensan alrededor del *smartphone.*

—Ve de todos modos y quédate allí.

—Y ahora ¿qué? —cuestiono mientras se guarda el teléfono en el bolsillo tras terminar la llamada.

—Al parecer, Kiara escapó.

—¡Maldición! —Me alejo de él mientras el miedo me llena los pulmones con cemento.

¿Cómo voy a encontrarla ahora? No tengo forma de contactarla.

—Riley dice que saltó del coche mientras atravesaban la ciudad.

—¿*Dónde*? —Saco mi celular y accedo al *software* de hackeo de CCTV que instalé en mi teléfono.

—Cerca de Lex, dijo.

Con dedos pesados y furiosos, voy cambiando de transmisión hasta que veo un Audi A4 saliendo del garaje Gallagher. Repaso las siguientes imágenes a la velocidad del rayo, con los ojos buscando una hermosa mancha borrosa que sale disparada del vehículo... ahí.

Kiara se lanza al tráfico y sale disparada como una maldita bala con esas piernas. Se adentra en la oscuridad, pero antes de desaparecer, veo un destello plateado en el resplandor de las farolas.

La pulsera rastreadora.

Todavía la lleva puesta.

Gracias a Dios.

—¡¿Adónde vas?! —grita Finn mientras salgo corriendo, alejándome de él.

Tengo que encontrarla... antes de que lo haga el traidor o su enfermo y retorcido medio hermano.

Si no lo hago, puede que me cueste mi sanidad.

Capítulo 31

Kiara

El aire rancio y polvoriento del lugar invade mi nariz cuando entro de puntitas en *Midnight Books*, una tienda que he frecuentado muchas veces en mi vida. El señor Tenner, el propietario, es un anciano amable que decía que mi madre le recordaba a su hija. Creo que se imaginaba que nuestra vida familiar no era perfecta, porque le dio a mi madre el código de la alarma, el cumpleaños de su hija, y le dijo que podíamos quedarnos allí si alguna vez necesitábamos un lugar seguro donde refugiarnos.

Mamá nunca aceptó su oferta, pero ahora su amabilidad me está beneficiando.

Durante el día, el lugar es cálido y acogedor, escondido en un rincón entre dos gigantescas cooperativas de vivienda en *Manhattan*. En medio de la noche, en una de las más aterradoras de mi vida, el lugar es espantoso e inquietante, con sombras que me acechan a donde voy.

Tras poner el seguro detrás de mí, me apresuro por el pasillo central y giro a la izquierda hacia mi rincón favorito, con las manos rozando las frías estanterías de madera para ayudarme a orientarme en la oscuridad total mientras mis ojos se adaptan.

Los músculos de mis piernas aún palpitan por esa carrera de medio kilómetro. *Qué adrenalina.* Si no estuviera en un problema tan

grande, quizás reiría. En cambio, me agacho en el suelo, utilizando las estanterías para mantener el equilibrio mientras desciendo.

Completamente sola en el inquietante silencio, finalmente comprendo la gravedad de mi situación.

No hay ningún lugar seguro. No estoy segura en casa, con Leo intentando venderme. No estoy segura con los *Reyes Irlandeses*, cuando ni siquiera su fortaleza pudo impedir que ese hombre intentara secuestrarme.

¿Y por mi cuenta? ¿Sin dinero, sin ningún sitio a donde ir, sin salida?

No voy a sobrevivir a esto.

Mi única esperanza es dormir aquí esta noche y suplicarle ayuda al señor Tenner cuando aparezca mañana. O... supongo que podría ir a la policía y rogarles que me pongan en el programa de protección a testigos, pero eso solo funcionaría si estuviera dispuesta a contarles todo lo que sé sobre Leo y nuestra familia. Y no sé tanto.

Desde luego, no lo suficiente como para interesar a la policía.

Apoyo los brazos sobre las rodillas y dejo caer la cabeza sobre ellas.

Ahora mismo, solo respirar me cuesta mucho.

¿Cómo diablos voy a salir de esta horrible situación? La amargura y el arrepentimiento se extienden por mi pecho, como tinta negra manchando papel blanco. Esto es lo que temía desde el principio.

No temía que Leo viniera por mí. Siempre supe que lo haría.

Lo que realmente me asustaba era mi inexperiencia fuera de la mansión De Luca y un profundo temor a fracasar en el mundo real. Me preocupaba que mis propias debilidades me frenaran, y tenía razón.

Aquí estoy, sola y sin nada.

Nadie vendrá a salvarme.

La cara de Rory brilla en mi mente. Darme cuenta de que nunca volveré a verlo ni a hablar con él me hace llorar.

Clic.

Levanto la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos. *«¿Qué fue eso?».*

Otro clic lejano, seguido de un crujido metálico. El sonido resuena en la oscura tienda.

La puerta.

Alguien la está abriendo.

Siento un nudo en el estómago. Con el corazón acelerado, agudizo el oído para escuchar. La puerta se abre chirriando y la campana que hay en la parte superior tintinea.

«Esto no puede estar pasando».

Tan rápido y silenciosamente como puedo, me pongo de pie, con cuidado de mantenerme detrás de una estantería lo suficientemente alta como para ocultarme.

La puerta de la tienda se cierra contra el marco.

Un paso, luego otro. La alfombra amortigua el sonido, pero aun así puedo distinguirlo.

Es un hombre.

De todas las noches para que alguien entre a robar... y un robo es el mejor de los casos. Quizás Leo me encontró y envió a uno de sus secuaces para que me llevara de vuelta.

Me deslizo lentamente a lo largo de las estanterías, con cuidado de no hacer ruido.

Necesito un arma. Algo. Cualquier cosa. Si mi puntería no fuera tan mala, le lanzaría un libro de tapa dura. Tal y como están las cosas, voy a necesitar otra solución.

Como que un asteroide espontáneo chocara con la Tierra.

A medida que me acerco al borde del pasillo, veo la silueta de una mesa rodeada de sillas. Hay otra estantería al otro lado, que oculta al intruso de mi vista y viceversa. Si consigo agarrar una de esas sillas y rodear las estanterías, podría golpear a ese desgraciado con suficiente fuerza como para dejarlo aturdido y volver a escapar.

«¿E ir adónde?».

Ya lo decidiré más tarde.

Primero hay que sobrevivir.

Me deslizo por el pasillo, caminando silenciosamente sobre la alfombra. Mis manos tocan el respaldo liso de la silla. Es una de esas pesadas sillas de madera con cuatro patas que sobresalen en diagonal del suelo, un asiento ancho y un respaldo curvo. La agarro

y la levanto con cuidado, alejándola de la mesa y por encima de mi cabeza.

Mi pie se engancha en la pata de la mesa mientras me muevo al costado y casi tropiezo.

Aunque no me caigo, la vieja mesa de madera cruje.

Lo suficientemente fuerte como para que quien haya entrado aquí empiece a caminar en esta dirección.

Doble merde.

Están a punto de doblar la esquina. Esta será mi única oportunidad para acabar con ellos.

Levanto la silla un poco más, preparándome para golpear...

Mi agarre en la silla se resbala cuando el hombre la toma.

Por instinto, grito.

—¡Tranquila, mujer! ¡Soy yo! —Una voz inconfundiblemente aterciopelada atraviesa mi pánico. El alivio y la conmoción me golpean como un camión.

Mi pulso late con fuerza en mis oídos.

—¿Rory?

No puedo creerlo. ¿De verdad me encontró?

Se me humedecen los ojos con lágrimas.

—Sí, soy yo. —Deja la silla en el suelo y su silueta oscura se acerca poco a poco—. ¿De verdad pensaste que no vendría a buscarte?

—¿Cómo me encontraste? —Con la voz temblorosa, me abrazo con fuerza para resistir el impulso de lanzarme sobre él. Aunque cada célula de mi cuerpo ansía hacerlo. Por lo que sé, puede que haya venido a gritarme.

Rory me agarra la muñeca desnuda con su gran mano, frunciendo el ceño ante los nuevos rasguños que se ven a la luz de la farola que se cuela por la ventana.

—Seguí el rastro de tu pulsera hasta una tienda de conveniencia y le pregunté al dueño si había visto a alguien que coincidiera con tu descripción. Me dijo que sí y que te dijera que la próxima vez que uses una de sus herramientas, la vas a comprar.

Mete la mano libre en el bolsillo y saca la pulsera destrozada.

—Ups.

Su mandíbula se contrae.

—*¿Ups?* ¿Eso es todo lo que tienes que decir en tu defensa? Escuché que saltaste de un coche en marcha. —A pesar de su evidente agotamiento, su voz denota una aguda urgencia—. ¿Estás lastimada en alguna parte?

El hecho de que realmente parezca que le importa lo hace todo mucho más difícil. Tengo los ojos llenos de lágrimas.

—¿Te importaría siquiera si lo estuviera?

Su mandíbula se contrae.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que me importa.

Libero mi brazo de un jalón, con lágrimas cayéndome por las mejillas.

—No hay ningún *por supuesto*. Vi cómo me mirabas en la biblioteca.

—Kiara...

—¡No! No voy a volver contigo, así que no te molestes. Ya no soy tu cautiva.

Tengo que acabar con esto. Si cree que con unas palabras bonitas me convencerá para que vuelva a confiar en él o en los *Reyes Irlandeses*, se equivoca.

No sé si podré sobrevivir por mi cuenta, pero estoy mejor sola que con gente que me odia por mi linaje.

Rory se queda en silencio durante unos instantes, y solo se rompe el silencio con sus suaves exhalaciones.

—Sé que no lo eres.

¿Por qué suena tan triste? Mis brazos están deseando rodearlo y abrazarlo para alejar su tristeza.

—Rory... —De repente, me doy cuenta. Peor que no volver a vernos es el hecho de que este podría ser nuestro último adiós.

Dentro de mí están sucediendo todo tipo de cosas que no deberían ser. No puedo respirar. No puedo pensar.

Rory saca algo de debajo de su camisa. Cierra mi mano sobre el objeto y deja sus palmas alrededor de las mías.

—Aquí tienes diez mil dólares. Puedo llevarte al hotel al que te iban a llevar las gemelas. Allí tendrás un lugar seguro donde esperar hasta que te consigamos una identificación falsa y otros cincuenta

mil. Riley tiene contactos a través de un refugio para mujeres que probablemente puedan ayudarte a decidir tus próximos pasos.

Un yunque se estrella contra mi corazón.

—¿Me estás echando?

Tal y como sospechaba, ya no soporta estar a mi lado.

—No.

La confusión nubla mi mente.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

Me mira fijamente durante un largo rato.

—Te estoy liberando.

—Tú... ¿qué?

—Te estoy dando la libertad que siempre has merecido. Puedes ir a cualquier parte, hacer lo que quieras. Empezar de cero en otro lugar.

Trago saliva.

—Entonces... ¿no quieres que me vaya?

—Quiero que lo decidas tú misma.

Rory se acerca más. El calor de su cuerpo toca mi piel. Su aroma invade mi nariz como un embriagador incienso terroso. Su cálida mano, aún entrelazada con la mía, es suave pero firme.

—Pero antes de que te decidas, solo quiero estar contigo, una vez más. —Su mano libre se acerca para acariciar mi cuello, rodeando la parte posterior de mi cabeza—. Si te voy a dejar ir, terminemos con una explosión. Creemos una memoria que podamos recordar y sonreír dentro de unos años.

El resentimiento y el arrepentimiento me atraviesan el corazón.

—Si... ¿Crees que si las cosas hubieran sido diferentes...? —Hago un pequeño encogimiento de hombros desesperanzado—. Si fuéramos dos personas cualesquiera que aparecieran en el mismo bar una noche, ¿crees que nos habríamos conocido? ¿Habrías hablado conmigo siquiera?

En el estrecho espacio que nos separa, siento que este momento es tan difícil para él como lo es para mí.

—Kiara De Luca, no hay universo en el que pudiera haberme resistido a ti. —Apoya su frente contra la mía, calentándome desde dentro. La urgencia en su voz se intensifica y la mano que tiene

detrás de mi cabeza se enreda en mi cabello—. Incluso ahora, no puedo evitarlo.

La boca de Rory se acerca a la mía con toda fuerza y la intensidad de un choque de coches. La presión de su cuerpo contra el mío consume toda mi consciencia. Dejo caer el sobre, lo abrazo y gimo su nombre mientras su mano recorre rápidamente la parte trasera de mi camisa. Cuando su palma caliente se posa sobre mi piel fría, tiemblo.

—No quiero dejarte ir. —Su otra mano aterriza en mi trasero mientras gruñe contra mis labios—. No bromeaba cuando dije que mataría para hacerte mía.

Mi rostro está empapado de lágrimas.

—No quiero dejarte.

La expresión dura y amarga de su rostro me devuelve a la realidad. Al menos no estoy sola en lamentar la tragedia de nuestra inminente separación.

Los ojos de Rory casi brillan en la luz de la calle.

—*Ven aquí*, cariño.

No sé a qué se refiere hasta que me rodea con su cuerpo y me levanta del suelo.

Mis piernas se envuelven en su cintura y su sonido de satisfacción me dice que eso es exactamente lo que quería que hiciera.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y lo beso con más fuerza.

Lo beso como si fuera el último momento íntimo que pasaremos juntos, porque así será. Y la realidad de eso me duele más de lo que puedo comprender.

Lo único que sé es que nuestra desesperación es real cuando nuestras lenguas se entrelazan. Nuestros pechos se presionan con tanta fuerza que podrían rompernos una costilla. Después de unos minutos incontables de sus besos salvajes e indomables, me siento mareada por el deseo.

Jadeo cuando Rory lame mi cuello de arriba abajo.

—Kiara. —Me besa a lo largo de la curva de mi mandíbula—. Quiero que hagas todo lo que siempre has soñado hacer y que vayas

a todos los lugares a los que quieras ir. Pero antes de eso... —Se aparta para que pueda ver la sinceridad que hierve en sus ojos atormentados—. Necesito hacerte el amor.

Mi corazón da un salto al escuchar la palabra que empieza por *a*, aunque sea en un contexto equivocado.

—No pudimos terminar antes. —Vuelve a apoyar su frente contra la mía—. Y... Eso me perseguirá por el resto de mi vida... a menos que me dejes enterrarme en ti ahora mismo. —Sus manos acarician mi espalda—. Es lo único que deseo hacer.

Mi corazón le pertenece a él y a nadie más. He querido ser suya desde que lo mencionó por primera vez. ¿Cómo puedo negarme ahora?

La emoción inunda mi cerebro, arrastrando cualquier pensamiento racional que pudiera haber estado allí. En cambio, me derrito contra él, asintiendo un poco, y luego mucho.

—Por favor —le susurro contra su boca—. Hazme el amor.

En este instante, lo deseo más de lo que he deseado nada nunca. Mientras Rory nos baja con destreza hasta el suelo, ignorando el sofá cercano y sosteniéndome como si fuera el mayor tesoro que ha tenido en sus manos, estoy convencida de que me desea tanto como yo a él.

Los ardientes besos de Rory, ¿entre quitarse su ropa y la mía? ¿La forma en que me abraza contra él, besándome el pecho y luego doblando mis piernas sobre sus hombros? La forma en que me devora, saboreando mi cuerpo como si fuera un plato *gourmet* raro y delicioso... Es tan abrumador que apenas puedo emitir un sonido.

No hay nada comparable a esto. A la forma en que me siento... amada.

Ojalá pudiera pasar toda la vida explorando este sentimiento con él.

Pero tendré que conformarme con este momento robado.

El placer domina mi cuerpo, incluso cuando lágrimas amargas se deslizan por el rabillo de mis ojos. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no pudimos conocernos en circunstancias normales? ¿Por qué no podemos ser dos personas normales?

¿Por qué no podemos estar juntos cuando nos preocupamos tanto por el otro?

Rory adora mi clítoris con su boca hasta que me siento mareada y aturdida por la presión que se acumula en mi interior. Ya estoy a punto de correrme, y él ni siquiera ha metido su longitud dentro de mí todavía. Levanta la cara de mi coño empapado y guía la punta de su polla a través de mi entrada con un movimiento fluido.

Y es tan diferente de la última vez que no puedo evitar el sonido que sale de mi boca. Se inclina sobre mí, depositando más besos en mi frente.

—*Rory*. —Entierro la cabeza en la curva de su cuello mientras da su primera embestida.

Tiembla contra mí antes de emitir un gruñido completamente furioso.

—*No* digas mi nombre así. —Me pellizca los pezones, enviando una cantidad de placer bajo mi piel que me hace retorcer las caderas —. ¿Cómo esperas que pase el resto de mi vida sin volver a escuchar eso? —gruñe, empujando más fuerte sin perder ni un ápice de fluidez mientras gimo contra su hombro.

—¡Ah! —Dejo caer la cabeza hacia atrás contra el suelo y encuentro los ojos expectantes de Rory sobre los míos.

Entre la intensidad concentrada e inquebrantable de su mirada y la profundidad de su verga mientras se hunde en mí, inmersión tras inmersión, ya sé que estoy perdida...

Estoy al límite.

«Creo que podría amarlo».

Mis caderas se arquean mientras mis paredes internas palpitan a su alrededor.

Él me sostiene con fuerza mientras el placer estalla en una serie de contracciones intensas, deteniendo todos mis pensamientos mientras cabalgo las olas.

Incluso una vez que mi orgasmo se calma, mi cuerpo tiembla con réplicas antes de quedarme quieta, jadeando como si acabara de correr un maratón.

Con el corazón latiendo con fuerza, intento regular mi respiración.

Rory sigue mirándome como si fuera una esfera de nieve que acaba de agitar.

—Lo sabía.

—¿Qué? —Mi voz suena entrecortada y ronca.

—Que estarías preciosa... corriéndote así.

Me arden las mejillas. ¿Qué se supone que debo decir a eso?

Su mirada se vuelve más ardiente.

—Esta noche eres mía, hermosa. Nunca lo olvides.

Y entonces me agarra por debajo de las rodillas y me las sujeta por encima de mi cintura. Solo con ese ajuste, cada una de sus embestidas es mucho más profunda.

Se hunde hasta el fondo y luego me hace el amor. Enérgico, tierno, un millón de cosas a la vez. Todo el tiempo, su mirada fija se derrama en la mía, potente como un trago de *whiskey*.

—Te voy a extrañar, ¿sabes? —murmura en la oscuridad, golpeando su cintura contra la mía y volviéndome loca—. No quiero olvidar ni una sola cosa.

Lo agarro con ambas manos y acerco su cara a la mía.

Besos calientes y descuidados silencian el flujo constante de gemidos que se escapan de mi boca.

Le muerdo el labio.

—También te voy a extrañar.

—¿De verdad? —Una pizca de sorpresa se mezcla con la lujuria y el deseo en los solemnes ojos de Rory, y sus embestidas se ralentizan hasta convertirse en largas y fluidas penetraciones en lugar de rápidas descargas.

Asiento con vehemencia.

—De verdad.

Algo se apodera de él, su voz se apaga y sus palabras son sustituidas por un gruñido animal. Cae sobre mí, soltando mis rodillas después de que empieza a retorcerse, empujando dos veces más.

Rory refunfuña en un idioma que no reconozco. ¿Es gaélico?

El que sea... es lo suficientemente excitante como para tentar a una monja a levantarse la falda.

Entonces, empiezo a sentirlo. Su semilla derramándose dentro de mí.

Hay algo indescriptiblemente satisfactorio en ello... *Vaya.*

Jadeando, nos aferramos el uno al otro en la oscuridad, sabiendo que estos son los últimos momentos íntimos que pasaremos juntos.

Lamentablemente, el placer posterior no dura mucho.

El inconfundible sonido de la puerta principal de la tienda al abrirse rompe el silencio de la noche. Rory y yo intercambiamos miradas de pánico antes de ponernos la ropa lo más rápido que podemos.

Con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos, me vuelvo a poner la camiseta y me subo los *jeans* por encima de la cintura. Rory hace lo mismo, pero el ruido metálico de su cinturón al golpear contra una estantería cercana nos hace a ambos sobresaltarnos y quedarnos paralizados.

Una voz terriblemente familiar chasquea la lengua.

—Siempre supe que eras una puta como tu madre.

Apareciendo desde el extremo opuesto de nuestra fila de estanterías, un hombre aplaude.

Lo reconocería en cualquier parte.

Leonardo De Luca. El villano de todas mis pesadillas.

Capítulo 32

Kiara

El terror me atraviesa, ardiente y mortal como un rayo.

Rory se coloca delante de mí, protegiéndome de la mirada triunfante de Leo.

—Yo que tú no haría ninguna tontería. —Las palabras viscosas y ácidas... salen de la boca de Leo.

Rory no hace caso. Me empuja más atrás y busca su pistola.

—Vas a morir, maldito...

Un único disparo resuena en la tienda.

El horrible chirrido del metal desgarrando la carne casi me impide sentir la bala cuando pasa silbando junto a mi oreja y se clava en la estantería detrás de mí.

La sangre salpica la alfombra y mancha mi camisa. Alguien empieza a gritar cuando Rory tropieza y cae de rodillas, gimiendo de dolor.

Tardo varios segundos en darme cuenta de que soy yo quien grita.

Me duele la garganta por la fuerza con la que Rory se desploma, y una mancha oscura crece rápidamente en la alfombra debajo de él.

—No, no, no —suplico mientras me tiro a su lado y acuno sus mejillas con las manos.

Mi vida, no la que he vivido, sino otra, pasa ante mis ojos.

Una vida futura con Rory.

Imágenes de nosotros juntos. Paseando de la mano por las calles de París, viajando de mochileros por Nepal, visitando uno de esos lugares cursis turísticos en Italia, apretujados en un *rickshaw* en la India...

Su sangre se filtra en la alfombra y más allá, manchando el blanco de mis tenis.

Las náuseas me ahogan mientras cubro la herida con las manos para intentar detener la hemorragia.

Lo veo morir, pero siento que soy yo quien yace en el suelo. Todo lo que siempre quise en la vida se desvanece ante mis ojos.

Unos dedos ásperos me agarran por el brazo.

Leo me levanta de un jalón. Grito y lucho, arañando cualquier parte de su piel que puedo alcanzar. Lo golpeo y pateo hasta que, maldiciendo, Leo me da una bofetada en la cara.

—Sigue así y le dispararé una vez más, por si acaso.

Dejo de luchar inmediatamente y dejo que me arrastre hacia la puerta principal, sin apartar los ojos del rostro inmóvil de Rory. Un tono pálido le quita el color saludable a su piel mientras la sangre sale de su herida.

—*Muévete* —gruñe Leo, empujándome por el umbral hacia la calle.

La puerta de *Midnight Books* se cierra, ocultando el cuerpo inmóvil de Rory.

No puedo ni respirar. No hay espacio para el aire cuando mi ser está tan lleno de desesperación. Creo que mi corazón no está latiendo.

Leo me empuja hacia el lujoso asiento trasero de un todoterreno que nos espera. Caigo con fuerza en el cuero y casi me golpeo la cabeza contra la ventana.

Ninguno de mis reflejos funciona.

Ni siquiera tengo la fuerza de voluntad suficiente para atraparme cuando me caigo.

Leo se sube detrás de mí y cierra un portazo. Ya estamos en movimiento.

—Debes de ser la zorra más tonta de *New York*. —Su cruel risa resuena en mi mente. Suena tan lejano.

Probablemente porque dejé mi corazón y mi alma en esa librería que dejamos atrás.

—¿Creíste que no me enteraría? —Saca un cigarro del bolsillo de la solapa, de la misma marca acre que fumaba Enzo—. Los *Reyes Irlandeses* pueden pensar que tienen esta ciudad bajo control, pero sé mucho más de lo que ellos podrían saber jamás. —Enciende el cigarrillo sin bajar la ventana, llenando el asiento trasero de humo con cada exhalación—. El poder no significa nada si alguien sostiene tu vulnerabilidad en la palma de su mano.

Aún aturdida, las palabras de Leo rebotan en mí.

Ninguna de ellas cala en mí.

¿Se puede sobrevivir a un disparo en el pecho?

¿Rory ya está muerto? ¿Quién podría sobrevivir a perder tanta sangre?

Si muere... será culpa mía.

La culpa me abruma y me hunde.

—Tengo que admitir que me impresiona que hayas escapado de tu jaula. —Se ríe oscuramente—. No podía creer mi suerte cuando vi las imágenes de seguridad.

Mi mirada, nublada por un flujo interminable de lágrimas, cae sobre mis manos vacías.

Un segundo después, la áspera mano de Leo se enreda en mi cabello. Jala hasta que un pequeño grito de dolor brota de mis labios.

Me empuja la cabeza hasta que resbalo del asiento y caigo al suelo.

—Me debes una disculpa, *insecto*. —Empuja mi cabeza hacia atrás y mi espalda golpea la fila de asientos que tenemos delante—. ¿Sabes a cuántas personas tuve que ejecutar después de que huyeras? —Levanta su mano vacía y mueve los dedos—. Perdí a cinco hombres por tu pequeña rebelión. Y rastrearte a ti, insignificante, fue una auténtica pesadilla.

Se inclina hacia delante y me observa con desdén.

—Sabía que irías a esa estúpida librería. Tu antiguo guardaespaldas me dijo que solías parar allí cada vez que visitabas la ciudad.

Escupe, y su saliva cae sobre mi muslo cubierto por los *jeans*.

Ni siquiera tengo fuerzas para sentir asco.

Mi espíritu está completamente destrozado.

Me quedo allí sentada, en silencio, con la cabeza dando vueltas en el espacio y el tiempo, sin rumbo y sin final a la vista. Soy un cascarón vacío.

Aun así, la mirada de Leo se fija en mi rostro.

Sé que debería temer por mi propia seguridad, pero ¿qué sentido tiene el miedo?

El dolor y el sufrimiento son inevitables, ahora que estoy de nuevo en las garras de Leo.

Estoy paralizada, mi alma entera es un bloque de hielo.

Mi cabeza gira cada vez más rápido mientras me quedo contemplando la saliva en mis *jeans*.

—Enzo siempre decía que, si no hubieras sido buena con el pincel, habrías muerto hace mucho tiempo. —Se ríe y le da otra calada a su cigarro—. Me prometió que podría hacer los honores si alguna vez dejabas de ganarte el sustento.

Mi mirada se desliza lentamente hacia el rostro engreído y feo de Leo.

Parece tan orgulloso de sí mismo.

—Por mucho que me gustaría matarte, el dinero que ganaré cuando te entregue a los Petrov será mucho más dulce. Unas mil veces más dulce. —Una sonrisa enfermiza aparece en su rostro, como si estuviera disfrutando de una broma privada—. Son una de las familias más poderosas de la ciudad y te compraron en la subasta, Kiara. Deberías sentirte honrada.

El entumecimiento que me invade como una niebla tóxica atenúa el horror de ese anuncio.

Volamos a través de la corta entrada del túnel que conduce de vuelta a la mansión De Luca.

«¿Cómo volvimos aquí tan rápido?».

¿Cómo es que cada momento de mi vida me lleva de vuelta aquí?

El todoterreno frena en seco junto a la fuente central del patio.

—Llévatela y límpiala —ordena Leo a alguien afuera de la camioneta—. Luego tráela abajo. Ya los ha hecho esperar bastante.

«¿Ellos?».

Me giro hacia la horrible voz de mi hermano.

¿Está diciendo que las personas a las que me vendió están aquí, en la casa? ¿Esperándome?

El sudor me empapa la nuca cuando una mujer rubia y bajita a la que no he visto nunca me agarra suavemente del brazo.

Una vez que salgo del coche y veo mejor a la mujer, me queda claro que es algo así como una criada aquí. Se me aprieta el estómago. Esta mujer debe de ser la nueva *Mae.*

¡Mae! ¿Escapó la noche que Rory me encontró? ¿Consiguió volver a Francia? Nuevas lágrimas mojan mis ojos.

Espero que haya llegado sana y salva a su tierra natal.

Sobre todo, porque la seguridad no está en mis planes.

~

Por lo que puedo deducir, la mujer, Theresa, es del norte de Italia. No habla mucho inglés, aunque lo entiende bien.

Me apresura arriba.

Ver mi antiguo refugio debería ser un consuelo, pero en cambio, me quema todo el cuerpo un fuego terrible.

Theresa me ayuda a bañarme, me cepilla el cabello y luego me lo seca y me hace unos bonitos rizos. Me espera un vestido caro que seguro eligió Leo.

Rígida como un árbol, me lo pongo. Es un vestido de seda color marfil que, para mi gusto, no cubre lo suficiente mi cuerpo. Parezco la cereza del pastel, cuando en realidad me siento como la muerte en una botella.

Después de que Theresa me maquille e insista en lo hermosa que estoy en italiano, a pesar de mi expresión sombría y deprimida, me lleva fuera de mi habitación y me acompaña al gran comedor De Luca.

Mis nervios se disparan en cuanto veo las gigantescas puertas dobles.

A mi madre y a mí nunca se nos permitió poner un pie en el comedor. Tomábamos todas nuestras comidas por separado, lejos del resto de la familia. Enzo quería que fuera así. Después de lo que pasó entre Matteo y mi madre, no quería recordatorios. No quería vernos nunca en el mismo lugar que su hermano mayor otra vez. Y eso fue todo.

El comedor estaba prohibido, un lugar que solo había visto iluminado desde fuera en las raras ocasiones en que mi madre quería pintar a la luz de la luna y casualmente había una reunión en el interior.

Es un lugar que he evitado, incluso después de la muerte de Matteo y Enzo.

Una sensación de aprensión me invade cuando Theresa empuja las puertas para abrirlas.

Estas crujen al cerrarse y veo el lugar de cerca y en persona por primera vez.

Un enorme candelabro cuelga sobre una mesa de comedor en la que probablemente cabrían veinte personas. Aunque solo hay seis comensales, la mesa está repleta de manjares *gourmet*. Todos los invitados levantan la vista cuando entro con paso vacilante.

La enorme sonrisa de Leo se amplía cuando me ve. A su lado, un ruso enorme con el cabello como una mancha de aceite me resulta familiar.

Cuando lo reconozco, un escalofrío me recorre el cuerpo.

Es el hombre espeluznante de la subasta. El que me miró lascivamente el escote y me lamió la mano cuando me la besó.

Reprimiendo el escalofrío que me recorre todo el cuerpo, dirijo mi atención hacia los otros hombres. Uno de ellos trabaja para Leo. Lo he visto varias veces en la mansión haciendo el trabajo sucio. Otro es bajito y tímido, con una cara que se parece a la del gigante. Su hermano, tal vez.

El tercero tiene el cabello oscuro y rapado, y me estremezco al fijarme en su cruel ceño fruncido.

Para mi sorpresa, también hay una mujer, quizás de unos cincuenta o sesenta años. La postura altiva con la que se comporta, de pie junto a los dos hermanos rusos, me da la impresión de que es su madre.

No puedo imaginar por qué podría estar aquí.

Todos se me quedan viendo fijamente.

Trago saliva.

¿*Esta* es la familia para la que voy a trabajar a partir de ahora?

Atrapada en el calabozo de unos hombres rusos de la *Bratva*, pintaré para ellos el resto de mi vida. O hasta que decidan venderme a otra persona. O matarme.

Leo hincha el pecho y me señala con orgullo mientras se gira hacia el ruso grande.

—Maksim Petrov, lo que pagaste ha llegado. —La mirada siniestra de Leo me advierte que me prepare—. *Tu novia*.

Todo mi mundo se derrumba.

Aunque estoy cayendo en pedazos por todo el suelo, de alguna manera sigo de pie.

«¿Su novia?».

Leo no me vendió como pintora...

¿Vendió mi mano en matrimonio?

¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién querría eso?

—Entiendo por qué mantuviste en secreto a la chica. —La voz de Maksim Petrov es grave, profunda y ronca, con acento. Me estudia de arriba abajo—. Es realmente impresionante.

No puedo evitar el escalofrío que me recorre el cuerpo.

—Nuestro padre era sobreprotector. —La palabra *nuestro* sale fácilmente de su boca, como si siempre me hubiera considerado su hermana y no un insecto en la suela de sus zapatos de diseñador.

Como si no fuéramos parientes por culpa de una violación.

Como si nuestra relación no hubiera sido otra cosa que hostil durante toda mi vida.

Justo cuando pensaba que estaba demasiado entumecida para sorprenderme.

Quiero escupirle en la cara. La idea de estar con alguien que no sea Rory me repugna, pero Rory podría estar...

No. Me niego a completar esa frase o a detenerme en la imagen de su cuerpo inmóvil y manchado de sangre. Demasiada sangre.

—Está demasiado delgada, pero eso se puede arreglar. —La mujer me estudia con la misma intensidad que Maksim—. Supongo que servirá para mi hijo.

—Estoy deseando unir nuestras familias. —Leo mantiene la mirada fija en mí mientras habla.

—Yo también. —Maksim se me acerca, como si fuera un filete que está deseando clavarle los dientes.

Cada célula de mi cuerpo desea huir ante su acercamiento.

Este hombre es claramente un depredador en todos los sentidos de la palabra.

Pero ¿qué lograría huyendo?

No hay ningún lugar al que pueda ir donde Leo no me encuentre.

Sé que tengo que luchar. Que tengo que idear otro plan de fuga. Si Rory estuviera aquí, me estaría gritando que me recompusiera y no me rindiera.

Sin embargo, ese es el problema. Rory no está aquí. Puede que nunca vuelva a estar aquí.

Mis hombros se estremecen por el esfuerzo de contener los sollozos.

Solo puedo quedarme ahí, como una estatua horrorizada y temblorosa, mientras Maksim se acerca sigilosamente.

El ruso invade mi espacio personal hasta que quedo completamente a su sombra, totalmente oculta por la masa de su cuerpo. Entonces levanta una mano áspera hacia mi cara y frota su pulgar gigante y nudoso sobre mis labios temblorosos.

—Ven, cariño. —Su aliento caliente toca mi piel como la lengua bifurcada de una serpiente venenosa—. Cenaremos juntos.

Apenas respiro.

Lo último en lo que pienso es en comida.

Todos nos sentamos en esta enorme mesa cubierta de delicias culinarias, aunque dudo que pueda comer ni un solo bocado.

Nadie espera a que agarre el tenedor para empezar a comer.

Leo se sienta a la cabecera de la mesa, como el rey que cree ser. Maksim se sienta frente a mí. Su hermano... Nikolai Petrov, creo que

dijo, se reclina en la silla a su izquierda, mientras que su madre se sienta a su derecha. El lacayo que han traído consigo no se sienta, colocándose contra la pared detrás de la familia Petrov. Un guardaespaldas en guardia.

¿Qué puedo hacer sino sentarme allí en silencio, escuchando mientras Leo y Maksim discuten los detalles para unir nuestras familias mafiosas? La madre también habla, elogiando a su hijo y pidiendo con frialdad aclaraciones a Leo. La pequeña parte de mi mente que no está dando vueltas sin control se pregunta si ella tiene alguna influencia en la mafia, como los gemelos.

Estoy tan desconcertada, tan abrumada por la incredulidad, la angustia y el miedo, que solo capto algunas palabras de la conversación que me rodea.

Una alianza... Envíos de armas...

Aniquilar a sus enemigos...

Poco a poco, mis ojos se desvían hacia Maksim, que habla en voz alta con la boca llena de comida a medio masticar.

No hace falta ser psicoanalista para darse cuenta de que es un hombre egocéntrico y egoísta. Él y Leo parecen llevarse muy bien, a pesar de compartir algunos de los mismos rasgos desagradables de personalidad.

Parece que Maksim está convencido de que, una vez que él y yo nos casemos, podrá gobernar *New York* sin ayuda de nadie. No sé qué le prometió Leo, pero es casi seguro que mintió. Esa es mi apuesta.

Leo no puede ofrecerle ese tipo de poder a nadie.

¿Cómo podría? Nuestra familia no ha estado ni remotamente *cerca* de la cima de la cadena alimenticia en la última década, posiblemente más tiempo.

Hace muchos años, mi madre me contó cómo había caído la familia desde que ella se unió a ellos. La agitación entre Matteo y Enzo desestabilizó mucho las cosas y, tras el asesinato de Matteo, todo el negocio familiar estuvo a punto de quebrar.

Matteo era el genio de la familia. Sin él, la gente estaba perdida.

Enzo era una pálida sombra.

¿Y Leo?

Es un chiste.

Si le promete a Maksim que podrá gobernar la ciudad de *New York* si se casa conmigo, entonces esencialmente está prometiendo que la *Bratva Petrov* no tendrá ningún problema en dominar a los *Reyes Irlandeses*. ¿Cómo diablos pudo prometer eso?

—Una vez que unamos nuestras familias, habrá un nuevo orden en la ciudad. Uno en el que *nosotros* estaremos en la cima —decreta Maksim con una brillante sonrisa, como si la anticipación de la violencia lo emocionara.

Probablemente, sea así.

—¿De verdad lo crees? —La pregunta se me escapa de los labios antes de que pueda evitarlo. Todas las miradas de la mesa se posan en mí—. ¿De verdad crees que podremos derrocar el imperio Gallagher tan fácilmente?

No hay ni una pizca de burla en mi voz.

Soy totalmente sincera.

La visión idealista de Maksim sobre cómo se desarrollará nuestro futuro... me parece una ilusión, aunque, para ser sincera, toda mi vida me parece una ilusión en este momento.

Solo quiero saber si me queda una pizca de cordura.

La sonrisa optimista de mi prometido se convierte en una línea recta. Entonces, me golpea en la cara con una de sus enormes manos antes de que pueda ver que mueva el brazo.

La fuerza de su bofetada casi me tira de la silla.

Un dolor agudo y cegador estalla desde mi mandíbula hasta la frente, en una explosión de color hiriente. Un calor punzante y abrasador. La mejilla empieza a hincharse y a palpitar a su propio ritmo.

Las lágrimas me queman los ojos, pero que se joda. Prefiero que me vuelva a abofetear antes que dejarlo verme llorar.

Pasan varios momentos antes de que la visión borrosa desaparezca y revele la fría mirada de Maksim.

—Nos vamos a casar pronto, así que es mejor que aprendas ahora. —Sus palabras afiladas son como cristales rotos—. *Nunca* me contestes y *nunca* me cuestiones.

Se levanta de la mesa y se dirige a la puerta, seguido de cerca por su guardaespaldas.

Su hermano, Nikolai, me lanza una mirada de disculpa antes de centrar toda su atención en Leo.

—Siento la brusquedad de mi hermano. —También se levanta de la mesa—. Está ansioso por la boda.

—Al igual que Kiara. —Leo esboza una sonrisa—. Y no te preocupes. Se comportará de ahora en adelante. Si no lo hace, pónganla en su lugar.

Nikolai se excusa y deja a su madre como la última persona rusa que queda en el comedor.

La miro, esperando, tontamente, detectar algo de simpatía en sus ojos oscuros. Pero simplemente arquea una ceja delgada mientras se seca la comisura de la boca con una servilleta de tela.

—Recomponte, niña. —Se alisa el cabello oscuro perfectamente peinado con la mano y me mira con desdén—. En nuestra familia no hay lugar para una mocosa llorona y quejumbrosa. No lágrimas. Y más te vale empezar a ganar peso, o llevar al hijo de Maksim será una carga. A nadie le gusta una mamá muerta.

Con la cabeza hecha un desastre y la cara aún ardiendo por el ataque de Maksim, solo puedo asentir.

Mi vida terminó. Me vendieron, en cuerpo y alma.

Capítulo 33

Rory

Despertarme con un agujero en el pecho no es una experiencia que recomendaría, aunque al menos estoy vivo. Aunque duele demasiado.

Me han disparado antes, una bala perdida en el brazo y un rasguño en el muslo, pero este disparo en el pecho duele a otro nivel.

Solo me alcanzó una bala, así que ¿por qué me duele todo el cuerpo y me siento tan pesado como el cemento?

Abro los párpados y me encuentro a la altura de los azulejos blancos del techo de una habitación de hospital.

—Se está despertando.

Mis *oídos* todavía se están despertando, porque Darren suena como si estuviera a kilómetros de distancia.

—Maldición, ya era hora. —Ese es Cian, tan sentimental como siempre.

La consciencia regresa poco a poco, como un grano de arena deslizándose en un reloj de arena.

Un parpadeo. Dos. Tres.

Poco a poco, la habitación se enfoca y mi audición se estabiliza. Después de que uno de los chicos manipula un control remoto para que la parte superior de la cama se eleve, puedo ver a todos mejor.

Sin embargo, lo único que veo es el rostro pálido de Kiara, lleno de horror, mientras yo yacía en el suelo, inútil, y Leo se la llevaba.

¿Dónde está? ¿Qué ha hecho con ella?

¿Sigue planeando venderla a algún monstruo?

Tengoque encontrarla.

Inmediatamente.

Decidido a levantarme de la cama, me quito las sábanas, pero cuando empiezo a incorporarme, un dolor agudo me atraviesa el pecho. Gimo y me tambaleo mientras el mareo me invade como un tornado.

—Vaya. Tranquilo, campeón. —Darren me agarra del hombro para estabilizarme—. Tienes suerte de que la bala no te haya dado en el corazón, o ya estarías muerto.

Cian frunce el ceño.

—Tiene razón. No deberías moverte todavía.

—¿Qué está pasando? —Logro decir con voz ronca, con la garganta más seca que un papel de lija—. ¿Dónde está ella?

—La princesa De Luca ha desaparecido. —Cian niega con la cabeza—. No tenemos ni idea de dónde está y, sinceramente, es el menor de nuestros problemas.

Como un grifo que gotea lentamente, los recuerdos de las últimas semanas regresan a mí. Nuestras numerosas pérdidas. Los *Reyes Irlandeses* en caos. El incendio en el club. Las secuelas.

—¿El traidor?

—Seguimos sin suerte. —Darren frunce aún más el ceño—. Dax era el único que sabíamos con certeza que trabajaba para él, pero murió antes de que pudiéramos torturarlo para sacarle información.

—Estamos de vuelta al jodido punto de partida. —Cian se aleja de mi cama y levanta las manos al aire—. Y luego tienes que ir y hacer que te disparen.

—Lo siento. —Toso, lo que me provoca un fuerte ardor en el pecho. Suena tan mal que Darren me trae un vaso de plástico con agua y una pajilla en una bandeja.

Sostiene el vaso mientras bebo el líquido como un poseído. Me lo acabo todo en menos de dos segundos.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Por fin, recupero algo de volumen en la voz.

Aunque Cian abre la boca para responder, Finn empuja la puerta de mi habitación y toma la palabra.

—Cuatro días.

Creo que mi corazón casi se detiene. *¿Cuatro días?* A Kiara le podría haber pasado cualquier cosa en ese tiempo.

En mi mente aturdida se desarrollan fantasías horribles y espantosas. Me muerdo el interior de la mejilla para ahuyentarlas.

Ya era bastante malo cuando creía que Kiara era solo la esclava artística de Leo. Ahora que conocemos la retorcida historia familiar entre esos dos, estoy aún más seguro de que los planes del psicópata para ella serán infinitamente peores esta vez.

—Tienes suerte de que te hayamos encontrado cuando lo hicimos. —Finn señala con la barbilla a Cian, como para decirme que les debo un *agradecimiento* a ambos.

Pero ni siquiera puedo hacerlo, ya que el pánico me oprime con un puño helado.

—¿Qué hay de Kiara? —Intento sentarme de nuevo, no obstante, el dolor me hace caer otra vez. *Ugh*. Odio esto. No puedo permitirme ser débil... no cuando Kiara me necesita—. Leo la secuestró. ¿Lo detuvieron?

Cian niega con la cabeza.

—Estabas solo cuando llegamos. No estábamos seguros de si te había disparado tu chica o Leo.

—¿Qué pasó mientras estaba inconsciente?

—Absolutamente nada. —Darren suelta una risa sin humor—. En lo que respecta a Shane, con Kiara fuera, tenemos las manos limpias. No pudimos utilizarla como venganza, pero tenemos problemas más importantes de que preocuparnos. Leo desapareció del mapa desde el incendio del club y, con el traidor acechando, seguimos estando todos en peligro.

Me hierve la sangre. Estos idiotas. Mientras estaba inconsciente, ninguno hizo nada para rescatarla de Leo. Hablan de ella como si no fuera importante. No me importa si eso no es justo para ellos o si mi ira está fuera de lugar.

Dios. Necesito salir de aquí y encontrar a alguien más a quien golpear antes de que le dé un puñetazo en la cara a uno de mis amigos.

Me siento una mierda en todos los sentidos.

Dos veces prometí proteger a Kiara y dos veces mi palabra no ha servido de nada.

Sé qué tipo de hombre es Leo. Y ahora Kiara está de nuevo en sus garras, y no hay casi nada que pueda hacer al respecto mientras esté atrapado en esta cama.

Esta vez, cuando me levanto del colchón, ignoro el dolor. Aprieto los dientes y sigo adelante, negándome a volver a caerme incluso cuando el vértigo vuelve a atacarme.

—Chicos, escuchen. —Finn recupera la atención de la sala, exhalando un suspiro de agotamiento que suena más como un gruñido—. Tenemos otro problema.

—¿Otro más? —refunfuña Cian entre dientes—. Eso es perfecto.

Solo escucho a medias cuando Darren pregunta:

—¿Qué sucede?

—Hemos oído algunos rumores en Internet sobre una fusión.

Darren se anima al escuchar eso.

—¿Entre *quiénes*?

—Los rumores dicen que es entre la Mafia Rusa y la italiana. —La mirada de Finn se ensombrece—. No me gusta nada cómo suena eso.

—¿Estás diciendo que va a haber un *matrimonio* entre ellos? —La incredulidad de Cian me pone nervioso.

Y no soy el único. En un instante, Darren se acerca a mi cama con una expresión siniestra en el rostro.

—¿Los Petrov?

La pregunta que plantea suena más como una afirmación.

Porque ambos sabemos exactamente a qué se refiere.

Los Petrov estaban en la subasta.

Recuerdo lo que dijo ese hombre en la sección VIP antes de que Kiara se topara conmigo.

«El artista ya fue vendido...»

Odio la imagen que crean los puntos recién conectados en mi mente.

Vendieron a Kiara a los Petrov.

¡Carajo!

—Es Leo. —Darren respalda mi conclusión—. La subasta solo era una artimaña. Va a casar a su hermana con los rusos para que tengan más posibilidades de derrocarnos.

Mientras Finn y Cian lanzan maldiciones en gaélico, le hago un gesto de impaciencia a Darren con la mano.

—Necesito una computadora. Ahora mismo.

—Pensaba que nunca la pedirías. —Saca una *tablet* de una bolsa y me la entrega. Me niego a dejar que mis lesiones y mi movilidad limitada me detengan.

Con dedos rígidos y torpes, navego a paso de tortuga por la red de cámaras de CCTV que superviso y localizo las imágenes de Leo secuestrando a Kiara. Los sigo por las calles hasta la mansión De Luca. Repaso las imágenes cercanas de los cuatro días que he estado inconsciente y, por lo que puedo ver, ninguno ha salido de la mansión desde la mañana en que Leo me disparó.

Pero estoy seguro de que eso va a cambiar en cualquier momento.

—Se supone que la boda será pronto —indica Finn con tono sombrío, y sus palabras succionan el aire de la habitación—. Muy pronto.

Es como si me hubiera disparado otra bala en el pecho.

A menos que saque mi lamentable trasero de esta cama, Leo De Luca condenará a la mujer que amo a una existencia miserable como esposa de un despiadado *Pakhan*.

Capítulo 34

Kiara

Han pasado once días desde que Leo le disparó al único hombre al que he amado y me arrastró de vuelta a la mansión De Luca. Y nunca me he sentido peor.

Depresión es quedarse corta.

Apenas me he levantado de la cama. Si Theresa no me estuviera cuidando tan meticulosamente, estoy segura de que ya habría muerto de desánimo.

Ese horrible momento en el que Leo le disparó a Rory se repite una y otra vez en mi mente. No sé si está vivo o muerto, pero sí sé que nunca volveré a verlo. Necesito encontrar una salida de esta situación. De lo contrario, quedaré atrapada en un matrimonio sin amor con un hombre que me pone los vellos de punta. Incluso vivir con Leo parece unas vacaciones en comparación.

El rostro de mi esposo aparece en mi mente como un espectro en la oscuridad. Me estremezco, tratando de alejar la imagen revolviéndome bajo las sábanas.

Después de dar vueltas en la cama durante varios minutos más, levanto mis pesados párpados y miro el reloj de mi mesita de noche. Son las cuatro de la madrugada.

El miedo me aplasta.

En poco tiempo, mi inminente boda con Maksim Petrov estará aquí. Al final del día... seré su esposa.

Esta película de horror y fantasía parece no tener fin... y sigue "regalándonos" sorpresas.

Mañana a esta hora, o habré encontrado una manera de salir de este problema o estaré casada con Maksim. Por mucho que no quiera rendirme, los acontecimientos de hace once días me afectaron mucho. No sé si sobreviviré a la noche de bodas con mi prometido. No es el tipo de hombre que acepta un no por respuesta... especialmente con alguien a quien cree que le pertenece.

No me dará otra opción. No como lo hizo Rory.

Las lágrimas inútiles brotan de mis ojos.

Nada ni nadie puede impedir que llegue este día.

Mi destino está sellado. La irrevocabilidad de eso me aplasta. Es algo interminable y devastador que no da tregua, ni siquiera cuando duermo.

Después de esa *horrible* reunión introductoria con Maksim y su familia, Leo decidió mantenerme encerrada en mi habitación. Probablemente, para minimizar el riesgo de que dijera o hiciera algo que pudiera poner en peligro el acuerdo comercial que había preparado con los Petrov. Y definitivamente no quería darme otra oportunidad de escapar.

La única ventaja de este cautiverio es que me ha mantenido alejada de mi futuro marido. Sospecho que esa puede ser la verdadera razón por la que Leo decidió encerrarme. Para evitar que mi prometido sucumbiera a la tentación de *probar el fruto* de mi cuerpo *intacto* antes de que Leo asegure el dinero, las armas y cualquier otra cosa que los Petrov hayan puesto a cambio de esta boda.

Estoy segura de que lo último que le preocupa a Leo es protegerme de ese bruto.

Y por horrible que sea casarme con ese vil desconocido bajo estos pretextos ridículamente falsos, el matrimonio no es la razón por la que mi corazón está destrozado o por la que mi cuerpo duele como la madera crujiente de un viejo barco.

Solo puedo pensar en Rory.

¿Está muerto? ¿Sufrió?

¿Su dolor fue peor que el que he estado soportando desde que Leo me trajo de vuelta a la mansión De Luca?

Las preguntas me mantienen despierta por la noche. Apenas duermo o como. Imagino volver a ver su sonrisa antes de recordar que eso nunca sucederá, y caigo más profundamente en un mar de oscuridad sin esperanza.

Para consolarme, tengo los viejos libros de mi habitación y suficientes cosas para pintar. Pero estoy indiferente. No me interesa nada. No tengo inspiración más allá de la negra desesperación que se cierne sobre mí como una nube.

Cada vez que creo que tengo la capacidad de crear algo, *cualquier cosa*, me quedo paralizada en mi taburete. Al final, siempre dejo el pincel y me voy.

Acurrucada bajo las sábanas, como si estas pudieran protegerme de mi futuro, me pregunto si alguna vez volveré a querer hacer *algo.*

Ahora mismo, soy un caparazón.

Después de lo que parece otra hora de agonía, caigo en un sueño sin paz y no vuelvo a despertarme hasta que las pequeñas y cálidas manos de Theresa me sacuden suavemente el brazo.

Los rayos de sol cegadores se cuelan en mi dormitorio. De repente, me doy cuenta de que hoy puede ser el último día que vea este lugar. A partir de esta noche, mi habitación estará dondequiera que Maksim Petrov pose su enorme cabeza.

—El desayuno, *piccolina*.

Theresa es dulce. Me recuerda a Mae, excepto que parece ajena al hecho de que soy una prisionera aquí.

Consigo comer a duras penas unos bocados antes de que Leo abra la puerta de un empujón, con la sonrisa engreída de alguien que acaba de ganar la lotería.

Estoy tan sumida en mi propio dolor que mi cuerpo ni siquiera se estremece ante la repentina intrusión.

Leo entra tranquilamente y me mira lascivamente.

—¿Emocionada por tu gran día?

—¿Emocionado por deshacerte de mí? —Mi respuesta es un murmullo, pero Leo capta cada palabra.

—No tienes ni idea. —Su sonrisa maliciosa se convierte en una risita. Entonces, toda la frivolidad de su rostro se desvanece, se me acerca y agarra un puñado de mi cabello enredado—. Si haces *algo* para arruinar esto, insecto, voy a destruir tu bonita cara. Te cortaré tan mal que ni tu propia madre muerta te reconocería.

—Entendido —escupo la palabra. Debe de ser demasiado desafiante para su gusto, porque me jala del cabello con fuerza antes de soltarme.

Leo se gira hacia Theresa.

—Tenla lista para salir en una hora. Ya hemos hecho esperar bastante a nuestra familia política.

Da un portazo al salir de mi habitación y, por un momento, puedo respirar.

Aunque no por mucho tiempo.

El resto de la mañana se escurre como agua girando en el inodoro.

Luego, guiada por Theresa y flanqueada por los secuaces más malvados de Leo, salgo de la casa como un zombi. Nos acompañan a una limusina que nos lleva a un callejón en algún lugar de *Manhattan*. Me llevan por una puerta trasera al cavernoso subsuelo de un enorme recinto diferente a todo lo que he visto antes.

Suelos de mármol cubiertos por una alfombra rojo sangre. Candelabros más altos que yo a ambos lados de un pasillo, con matorrales de rosas acurrucados en el centro de sus numerosos brazos. La cera de las velas y el aroma de la lluvia fresca impregnan el aire. Los candelabros de cristal que cuelgan sobre nosotros hacen que la del comedor de los De Luca parezca una lamparita de noche para niños.

El edificio es tan bonito que la boda podría celebrarse en cualquier lugar. En un pasillo. En uno de los baños. En la amplia escalera que hay más adelante. Es, sin duda, el lugar más impresionante en el que he estado nunca.

Sin embargo, la opulencia me resulta indiferente. Estoy demasiado muerta por dentro como para apreciar algo.

Una empleada del lugar, con el cabello largo y rubio recogido en un moño sobre la cabeza, nos guía por la alfombra roja. Antes de llegar a las escaleras, giramos hacia un vestidor privado. Una mujer, que supongo que es la organizadora de la boda, le explica a Theresa el programa del día.

Casi me desplomo sobre el taburete frente al tocador. Se me revuelve el estómago. Ni siquiera me reconozco. Nunca me había dado cuenta de que antes había una luz en mis ojos hasta que...

Desapareció.

Igual que Rory.

No me quedan lágrimas suficientes para llorar. No antes de que Theresa y un grupo de asistentes de boda se abalancen sobre mí para comenzar el proceso de embellecimiento.

De alguna manera, el tiempo pasa muy lento y rápido a la vez. El peinado y el maquillaje tardan una eternidad. Finalmente, se oyen ruidos debajo de la puerta.

Zapatos de tacón alto repiqueteando sobre el mármol. El tintineo de las copas. Las risas y las charlas de los invitados mientras entran para presenciar mi muerte metafórica en persona.

El rugido se hace cada vez más fuerte, una sinfonía que alcanza su crescendo.

«¿A cuántas personas invitaron Leo y los Petrov a este evento?».

Después de que los estilistas y maquilladores terminan de iluminar mi rostro cadavérico, llega el momento de ponerme el vestido. Leo eligió un vestido de princesa. El corpiño de encaje de la parte superior restringe mi capacidad pulmonar al menos en un setenta y cinco por ciento y se convierte en una explosión de tul.

Es el tipo de vestido de novia que elimina cualquier posibilidad de correr.

Estoy segura de que eso es exactamente lo que Leo pretendía.

La siguiente vez que veo mi reflejo en el espejo, *realmente* no me reconozco. Parezco una Barbie bailarina, pero con el cabello castaño oscuro.

Me pusieron tanto maquillaje en la cara que parece una máscara. No sé qué decir de mi cabello, salvo que está lleno de plumas y perlas y quién sabe qué más.

Theresa me adula durante unos segundos antes de que reaparezca la organizadora de bodas. Empieza a guiar a todo nuestro grupo hacia una puerta al otro lado del vestidor.

Los asistentes de la boda llevan mi cola y Theresa me toma del brazo mientras avanzamos lentamente. Atravesamos la puerta y, casi inmediatamente, me veo envuelta en un estruendoso aplauso.

Levanto la cabeza y veo un salón abierto lleno de invitados que vitorean con entusiasmo mi entrada. Estoy de pie sobre una pequeña plataforma que me recuerda al escaparate de un centro comercial. Hay un banco con un gran cojín de satén delante de una pared de cortinas de seda. Es como una cabina para *tomarse una foto con la novia*.

Lo siguiente que recuerdo es que estoy sentada en el banco de satén y una procesión de personas que nunca había visto antes se alinean para saludarme y desearme lo mejor para mi próxima boda con Maksim Petrov.

A ninguno le importa realmente si tengo suerte con mi marido. Ninguno espera a que les dé las gracias ni comentan mi falta de entusiasmo. En cambio, me quedo paralizada, como una muñeca a la que adulan antes de que pasen a felicitar a Leo.

Esto es por su beneficio, no por el mío.

Más de una vez, trago saliva mientras mi estómago se contrae por el miedo y el asco. En solo unas horas, seré la esposa de un tirano repugnante y abusivo.

Así es la mafia, ¿no?

Excepto que eso no es cierto. Recuerdo cuando creía que todos los mafiosos eran iguales, pero estaba equivocada. Rory era diferente. Y, por muy aterrador que me pareciera Finn Gallagher, él y su amigo también debían de ser diferentes. De lo contrario, su esposa nunca diría su nombre con esa mirada soñadora en sus ojos, y las risas de las gemelas no fluirían libremente dentro de la mansión Gallagher.

Extraño mucho a Rory.

Mi mente se llena de recuerdos del poco tiempo que pasé con él.

Puede que me secuestrara, me encerrara y me pusiera un localizador... Aun así, también me trajo materiales de arte...

compartió historias y *cupcakes* conmigo... se enfrentó a su propio jefe para protegerme... me hizo el amor.

Rory tomó riesgos. Asumió riesgos por *mí*.

Me puso por encima de él mismo, de sus órdenes, de su seguridad. Me hizo sentir que significaba algo para él. Y antes de darme cuenta, él significaba algo para mí.

Ahora era demasiado tarde para decírselo.

Rezo todos los días para que haya sobrevivido de alguna manera, pero no sé si es posible. Se estaba desangrando, solo, en una librería cerrada, y nadie sabía dónde estaba. El propietario no habría llegado hasta muchas horas después, y para entonces, él ya habría...

Mi garganta se contrae, un puño invisible de dolor la aprieta con fuerza.

La interminable fila de invitados a la boda y sus buenos deseos pasan ante mí como una imagen borrosa. Es como si estuviera en el centro de un carrusel, girando en círculos sin esperanza y sin un final a la vista.

Con ojos envidiosos, sigo a los meseros por la sala, observando las botellas de vino y las bandejas cubiertas de copas de *champagne*. Necesito desesperadamente una bebida.

Mi deseo de embriagarme se dispara cuando vuelven a estallar aplausos repentinos por toda la sala. Mi mirada recorre la multitud bien vestida hasta que veo a la gente separarse como el Mar Rojo alrededor de...

Mi futuro esposo.

Un nudo del tamaño de una bola de boliche se me forma en la garganta. Lo trago con tanta fuerza que me duele el pecho.

Con el acompañamiento musical de los vítores de amigos, familiares y socios, Maksim Petrov se me acerca con paso firme. Con un esmoquin negro a medida y una camisa blanca, podría resultar menos repulsivo si no fuera por la cruel mueca de su boca y la fría luz de sus ojos pequeños y brillantes. Me estudia fijamente, recorriendo mi cuerpo con la mirada y deteniéndose en la forma en que el corsé de mi vestido realza mis pechos. Quiero vomitar.

Mientras se pavonea hacia mi banco y se gira para dirigirse a la multitud, nunca en mi vida me he sentido tan disgustada.

Durante al menos cinco minutos, pronuncia un monólogo en ruso, provocando las risas del público a intervalos aleatorios. No deja de hacer gestos hacia mí, con su mirada pesada recorriendo mi cuerpo, y empiezo a darme cuenta de que debe de estar presumiéndome. Sobre nosotros.

Me da una palmada en el hombro desnudo con su mano carnosa, y el calor húmedo incita una oleada de náuseas. Me cuesta mucho esfuerzo no apartarme de su contacto. No es que a ninguna de estas personas le importe. Dudo que sepan siquiera mi nombre.

Cuando Maksim termina su discurso, la sala se llena de nuevo con el estruendo de los aplausos y vítores. Luego, lentamente, la multitud comienza a dirigirse hacia el otro extremo del salón, a otra sala donde supongo que se celebrarán nuestros votos. Mi corazón late con fuerza en mi pecho solo de pensar en caminar hacia el altar.

—Cariño. —Maksim me aprieta el hombro y me pone de pie con el mismo movimiento. Tiemblo y contengo un grito—. Escúchame. —Sus dedos gruesos me levantan la barbilla, obligándome a mirarlo—. Después de la boda, ve directamente a la habitación. Estoy cansado de esperar para probar mi compra.

Sus labios se curvan al pronunciar esas horribles palabras y luego enfatiza su deseo lamiéndolos.

Cuando me imagino a él metiéndose en la cama conmigo, no puedo evitar que mi voz refleje repugnancia.

—¿No sabes que es de mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia?

La ira se enciende en sus ojos.

—Por eso te *compré*. Para no necesitar suerte.

Me aprieta la barbilla con fuerza. Cuando no gimo ni chillo, su boca se abre en una sonrisa maliciosa.

—Va a ser divertido romperte. Estoy deseando ver cuánto aguantas antes de hacerte gritar.

Decido que soy una hipócrita. Cuando Rory les disparó a esos guardias afuera de la subasta, me horroricé, pero juro que, si alguien me pusiera una pistola en la mano, mataría a Maksim y seguiría durmiendo como una bebé.

—Es hora. —La voz suave y amable de la organizadora de bodas rompe nuestro tenso enfrentamiento—. La iglesia está lista para ambos.

Un escalofrío me recorre la espalda. Esto es. En cuestión de segundos, mi libertad pasará a manos de este imbécil.

Maksim se arregla la chaqueta del esmoquin y se dirige hacia las puertas de la iglesia. No lo miro mientras se aleja, porque Leo está detrás de la organizadora de bodas, vestido con un esmoquin negro y tan engreído como esta mañana.

Ni siquiera me molesto en abrir la boca.

Me agarra del brazo como lo hizo cuando me sacó a rastras de la librería y me arrastra hacia la entrada de la iglesia, siguiendo los pesados pasos de Maksim.

Este es el peor día de mi vida.

Me obligan a casarme con un monstruo, y el hombre responsable tanto de la boda como de acabar con mi oportunidad de ser feliz va a acompañarme al altar.

La iglesia en sí misma se asemeja a un invernadero de gran tamaño con zarcillos de flores de pétalos blancos que cuelgan del techo. Grandes pilares de mármol alinean las paredes a ambos lados de las abarrotadas bancas. El altar luce un arreglo floral de rosas blancas, frente al cual Maksim se para alto y orgulloso, esperando a su novia.

Todo el mundo se pone de pie. No puedo oír nada por encima del rugido de mi acelerado pulso, pero puedo ver mi perdición acercándose a toda velocidad, como un tren descontrolado que se dirige directamente hacia un precipicio.

Dejo que Leo me guíe por el pasillo central. Al final del pasillo, me empuja hacia Maksim. Es su forma de entregarme. Mi prometido toma mi mano con un apretón firme y me lleva hasta el altar.

No puedo apartar la vista de la sádica emoción de su rostro. Y entonces el mundo deja de tener sentido.

Pop.

De la nada, aparece un pequeño agujero negro en la frente de Maksim. Un pequeño hilo de sangre le resbala por la nariz.

La sorpresa le abre los ojos por una fracción de segundo antes de desplomarse. Maksim cae al suelo con fuerza, y el golpe sacude el altar.

Una salpicadura de sangre roja oscura y trozos de materia cerebral manchan el arreglo de rosas blancas que tenía delante solo unos segundos antes.

El *shock* me invade por completo.

Alguien acaba de dispararle a mi futuro marido.

Capítulo 35

Rory

Hago un gesto de dolor y retiro mi brazo armado mientras se desata el caos en la iglesia.

La boda De Luca-Petrov se convierte en un caos total y absoluto cuando Maksim cae al suelo. Los invitados gritan, se agachan y se dispersan, corriendo por el pasillo y escondiéndose debajo de las bancas para ponerse a salvo.

Le di justo entre los ojos a ese desgraciado en esmoquin.

Sabía que traer mi silenciador sería útil.

Cian y yo nos escondemos detrás de uno de los pilares del lado izquierdo del altar. No fue fácil colarnos en este lugar, y probablemente perderemos a algunos de los nuestros, sin embargo, una alianza entre los Petrov y los De Luca habría resultado en un número de víctimas infinitamente mayor para nosotros.

A pesar de que mi herida de bala arde como si alguien me hubiera clavado un atizador al rojo vivo, aprieto los dientes e ignoro el dolor. Finn y mis otros amigos intentaron convencerme de que me quedara atrás, pero que se jodan. Me niego a permanecer de brazos cruzados mientras la vida de Kiara pende de un hilo. Prefiero *morir* antes que dejar que De Luca la sacrifique ante ese hijo de puta de Maksim. Mataré a todos y cada uno de los rusos antes de que eso ocurra.

Y eso es exactamente lo que nos proponemos hacer.

Kiara permanece inmóvil como una estatua incluso después de que Maksim se derrumba a sus pies, manchando con su sangre el dobladillo de ese llamativo vestido pomposo. Todo mi ser me grita que corra hacia ella y la saque de ese altar antes de que comience el *verdadero* caos, no obstante, un momento después, me doy cuenta de que es demasiado tarde.

En la esquina trasera derecha de la iglesia, las bancas de madera crujen cuando los miembros de la mafia de Petrov las vuelcan para crear una barricada.

—*¿Cuántos?* —pregunta Darren por el auricular que llevo puesto.

Cian maldice entre dientes, asomándose por nuestra columna de mármol para contar a los hombres que empiezan a disparar desde detrás de su pequeña pared de bancas.

—Según mis cálculos, unos quince.

—*¿Rusos o De Luca?* —Se oye la voz grave de Finn a través del auricular.

Mis ojos siguen fijos en Kiara, pero respondo:

—Rusos.

—*Entendido*. —Finn silba una señal.

Tal y como estaba previsto, él, Darren y su escuadrón irrumpen en la iglesia por la salida de emergencia, disparando sus armas, con las balas surcando el aire mientras intercambian disparos con los rusos.

El estruendo estático y ensordecedor de los disparos rápidos, el ruido sordo de los cuerpos al caer, el hedor metálico de la sangre... Es un buen tiroteo a la antigua.

Escucho un llanto agudo y sollozos en ruso y miro hacia el ruido. Una mujer mayor se desploma sobre el cuerpo de Maksim, llorando sobre su pecho. Un hombre pequeño, Nikolai Petrov, me recuerdo a mí mismo por la información que me dieron de camino aquí, la agarra y la aleja de su hermano. Les grita algo en ruso a los otros hombres Petrov antes de arrastrar a la mujer fuera del altar. Kiara permanece inmóvil como un árbol todo el tiempo.

Cian y yo nos quedamos a un lado, escondidos entre el éxodo de invitados a la boda, pero no por mucho tiempo. Finn, Darren y su

equipo se dispersan por la iglesia, disparándoles a los rusos. Cuando llegan hasta nosotros, queda claro que nuestras dos facciones no son las únicas que quieren participar en la acción.

—¡A las tres en punto! —grita Cian.

Nos agachamos detrás de las gruesas columnas de mármol, mientras las balas llueven de lado sobre el espacio donde acabamos de estar.

La adrenalina corre por mi sangre, aliviando momentáneamente el dolor y dándome energía a pesar del agujero en mi pecho, que está más apretado que una maleta sobreempacada.

Manteniéndome cerca de la columna, miro en dirección al fuego enemigo.

Los soldados De Luca han creado su propia barricada en la parte delantera de la iglesia, en el lado izquierdo, y ahora ellos y los rusos disparan al unísono por el pasillo.

No podemos movernos.

Pero seguimos teniendo ventaja.

Porque hoy venimos preparados para luchar.

Los italianos y los rusos vinieron a comer pastel.

—Ahora —le gruñe Finn a Darren.

—Pensaba que nunca lo pedirías. —Darren lanza cartuchos de bombas de humo al centro de la habitación y una niebla plateada envuelve el campo de batalla plagado de flores.

Nuestros enemigos gritan y disparan hacia la niebla, no obstante, su puntería es peor ahora que no saben exactamente dónde estamos. Esperamos que se disparen entre ellos por accidente. ¿A quién no le gusta un poco de fuego amigo, siempre y cuando vaya dirigido al bando contrario?

Los dedos ásperos de Darren me agarran del hombro.

—¿Qué demonios estás esperando? —Me empuja hacia el altar—. Ve por tu chica.

Oculto por el humo, aprovecho para escapar, rodeando la columna hacia la iglesia, manteniéndome agachado mientras corro hacia la parte delantera del salón. Me duele moverme, no obstante, nada va a impedirme llegar hasta Kiara.

Ya casi estoy allí. A través de la neblina, aparecen la parte superior de las decoraciones de rosas y la silueta de Kiara.

Estoy tan contento de verla que podría ponerme a cantar.

Antes de llegar, Leo De Luca se lanza sobre ella, casi tirándola de la plataforma y empujándola hacia las sombras.

Los pierdo de vista.

«No. De ninguna maldita manera».

La madera chirría contra el suelo de mármol detrás de mí mientras los *Reyes Irlandeses* crean su propia barricada.

—*¡Adelante!* —ordena Cian a través del auricular que llevo puesto, aunque apenas oigo sus palabras.

Más disparos. Vuelvo a agacharme y, aunque una parte de mí quiere girarse y lanzarse a la lucha con mis amigos, me concentro en seguir adelante. Puede que esté herido, pero también estoy decidido.

Voy a proteger a Kiara. Voy a llevarla a casa.

Nadie va a herirla. Ni Leo, ni los Petrov.

Hoy no. Nunca más.

Es mía.

Y no hay nada que Leonardo De Luca pueda hacer al respecto.

La ira y la determinación se fusionan dentro de mí cuando salgo de la iglesia y me lanzo a las sombras más allá del altar.

Voy a encontrar a Leo y a la mujer que amo.

Es hora de que ese pedazo de mierda muera.

Después de rodear la parte trasera del altar, corro por el pasillo que rodea el exterior de la sala y solo me detengo cuando veo a Leo acorralando a Kiara en una esquina. La empuja contra la pared con tanta fuerza que oigo el golpe de su cabeza contra la piedra.

La ira me invade y enciende mi cuerpo.

Casi le disparo a Leo desde donde estoy, pero un error de cálculo podría costarle la vida a Kiara. No estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—*No te muevas* —demanda Leo como una bestia antes de girarse y salir corriendo hacia el otro lado del pasillo, de vuelta a la iglesia. No me vio. Bien.

En cuanto se marcha, corro hacia ella.

Levanta la cabeza de golpe en cuanto dejo de andar con cuidado para amortiguar mis pasos.

—¿Rory? —Su rostro se ilumina y las lágrimas brotan de sus ojos. Luego, casi me derriba con su vestido de novia de cinco toneladas. Casi caigo hacia atrás cuando se abalanza sobre mí, con el agujero en mi pecho ardiendo como lava.

No me importa. Me importa un demonio si se me abren los puntos.

Lo único que me importa es Kiara.

La abrazo con tanta fuerza que podría romperle las costillas, aspirando el aroma de su cabello oscuro. Huele deliciosamente. O tal vez solo estoy hambriento de estar con ella.

Hoy. Mañana. La próxima década. O tres.

Otra inhalación profunda. A pesar del dolor nauseabundo que me atraviesa, siento como si estuviera respirando por primera vez en más de dos semanas.

—¿Qué te echaron? ¿Un afrodisíaco?

—¡Creí que estabas muerto! —Su voz suena fuerte, entre sollozos entrecortados—. Creí que Leo te había matado. Estás vivo. ¡Dios mío, estás vivo!

Sus palabras me destrozan. Ha estado llorando mi muerte todo este tiempo.

—No te librarás de mí tan fácilmente. —Le doy un beso brusco en su hombro desnudo, y se echa hacia atrás para mirarme, con los ojos llorosos y aliviada.

Toma mi rostro entre sus manos y me mira a los ojos como si no pudiera creer que sea yo. Y yo... no puedo creer mi suerte de que la única mujer por la que estoy loco parezca estar igual de loca por mí.

¿Es así como se siente un milagro?

Su boca se abre, pero tendremos que esperar para seguir hablando. Estrello mis labios contra los suyos y la beso con fuerza. Enreda sus dedos en mi cabello, correspondiéndome con la misma intensidad.

—Te extrañé mucho —le susurro al oído.

—Vámonos de aquí. —Sus palabras me hipnotizan—. Solo tú y yo. Vayamos a algún lugar lejos de aquí y no miremos atrás.

Me abruma. Me sorprende no haber saltado hasta el techo solo por estos preciosos momentos a solas con ella.

Es como si no hubiera nadie más en el mundo excepto nosotros.

Y eso solo refuerza mi determinación de hacer que el mundo sea seguro para ella.

Y nunca estaremos a salvo juntos mientras ese medio hermano suyo siga respirando aire en lugar de descomponiéndose en una zanja.

—La respuesta es sí. —Le doy otro beso en los labios—. Pero primero tengo que hacer algo. ¿Dónde está Leo?

Kiara niega con la cabeza y las lágrimas vuelven a brotar de sus ojos.

—Rory, no. No luches contra él.

—¿De verdad creías que iba a dejar que ese desgraciado se saliera con la suya después de hacerle daño a la mujer que amo?

Se queda paralizada, con la boca abierta en una pequeña *o* de sorpresa.

—¿Q-qué?

—Ni siquiera entendía lo que era el amor hasta que apareciste en mi vida.

Pensé que admitir mis sentimientos sería un reto, sin embargo, en cuanto lo hago, un peso se levanta de mi pecho. Ella debería saberlo, aunque nunca pueda corresponderme. Estoy bastante seguro de que se preocupa por mí. Y eso es suficiente. Mucho más de lo que alguien como yo se merece.

—También te amo. —Sus palabras salen entrecortadas y ahogadas, pero no importa.

Mis manos tiemblan por la conmoción. No me doy cuenta de que la estoy apretando con fuerza contra mi pecho hasta que el dolor me azota.

Mi visión se llena de puntos negros, aunque lo acepto sin dudarlo.

—¿Cómo puedes... estás segura de que... aunque sea *así*? ¿De verdad me amas, aunque te merezcas algo mucho mejor?

Asiente con la cabeza, rozando su nariz contra la mía.

—De verdad te amo. —Se ríe, pero suena más como un sollozo —. Realmente te amo, y ni siquiera sé tu apellido.

¿Qué era eso de un agujero en mi pecho? Porque ahora no lo siento. Lo único que noto es la oleada de alegría y la sangre que me corre por todo el cuerpo mientras admiro su tan hermoso rostro.

—O'Connor.

Su bonita sonrisa actúa como una endorfina natural.

—Rory O'Connor. Me gusta.

—Y tú me gustas. No, te amo. —Probablemente, mi sonrisa sea ridícula, mas no me importa—. Kiara, estoy tan...

Una nueva ronda de disparos llama mi atención. Mierda. Casi se me olvida dónde estamos. Con un gemido, le beso la frente y me aparto.

—Mantente escondida. —Me cuesta un gran esfuerzo apartar la vista de su precioso rostro. Me doy la vuelta y echo a correr en la misma dirección que Leo.

Es hora de acabar con esto.

Capítulo 36

Kiara

No, no, no.

Acabo de recuperar a Rory y ahora ¿se va a luchar contra Leo por su cuenta?

El pánico me impulsa a actuar. No puedo permitir que esto suceda. No puedo permitir que le pase nada a Rory. Dijo que soy la mujer que ama.

Él también *me* ama.

Con manos feroces, agarro el vestido de novia que me impide mover las piernas y empiezo a rasgar la tela tan rápido como puedo. No me detengo hasta que un montón de tul desechado yace en el suelo a mis pies.

Dios mío, estos tacones no parecían tan difíciles de llevar hasta ahora, cuando estoy corriendo a toda velocidad tras Rory y Leo. Solo pierdo un par de segundos quitándomelos de los pies.

«Por favor, Dios, no dejes que le pase algo».

La última vez que se enfrentaron, Rory recibió un disparo. No puedo volver a pasar por eso. No puedo ver cómo cae al suelo. Esta vez, tengo que hacer algo.

Ese futuro que pasó ante mis ojos cuando cayó, sangrando... Lo quiero. Quiero ese futuro con él más de lo que he querido algo en mi

vida. Y ahora que sé que es posible, que también quiere estar conmigo, voy a luchar por ello.

Con todo lo que tengo.

Hasta que se me acabe el aire para respirar.

Mis pasos quedan bien ocultos bajo el estruendo de las balas que silban de un lado a otro de esta iglesia.

No sé con qué me voy a encontrar, pero espero caos.

Lo que no espero son todos esos cuerpos.

Hombres con los tatuajes de nuestra familia en la piel yacen esparcidos detrás de la barricada. Parece más un recinto de cadáveres que un puesto de combate.

¿Qué demonios pasó aquí?

Mientras el terror, las náuseas y el pánico me ahogan, mi mirada se posa en los rostros de los muertos, rezando para que Rory no esté entre ellos.

El aire sale a borbotones de mis pulmones cuando me doy cuenta de que no está.

Una bala silba junto a mi oreja, distorsionando mi sentido del oído. Demasiado tarde, me tiro al suelo, mis rodillas cubiertas de satén golpean el suelo de piedra. Me arrastro hacia el borde de la barricada, con el corazón apretado mientras veo a mi alrededor, hacia el centro de la habitación.

La niebla ha comenzado a disiparse. Algunas esquinas siguen envueltas en sombras humeantes, pero el centro se ve cada vez más nítido.

Oh, Dios.

Ahí.

Rory. Leo. Están...

Encerrados en una pelea salvaje.

Con el corazón en la garganta, no puedo apartar la vista de la espeluznante escena en la que los dos hombres que más han marcado mi vida intercambian puñetazos y disparos.

Un grito ahogado se escapa de mi boca cuando Rory golpea a Leo con el revés de la mano, pistola en mano.

Leo lo toma sin quejarse, con sangre brotando del labio recién partido. Lanza un rugido y derriba a Rory al suelo, quitándole de un

golpe el arma en el forcejeo.

—¡No! —Mi grito se pierde entre el volumen del caos que se desarrolla a mi alrededor

Rory y Leo se revuelcan por el suelo en una lucha total.

A su alrededor, otros de los *Reyes Irlandeses* están en peleas con los soldados de Petrov. En el altar, dos Petrov agarran el cuerpo de Maksim y arrastran su cadáver hacia una salida, dejando un rastro de sangre a su paso.

Sin embargo, no puedo apartar la mirada de Rory y Leo. Ni por un segundo.

Leo golpea a Rory una vez. Dos veces. Con cada golpe, se me oprime el pecho.

Leo deja escapar unos gruñidos decididos, y el terrible golpe de su puño cada vez que golpea la cara de Rory me está matando.

Rory lo empuja y se lanza por el arma tirada. Al estirar el brazo, su rostro se contrae de dolor.

Su pecho... Tiene un agujero literal en el pecho, y aun así vino. Debería estar en el hospital, no obstante, se enteró de que Leo me iba a entregar en matrimonio hoy y vino para rescatarme.

Al igual que aquella maldita noche en la librería, la cantidad de amor que crece en mi pecho amenaza con abrumarme.

Esta noche no puede terminar de la misma manera. Esta vez, tengo que ayudarlo.

Me arrastro hacia la pelea, pero me quedo paralizada cuando Leo se endereza hasta alcanzar su máxima altura. Patea el arma de Rory fuera de su alcance y le clava en el pecho la punta de su zapato italiano de suela dura.

El fuego me consume la sangre.

Una cosa es que ese psicópata me haga daño.

Ver cómo le hace daño a mi hombre me vuelve homicida.

Salgo disparada de detrás de la barricada De Luca, con la mirada fija en la pistola de Rory, que sigue deslizándose por el suelo de mármol. Golpea el escalón inferior del altar y estoy allí para agarrarla.

Sin pensarlo dos veces, agarro el arma y apunto a la espalda de Leo.

Me tiemblan las manos y no tengo un tiro claro, mas eso no va a detenerme.

Leo retira la pierna, listo para volver a darle una patada a Rory. Libero todo el poder de mi voz con un grito.

—*¡Para!*

El sonido hace que más de un hombre levante la vista, aunque Leo es el único que me importa en este momento.

Gira la cabeza por encima del hombro y me mira fijamente, viendo lo que estoy a punto de hacer. Gira el resto de su cuerpo para observarme, con más furia y odio en su rostro que jamás había visto.

—Un pequeño insecto con una pistola. —Da un paso tranquilo en mi dirección y se ríe entre dientes—. Patético.

Entonces, se abalanza sobre mí, rápido y furioso. Más rápido de lo que puedo apretar el gatillo. De hecho, no puedo hacer nada antes de que Rory derribe a Leo al suelo por detrás. Los dos caen a diez pasos de donde estoy.

Mientras forcejean, Rory lo agarra del cabello y le golpea la cara contra el suelo de piedra.

Con un rugido ahogado, Leo balancea salvajemente el codo hacia atrás y lo golpea en el estómago. Lo que no puede ver es que, detrás de él, los *Reyes Irlandeses* ya ganaron. Los rusos se están retirando y él es el último De Luca con vida.

Aparte de mí.

Leo lanza un aullido de rabia, se libera de debajo de Rory y se abalanza sobre mí. Rory intenta derribarlo, pero esta vez no necesito ayuda.

Le apunto con la pistola al pecho, aprieto el gatillo una vez, dos veces, y las balas salen disparadas. A mi primo, mi medio hermano, se le escapa una mezcla entre un jadeo y un hipo cuando ambas balas le atraviesan el corazón.

Una por lo que le hizo a Rory. Y otra por lo que me hizo.

Leo no tiene fuerzas para agarrarse el pecho antes de caer a mis pies, desangrándose sobre el suelo de la iglesia.

Me observa fijamente, exhalando sus últimos suspiros. El *shock* le ensancha los ojos mientras yace allí. Muriéndose.

No tendrá la oportunidad de volver a subestimarme.

Dejo caer el brazo, con la pistola de Rory colgando de mis dedos. Las lágrimas de ansiedad manchan mis mejillas, aun así, consigo sonreír mientras me inclino para darle un último adiós.

—Jódete.

Solo pasa un momento antes de que Rory esté allí, quitándome la pistola de la mano floja y rodeándome la cintura con su otro brazo. No me doy cuenta hasta que está allí sosteniéndome, pero estoy a tres segundos de desplomarme.

Mi cabeza cae sobre su hombro, mis ojos aún fijos en el rostro de Leo. El último hombre de mi familia está muerto.

Esta horrible, espantosa y brutal familia en la que he estado atrapada toda mi vida ha desaparecido. Todas las personas de la tierra que comparten mi sangre se han ido.

Y yo apreté el gatillo.

Los días en los que Leo me aterrorizaba han terminado.

—Estoy muy orgulloso de ti. —El suave beso que Rory deposita en mi mejilla húmeda me reconforta de alguna manera.

—Nunca imaginé que mataría a Leo... —Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada cálida y agotada—. Pero creo que es la mejor idea que he tenido en todo el día.

Capítulo 37

Rory

Leonardo De Luca está muerto.

Ese hecho, aunque satisfactorio, no es muy importante.

¿Por qué debería desperdiciar otra neurona pensando en ese desgraciado cuando Kiara está a mi lado, mirándome con amor en los ojos?

Soy el idiota más afortunado del mundo.

Una estampida de pasos rompe el silencio momentáneo que se instaló en la iglesia. El instinto me impulsa a ponerme delante de Kiara, pero la gran alarma que se desata en mi pecho se calma cuando reconozco que los soldados que entran en la sala son los nuestros.

Unos cuarenta.

Cian aparece a mi izquierda.

—¿Quién pidió refuerzos?

—Ni idea... —Estoy a punto de responder cuando la multitud de soldados se abre y el mismísimo Shane Gallagher entra en la sala.

—*Da?* —Finn está tan confundido como el resto de nosotros.

—Traje refuerzos, pero veo que no los necesitan. —Shane se yergue en el centro del caos, evaluando los daños—. Pensé que los rusos pondrían más resistencia.

—Al principio sí lo hicieron. —Darren señala con la cabeza el altar ensangrentado y lleno de sesos, que parece la decoración de una película de terror—. Al final, recogieron a sus caídos y se marcharon.

—Nos facilitaron el trabajo. —Finn parece medio aliviado, medio preocupado—. De todos modos, no queremos estar en guerra con ellos.

Cian pasa por encima de varios cadáveres para unirse a Finn.

—Quizás ahora sea inevitable... ya que Rory le disparó en la cara a su príncipe.

Kiara me toca el pecho.

—¿Hiciste ese disparo?

—Estaba junto a mi chica. —La abrazo con fuerza por la cintura.

—Buen trabajo, todos. —Aunque el elogio brusco de Shane no es nada comparado con la sonrisa de Kiara, aunque sigue siendo agradable de escucharlo después de este maldito desastre—. Habría sido una pesadilla si este matrimonio hubiera tenido éxito.

—Limpien todo esto —ordena Finn a los recién llegados—. Rory, deberías volver al hospital. Parece que se te abrieron los puntos.

Kiara jadea a mi lado, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente mi pecho.

—¡Estás sangrando!

Eso es lo que menos me preocupa.

—No pasa nada, solo estoy...

—Rory. —Shane se me queda viendo con el ceño fruncido—. Kiara y tú no tienen por qué quedarse para la limpieza. Vengan, yo mismo los llevaré de vuelta a la mansión.

Kiara y yo intercambiamos una mirada y le dedico una sonrisa.

—¿Vienes a casa conmigo?

Lo digo en forma de pregunta, pero si dice que no, pienso seguir persuadiéndola hasta que cambie de opinión.

—De acuerdo —susurra.

La atraigo hacia mí mientras seguimos a Shane fuera de la iglesia, con Finn, Cian y Darren detrás.

Cuando llegamos a la acera, cerca del coche de Shane, una voz familiar nos detiene.

Me giro y veo a Thomas Brennan corriendo hacia nosotros desde la iglesia

—Hombre, eso fue una locura. Supongo que ya no tendremos que preocuparnos más por De Luca.

A diferencia del resto de nosotros, parece impecable y milagrosamente sin sangre.

A pocos pasos de distancia, se detiene en seco.

—¿Qué crees que estás haciendo? Apunta eso hacia otro lado.

Cian mantiene su arma apuntando a la frente de Thomas.

—No, no creo que lo haga. Es curioso. Cuando llegué temprano para inspeccionar el lugar, te vi en el estacionamiento dirigiéndote a la iglesia.

Thomas palidece antes de esbozar una risa falsa.

—Mira, no sé qué crees que escuchaste, pero estoy seguro de que ha habido algún tipo de error...

Cian inclina la cabeza hacia un lado.

—Entonces quizás puedas explicarlo. ¿Qué tipo de error implicaría que estuvieras hablando por teléfono y dijeras: "si me echas a perder esto, De Luca, te juro que te destruiré y a ese pedazo de mierda ruso"?

Me quedo con la boca abierta, Kiara jadea y Darren murmura:

—¿Qué demonios? —Lo que resume bastante bien mis sentimientos también.

Thomas Brennan, que no estaba al tanto de esta ofensiva, que no estaba con Shane cuando él y los refuerzos llegaron. Thomas Brennan, un general de los *Reyes Irlandeses*. Padre de las gemelas y el hombre al que hemos estado respondiendo desde que éramos adolescentes y soldados novatos.

Thomas Brennan, la mano derecha de Shane.

Thomas Brennan, que aparentemente se dirigía al lugar de la boda De Luca-Petrov mientras hablaba por teléfono con el ahora fallecido responsable de ese desastre.

La ira me consume por completo.

Todo este tiempo...

Finn da unos pasos hacia él, con una vena hinchada en el cuello.

—¿*Eres* el traidor?

La redada policial, el incendio en el club, enviar a Dax Moreland a secuestrar a Kiara en medio de la noche para devolverla a Leo. El dinero y el respeto que perdimos. Los hombres que murieron.

Todo este tiempo, él fue quien nos engañó. Quien nos traicionó.

La conmoción me invade una y otra vez, como olas incesantes que rompen contra la orilla.

Levanto mi arma al mismo tiempo que Darren, apuntando con el cañón al hombre que sigue allí paralizado, como si pensara que no lo veremos si finge que no estamos aquí. Quiero volarle los sesos por toda la acera.

Pero la furia que recorre cada parte de mi cuerpo no debe de ser nada comparada con la de Shane. Nos empuja a los cuatro y se acerca para bajar mi pistola.

Nunca lo había visto tan... frío. La rabia en sus ojos es suficiente para *hacerme* temblar.

—Así que fuiste tú. —Shane hace un gesto con la mano y Cian y Darren se apresuran a agarrar a Thomas por los brazos y lo inmovilizan—. No hace falta que te diga lo que les pasa a los traidores.

—¿Por qué? —ruge Finn, haciendo la misma pregunta que todos estamos pensando.

Pero Shane levanta la mano, como para frenar la ira de su hijo.

—Tendrás tu oportunidad de interrogarlo. —La voz grave y mortal de Shane devora el aire como el fuego—. Todos la tendrán. —Acorta la distancia entre él y su antiguo general—. Thomas Brennan, tendrás la *despedida de la Familia*.

Esas cuatro últimas palabras provocan un silencio venenoso en la acera.

Todos y cada uno de los miembros de la mafia *Reyes Irlandeses* saben que la despedida familiar es el precio más alto que puede pagar un traidor. Solo el jefe de la *Familia* puede condenar a alguien a ello.

Y la orden, una vez declarada, es definitiva.

No se puede revocar. No se puede detener.

Todos los miembros del clan torturarán a Thomas Brennan por turnos antes de que Shane Gallagher haga lo peor y le aseste el

golpe final.

Al final de todo esto, Thomas estará irreconocible.

Después de sufrir palizas de más de cien hombres, cualquiera lo estaría.

Una oscura, morbosa y sádica anticipación comienza a agitarse dentro de mi pecho. Estoy deseando contribuir a la desaparición de Thomas Brennan con mis malditos puños desnudos.

Finn se cruje los nudillos a mi lado, preparándose para el mismo placer.

Después de todo lo que nos robó, lo menos que podemos hacer es romperle algunos dientes. Arrancarle algunos dedos de las manos y los pies.

No es que los vaya a necesitar en el infierno.

Shane señala con la barbilla a los soldados de menor rango que salen del recinto.

—Llévenlo a casa y enciérrenlo en el agujero.

Arrancan a Thomas de las manos de Darren y Cian. Patea y se resiste, con ruidos de ira y rebeldía saliendo de su feo rostro mientras se lo llevan a rastras.

El agujero es la celda del sótano de la mansión reservada para los peores de los peores.

Solo las personas a las que pretendemos torturar hasta la muerte son arrojadas a ese pequeño y oscuro recinto.

Desde que Shane liberó a ese imbécil de Troy, de la Mafia de *Red Hill*, después de que Finn casi lo matara, Thomas Brennan tendrá todo el lugar para él solo.

Después de que se hayan llevado al traidor, Shane señala los coches con voz ronca y desdeñosa.

—Vamos a casa.

Aprieto la mano de Kiara.

—¿Escuchaste, dulzura? Es hora de irnos a casa.

Capítulo 38

Rory

—¿Adónde vamos? —Kiara se acurruca un poco más contra mi brazo mientras caminamos. Rápidamente, se está convirtiendo en una de mis cosas favoritas.

—Ya lo verás. —La sonrisa se eleva fácilmente en mi rostro, como el ritmo que Kiara y yo adoptamos casi desde el primer momento en que nos conocimos.

—Ajá. —Me lanza una mirada de reojo que no le devuelvo—. ¿Y piensas hacerte el señor *sexy* y misterioso todo *el día*, o solo hasta la hora de comer...?

Esta noche pagará por ese sarcasmo, lo que solo hace que mi sonrisa se amplíe.

Le presiono un beso en la sien.

—¿Sabes algo de Mae?

—¡Sí! —Sonríe—. Gracias por ayudarme a localizarla. Nunca habría sabido cómo encontrarla.

Fue difícil, pero valió la pena ver la expresión de Kiara. Le doy un beso en la mejilla.

—No fue nada. Vamos, por aquí —indico, guiándola al otro lado de la calle.

Bajo el brazo izquierdo llevo una de las pinturas de su madre envuelta en papel marrón. Un *Libertas* original.

Si pudiera volver atrás y decirle a mi yo de niño que algún día caminaría por una calle de *New York* con una obra de arte de talla mundial bajo el brazo y un cuadro de un millón de dólares bajo el otro, no creo que me creyera.

Probablemente, tampoco creería que algún día su madre no recordaría su rostro. Esa familiar punzada de pérdida ambigua, de amarga impotencia se extiende por mí. También empaña mi sonrisa rápidamente.

No estoy del todo seguro de que sea una buena idea, no obstante, sí sé que hace mucho tiempo que no tenía fuerza para venir aquí.

Pero gracias a Kiara, hoy sí la tengo.

Cuando doblamos la última esquina y nos encontramos frente al centro de asistencia para personas mayores donde vive mi madre, todo el humor de Kiara se desvanece.

Ambos nos detenemos y me mira con ternura en sus ojos.

—¿Por qué no me dijiste que vendríamos aquí?

—No tienes por qué entrar conmigo si no te sientes cómoda.

—No, tonto. —Me da una palmada en el brazo—. Para poder traerle algo bonito. Es tu madre.

A veces, Kiara De Luca es tan dulce que me atraviesa el corazón como una flecha. No sé cómo consigue ser tan amable después de la vida que ha tenido.

Y no sé cómo conseguí atrapar a una chica así y mantenerla a mi lado. Si soy sincero, todavía me sorprende.

Le doy un beso en los labios, suave y lento, como le gusta cuando no estamos solos en nuestra habitación.

—No te preocupes. —Acerco nuestras frentes—. Le estás trayendo algo.

Me preparo mentalmente mientras entramos.

Ese olor artificialmente agradable que apenas disimula la mezcla de almizcle de los productos de limpieza, los suministros clínicos y los ancianos asalta mi nariz. Tomamos un ascensor de los años setenta que sube doce pisos, recorremos dos pasillos y nos detenemos en la tercera puerta a la derecha. Hemos llegado.

La *suite* de mi madre.

Aquí estoy... Presentando a la mujer que amo a la otra mujer que amo.

Mi madre está sentada en un pequeño sillón marrón, hojeando una revista. Es delgada, con un chal rosa colgando holgadamente sobre sus hombros y sobre su falda marrón. Tiene la frente y las mejillas arrugadas, y su cabello castaño rojizo que tiene abundantes mechas grises, pero sigue siendo la mujer más hermosa que he visto nunca.

Bueno, aparte de Kiara.

—Tiene visitas, señora O'Connor. —Su enfermera nos hace un gesto mientras nos acercamos al centro de la habitación.

Mi madre nos mira fijamente con sus ojos color avellana.

No tiene ni idea de quién soy.

Después de un momento, esboza una sonrisa cortés, mostrando sus dientes rectos y blancos.

—Hola.

—Los dejo charlando. —La enfermera se marcha.

Poco a poco, Kiara y yo nos sentamos en el pequeño sofá frente a mamá.

—*Ma*, hay alguien a quien quiero presentarte. —Tomo la mano de Kiara.

—Hola. —Su sonrisa se ilumina—. Es un placer conocerla.

Desenvuelvo el cuadro con dedos temblorosos.

—Te trajimos algo. —Después de destrozar el papel y el cordel, muevo *Over the Moon* hacia ella para que pueda verlo en la posición correcta. La obra de arte es una interpretación soñadora y surrealista de la vaca saltando sobre la luna, una de sus favoritas.

Convencí a Shane para que lo comprara para nuestra biblioteca y, antes de colgarlo allí, quería enseñárselo a mi madre.

Mamá se empapa de la pintura, trazando las curvas de las pinceladas en el aire sin tocar la superficie.

—Es... hermoso. —Lo sostiene en alto para verlo mejor—. ¿Es un *Libertas*?

A Kiara se le escapa un pequeño grito ahogado antes de taparse la boca. Sus ojos comienzan a brillar.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Un original.

—Solía... llevar a mi hijo a ver cuadros como este.

—Lo recuerdo, *Ma.*

Cuando me mira, sus ojos se arrugan, como si estuviera buscando algo a través de la niebla.

—¿Es ese... mi Rory?

Me golpea justo en el hueco de mi pecho.

Un raro momento de lucidez.

Mi mente morbosa se pregunta inmediatamente si será *el* último.

Sin embargo, aparto ese pensamiento. Por un momento, mi madre está de vuelta. Ella... me recuerda.

Maldición, casi se me saltan las lágrimas.

—Sí, *Ma*. Soy yo.

Una cálida sonrisa ilumina su rostro cansado y bondadoso. Se vislumbran rastros de su yo más joven.

Seguimos recordando las pinturas que creó la madre de Kiara. Kiara incluso interviene, recordando haber *visto* a su madre pintar algunos de ellos.

Y entonces mi madre suelta de repente:

—Rory, ¿esta es tu esposa?

Mi corazón da dos volteretas.

¿De dónde demonios salió eso?

Kiara y yo intercambiamos una mirada de sorpresa antes de que me aclare la garganta y mire a mi madre. ¿Cómo demonios llegamos *aquí* tan pronto?

—No, pero... la amo, y si me acepta, sería un honor para mí ser su esposo.

—¿De verdad? —pregunta Kiara con voz emocionada.

—En serio. —Le tomo la mano y la miro a sus ojos brillantes—. Desde que nos conocimos, contigo no ha habido más que una sorpresa detrás de la otra. Creo que empecé a enamorarme de ti cuando te vi bajar por la fachada de la casa como un pequeño mono araña intrépido.

Su risa se convierte rápidamente en un sollozo de felicidad.

Con el pecho ligero y mi madre como testigo, no tengo ningún problema en decir las palabras.

—No se me ocurre nada que desee más que convertirte en Kiara O'Connor.

Kiara se queda sentada en silencio durante unos minutos. Tanto tiempo que empiezo a preocuparme de que vaya a decir que no, o que prefiera morir antes que casarse conmigo, o...

—Sí. —Baja la mano y me dedica la sonrisa más brillante y bonita que he visto nunca—. Sí, me casaré contigo.

Ella me ilumina por dentro como el Cuatro de Julio.

Mamá suspira un poco. Le doy un vistazo mientras se seca los ojos, con el rostro radiante y una sonrisa que no veía desde hace *años*.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Se inclina hacia delante en su asiento y me agarra la otra mano.

Recordaré este día por el resto de mi vida.

Es un claro recordatorio de cómo el poder del arte me regaló un día más con mi madre. Ese mismo arte también provocó la caída de un imperio mafioso.

Pero lo más importante es que el arte trajo a Kiara a mi vida. Y pronto, mi pequeña pintora será oficialmente mía.

Mi teléfono suena con un mensaje de texto. Echo un vistazo a la pantalla y sonrío.

—¿Qué es tan divertido? —inquiere Kiara.

—Es Cian en el *chat* grupal. Ahora que todos estamos emparejados, dice que Darren es el último hombre que queda libre y que es solo cuestión de tiempo de que también caiga.

Mis dedos vuelan sobre las teclas antes de pulsar enviar.

Estoy de acuerdo. Quizás encuentre a la chica de sus sueños en Las Vegas.

Pronto nos dirigiremos allí para la boda doble de Finn y Cian con Riley y Harper. Debería ser divertido.

La respuesta de Darren llega unos segundos después.

A la mierda eso. Las únicas mujeres con las que pienso interactuar en Las Vegas son aquellas que están de acuerdo con una buena follada de solo una noche. Nunca me verán comportándome como un enamoradito como ustedes, patéticos.

Kiara, que lee por encima de mi hombro, silba entre dientes.

—No debería haber tentado al destino de esa manera.

—¿Verdad? Quizás inconscientemente quiere sentar cabeza y aún no lo sabe.

La respuesta de Finn lo dice todo.

Famosas últimas palabras, idiota. Recuerda, cualquier cosa puede pasar en Las Vegas.

El fin

¿QUÉ SIGUE?

¿Quieres más? Sigue leyendo para conocer un adelanto de *DULCE TRAICIÓN*, el cuarto libro de la serie *Reyes Irlandeses.*

Veronika se cuela en una boda mafiosa para robar información, pero cuando su objetivo ejerce su peligroso encanto sobre ella, se ve obligada a confiar en el mismo hombre al que se le envió para engañar.

DULCE TRAICIÓN
AVANCE

CAPÍTULO UNO
Veronika

Corro a toda prisa por los pasadizos ocultos del *Sanctuary Hotel and Resort*, una lujosa y enorme monstruosidad en el *Strip* de *Las Vegas*, como si me estuvieran persiguiendo. No me persigue nadie, pero si no mantengo este ritmo, podría replantearme mis acciones y perder el valor.

Afortunadamente, el personal del hotel que se apresura por los amplios pasillos me ignora. Por mi rápida visita de reconocimiento de

esta mañana, sé que el espacio para eventos del hotel se encuentra más adelante, a la derecha.

Dudo, mirando por encima del hombro. No es demasiado tarde. Si doy media vuelta, nadie se dará cuenta.

Excepto... Lucy.

Su dulce rostro brilla en la oscuridad de mi mente ansiosa.

Si no sigo adelante con mi plan, Lucy podría estar perdida para siempre.

Y ya he perdido a suficientes personas en una sola vida.

El corazón me late con fuerza entre las costillas. Una vez que llego a la cocina, miro a través de una ventana estilo submarino hacia la cocina. Los cocineros y los meseros, vestidos igual que yo, se apresuran, preparando aperitivos, colocándolos en grandes bandejas ovaladas y llevándolos rápidamente a la recepción a través de unas enormes puertas batientes dobles al otro lado de la sala.

Trago saliva al pensar en lo que, o más bien, en quién me espera al otro lado.

—¿Nombre? —Ladra la voz impaciente de una mujer sobre mi hombro.

Levantando ambos pies en un *petit sauté* tan perfecto que habría llenado de orgullo a mis maestras de *ballet* de la infancia, giro para observarla.

Una mujer alta y malhumorada, vistiendo un traje con pantalón negro, me lanza una mirada malvada mientras consulta una lista en su portapapeles. Le proporciono la identidad ficticia que añadí al directorio del personal cuando hackeé la página *web* del *Sanctuary*, y suspiro de alivio cuando marca el nombre y me entrega una tarjeta de identificación.

—Adentro. Ahora. Es un cliente muy importante y llegas tarde. —Señala con el dedo hacia la puerta detrás de mí—. Si no necesitáramos ayuda extra, te despediría. Ve a ayudar a repartir los aperitivos.

Asiento con la cabeza y me apresuro a entrar en el caos sofocante de la cocina.

Bozhe moy. Por un segundo, pensé que estaba jodida.

Apretando los dientes y aferrándome a mi valor interior, agarro una bandeja de aperitivos de la encimera y me pongo en fila detrás de los meseros que ingresan al salón de baile.

Cuando atravesamos las puertas batientes, mi boca se abre en un silencioso *wow*.

Estuve aquí esta misma mañana, mientras el personal del evento aún preparaba todo para la noche.

¿Transformación que lograron en las últimas ocho horas?

Nada menos que mágica.

Arreglos florales tan altos como yo adornan cada mesa redonda cubierta con manteles de lino. Rosas de color coral y rosa brillante caen de esbeltos jarrones de cristal. Una amplia pista de baile domina el centro de la sala, rodeada de grupos de personas vestidas de gala.

No puedo verlo, pero sospecho que añadieron un escenario en el extremo más alejado del espacio. Las cabezas de una pequeña orquesta flotan sobre la multitud, y una hermosa música de *jazz* se oye desde esa dirección.

Dos enormes pancartas cuelgan de las paredes, cada una con una foto ampliada de las felices parejas, porque sí, se trata de una boda doble.

Y no es una boda doble cualquiera, sino una en la que participan hermanas gemelas idénticas. Si no lo hubiera sabido de antemano, habría pensado que se trataba de una extraña relación poliamorosa hermanas-esposas.

Una vez que empiezo a andar alrededor, mis nervios se calman.

Podría trabajar en eventos de *catering* de alta gama como este con los ojos cerrados. Mi antigua jefa solía decir que las habilidades que aprendíamos como personal de servicio nos serían útiles para el resto de nuestras vidas, y vaya, tenía toda la razón.

Equilibro una gran bandeja de aperitivos contra mi antebrazo y mi palma, utilizando la bandeja como una capa de invisibilidad para acercarme a las criaturas de este lujoso hábitat.

Todo el lugar vibra con una energía bulliciosa y festiva. Me deslizo por el perímetro de la sala, sirviendo a los invitados y

revisando al mismo tiempo las posibles rutas de escape y la ubicación de las cámaras de CCTV.

Mi ansiedad aumenta unos cuantos puntos cuando cuento más de cincuenta cámaras de seguridad. Casi una por metro cuadrado del salón de baile. No es lo ideal.

Aparte de las puertas que dan a la cocina del *catering*, solo hay dos salidas, ambas ocultas por parejas de fornidos guardametas tatuados y armados.

«Bueno, definitivamente estoy en el lugar adecuado».

El pánico me oprime el estómago. Recurro a cada gramo de mi antiguo entrenamiento de *ballet* para mantener mis movimientos fluidos y controlados.

Mientras escaneo a la multitud, veo a los dos novios. Una cicatriz irregular divide en dos el rostro del grande y aterrador, Finn Gallagher, atravesándole la mejilla y el labio. Cian Mahoney, que está de pie junto a Finn, desprende un aire de *playboy* con su bonito rostro y su sonrisa perezosa. Observo la ubicación del padre del novio con la cicatriz, Shane Gallagher, el jefe de los *Reyes Irlandeses*, porque definitivamente quiero mantenerme alejada de él.

Tiemblo. No te metes con este tipo de personas... no si quieres seguir con vida.

Sigo estudiando los rostros. Necesito a alguien lo suficientemente importante como para que su teléfono tenga información confidencial que me ayude a encontrar a Lucy, pero que también esté lo suficientemente alejado de la boda como para que pueda acercarme y conseguir lo que necesito sin que me detecten.

Un socio borracho podría servir, aunque en este momento no se me ocurre ninguno.

Y entonces mi mirada se fija en él.

Sentado solo en una mesa alejada del bullicio, el hombre abre y cierra metódicamente un encendedor como si estuviera aburridísimo.

Me dirijo hacia él, ofreciendo vieiras envueltas en tocino y *crostini* con queso de cabra e higos a un nuevo grupo de invitados a la boda que encuentro por el camino.

Cuando levanta la cabeza, me invade una sensación de reconocimiento, junto con un cosquilleo de algo más. Algo que no puedo permitir que me distraiga.

Pero qué... *Bozhe moy,* es aún más llamativo en persona que en sus fotos en línea.

Cabello rubio corto, pulcro y perfectamente peinado. Mandíbula cuadrada. Y los ojos más hipnotizantes que jamás he visto. De un azul impactante, con una mirada penetrante y una alerta inquietante a pesar de su aura de distanciamiento.

Entre ese rostro y la forma en que le queda el esmoquin, es una maravilla que no se esté ahogando entre las damas de honor cachondas.

Aparte de sus dedos jugando con el encendedor, todo su cuerpo parece peligrosamente inmóvil.

El hombre saca su teléfono del bolsillo para leer un mensaje y, tras echar un vistazo, lo deja sobre la mesa boca abajo.

Mi corazón da un salto. Puede que sea mi mejor oportunidad.

El nerviosismo que se retuerce en mis entrañas se extiende hasta que todo mi cuerpo se siente como una gran infestación. Me imagino la cara de Maya en mi mente. Mi mejor amiga. Sus ojos oscuros y pensativos y su piel color miel. Su hermana Lucy, que también podría ser mi hermana, fue secuestrada hace dos semanas después de una audición para modelos.

Maya y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Tras pasar por el sistema de acogida cuando éramos niñas, aprendimos a cuidarnos la una a la otra, porque nadie más lo haría.

Hago esto por Lucy. Por Maya. Por mí.

Por todas las niñas y mujeres que necesitan ayuda y no tienen a nadie.

Cuando los ojos de Darren Kelly se encuentran de repente con los míos, una descarga eléctrica me recorre los pulmones. Agacho la barbilla y me giro mientras un presentimiento de pánico me recorre la espalda.

Rápidamente me sacudo ese sentimiento y me apresuro a ir al baño.

«Está bien», me digo a mí misma. En realidad, no me vio. Y, aunque lo hubiera hecho, el personal apenas es considerado humano por estas personas.

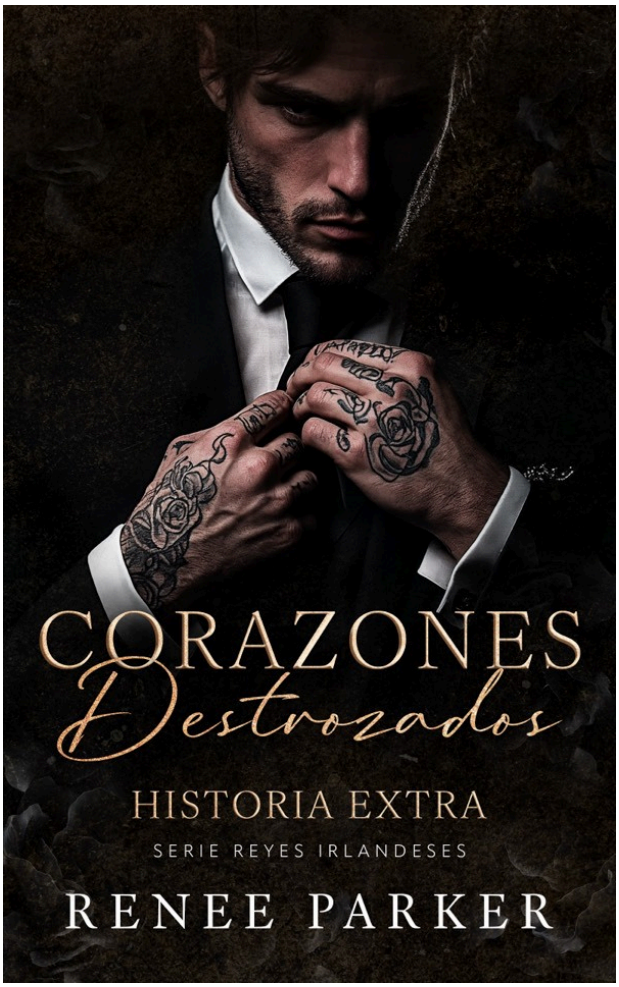
Es hora de iniciar la fase dos del plan.



Historia extra GRATIS

¿Tienes curiosidad por saber en qué apasionantes aventuras se sumergen Riley y Finn después del primer libro? Tienes suerte, tengo una historia extra, exclusiva solo para ti. Riley está lista para subir la temperatura y, créeme, las cosas se ponen muy calientes.

¡Haz clic **AQUÍ** para conseguir tu historia extra GRATIS hoy mismo!


CORAZONES
Destrozados
HISTORIA EXTRA
SERIE REYES IRLANDESES
RENEE PARKER

Únete A La Comunidad Exclusiva De Lectores

Sé el primero en descubrir los nuevos lanzamientos, las portadas y el contenido exclusivo, ¡todo ello creado especialmente para *fans* como tú! Suscríbete a mi boletín y desbloquea emocionantes beneficios:

- **Acceso anticipado a nuevos lanzamientos**: sé el primero en enterarte de los próximos libros y sus fechas de lanzamiento.
- **Avances exclusivos**: echa un vistazo a capítulos, ilustraciones y contenido extra.
- **Sorteos y ofertas especiales:** participa para ganar libros gratis, productos exclusivos y mucho más.
- **Invitaciones al ARC Team**: ¡Únete al equipo de lectores que obtendrán copias y ayuda a dar forma a la historia!

Si están listos para formar parte de una comunidad de amantes de los libros que adora las novedades, haz clic en el enlace de abajo para registrarte hoy mismo. ¡Estoy deseando darte la bienvenida!

HAZ CLIC AQUÍ PARA SUSCRIBIRTE

Agradecimientos

Escribir una serie es una tarea enorme, que requiere demasiadas dosis de cafeína, búsquedas cuestionables en Google y la capacidad de funcionar con muy pocas horas de sueño. Para mí, también es un sueño hecho realidad, y estoy profundamente agradecida con todos los que me han ayudado a hacer realidad mi sueño.

Mi más sincero agradecimiento al increíble equipo de RoseHarbor Publishing. Desde la edición de textos hasta el diseño de la portada y el *marketing*, todas las personas que han participado en esta serie han desempeñado un papel crucial para dar vida a estos libros. Estoy más que agradecida por su dedicación y apoyo ilimitado, por estar siempre disponibles para tranquilizarme cuando me sumerjo en una espiral de pesimismo relacionada con la historia y por hacer todo lo posible para garantizar que los libros que escribo sean lo mejor posible.

A mis betas y editores: los valoro mucho. Me ayudan a detectar los cabos sueltos, me avisan cuando los villanos no son lo suficientemente malvados y me dan un empujoncito si un libro necesita más escenas de besos (y seamos realistas, ¡siempre se pueden añadir más escenas de besos!).

A mis amigos y a todos los demás en mi vida que fingen no darse cuenta de que murmuro sobre asesinatos, venganza y si el héroe es lo suficientemente moralmente ambiguo: gracias.

Como siempre, estoy agradecida a mi familia por su amor y su apoyo. Aguantan mi mal humor después de pasarme la madrugada escribiendo esa escena que se me ocurrió a medianoche y no se

quejan cuando llevo la misma ropa durante días. Gracias por creer siempre en mí.

Por último, a mis lectores. Gracias por acompañarme en este viaje a un mundo de amor oscuro y peligroso. Sus mensajes y reseñas me inspiran a seguir escribiendo, incluso en los días más difíciles. El romance alimenta mi alma y compartir estas historias con otros amantes del romance me hace increíblemente feliz. Estos libros les pertenecen.

Con gratitud,

Renee

Sobre Renee Parker

Renee Parker comenzó a escribir historias como una forma de aliviar el estrés de su trabajo de oficina, en gran parte, porque no tiene paciencia para tejer y no le gusta sudar lo suficiente como para hacer yoga. Aunque le encantan todos los géneros románticos, sus tipos favoritos para escribir son los hombres temperamentales y moralmente ambiguos y las mujeres que conquistan sus corazones. También ama la angustia, los actos de redención y que se arrastren por perdón.

Renee tiene la suerte de vivir en un lugar donde el sol y el buen tiempo son la norma durante todo el año. El Beagle gruñón con el que comparte su hogar tiene la capacidad pulmonar de un cantante de ópera y un olfato que necesita urgentemente un botón de apagado.

Descubre más sobre Renee Parker en su página web
www.AuthorReneeParker.com

Sigue a Renee en las redes sociales

